

Los Piratas de Malasia

Por

Emilio Salgari

Freeeditorial 

I. Naufragio del «Young-India».

—Contra maestre Bill, ¿dónde estamos?

—En plena Malasia, querido Kammamuri.

— ¿Tardaremos mucho en llegar a nuestro destino?

— ¿Es que te aburres?

—Aburrirme, no, pero tengo prisa y por eso me parece que el Young-India marcha despacio.

El contra maestre, un marinero que contaría cuarenta años, de más de cinco pies de alto, americano de pura sangre, miró de reojo a su compañero. Era este un arrogante indio de veinticuatro a veinticinco años, alta estatura, tez muy bronceada, facciones correctas y nobles, y adornábase con pendientes —en las orejas— y con collares de oro que le caían graciosamente sobre el desnudo y robusto pecho.

— ¡Mil truenos! —gritó el americano, indignado—. ¡Que el Young-India marcha despacio! Esto es un insulto.

—Para quien tiene prisa, contra maestre Bill, hasta un buque corsario que navegue a quince nudos por hora va despacio.

—Diablo, ¿a qué obedecerá toda esa prisa? —preguntó el contra maestre, rascándose furiosamente la cabeza—. ¡Hola, pícaro! ¿Tienes que cobrar alguna herencia? En ese caso, me pagarás un frasco de gin o de whisky.

—Una herencia... si usted supiese...

—Cuenta, muchacho.

—No le entiendo bien.

—Comprendo; quieres hacerte el sordo. ¡Hum!... Tal vez el secreto está en los camarotes de abajo... Esa chiquilla que va contigo... ¡Hum!

—Pero... diga, contra maestre, ¿cuándo llegamos?

— ¿A dónde?

—A Sarawak.

—El hombre propone y Dios dispone, hijo. Podría sorprendernos un tifón y mandarnos a todos a beber en la taza grande.

— ¿Y además?

—Además, nos podrían atacar los piratas y enviarnos al diablo con dos

brazas de cuerda por corbata y un kriss plantado en mitad del pecho.

— ¡Eh! —exclamó el indio, haciendo una mueca—. ¿Hay piratas por aquí?

—Como hay estranguladores en tu país.

— ¿Habla de veras?

—Mira allá, hacia el bauprés. ¿Qué ves?

—Una isla.

—Bien; esa isla es un nido de piratas.

— ¿Cómo se llama?

—Mompracem. Sólo el nombre hace estremecer.

— ¿De veras?

—Allí, hijo mío, vive un hombre que ha ensangrentado el mar de Malasia de Norte a Sur, de Este a Oeste.

— ¿Quién es?

—Lleva un nombre terrible. Se llama el Tigre de Malasia.

—Y si nos asaltase, ¿qué ocurriría?

—Nos pasaría a cuchillo. Ese hombre es más feroz aún que los tigres de la selva.

— ¿Y no intentan los ingleses destruirle? —preguntó el indio, sorprendido.

—Destruir a los tigres de Mompracem es cosa muy difícil —dijo el marinero, metiéndose en la boca un pedazo de tabaco—. Hace algunos años, en mil ochenta cincuenta y dos, los ingleses, con una poderosa flota, bombardearon la isla, la ocuparon e hicieron prisionero al terrible Tigre, pero antes de llegar a Labuán, el pirata, no se sabe cómo, escapó.

— ¿Y volvió a Mompracem?

—En seguida, no. Durante dos años no se supo nada de él; luego, a principios de mil ochocientos cincuenta y cuatro, reapareció a la cabeza de una nueva banda de piratas malayos y dayakos de la más temible raza. Asesinaron a los pocos ingleses establecidos en la isla, se instalaron en ella, reanudaron sus sangrientas empresas...

En aquel momento un silbido resonó en el puente del Young-India, acompañado de un golpe de viento que hizo gemir a los tres mástiles.

— ¡Oh! ¡Oh! —exclamó Bill, levantando la cabeza y escupiendo el tabaco—. Dentro de poco bailaremos desesperadamente.

— ¿Lo cree Usted, contraмаestre? —preguntó el indio, con inquietud.

—Veo allá una nube negra y de bordes cobrizos, que de seguro no pronostica calma. Tragaremos ráfagas de viento.

— ¿Corremos peligro?

—El Young-India, hijo mío, es un barco sólido que se ríe de los golpes de mar. Ea, a la maniobra; la taza grande comienza a hervir...

El contraмаestre no se engañaba. El mar de Malasia, hasta entonces terso como un cristal, comenzaba a arrugarse como agitado por conmoción submarina y a tomar un tinte plomizo que no prometía nada bueno.

Al Este, hacia la enorme isla de Borneo, alzábase una negra nube, ribeteada de rojo, y que, poco a poco, oscureció el sol, próximo a su ocaso. En el espacio, gigantescos e inquietos albatros revoloteaban, rozando las olas y lanzando roncós gritos.

El primer golpe de viento fue seguido de una especie de calma que puso mayor zozobra en los ánimos de toda aquella gente; luego, hacia la parte del Este, comenzó a oírse tronar.

— ¡Dejad el puente libre! —gritó el capitán Mac-Clintock, dirigiéndose a los pasajeros.

Todos, de mala gana, obedecieron, desapareciendo por las escotillas de proa a popa.

Uno, sin embargo, permaneció sobre el puente; era el indio Kammamuri.

— ¡Largo de aquí! —exclamó con imperioso acento Mac-Clintock.

—Capitán —dijo el indio, avanzando con paso firme—, ¿corremos peligro?

—Lo sabrás cuando pase la tempestad.

—Es preciso que yo desembarque en Sarawak, capitán.

—Desembarcarás, si no nos hundimos.

—Pero yo no quiero hundirme, mi capitán. En Sarawak hay una persona que...

— ¡Eh, contraмаestre! Llévate de aquí a este hombre. El momento no se presta a perder el tiempo...

El indio fue arrastrado y arrojado por la escotilla de proa.

El viento comenzaba a soplar de Oriente con gran violencia, rugiendo por entre el aparejo de la nave. La nube negra había tomado proporciones

gigantescas, cubriendo casi por completo el cielo. En sus entrañas rugía sin cesar el trueno, rodando desenfrenado de Levante a Poniente.

El Young-India era un magnífico barco de tres palos que llevaba bastante bien sus quince años de servicio.

Era ligero, pero sólido. La superficie vélica que podía desplegar era verdaderamente enorme y su armadura a prueba de escollos, recordaba a uno de aquellos audaces violadores de bloqueo que tomaron parte tan activa en la guerra americana.

Habiendo salido de Calcuta el 26 de agosto de 1856, con un cargamento de viguetas de hierro destinados a Sarawak, llevaba a bordo dos oficiales, catorce marineros y seis pasajeros; gracias a su velocidad y a los vientos favorables, llegó en menos de trece días a las aguas de Malasia, y precisamente a vista de la temida isla de Mompracem, la guarida de piratas que era necesario evitar.

A las ocho de la tarde la oscuridad era casi completa. El sol había desaparecido tras los densos nubarrones y el viento comenzaba a soplar con gran violencia, dejando oír formidables bramidos.

El mar subía rápidamente. Olas enormes, coronadas de espuma, formábanse como por encanto, chocando entre sí, cayendo y deshaciéndose contra Mompracem, cuya negra y sombría masa elevábase en medio de las tinieblas.

La Joven India corría dando bordadas, ora elevándose sobre la cima de verdaderas montañas de agua, ora sepultándose en los abismos que abría el mar y que parecían que se la iban a engullir.

El Young-India corría velozmente, ora lanzándose sobre las movibles montañas como para desgarrar con sus velas la caliginosa masa de nubes, ora precipitándose en los abismos de donde con gran esfuerzo podía salir.

Los marineros, descalzos y con la cabeza descubierta y expuesta a la furia de los elementos, estaban sobre cubierta o subidos a los mástiles, listos para efectuar las maniobras que iba ordenando el capitán. Una hora más tarde el velero era una cáscara de nuez que luchaba desesperadamente contra el mar para que no los deshiciera contra las costas de Mompracem.

El contramaestre no se engañaba. El mar de Malasia, hasta entonces terso como un cristal, comenzaba a arrugarse como agitado por conmoción submarina y a tomar un tinte plomizo que no prometía nada bueno.

Al Este, hacia la enorme isla de Borneo, alzábase una negra nube, ribeteada de rojo, y que, poco a poco, oscureció el sol, próximo a su ocaso. En el espacio, gigantescos e inquietos albatros revoloteaban, rozando las olas y lanzando roncós gritos.

El primer golpe de viento fue seguido de una especie de calma que puso mayor zozobra en los ánimos de toda aquella gente; luego, hacia la parte del Este, comenzó a oírse tronar.

— ¡Dejad el puente libre! —gritó el capitán Mac-Clintock, dirigiéndose a los pasajeros.

Todos, de mala gana, obedecieron, desapareciendo por las escotillas de proa a popa.

Uno, sin embargo, permaneció sobre el puente; era el indio Kammamuri.

— ¡Largo de aquí! —exclamó con imperioso acento Mac-Clintock.

—Capitán —dijo el indio, avanzando con paso firme—, ¿corremos peligro?

—Lo sabrás cuando pase la tempestad.

—Es preciso que yo desembarque en Sarawak, capitán.

—Desembarcarás, si no nos hundimos.

—Pero yo no quiero hundirme, mi capitán. En Sarawak hay una persona que...

— ¡Eh, contramaestre! Llévate de aquí a este hombre. El momento no se presta a perder el tiempo...

El indio fue arrastrado y arrojado por la escotilla de proa.

El viento comenzaba a soplar de Oriente con gran violencia, rugiendo por entre el aparejo de la nave. La nube negra había tomado proporciones gigantescas, cubriendo casi por completo el cielo. En sus entrañas rugía sin cesar el trueno, rodando desenfrenado de Levante a Poniente.

El Young-India era un magnífico barco de tres palos que llevaba bastante bien sus quince años de servicio.

Era ligero, pero sólido. La superficie vélica que podía desplegar era verdaderamente enorme y su armadura a prueba de escollos, recordaba a uno de aquellos audaces violadores de bloqueo que tomaron parte tan activa en la guerra americana.

Habiendo salido de Calcuta el 26 de agosto de 1856, con un cargamento de viguetas de hierro destinados a Sarawak, llevaba a bordo dos oficiales, catorce marineros y seis pasajeros; gracias a su velocidad y a los vientos favorables, llegó en menos de trece días a las aguas de Malasia, y precisamente a vista de la temida isla de Mompracem, la guarida de piratas que era necesario evitar.

A las ocho de la tarde la oscuridad era casi completa. El sol había

desaparecido tras los densos nubarrones y el viento comenzaba a soplar con gran violencia, dejando oír formidables bramidos.

El mar subía rápidamente. Olas enormes, coronadas de espuma, formábanse como por encanto, chocando entre sí, cayendo y deshaciéndose contra Mompracem, cuya negra y sombría masa elevábase en medio de las tinieblas.

El Young-India corría velozmente, ora lanzándose sobre las movibles montañas como para desgarrar con sus velas la caliginosa masa de nubes, ora precipitándose en los abismos de donde con gran esfuerzo podía salir.

Los marineros descalzos, con los cabellos al viento y contraídos los semblantes, maniobraban en medio del agua que no encontraba suficiente salida. Voces de mando y juramentos mezclábanse a los silbidos de la tempestad.

A las nueve, el barco, juguete de las olas, hallábase en aguas de Mompracem.

No obstante los esfuerzos del contraмаestre, que se rompía las manos en la caña del timón, el Young-India fue arrastrado tan cerca de la costa erizada de escollos, de islas madreporicas y de bajos fondos, que se temió el choque contra ellos.

El capitán Mac-Clintock, lleno de ansiedad, descubrió numerosas luces en las sinuosidades de la playa, y al brillo de un relámpago, de pie en la cumbre de una roca gigantesca que caía a plomo sobre el mar, vio también a un hombre de elevada estatura, los brazos cruzados sobre el pecho e impassible en medio de los desencadenados elementos.

Los ojos de aquel hombre, que fulguraban como carbones encendidos, se fijaron en Mac-Clintock de extraña manera. A este se le figuró además que levantaba un brazo y le hacía una amistosa señal. La aparición duró breves segundos. Las tinieblas volvieron a hacerse más espesas y una ráfaga de viento alejó al Young-India de la isla.

— ¡Dios nos proteja! —exclamó Bill, que había visto también a aquel hombre—. Ese es el Tigre de Malasia.

Su voz fue sofocada por un espantoso trueno. Aquel trueno inició una música ensordecedora indescriptible. El espacio se inflamó de Norte a Sur, de Este a Oeste, como si el universo entero se incendiase, iluminando siniestramente el tempestuoso mar.

Los rayos, brillando un momento, caían describiendo en el espacio mil ángulos caprichosos, mil curvas diversas, sepultándose en las ondas o corriendo vertiginosamente en torno de la nave, seguidos de fragores que

aumentaban en intensidad.

El océano, como si quisiera competir con aquellos truenos, alzóse imponente. Sus aguas no formaban ya olas, sino líquidas montañas que se elevaban con furia hacia el cielo, como atraídas por fuerza sobrehumana, y cabalgaban unas sobre otras, cambiando de forma y de tamaño.

El viento tomó también parte en aquella espantosa contienda, rugiendo con rabia y lanzando turbonadas de tibia lluvia.

El barco, inclinándose violentamente, ya de estribor, ya de babor, apenas lograba mantener la estabilidad. Gemía como si se quejase de aquellos terribles golpes de mar que lo cubrían de proa a popa, derribando a la tripulación; alzábase, vacilaba, azotaba el agua con el bauprés, unas veces impulsado hacia el Norte y otras hacia el Sur, a pesar de los desesperados esfuerzos del timonel.

Los marineros ignoraban si se pondría de nuevo a flote o se irían a pique; tan grande era la masa de agua que penetraba por las medio deshechas bordas.

Para colmo de desgracias, al mediar la noche, el viento que soplaba constante del Norte, saltó de improviso del Este.

Ya no era posible luchar. Seguir avanzando con el tifón que asaltaba la proa, era tanto como tentar la muerte. Toda vez que ningún lugar de refugio se presentaba en la vía del Oeste, el capitán tuvo que resignarse a mantenerse a la capa y a huir con toda la velocidad que le permitían las escasas velas desplegadas.

Dos horas pasaron después de que el Young-India viró de bordo, perseguido por las olas, que parecían haberse propuesto acabar con él.

Los relámpagos eran bastante escasos y la oscuridad tan densa, que no permitía ver a doscientos pasos de distancia.

Al cabo de un rato el capitán percibió ese fragor característico de las ondas al romperse contra la escollera, fragor que los marinos distinguían aún en medio de las más espantosas borrascas.

— ¡Mirad a proa! —gritó, dominando con su voz el estrépito del mar y el silbido del viento.

— ¡Mar deshecho! —exclamó otra voz.

— ¡Los escollos! ¡Truenos!... —se oyó después.

El capitán dirigióse a proa, agarrándose al estay de la trinetilla para izarse hasta la borda.

No se veía nada; sin embargo, a través de las ráfagas de viento, se oía

claramente el mugir de la resaca. No era posible engañarse. A pocas brazas de la nave surgía una cadena de escollos, tal vez derivación de Mompracem.

— ¡Listos para virar! —gritó Mac-Clintock.

Bill, reuniendo toda su energía imprimió un violento esfuerzo a la rueda del timón.

Casi en el mismo instante chocó el barco.

El golpe, sin embargo, apenas fue sensible. Sólo una parte de la fisaquilla había tocado en las agudas puntas de las madreporas que formaban la cima del arrecife.

Desgraciadamente, el viento seguía soplando de popa y las olas hacían que el barco avanzase.

La tripulación, que conservaba una sangre fría extraordinaria, logró virar de bordo. El Young-India consiguió alejarse doscientos metros, huyendo de la escollera en tomo de la cual rugían las olas. Parecía que todo iba a marchar bien. Arrojada la sonda, acusó catorce metros de profundidad a proa. La esperanza de salvar el buque comenzaba a renacer en el ánimo de la tripulación.

De repente, el fragor de la resaca volvió a dejarse oír hacia proa.

El mar se levantaba con mayor violencia que antes, señalando una nueva barrera de escollos.

— ¡Otra vuelta, Bill! —ordenó el capitán.

— ¡La escollera bajo proa! —gritó un marinero que había bajado hasta el botalón del bauprés.

Su voz no llegó a popa. Una montaña de agua desplomóse sobre la banda de estribor, inclinó violentamente a la nave sobre la de babor, derribó a la tripulación agarrada a los brazos de las velas y destrozó las lanchas contra los escollos.

Oyóse un mugido formidable, un chasquido como de maderas que se rompían, y luego un golpe espantoso que hizo oscilar al aparejo de popa a proa.

El Young-India, al chocar con las agudas puntas de los escollos quedó destrozado, estrellándose contra el arrecife.

II. Los piratas

Para el infortunado barco había llegado la última hora.

Aprisionado entre dos rocas que apenas asomaban sus negras puntas, agujereado por mil partes a causa del movimiento de las aguas, abierto el casco y destrozada la quilla, no era ya más que un montón de tablas imposibles de reparar y que pronto el mar trituraría y dispersaría.

El espectáculo era magnífico y al mismo tiempo espantoso.

Alrededor, el océano revolvíase furioso, estrellándose contra la escollera, arrastrando fragmentos de las bandas, leñas y lanchas del barco que se rompían con mil crujidos.

Sobre la nave, los supervivientes, locos de terror, corrían de proa a popa lanzando gritos, blasfemias, invocaciones. Uno trepaba a las vergas, otro subía hasta la cofa, el de más allá saltaba como si pisase carbones encendidos, llamando a Dios y a la Virgen, este intentaba ponerse un salvavidas, aquel preparaba una balsa para ocuparla tan pronto como el barco se hundiese.

El capitán y el contramaestre, que se habían encontrado en peores trances, eran los únicos que conservaban alguna calma.

En vista de que el barco permanecía inmóvil, bajaron a la bodega. En seguida comprendieron que no quedaba esperanza alguna de ponerlo a flote, pues estaba lleno de agua.

—Bueno —dijo Bill, conmovido—, el pobrecito ha exhalado su último suspiro. No hay astillero capaz de reparar tan espantosas mutilaciones.

—Tienes razón —respondió el capitán, más conmovido aún—. Esta es la tumba del valiente Young-India.

— ¿Qué haremos?

—Esperar a que amanezca.

— ¿Resistirá a los golpes del mar?

—Creo que sí. Los escollos han entrado en su vientre como el hacha en el tronco de un árbol. Me parece que será imposible moverlo.

—Vamos a dar ánimos a los que están en el puente. Tienen mucho miedo...

Los dos lobos de mar dirigieron al lugar indicado. Marineros y pasajeros, con los rostros contraídos por el terror, precipitaron a su encuentro interrogándoles con ansiedad.

— ¿Estamos perdidos?

— ¿Nos vamos a pique?

— ¿Hay esperanza de salvación?

— ¿Dónde estamos?

—Calma, muchachos —dijo el capitán—. Por ahora no corremos peligro.

Kammamuri el indio, que había mostrado tanta prisa por llegar a Sarawak, se acercó al jefe.

—Capitán —exclamó—, ¿iremos a Sarawak?

—Ya ves que no será posible, Kammamuri.

—Sin embargo, yo tengo que ir.

—No sé qué decirte.

—Mi amo me espera allí, capitán.

—Aguardará...

La centelleante mirada del indio se oscureció y su rostro, que revelaba fiereza, se tornó sombrío.

—Kali le proteja —murmuró.

—Aún no se ha perdido todo, Kammamuri —dijo el capitán.

— ¿No nos hundiremos, pues?

—He dicho que no. Vaya, calma, muchachos. Mañana sabremos en qué isla o escollera hemos naufragado y veremos lo que puede hacerse; yo garantizo vuestra vida...

Las palabras del capitán tranquilizaron a los marinos, quienes comenzaron a confiar en su salvación. Los que trabajaban en la balsa abandonaron la tarea; los que habían trepado a los mástiles, descendieron. La calma no tardó en volver a reinar sobre el puente del buque.

A todo esto, la borrasca, después de haber alcanzado la máxima intensidad, comenzaba a ceder. Los nubarrones, desgarrados aquí y allá, dejaron entrever de vez en cuando el trémulo fulgor de las estrellas. El viento apaciguábase poco a poco.

Sin embargo, el mar seguía agitado. Olas gigantescas corrían en todas direcciones, embistiendo con furia la escollera y estrellándose contra ella con espantoso estruendo. El barco, sacudido de popa a proa, gemía, dejándose arrebatarse trozos de las bandas o fragmentos de la destrozada quilla. En ciertos instantes, además, oscilaba tanto, que parecía próximo a ser arrancado del banco de madreporico.

No obstante permaneció firme, y los marineros, a pesar del inminente

peligro y de las oleadas que barrían la cubierta, pudieron dormir algunas horas.

A las cuatro de la mañana comenzó a clarear. El sol surgía con esa rapidez propia de los países tropicales, anunciado por un magnífico color rosa. El capitán, de pie en la cofa del palo mayor, teniendo a su lado al contramaestre, fijaba los ojos en el Norte, donde se elevaba, a menos de dos millas de distancia, una masa oscura que debía de ser una isla.

—Bueno —preguntó Bill, que masticaba rabiosamente un trozo de tabaco—, ¿conoce usted esa tierra?

—Creo que sí. Es muy de noche todavía, pero los arrecifes que la rodean me hacen sospechar que esa isla es Mompracem.

—By God! —murmuró el americano, haciendo una mueca—. Nos hemos roto las piernas en mal sitio.

—Mucho lo temo, Bill. La isla no goza de buena fama.

—Como que es un nido de piratas. Ha vuelto el Tigre de Malasia, capitán.

— ¡Cómo! —exclamó Mac-Clintock, estremeciéndose—. ¿El Tigre de Malasia ha vuelto a Mompracem?

—Sí.

— ¡Es imposible, Bill! Hace algunos años que ese hombre feroz desapareció.

—Pues ha vuelto. Hace cuatro meses que asaltó al Arghilah de Calcuta, que pudo huir con mil fatigas. Un marinero que conocía al sanguinario pirata, me dijo que lo había visto en la proa de un praho.

—Entonces no hay remedio. No tardará en atacarnos.

—By God! —rugió el contramaestre, quedándose de pronto palidísimo.

— ¿Qué sucede?

— ¡Mire, capitán! ¡Mire allá...!

— ¡Los prahos, los prahos! —gritó una voz desde el puente.

El capitán, no menos pálido que su contramaestre, dirigió la vista hacia la isla y descubrió cuatro embarcaciones que doblaban un cercano cabo.

Eran cuatro grandes prahos malayos, ligerísimos, esbeltos, con amplias velas de forma alargada, sostenidas por mástiles triangulares.

Estos barcos, que navegaban con sorprendente rapidez y que, gracias al contrapeso colocado a sotavento y al sostén que tienen a barlovento, desafían los huracanes más tremendos, son generalmente usados por los piratas

malayos, quienes con ellos no temen asaltar a los buques de mayor tonelaje que se aventuren en los mares de Malasia.

El capitán no lo ignoraba, de modo que apenas los descubrió apresuróse a bajar al puente. En pocas palabras informó a la tripulación del peligro que se avecinaba. Sólo una encarnizada resistencia podía salvarlos.

La armería de a bordo no estaba muy bien provista. Los cañones faltaban, los fusiles, casi inservibles, en su mayor parte, eran insuficientes para la marinería. Quedaban sables de abordaje, algunas pistolas y bastantes hachas.

Todos los hombres, armados lo mejor posible, precipitáronse hacia popa, que, por encontrarse sumergida, podía ofrecer fácil escalada. La bandera de los Estados Unidos subió majestuosamente a lo largo del asta y el contramaestre la clavó.

Los cuatro prahos malayos, que eran tan veloces como pájaros, no distaban más que setecientos u ochocientos pasos y preparábanse a asaltar al pobre buque.

El sol, que en aquel momento se elevaba sobre el horizonte, permitió ver con claridad a los que iban en las embarcaciones.

Eran ochenta o noventa hombres, semidesnudos, armados de enormes carabinas incrustadas de madreperlas y láminas de plata; de grandes parangs de finísimo acero, de cimitarras, de kriss en forma de espiral con la punta indudablemente envenenada en el jugo del upas y de hierros larguísimos, conocidos con el nombre de campilanes, que manejaban cual si fueran ligerísimos bastoncitos.

Algunos eran malayos de tez aceitunada, membrudos y de feroz aspecto; otros, arrogantes dayakos de elevada estatura, cubiertos brazos y piernas con anillos de cobre.

Veíanse también varios chinos, fáciles de reconocer por sus cráneos, pelados y brillantes como el marfil, y unos cuantos macasareses y javaneses. Todos aquellos hombres tenían los ojos fijos en el barco y agitaban las armas, sin cesar de dar gritos. Parecía como si antes de venir a las manos se propusiesen espantar a los náufragos.

A cuatrocientos pasos de distancia oyóse un cañonazo disparado desde el primer praho. La bala tronchó el bauprés, cuya punta se hundió en el mar.

— ¡Ánimo, muchachos! —gritó el capitán—. Esta es la señal de que comienza la danza. ¡Fuego!...

Siguieron a la voz de mando algunos disparos de fusil. Una espantosa gritería estalló a bordo de las prahos, señal infalible de que no todo el plomo se había desperdiciado.

— ¡Esto va bien, muchachos! —rugió el contraamaestre—. Disparad en mitad del grupo. Esos hocicudos no tendrán valor para llegar hasta nosotros. ¡Fuego!...

Su voz fue apagada por una serie de formidables detonaciones. Partían de los piratas, que empezaban el ataque.

Los cuatro prahos parecían inflamados cráteres vomitando hierro. Disparaban los cañones, disparaban las carabinas, disparaban las espingardas, derribando, destruyéndolo todo con una precisión matemática.

Pronto cuatro náufragos quedaron muertos sobre la toldilla. El trinquete, roto por bajo de la cofa, precipitóse sobre el puente, cubriéndolo de velas y de cabos. Al grito de triunfo sucedió otro grito de espanto, y oyéronse gemidos y estertores de agonía.

Era imposible resistir el huracán de hierro que se desencadenó con espantosa rapidez, haciendo saltar mástiles y trozos del casco.

Después de disparar siete u ocho veces los fusiles sin gran resultado, los náufragos, viéndose perdidos a pesar de las voces del capitán y del contraamaestre, abandonaron su puesto, huyendo hacia estribor, resguardándose tras los botes. Algunos se desangraban y lanzaban desgarradores gritos.

Al cabo de un cuarto de hora los piratas, protegidos por su artillería, llegaron a la popa del buque e intentaron subir a bordo.

El capitán intentó rechazar el abordaje, pero una descarga de metralla le derribó al mismo tiempo que a tres de sus hombres. En el espacio vibró un terrible grito:

— ¡Viva el Tigre de Malasia!

Los piratas, empuñando las cimitarras, las hachas, las masas, los kriss, lanzáronse intrépidamente hacia la borda. Algunos treparon por los mástiles de los prahos, corrieron como monos a lo largo de las vergas y se dejaron caer sobre la cubierta del buque náufrago. En poquísimos tiempo, los escasos defensores, vencidos por el número, rodaron a popa, a proa y por el alcázar.

Únicamente, junto al palo mayor, quedó de pie un hombre, armado de un largo y pesado sable de abordaje.

Este hombre, el último del Young-India, era Kammamuri, que se defendía como un león, rechazando los ataques del enemigo y repartiendo tajos en torno suyo.

Un mazazo le rompió el arma. Dos piratas cayeron sobre él, derribándolo, a pesar de su desesperada resistencia.

— ¡Socorro! ¡Socorro!... —gritó el valiente indio.

— ¡Alto! —gritó de improviso una voz—. ¡Ese indio es un héroe!

III. El Tigre de Malasia

El hombre que pronunció aquellas palabras tendría, aproximadamente, treinta y dos o treinta y cuatro años.

Era alto, de piel blanca, facciones aristocráticas, ojos azules, dulces, y negro bigote que sombreaba sus sonrientes labios.

Vestía con gran elegancia: chaqueta de terciopelo castaño con botones de oro, sujeta a la cintura por amplia faja de seda azulada, pantalones de brocatel, botas altas de piel color de rosa, con las puntas levantadas, y ancho sombrero de paja de Manila. Llevaba una magnífica carabina india y al costado una cimitarra, con empuñadura de oro, rematada con un diamante tan grueso como una avellana, de un brillo admirable.

Después de ordenar a los piratas que se alejasen, acercóse al indio, que no pensaba en levantarse —tan grande era su sorpresa al verse vivo aún— y le miró durante algunos momentos con atención.

— ¿Qué dices? —le preguntó alegremente.

— ¿Yo? —preguntó Kammamuri.

— ¿Te sorprende tener aún la cabeza sobre los hombros?

—Me sorprende tanto que no sé si es cierto que todavía estoy vivo.

— ¡Claro que lo estás!

— ¿No me matarán?

—Si no he permitido que lo hicieran antes, no sé por qué he de permitir que lo hagan después.

— ¿Y a qué se debe esto? —preguntó, ingenuamente, el indio.

—Ante todo, a que no eres blanco...

Kammamuri hizo un gesto de asombro.

— ¡Ah! ¿Odia usted a los blancos? —exclamó.

—Sí.

—Entonces... ¿no es Usted blanco?

— ¡Por Baco, soy portugués de pura sangre!

—Entonces no comprendo por qué...

—Alto, Joven. No soy amigo de historias.

—Bueno, ¿y entonces?...

—Eres un héroe y yo aprecio a los héroes.

—Soy maharato —dijo el indio, con orgullo.

—Una raza que lleva un buen nombre. Dime, ¿te gustaría ser de los nuestros?

— ¡Yo pirata!

— ¡Por qué no! Serías un buen compañero.

— ¿Y si me negase?

—No respondería de tu cabeza.

—Si se trata de salvar la piel, me haré pirata. Tal vez irse tenga cuenta.

—Bravo, muchacho. ¡Hola, Kotta! Vamos a buscar una botella de whisky. Los americanos no viajan nunca sin llevar buena provisión...

Un malayo bajó al camarote del pobre Mac-Clintock, y pocos minutos después volvía con un par de vasos y una botella polvorienta, a la cual hizo saltar el cuello.

—Whisky —leyó el membrete—. La verdad es que estos americanos son excelentes personas...

Vació dos veces su vaso y alargó el otro al indio, preguntándole:

— ¿Cómo te llamas?

—Kammamuri.

—A tu salud, Kammamuri.

—A la suya, señor...

—Yáñez —dijo el hombre blanco.

Y bebieron al mismo tiempo.

—Ahora, muchacho —exclamó Yáñez, siempre de buen humor—, iremos en busca del capitán Sandokán.

— ¿Quién es el señor Sandokán?

— ¡Por Baco! El Tigre de Malasia.

— ¿Y me llevará usted a ver a ese hombre?

—Claro, y se alegrará muchísimo de recibir a un maharato. Vamos, Kammamuri...

El indio no se movió. Parecía confuso y miraba a los piratas y a la popa del barco.

— ¿Qué pasa? —preguntó Yáñez.

—Señor... —contestó el maharato, titubeando.

—Habla.

— ¿No la tocará usted?

— ¿A quién?

—Conmigo viene una mujer.

— ¿Una mujer? ¿Blanca o india?

—Blanca.

— ¿Y dónde está?

—La tengo escondida en la bodega.

—Tráela al puente.

— ¿No la tocará usted?

—Te doy mi palabra.

—Gracias, señor —dijo el maharato, conmovido.

Corrió hacia popa y desapareció por la escotilla. Pocos momentos después volvía al puente.

— ¿Dónde está la mujer? —preguntó Yáñez.

—Ya viene; pero ni una palabra, señor. Está loca.

— ¿Loca?... Pero ¿quién es?...

—Aquí está —interrumpió Kammamuri.

El portugués volvióse hacia popa.

Una mujer de maravillosa belleza, envuelta en amplia túnica de seda blanca, salió de la escotilla, deteniéndose junto al palo de mesana.

Tendría quince años. Su talle era elegante, gracioso, flexible; su piel sonrosada e incomparable; los ojos, grandes y negros, revelaban infinita dulzura; la nariz era pequeña y recta, los labios, rojos como el coral, contraíanse en una sonrisa que dejaba ver dos hileras de minúsculos dientes de deslumbrante blancura. La cabellera, espléndida y negrísima, le caía por la

espalda y le llegaba hasta la cintura.

La joven contempló a los hombres armados y a los cadáveres que cubrían el puente sin que ni una contracción de espanto o de curiosidad se dibujase en su bello rostro.

— ¿Quién es esta mujer? —preguntó Yáñez, cogiendo una mano a Kammamuri y apretándosela con fuerza.

—Mi ama —contestó el maharato—. La Virgen de la Pagoda de Oriente.

Yáñez se adelantó hacia la loca, que conservaba la inmovilidad de una estatua, y la miró fijamente.

— ¡Qué parecido!... —exclamó, palideciendo.

Volvióse rápidamente hacia Kammamuri y cogiéndole de nuevo la mano añadió con alterada voz.

— ¿Esta mujer es inglesa?

—Ha nacido en la India, pero es hija de ingleses.

— ¿Por qué se ha vuelto loca?

—Es una historia larga de contar.

—La explicarás ante el Tigre de Malasia. Ahora embarcaremos, maharato, y vosotros, cachorrillos, saquead el esqueleto de este barco y luego incendiadlo. El Young-India ha dejado de existir.

Kammamuri acercóse a la loca, la cogió de la mano y la hizo bajar al praho portugués. La joven no opuso resistencia, ni habló.

Yáñez empuñaba la caña del timón.

El mar, poco a poco, se había calmado. Solamente alrededor de los escollos continuaban levantándose grandes oleadas.

El praho, gobernado por aquellos hábiles e intrépidos marinos, pasó por encima del arrecife, saltando y brincando sobre las olas como una pelota de goma, y se alejó con fantástica rapidez, dejando nivea estela, en medio de la cual jugueteaban los tiburones.

Al cabo de diez minutos, llegó a la punta extrema de la isla; allí giró, sin acortar la velocidad, y navegó con rumbo a una amplísima bahía que se abría ante una risueña aldea. Componíase ésta de veinte o más chozas muy sólidas y hallábase defendida por una triple línea de trincheras provistas de gruesos cañones y de numerosas espingardas, por altas empalizadas y por profundos fosos erizados de agudas puntas de hierro.

Unos cien malayos medio desnudos, pero armados hasta los dientes,

salieron de la trinchera, y dirigiéndose a la playa, dando salvajes gritos y esgrimiendo alegremente los kriss envenenados, las cimitarras, hachas, carabinas y pistolas.

— ¿Dónde estamos? —preguntó Kammamuri, con inquietud.

—En nuestra aldea —respondió el portugués.

— ¿Aquí vive el Tigre de Malasia?

—Vive donde ondea la bandera roja...

El maharato levantó la cabeza y en lo más alto de una gigantesca roca cortada a pico sobre el mar, descubrió una gran cabaña defendida también por empalizadas; en lo alto flotaba majestuosamente una bandera roja en la que había bordada una cabeza de tigre.

— ¿Vamos hacia allí? —preguntó con cierta emoción.

—Sí, amigo —contestó Yáñez.

— ¿Cómo me recibirá ese hombre tan terrible?

—Como se debe acoger a un valiente.

— ¿Vendrá con nosotros mi ama?

—Ahora no.

— ¿Por qué?

—Porque se parece a...

Interrumpióse y los ojos se le humedecieron.

Kammamuri lo notó.

—Está usted emocionado, señor Yáñez —dijo.

—Te equivocas —respondió el portugués, imprimiendo un movimiento al timón para evitar la punta extrema de un arrecife que asomaba en la bahía—. Desembarquemos, Kammamuri.

El praho ancló con la proa hacia la costa.

El portugués, Kammamuri, la loca y los piratas saltaron a tierra.

—Llevad a esta mujer a la mejor habitación de la aldea —exclamó Yáñez, dirigiéndose a los piratas y señalándoles con el dedo a la loca.

— ¿Le harán daño? —preguntó Kammamuri.

—Nadie se atreverá a tocarla —respondió Yáñez—. Las mujeres son aquí más respetadas aún que en la India y que en Europa. Ven, maharato...

Dirigiéronse hacia la gigantesca roca y subieron por una escalera muy estrecha, labrada en la piedra y defendida por centinelas armados de carabinas y de cimitarras.

— ¿Por qué tantas precauciones? —preguntó Kammamuri.

—Porque el Tigre de Malasia tiene cien mil enemigos.

— ¿De modo que el capitán no es amado?

—Nosotros lo idolatramos, pero los demás... Si tú supieses, Kammamuri, cómo lo odian los ingleses... Ya hemos llegado; no temas...

Hallábanse ante la choza, defendida también por trincheras, cestones, fosos, cañones, morteros y espingardas del pasado siglo.

El portugués empujó discretamente una puerta de madera de teca, capaz de resistir a la artillería, e introdujo a Kammamuri en una estancia tapizada de seda granate, adornada con carabinas de Europa, mosquetes indios y persas, bocinas, pistolas, cimitarras, hachas, riquísimas telas, yataganes turcos, puñales, frascos, blondas, porcelanas de la China y del Japón, montones de oro, barras de plata y vasos llenos hasta el borde de perlas y de diamantes.

En medio de la sala, tumbado sobre un tapiz de Persia, hallábase un hombre vestido ostentosamente a la oriental, con traje de seda roja bordado en oro y calzado con altas botas de piel, también roja, con las puntas levantadas.

Aquel individuo no representaba más de treinta y cuatro o treinta y cinco años. Era alto, asombrosamente fuerte, soberbia cabeza cubierta de espeso y ondulado cabello negro.

Tenía ojos centelleantes, labios delgados, contraídos por sonrisa indefinible y magnífica barba que comunicaba a su rostro cierta fiereza que infundía al mismo tiempo respeto y temor.

Se adivinaba que aquel hombre poseía la ferocidad del tigre, la agilidad del cuadrumano y la fuerza de un gigante.

Apenas vio entrar a los dos personajes, incorporóse de un salto y se sentó, fijando en ellos una mirada que penetraba hasta lo más profundo del corazón.

— ¿Qué me traes? —preguntó, con voz metálica y vibrante.

—Ante todo la victoria —contestó el portugués—. Además, he hecho un prisionero...

La frente del hombre se oscureció.

— ¿Ese indio? —preguntó.

—Sí, Sandokán. ¿Te disgusta?

—Ya sabes que respeto tus caprichos, amigo mío.

—Lo sé, Tigre de Malasia.

— ¿Y qué pretendes hacer con ese hombre?

—Convertirlo en un cachorro de tigre. Lo he visto batirse, es un verdadero valiente.

La mirada del jefe relampagueó.

—Acércate —dijo al indio.

Kammamuri, sorprendido al hallarse ante el legendario pirata que durante tantos años había hecho temblar a los pueblos de Malasia, avanzó algunos pasos.

— ¿Tu nombre? —preguntó el Tigre.

—Kammamuri.

— ¿Eres?...

—Maharato.

—Entonces hijo de héroes.

—Sí, Tigre de Malasia —respondió el hindú con orgullo.

— ¿Por qué has dejado tu país?

—Para ir a Sarawak.

— ¿Con ese perro de James Brooke? —dijo el Tigre, con odio.

—No sé quién es James Brooke.

—Mejor. ¿Quién hay en Sarawak que te lleve allá?

—Mi amo.

— ¿Qué es? ¿Soldado del rajá?

—No, prisionero del rajá.

— ¿Prisionero? ¿Por qué?

El indio no contestó.

—Habla —ordenó el pirata—. Quiero saberlo todo.

— ¿Tendrás paciencia para escucharme? El relato es largo y terrible.

—Las historias terribles y sanguinarias me gustan mucho; siéntate y empieza...

IV. Un terrible drama

Kammamuri sentóse en un montón de deslucidos terciopelos, llenos de manchas, encendió un cigarrillo microscópico que le alargara el portugués, y después de permanecer algunos momentos en silencio, preguntó:

—Tigre de Malasia, ¿has oído hablar del Sunderbund del sagrado Ganges?

—No conozco esa tierra —respondió el pirata—; pero sé que es el delta de un río. ¿O te refieres a los bancos que obstruyen el cauce de la gran corriente?

—Sí, a los grandes e innumerables bancos, cubiertos de cañas gigantescas y poblados de feroces animales que se extienden muchas millas en la desembocadura del Hugly y en la del Ganges. Mi amo nació allí, en una isla que se llama la Selva Negra. Era guapo, era fuerte, era valeroso. Nada le hacía temblar; ni el veneno de la serpiente de coral, ni la fuerza de la pitón, ni las garras del tigre de Bengala, ni el lazo de sus enemigos.

— ¿Cómo se llama? —preguntó el pirata—. Quiero conocer ese héroe.

—Se llama Tremal-Naik, el cazador de tigres y de serpientes de la Selva Negra...

El pirata, al oír aquel nombre, se levantó, mirando fijamente al maharato.

— ¿Cazador de tigres, has dicho? —preguntó.

—Sí.

— ¿Por qué ese apodo?

—Porque cazaba tigres en la selva.

—Un hombre que afronta a los tigres, tiene que ser intrépido. Sin conocerlo, siento ya admiración por ese bravo indio. Sigue, estoy impaciente.

—Una noche, Tremal-Naik volvía de la selva. Era una noche magnífica, verdadera noche de Bengala; el ambiente estaba impregnado de perfumes, y el cielo aparecía débilmente estrellado.

»Había recorrido largo trecho sin encontrar a nadie, cuando se levantó ante él, a menos de veinte pasos, en medio de un matorral, una joven de maravillosa belleza.

— ¿Quién era?

—Una criatura de piel sonrosada, cabellos negros y ojos grandes.

»Lo contempló un instante con melancólica sonrisa, luego desapareció.

»Tremal-Naik experimentó tal impresión que se enamoró de la muchacha.

»Pocos días después cometióse un delito en la ribera de una isla que se llama Raymangal. Uno de los nuestros, al ir a cazar tigres, apareció muerto con un lazo al cuello.

— ¡Oh...! —exclamó el pirata—. ¿Quién podía haber asesinado a un cazador de tigres?

—Pronto lo sabrás. Tremal-Naik era hombre animoso. Me ordenó que lo acompañase y al mediar la noche desembarcamos en Raymangal, resueltos a vengar a nuestro infortunado compañero.

»Al principio oímos misteriosos rumores subterráneos, luego, del tronco de un gigantesco banano, salieron muchos hombres desnudos, con extraños tatuajes. Aquellos hombres eran los asesinos del pobre cazador de tigres.

»Tremal-Naik no titubeó. Un disparo de carabina bastó para derribar al jefe de aquellos indios; en seguida huimos.

— ¡Bravo, Tremal-Naik! —exclamó el Tigre, con entusiasmo—. Sigue. Me divierto más oyendo esta historia que asaltando un barco cargado de metal amarillo.

—Mi amo, para despistar a los enemigos, que se lanzaron en nuestra persecución, separóse de mí y se refugió en una gran pagoda, donde encontró... ¿No adivinas a quién encontró?

— ¿A la joven?

—Sí, a la joven prisionera de aquellos hombres.

—Pero ¿quiénes eran?

—Los adoradores de una divinidad feroz que sólo desea víctimas humanas. Se llama Kali.

— ¿La terrible diosa de los thugs indios?

—La deidad de los estranguladores.

— ¡Esos hombres son más crueles que tigres! ¡Oh!, los conozco —dijo el pirata—. En mi banda he tenido algunos.

— ¿Thugs en tu banda? —exclamó el maharato, estremeciéndose—. Estamos perdidos.

—No temas, Kammamuri; en otro tiempo figuraron en mis filas, pero ya no. Continúa.

La joven, que ya amaba a mi amo, enterada de los peligros que le rodeaban, le aconsejó que huyese, pero Tremal-Naik era incapaz de sentir

miedo. Quedó esperando a los feroces thugs, resuelto a luchar con ellos y a llevarse a la prisionera.

Pero, confió demasiado en sus propias fuerzas. Poco después, doce hombres provistos de lazos entraban y caían sobre él; a pesar de su resistencia fue atado y luego apuñalado por el jefe de los estranguladores, el feroz Suyodhana...

— ¿Murió? —preguntó Sandokán, con visible interés.

—No —continuó Kammamuri; no murió, porque más tarde lo encontré en medio de la selva ensangrentado, con el arma en el pecho, pero todavía vivo.

— ¿Y para qué lo dejaron en medio de la selva? —preguntó Yáñez.

—Para que los tigres lo devorasen. Lo llevé a nuestra choza, y allí lo cuidé; pero su corazón estaba herido por los negros ojos de la jovencita, y no tenía cura posible.

»Un día, después de haber evitado varias asechanzas de los thugs, resolvió volver a Raymangal, decidido a ver de nuevo al objeto de su amor. Embarcamos de noche, durante una tempestad, bajamos la corriente del Mangal y atracamos a la isla.

»Nadie vigilaba a la entrada del banano, y penetramos bajo tierra, internándonos en oscurísimos corredores. Sabíamos que los thugs, no logrando arrancar del corazón de la joven de los ojos negros el amor hacia Tremal-Naik, habían resuelto quemarla viva, para calmar la ira de su monstruoso dios, y corrimos a salvarla.

—Pero ¿por qué no podía amar aquella mujer? —preguntó Yáñez.

—Porque guardaba la pagoda consagrada a la diosa Kali y debía mantenerse pura.

— ¡Qué canallas!

—Continúo: después de atravesar largos corredores y de dar muerte al centinela, nos encontramos en un inmenso salón sostenido por cien columnas e iluminado por infinidad de lámparas que extendían luz por todas partes.

»Doscientos indios, con lazos en la mano, estaban sentados en corro. En medio, erguía la estatua de la diosa, teniendo delante el tazón donde nada un pececillo rojo, y que, según afirman, encierra el alma de la deidad; algo más lejos veíase una gran hoguera.

»A medianoche, apareció el jefe, Suyodhana, con sus sacerdotes, que arrastraban a la muchacha, embriagada ya con opio y con misteriosos perfumes. La pobre ya no oponía resistencia.

»Un hombre encendió un hacha y los thugs entonaban la plegaria de difuntos, cuando Tremal-Naik y yo nos lanzamos como leones en medio de la turba.

»Derribar aquella muralla humana, arrebatar a la joven de las manos de los sacerdotes y huir a través de la oscura galería, fue obra de un momento.

»¿Adónde ir? Ninguno de nosotros lo sabía. Sólo tratamos de escapar de los thugs, quienes pasada la primera sorpresa, lanzáronse sobre nuestras huellas.

»Durante una hora larga corrimos, internándonos cada vez más en las entrañas de la tierra, hasta que nos encontramos en una caverna sin salida. Cuando quisimos huir, era demasiado tarde; los thugs nos habían encerrado.

— ¡Maldición! —exclamó Sandokán—. ¿Por qué no estaría yo allí con mis tigres? Habría hecho una mermelada con todos aquellos indios sanguinarios. No te interrumpas, maharato; tu historia es interesantísima. Dime, ¿huisteis?

—No.

—Entonces...

—Nos sitiaron. Encendieron alrededor de la caverna inmensas hogueras que nos quemaban vivos, luego lanzaron sobre nosotros un chorro de agua a la cual iba mezclado no sé qué narcótico. En el acto rodamos por el suelo, sin sentido, y caímos sin resistencia en manos de nuestros enemigos.

»Estábamos ya resignados a morir, porque ninguno de nosotros ignoraba que los thugs no conocen la palabra piedad. Pero la muerte era demasiado dulce para aquellos hombres, y Suyodhana, el jefe de los estranguladores, concibió un terrible proyecto encaminado a arrancar del corazón de la muchacha el amor por Tremal-Naik y a desembarazarse de mi amo, que podría ser en lo futuro un temible enemigo.

»En aquel tiempo un hombre valiente, resuelto, cuya hija había sido raptada por los thugs, hacía a estos una encarnizada guerra. Ese hombre era inglés y se llamaba el capitán Macpherson.

»Cientos y cientos de thugs habían muerto a sus manos, y día y noche perseguía a los demás, poderosamente auxiliado por el Gobierno inglés. Ni los lazos de los estranguladores, ni los puñales de los más fanáticos sectarios, ni las tramas más infernales, valían contra él.

»Suyodhana, que le temía mucho, propuso a Tremal-Naik que le matase, prometiéndole, como recompensa, la mano de la “Virgen de la Pagoda de Oriente”, como llamaban a la joven tan amada de mi jefe. ¡La cabeza del capitán debía ser el regalo de bodas!

— ¿Y Tremal-Naik aceptó? —preguntó el Tigre con viva ansiedad.

—Amaba a la «Virgen» y por lo tanto aceptó el horrible pacto. No te diré todo lo que hizo ni los peligros que tuvo que afrontar para acercarse al desgraciado capitán.

»Una casualidad le proporcionó los medios de hacerse pasar por uno de los esclavos del capitán, pero un día fue descubierto y se vio en grandes apuros para recobrar la libertad y salvar la vida.

»Sin embargo, no renunció al proyecto del jefe de los thugs, y en cierta ocasión logró embarcar en un buque que, capitaneado por Macpherson, se dirigía hacia Sunderbunds.

»La misma noche, mi amo, seguido de algunos cómplices, entró en el camarote del capitán, resuelto a degollarlo. Su conciencia protestaba contra semejante delito, porque aquel hombre debía ser sagrado para él, pero estaba decidido, toda vez que sólo matando al formidable adversario podría lograr la mano de la joven, o al menos así lo creía, no conociendo todavía la feroz perversidad del fanático Suyodhana.

— ¿Y lo mató? —preguntaron Sandokán y Yáñez, inquietos.

—No —contestó Kammamuri—. En el instante supremo, el nombre de su novia escapóse de los labios de mi amo y llegó a oídos del capitán que se despertaba.

»Aquel nombre fue un rayo para ambos. Evitó un asesinato, porque el capitán era el padre de la prometida de mi amo.

— ¡Por Júpiter!... —exclamó Yáñez—. ¿Qué historia tan tremenda es esta?

La verdad, señor Yáñez.

—Pero ¿no sabía tu amo el nombre de la joven?

—Sí, pero el padre había tomado otro para que no descubriesen los thugs que luchaba por recobrar a su hija y que temía la matasen...

—Continúa —dijo Sandokán.

—Puedes Imaginarte lo que sucedió. Mi amo comprendió, al fin, la infernal astucia de Suyodhana.

»Ofrecióse a guiar al capitán a la caverna de los sectarios. Desembarcaron en Raymangal; mi amo entró en el templo subterráneo, fingiendo llevar consigo la cabeza del adversario, y cuando volvió a ver a la mujer amada, los ingleses cayeron sobre los thugs.

»Sin embargo, Suyodhana logró escapar con vida del repentino asalto de

los enemigos, y mientras mi amo, el capitán, la joven y los soldados abandonaban los subterráneos para volver al buque, le oyeron gritar con voz amenazadora:

»¡En la selva nos veremos de nuevo!...».

«Y aquel hombre cumplió su palabra. En Raymangal se habían reunido unos cuantos centenares de estranguladores, enterados ya de la existencia de la expedición del capitán Macpherson.

»Guiados por Suyodhana, cayeron, en número veinte veces mayor, sobre los ingleses. La tripulación del buque acudió inútilmente en auxilio de su jefe.

»Todos murieron entre las gigantescas hierbas de la selva, arrollados por el número, y el capitán fue uno de los primeros en caer. Hasta el barco fue apresado, incendiado y volado.

»Sólo Tremal-Naik y la muchacha lograron escapar con vida. ¿Sintió remordimiento Suyodhana y no se atrevió a matar a mi amo, o esperaba convertirlo en un thug...? No lo sé.

»Tres días después, mi amo, que había enloquecido a consecuencia de un licor que le hicieron beber, fue arrestado por las autoridades inglesas y encerrado en el fuerte Williams. Había sido denunciado por un thug, y no faltaron testimonios, puesto que hasta en Calcuta, la secta contaba con gran número de prosélitos.

»Libróse de la muerte porque estaba loco, pero fue condenado a deportación perpetua en la isla de Norfolk, tierra que se encuentra al sur de una región que, según me dijeron, se llama Australia.

— ¡Qué drama! —exclamó el Tigre, al cabo de algunos instantes de silencio—. ¿Tanto odiaba Suyodhana a Tremal-Naik?

—El jefe de la secta pretendía, haciendo que mi amo degollase al capitán, destruir el amor que la Virgen de la Pagoda sentía por él. Aquel feroz caudillo de los thugs era un monstruo.

— ¿Pero tu amo está aún loco? —preguntó Yáñez.

—No, los médicos ingleses lograron curarlo.

— ¿Y no se defendió? ¿No dijo la verdad?

—Intentó hacerlo, pero no le creyeron y siguieron tratándolo como a un loco.

—Pero ¿por qué está en Sarawak?...

—Porque el buque que lo llevaba a Norfolk naufragó cerca de aquel lugar. Desgraciadamente, no estará mucho tiempo en las manos del rajá.

— ¿Cómo lo sabes?

—Un barco ha zarpado ya de la India, y dentro de seis o siete días llegará a Sarawak. El barco va directamente a Norfolk.

— ¿Cómo se llama ese buque?

—El Helgoland.

— ¿Lo has visto?

—Antes de zarpar.

— ¿Y adónde ibas en el Young-India?

—A Sarawak, a salvar a mi amo —contestó Kammamuri.

— ¿Solo?

—Solo.

—Eres muy audaz, maharato —dijo el Tigre de Malasia—. ¿Y qué hizo de la Virgen de la Pagoda de Oriente el terrible Suyodhana?

—La tuvo prisionera en los subterráneos de Raymangal, pero la pobre, después del sangriento asalto de los thugs en la selva, enloqueció.

— ¿Cómo escapó de manos de los thugs? —preguntó Yáñez.

— ¿Escapó? —dijo Sandokán.

—Sí.

— ¿Dónde está ahora?

—Más tarde lo sabrás. Dime, Kammamuri, ¿cómo huyó? —interrogó Yáñez.

—Lo explicaré en dos palabras —dijo el maharato—. Yo me quedé con los thugs, y velé por la Virgen de la Pagoda.

»Al cabo de algún tiempo supe que mi amo iba deportado a la isla de Norfolk y que el barco que lo conducía había naufragado en Sarawak, y medité la fuga.

»Compré un bote, lo oculté en medio del juncal, y una noche, cuando los thugs, completamente borrachos, no podían salir del subterráneo, me dirigí a la sacra pagoda, apuñalé a los indios que la custodiaban, cogí entre mis brazos a la joven y hui.

»Al amanecer me hallaba en Calcuta, y cuatro días más tarde, a bordo del Young India.

— ¿Y la Virgen? —preguntó Sandokán.

—En Calcuta —se apresuró a contestar Yáñez.

— ¿Es bella?

—Bellísima —dijo Kammamuri—. Tiene los cabellos negros y los ojos brillantes como ascuas.

— ¿Y se llama?

—La Virgen de la Pagoda, te he dicho.

— ¿No tiene otro nombre?

—Sí.

— ¿Cuál?

—Se llama Ada Corissanth.

Al oír este nombre, el Tigre de Malasia dio un salto, al mismo tiempo que lanzaba un grito.

— ¡Corissanth!... ¡Corissanth!... ¡El apellido de mi pobre Mariana!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... —exclamó con desesperación.

Después se derrumbó sobre la alfombra, con el rostro horriblemente descompuesto y las manos crispadas sobre el corazón. Ronco sollozo, semejante a un rugido, desgarró su pecho.

Kammamuri, sorprendido, púsose en pie para correr en auxilio del pirata, pero dos robustas manos le detuvieron.

—Una palabra —le dijo el portugués sujetándole fuertemente por el hombro—. ¿Cómo se llamaba el padre de la joven?

—Harry Corissanth —respondió el maharato.

— ¡Cielos!... ¿Y era...?

—Capitán de cipayos.

— ¡Sal de aquí en seguida!

Y le empujó bruscamente al otro lado de la puerta, que cerró, dando dos vueltas a la llave.

V. La caza del Helgoland

El pirata de Mompracem repúsose muy pronto de tan extraña y terrible conmoción. Su rostro, aunque alterado aún, recobró aquella expresión que

infundía respeto y terror a los más valientes, y por sus labios, algo descoloridos, erraba una sonrisa melancólica.

Gruesas gotas de sudor perlaban su frente, surcada por ligeras arrugas, y siniestras llamaradas brillaban en aquellos ojos que penetraban hasta lo más profundo de los corazones.

— ¿Ha pasado la tempestad? —preguntó Yáñez, sentándose a su lado.

—Sí —contestó el Tigre.

—Cada vez que oyes a uno de esos hombres que te recuerdan a la difunta Mariana, te exaltas y te pones enfermo.

—Amé mucho a aquella mujer, Yáñez... Su recuerdo, evocado tan bruscamente, me ha hecho más daño que una bala atravesándome el pecho... ¡Mariana, mi pobre Mariana!...

Un segundo sollozo desgarró el corazón del formidable hombre.

—Ánimo, hermano —dijo Yáñez, muy conmovido—. No olvides que eres el Tigre de Malasia.

—Ciertos recuerdos son tremendos hasta para un tigre.

— ¿Quieres que hablemos de Ada Corissanth?

—Hablemos, Yáñez.

— ¿Crees todo lo que ha dicho el maharato?

—Sí, Yáñez.

— ¿Y qué piensas hacer?

— ¿Recuerdas —exclamó Sandokán, con voz triste— lo que una tarde me dijo mi mujer bajo la fresca sombra de un gigantesco banano?

—Sí, lo recuerdo; te dijo: «En la lejana India tengo una prima a quien quiero mucho. Es hija de un hermano de mi madre».

—Sigue, Yáñez.

—Continuaré: «Ha desaparecido y no hay noticias de su paradero. Se dice que la robaron los indios thugs, Sandokán. Mi heroico esposo, sálvala, restitúyela a su pobre padre».

— ¡Basta, basta, Yáñez! —interrumpió el pirata con voz entrecortada—. ¡Oh! Estos recuerdos me destrozan. ¡No volver nunca a ver a aquella mujer!... ¡Mariana, mi Mariana!...

El pirata cogió la cabeza entre las manos y roncós sollozos levantaron su atlético pecho.

—Sandokán, sé fuerte —dijo Yáñez.

El pirata levantó la cabeza.

—Soy fuerte —replicó.

— ¿Quieres que sigamos hablando?

—Sigamos.

—Pero es necesario que te tranquilices.

—Me tranquilizaré.

— ¿Qué harás por Ada Corissanth?

— ¿Qué haré? ¿Y me lo preguntas? Correré a salvarla y luego iré a Sarawak para devolver la libertad a su prometido.

—Ada Corissanth está a salvo, Sandokán —dijo Yáñez.

— ¿A salvo?... ¿A salvo?... —exclamó el pirata, poniéndose de pie—. ¿Y dónde?

—Aquí.

— ¿Aquí?... ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque esa jovencita se parece a tu esposa, aunque no tenga ni los cabellos de oro, ni los ojos azules como el mar. Temía que al verla te impresionases.

— ¡Quiero verla, Yáñez, quiero verla!

—En seguida.

Abrió la puerta. Kammamuri, lleno de ansiedad, sentado en el suelo, esperaba a que lo llamasen.

— ¡Señor Yáñez! —exclamó, dirigiéndose apresuradamente al encuentro del portugués.

—Calma, Kammamuri.

— ¿Salvará usted a mi amo?

—Lo esperamos —contestó Yáñez.

— ¡Gracias, señor, gracias!

—Me darás las gracias cuando lo hayamos salvado. Ahora baja a la aldea y trae a la muchacha.

El indio descendió por la escalerilla labrada en la roca, lanzando gritos de alegría.

— ¡Buen muchacho! —murmuró el portugués.

Entró de nuevo en la choza y se acercó a Sandokán, que había vuelto a sentarse y que tenía el rostro oculto entre las manos.

— ¿En qué piensas? —le preguntó afectuosamente.

—En el pasado, Yáñez —contestó el pirata.

—No pienses más en el pasado, Sandokán. Ya sabes que te hace sufrir. Dime, ¿cuándo partiremos?

—En seguida.

— ¿Con rumbo a Sarawak?

—Sí.

—Será un hueso duro de roer. El rajá de Sarawak es poderoso y odia a muerte a los piratas.

—Lo sé, pero nuestros hombres se llaman los tigres de Mompracem y yo el Tigre de Malasia.

— ¿Iremos directamente a Sarawak, o pasaremos junto a la costa?

—Recorreremos la bahía. Antes de desembarcar, es preciso echar a pique el Helgoland.

—Comprendo tu idea.

— ¿La apruebas?

—Sí, Sandokán, y...

De repente se detuvo. La puerta abrióse de pronto y en el umbral apareció Ada Corissanth, la Virgen de la Pagoda de Oriente.

— ¡Mírala, Sandokán! —exclamó el portugués.

El pirata se volvió. Al ver a aquella mujer, dejó escapar un grito y retrocedió, vacilando, hasta la pared.

— ¡Qué parecido!... —exclamó—. ¡Qué parecido!...

La loca conservaba una inmovilidad absoluta, pero miraba fijamente al pirata.

De improviso avanzó dos pasos y pronunció una palabra:

— ¿thugs?

—No —dijo Kammamuri, que la seguía—. No, señora, no son thugs.

La joven movió la cabeza, acercóse a Sandokán, que estaba como clavado

en la pared, y le puso una mano en el pecho.

Parecía buscar algo.

— ¿Thugs? —repitió.

— ¡No, no! —dijo el maharato.

Ada abrió su amplia túnica de seda blanca, poniendo al descubierto una coraza de oro constelada de gruesos diamantes; en medio veíase, en alto relieve, una serpiente con cabeza de mujer. Miró durante un rato el misterioso símbolo de los estranguladores Indios y luego fijó la vista en el pecho de Sandokán.

— ¿Por qué no lleva ese hombre la serpiente? —preguntó con voz algo alterada.

—Porque no es un thug —contestó Kammamuri.

—Kammamuri —exclamó Yáñez, en voz baja—. ¿Por qué no le hablas de su prometido?

— ¡No, no! —interrumpió el maharato, con terror—. Sufriría un ataque.

— ¿Está siempre tan tranquila como ahora?

—Siempre; pero hay que evitar que oiga el eco de un ramsinga o de un taré y que vea un lazo o una estatua de la diosa Kali.

— ¿Por qué?

—Porque entonces huye, y durante varios días delira.

En aquel instante, la loca se volvió, dirigiéndose hacia la puerta. Kammamuri, Yáñez y Sandokán —este último con gran emoción—, la siguieron.

— ¿Qué quiere? —preguntó el portugués.

—No lo sé —contestó el maharato.

La loca, una vez en el exterior, se detuvo, mirando con curiosidad, la trinchera y la empalizada que defendían la cabaña; luego se encaminó hacia el borde de la gigantesca roca, fijos los ojos en el mar.

Al cabo de algunos instantes se inclinó, como para oír mejor el ruido de las olas, y estalló en una enorme carcajada, exclamando:

— ¡El Mangal!

— ¿Qué dice? —preguntaron Sandokán y Yáñez.

—Creo que confunde el océano con el río Mangal, que pasa por la isla de los thugs.

— ¡Pobrecilla! —exclamó Sandokán, suspirando.

— ¿Lograrán curarla? —preguntó Yáñez.

—Sí, lo espero... —respondió Sandokán.

— ¿De qué modo?

—Te lo diré cuando hayamos liberado a Tremal-Naik.

— ¿Vendrá Ada con nosotros?

—Sí, Yáñez. Durante nuestro viaje los ingleses podrían caer sobre Mompracem y llevársela.

— ¿Cuándo salimos? —preguntó Kammamuri.

—En seguida —replicó Sandokán—. Tenemos que andar mucho y el Helgoland tal vez no se halle muy lejos. Bajaremos a la aldea...

Kammamuri tomó a Ada de la mano y descendió por la escalera, seguido del Tigre de Malasia y de Yáñez.

— ¿Qué impresión te causa esta desgraciada? —preguntó el portugués a Sandokán.

—Una impresión dolorosa, Yáñez —contestó el pirata—. ¡Ojalá pudiera hacerla feliz!

— ¡Cómo se parece a Mariana!

—Sí —exclamó Sandokán con voz conmovida—. ¡Tiene la misma cara de mi pobre Mariana!... ¡Basta, Yáñez, no hablemos más de ella! ¡Esto me hace sufrir horriblemente!...

Habían llegado a las primeras chozas de la aldea. En aquel preciso momento entraban en la bahía los prahos, cargados con el botín arrancado al Young-India.

Los tripulantes, al descubrir a su jefe, lo saludaron con entusiastas vítores, esgrimiendo frenéticamente las armas.

— ¡Viva el invencible Tigre de Malasia! —gritaban.

— ¡Viva nuestro valiente capitán! —respondían los piratas de la aldea.

Sandokán, con un solo movimiento de la mano, congregó a su alrededor a todos los piratas, que pasaban de doscientos, la mayor parte dayakos de Borneo y malayos, hombres intrépidos como leones y feroces como tigres, dispuestos a hacerse matar por su jefe, a quien adoraban.

—Escuchadme todos —dijo—. El Tigre de Malasia va a emprender una expedición que tal vez cueste la vida a gran número de nosotros.

¡Tigres de Mompracem! En la costa de Borneo reina un hombre de una raza que tanto daño nos ha hecho y que tanto nos odia; un inglés, en fin. Este hombre, que es el enemigo más encarnizado de la piratería malaya, tiene en sus manos a un amigo mío, al prometido de esta pobre joven, que es prima de la difunta reina de Mompracem...

Oyóse un inmenso griterío en torno a Sandokán.

— ¡Lo salvaremos!... ¡Lo salvaremos!...

— ¡Tigres de Mompracem, quiero salvar al prometido de esta infeliz!

— ¡Lo salvaremos, Tigre de Malasia, lo salvaremos!... ¿Quién lo tiene prisionero?

—El rajá James Brooke, el exterminador de los piratas...

Esta vez no fue un grito lo que surgió del pecho de los bandidos, sino un rugido estremecedor.

— ¡Muera James Brooke!...

— ¡Muera el exterminador de piratas!...

— ¡A Sarawak!... ¡Todos a Sarawak!

— ¡Venganza, Tigre de Malasia!

— ¡Silencio! —ordenó el jefe—. ¡Karaolo, ven aquí!

Un hombre gigantesco, de tez amarillenta, con los miembros cargados de anillos de cobre y el pecho adornado con cuentas de vidrio, dientes de tigre, conchas y trenzas de cabellos, acercóse empuñando un pesado sable.

— ¿Cuántos hombres componen tu banda?

—Ochenta —respondió el pirata.

— ¿Temes a James Brooke?

—Yo no temo a nadie. Cuando el Tigre de Malasia me ordene caer sobre Sarawak, emprenderé el ataque y todos mis soldados me seguirán.

—Embarcarás con tu gente en la Perla de Labuán. El praho debe ir abarrotado de pólvora y de balas.

—Perfectamente, capitán.

—Y yo, ¿qué debo hacer? —preguntó Un viejo malayo, desfigurado por más de veinte cicatrices.

—Tú, malayo, permanecerás en Mompracem con la otra banda; deja que a Sarawak vayan los jóvenes.

—Puesto que lo ordenas, me quedaré aquí y defenderé la isla mientras en las venas conserve una gota de sangre.

Sandokán y Yáñez siguieron hablando un rato con los capitanes de las bandas; luego salieron de la cabaña.

Los preparativos fueron breves. Ocultaron bajo los vestidos bolsas repletas de gruesos diamantes, que unidos representaban un valor de dos millones por lo menos, se armaron de pistolas, carabinas, cimitarras y kriss de punta aguda y envenenada, y se encaminaron a la playa.

La Perla de Labuán, cubierta de velas, balanceábase en la pequeña rada, impaciente por navegar. Sobre el puente veíanse formados a los ochenta dayakos de Karaolo, prontos a maniobrar.

—Tigres —dijo Sandokán, a los piratas agrupados en la playa—, defended mi isla.

—La defenderemos —contestaron a coro, esgrimiendo las armas.

Sandokán, Yáñez, Kammamuri y Ada embarcaron en una lancha y llegaron a la nave, que en seguida levó anclas y se dirigió a alta mar, saludada por los gritos de:

— ¡Viva la Perla de Labuán!... ¡Viva el Tigre de Malasia!... ¡Vivan los tigres de Mompracem!...

VI. De Mompracem a Sarawak

La Perla de Labuán era uno de los mayores, mejor armados, más sólidos y hermosos prahos que surcaban los mares de Malasia.

Desplazaba ciento cincuenta o ciento sesenta toneladas, es decir, el triple de los prahos ordinarios. Su quilla era aguda, su forma esbelta, su proa alta y sólida, robustos sus mástiles y enormes sus velas.

Con viento favorable volaba con tanta rapidez como una golondrina de mar y se dejaba muy atrás a los steamers y a los más veloces barcos veleros de Asia y de Australia.

Nada hacía sospechar que se trataba de un corsario. Ni cañones ni tripulación se ofrecían a la vista. Parecía un magnífico praho mercante, con carga preciosa en sus entrañas, en ruta para China o para la India. El más astuto lobo de mar se habría equivocado.

Sin embargo, quien bajase a la bodega vería la clase de las mercancías. No

eran tapices, ni oro, ni especias, ni té; eran bombas, fusiles, puñales, sables de abordaje y barriles de pólvora en tal cantidad, que bastaba para hacer que volasen dos grandes fragatas.

Bajo el alcázar habrían podido observarse seis gruesos cañones; en sus cureñas, prontos a vomitar huracanes de metralla y de balas, dos morteros de buen calibre, garfios de abordaje, hachas, hoces y pesados parangs, las armas favoritas de los dayakos de Borneo.

Rodeando los arrecifes madreporicos, que hacían inaccesible, para los buques de alto bordo, la entrada en la pequeña bahía, la esbelta Perla de Labuán puso la proa hacia la costa de Borneo, y precisamente en dirección al cabo Sirik, que cierra, por la parte occidental, la inmensa ensenada de Sarawak.

El tiempo era espléndido y el mar estaba tranquilo; en el cielo, algunas nubes de color de fuego; en el océano, nada; ni una vela, ni señal de humo que indicase la presencia de vapor. La inmensa extensión de agua, aparecía tranquila, a pesar del fresco y ligero vientecillo que soplabá.

En menos de veinte minutos el barco llegó a la punta extrema de la isla, tras la cual había desaparecido el Young-India, y deslizóse veloz, inclinado coquetonamente a babor, dejando tras la popa una línea perfecta.

Yáñez y Kammamuri, después de acomodar a la Virgen de la Pagoda de Oriente en el mejor camarote de popa, subieron a cubierta, donde Sandokán paseaba, absorto en sus pensamientos.

— ¿Qué te parece nuestro barco? —preguntó Yáñez al indio que, apoyado en el coronamiento de popa, contemplaba la abrupta costa de Mompracem, que desaparecía rápidamente.

—No recuerdo haber viajado en embarcación tan rápida como esta, señor Yáñez —respondió el maharato—. Por lo visto, los piratas saben escoger bien sus buques.

—Tienes razón. No hay vapor capaz de hacer frente a la valerosa Perla de Labuán. Si el viento no cambia, en pocos días estaremos en la playa de Sarawak.

— ¿Sin luchar?

—No es posible saberlo. En estos mares conocen a la Perla de Labuán y son muchos los barcos que recorren las costas de Borneo. Podría darse el caso que alguno de ellos tuviese el capricho de medirse con el Tigre de Malasia.

— ¿Y si eso ocurriese?

— ¡Pues aceptaríamos el desafío! ¡El Tigre de Malasia no rehúye los

combates!

—No quisiera que nos atacase un barco grande.

—No temas. En la bodega tenemos sables y fusiles bastantes para armar a una ciudad de primer orden, bombas suficientes para hundir una flota y la pólvora necesaria para volar mil casas.

—Pero sólo hay ochenta hombres.

— ¿Sabes tú cómo son nuestros hombres?...

—Sé que son animosos, pero...

—Son dayakos, amiguito.

— ¿Qué significa eso?

—Que es gente que no teme arrojarse contra una muralla de hierro defendida por cien cañones, cuando sabe que al otro lado hay cabezas que cortar.

— ¿Cortar cabezas?

—Sí, muchacho. Los dayakos que viven en las grandes selvas de Borneo se llaman head-hunters, o sea cazadores de cabezas.

—Entonces son unos compañeros terribles.

—Formidables.

—Y también peligrosos. ¿Y si alguna noche tuviesen la mala idea de decapitarnos?

—No te asustes, chiquillo. Nos respetan y nos temen más que a su divinidad. Basta una sola mirada del Tigre para amansarlos.

— ¿Cuándo llegaremos a Sarawak?

—Dentro de cinco días, si no hay contratiempos.

— ¿Una borrasca, acaso?

— ¡Bah! —replicó el portugués, encogiéndose de hombros—, la Perla de Labuán, dirigida por un lobo de mar como Sandokán, se ríe de los más formidables ciclones. El peligro está en los buques que a perseguirnos vienen de vez en cuando.

— ¿Son muchos?

—Abundan tanto como las plantas venenosas. Portugueses, ingleses, holandeses y españoles nos han jurado guerra a muerte.

—De modo que un buen día desaparecerán los piratas.

— ¡Oh, nunca! —exclamó Yáñez, convencido—. La piratería durará mientras quede un solo malayo.

— ¿Por qué?

—Porque la raza malaya es refractaria a todo principio de civilización. No conoce más que el robo, el incendio, el saqueo y el asesinato, medios terribles que le suministran comida en abundancia.

»La piratería malaya existe desde hace muchos siglos. Es una herencia sangrienta que se transmite de padres a hijos.

— ¿No disminuye la raza? Los continuos combates abrirán grandes brechas en ella.

— ¡Poca cosa, Kammamuri, poca cosa! Los malayos son muy fecundos, como los insectos dañinos. Muerto uno, nace otro y el nacido no es menos valiente ni menos sanguinario que su padre.

—Sandokán ¿es malayo?

—No, es de Borneo y desciende de una ilustre familia.

—Dígame, señor Yáñez. ¿Cómo un hombre tan terrible que asalta barcos, que aniquila a tripulaciones enteras, que saquea e incendia ciudades, que extiende el terror por todas partes, se muestra tan generoso y se ofrece salvar a mi amo, a quien ni siquiera ha visto?

—Porque tu amo es el prometido de Ada Corissanth.

— ¿La conocía? —preguntó Kammamuri, con sorpresa.

—No.

—Entonces no comprendo...

—Lo comprenderás en seguida, Kammamuri. En mil ochocientos cincuenta y dos, o sea hace cinco años, el Tigre de Malasia había llegado a la cumbre de su poderío. Disponía de muchos súbditos, de numerosos prahos y de multitud de cañones. Con una sola palabra hacía temblar a todos los pueblos de Malasia.

— ¿Estaba usted entonces asociado al Tigre?

—Sí, desde muchos años antes. Un día Sandokán supo que en Labuán vivía una joven bellísima, y sintió deseos de verla. Acercóse a Labuán, pero fue descubierto por un buque y cayó herido. Solo, y con grandes fatigas, pudo internarse en el bosque y desde allí llegar a una casa habitada por... ¿no adivinas por quién?

—No, señor.

—Por la muchacha a quien quería ver.

— ¡Oh, qué extraña casualidad!

—Hasta entonces el Tigre de Malasia no había amado más que la lucha, los estragos, las tempestades, pero, al ver a la joven, se enamoró con locura.

— ¿Quién? ¿El Tigre? ¡Imposible! —exclamó Kammamuri.

—Te digo la verdad —dijo Yáñez—. Amó a la joven, la joven le correspondió y convinieron en huir juntos.

— ¿Por qué pensaba en la fuga?

—La joven tenía un tío, capitán de marina, hombre violento y enemigo encarnizado del Tigre de Malasia. No te hablaré del tremendo combate librado entre ingleses y piratas, de las desventuras que afligieron al Tigre, del bombardeo de Mompracem, ni de la fuga. Sólo te diré que Sandokán, al fin, logró casarse con su amada y refugiarse en Batavia. Le seguimos unos treinta hombres.

— ¿Y los demás?

—Habían muerto todos.

— ¿Y por qué volvió el Tigre a Mompracem?

Yáñez no contestó, y el maharato, sorprendido al no recibir respuesta, levantó la cabeza y le vio enjugarse una lágrima.

— ¡Llora usted! —exclamó.

—No es verdad —dijo Yáñez.

— ¿Por qué lo niega?

—Tienes razón, Kammamuri. También yo he visto deshacerse en lágrimas al Tigre de Malasia, que no había llorado nunca.

»Cuando pienso en Mariana Guillonk, siento que el corazón se me oprime y que se me hace un nudo en la garganta.

— ¡Mariana Guillonk...! —exclamó el maharato—. ¿Quién es?...

—La joven que huyó con el Tigre de Malasia.

— ¿Parienta de Ada Corissanth?

—Prima, Kammamuri.

— ¡Por eso el Tigre ha prometido salvar a Tremal-Naik y a su futura esposa! Dígame, señor Yáñez, ¿vive aún Mariana Guillonk?

—No, Kammamuri —dijo Yáñez, con tristeza—. Hace dos años que

murió.

— ¿Y su tío?

—Vive, y sigue persiguiendo a Sandokán. Lord James Guillonk ha jurado ahorcarnos a él y a mí.

— ¿Dónde está ahora?

—No lo sabemos.

— ¿Teme usted encontrarse con él?

—Te confesaré que tengo un presentimiento. Pero... yo no creo ya en los presentimientos.

Encendió un cigarrillo y comenzó a pasear por el puente. El indio observó que aquel hombre había dejado de estar alegre.

—Acaso los recuerdos le hayan entristecido —murmuró y bajó al camarote de Ada.

El viento seguía favorable, con tendencia a alimentar su fuerza, acelerando más y más la carrera de la Perla de Labuán, que no tardó en alcanzar siete nudos por hora, velocidad que le permitiría llegar muy pronto al cabo Sirik.

A mediodía distinguieron a babor las Romades, grupo de islas situado a cuarenta millas de la costa de Borneo, habitado en su mayor parte por piratas amigos de los de Mompracem. Algunos prahos acercaron a la Perla de Labuán, augurando buena presa a la tripulación y a su capitán.

Durante el día dejóse ver alguna vela lejana, algún bergantín o algún junco chino, pero el Tigre de Malasia, que temía llegar después que el Helgoland y que no quería exponer a su gente en inútiles luchas, no se preocupó de aquellas embarcaciones.

Al amanecer apareció Whale, isla importante, ceñida de innumerables escollos que la hacían de peligroso acceso. Una cañonera holandesa que recorría la costa en busca, sin duda, de algún buque corsario refugiado allí después de cometer cualquier fechoría, apenas descubrió a la Perla de Labuán, emprendió la marcha a toda máquina. En un instante, el puente cubrióse de marineros armados con carabinas de largo alcance, mientras los artilleros llevaban hacia estribor un cañón de grueso calibre.

— ¡Oh! —exclamó Yáñez, acercándose a Sandokán, que contemplaba tranquilamente a la cañonera—. Hermano, esos han oído algo, porque, según parece, se preparan a darnos caza.

—No lo creo —contestó Sandokán—. Se contentarán con seguirnos.

—No me gusta que me vaya pisando los talones una cañonera.

— ¿Tienes miedo?

—No, hermano. Pero ¿y si esa cañonera nos siguiese hasta Sarawak?

— ¿Por qué había de seguirnos hasta allí? Si llego a sospecharlo le presento batalla y la echo a pique.

—Desconfía, hermano. Me han dicho que James Brooke dispone de una buena flotilla que a menudo cambia de bandera para dar caza a los piratas.

—Conozco las astucias de ese hombre. Sé que en ocasiones, para atraer a los enemigos, desarbola su barco, el Realista, y los ametralla en cuanto se ponen a tiro.

— ¿Es cierto que ese diablo de hombre ha exterminado a cuantos piratas recorrían las costas de Sarawak?

—Sí, Yáñez. Con su pequeño buque, El Realista, limpió la mitad de la costa de Borneo, destruyendo todos los prahos, incendiando los poblados y cañoneando las fortalezas. Ese hombre tiene sangre en las venas, pero no piensa en el día en que mis tigres desembarquen en su territorio.

— ¿Pretendes luchar con él?

—Sí. El Tigre asestará un golpe terrible, tal vez el golpe de gracia al exterminador de los piratas.

— ¡Oh! —exclamó el portugués.

— ¿Qué sucede?

—Mira la cañonera, Sandokán. Nos invita a enarbolar nuestra bandera.

—Pues no será la mía la que le enseñemos.

—Entonces, ¿cuál? —preguntó Yáñez.

— ¡KaiMalu! Enseñales a esos curiosos una bandera inglesa, holandesa o portuguesa...

Pocos minutos después el pabellón de Portugal ondeaba a popa del praho.

La cañonera, satisfecha, emprendió de nuevo su marcha, no ya con rumbo a la isla de Whale, que se descubría aún en el horizonte, sino hacia el Sur.

El Tigre de Malasia y su compañero, al observar la nueva ruta, frunció el entrecejo.

— ¡Hum...! Esto quiere decir algo... —murmuró el portugués.

—Lo mismo creo.

—Esa cañonera va a Sarawak; estoy segurísimo. Apenas esté fuera del alcance de nuestra vista, cambiará el rumbo.

—Los hombres que la tripulan son astutos. Han comprendido que somos piratas.

— ¿Y qué hacemos?

—Por ahora, nada. Esa cañonera se aleja de nosotros cada vez más.

— ¿Irás a esperarnos en Sarawak?

—Es probable. Tal vez allí, con la flota de Brooke, se quede en acecho, a la desembocadura del río.

—Le presentaremos batalla.

—Sólo tenemos ocho cañones, Sandokán.

—Sí; pero el Helgoland tendrá seguramente más que nosotros. Ya verás, portugués, cómo nos divertimos.

Durante dos días, la Perla de Labuán recorrió treinta millas de la costa de Borneo, dominada por la cima del monte Patau, gigantesco cono cubierto de espesísimas selvas y que se eleva mil ochocientos ochenta pies sobre el nivel del mar.

En la mañana del tercer día, dobló el cabo de Sirik, promontorio rocoso coronado por algunas islas e isletas que por la parte meridional cierra la extensa bahía de Sarawak.

Sandokán, temiendo encontrarse de un momento a otro en presencia de la flotilla de James Brooke, ordenó que cargasen dos cañones, que se ocultaran dos terceras partes de los tripulantes y que enarbolasen el pabellón holandés. Después de esto, puso la proa hacia el cabo Tanjung-Datu, que cierra la bahía por la parte occidental, cerca del cual había de pasar el Helgoland, procedente de la India. Al mediodía, con general sorpresa, la Perla de Labuán se encontró con la cañonera que tres días antes había visto en aguas de la isla de Whale. Sandokán, al observarla, dio un violento puñetazo sobre la borda.

— ¡Otra vez la cañonera! —exclamó, frunciendo el entrecejo y mostrando los dientes, blancos y agudos como los de un chacal—. Parece empeñada en que haga beber sangre a mis tigres.

—Nos espía, Sandokán —dijo el portugués.

—Pues la hundiré.

—No hagas tal cosa. Un cañonazo podría ser oído por la flota de Brooke.

—Yo me río de la escuadra del rajá.

—Sé prudente, Sandokán.

—Lo seré, puesto que te empeñas, pero ya verás cómo la cañonera se

queda en acecho en la desembocadura del Sarawak.

— ¿No eres el Tigre de Malasia?

—Sí, pero llevamos a bordo a la Virgen de la Pagoda. Una bala podría matarla.

—Le formaremos un escudo con nuestros pechos.

El barco holandés había llegado a doscientos metros de la Perla de Labuán. En el puente veíase el capitán provisto de un anteojito, y reunidos a proa, más de treinta marineros armados de carabinas. A popa algunos artilleros rodeaban un grueso cañón.

Dio dos vueltas alrededor del praho, describiendo un amplio semicírculo, luego viró de bordo poniendo la proa hacia el Sur, es decir, hacia Sarawak.

Su velocidad era tanta, que antes de tres cuartos de hora no se descubría más que un sutil penacho de humo.

— ¡Maldición! —exclamó Sandokán—. Si vuelve a ponerse a tiro, la hundo. El Tigre, aun cuando está de buen humor, no consiente que se le acerquen impunemente tres veces.

—Volveremos a encontrarlos en Sarawak, Sandokán —dijo Yáñez.

—Eso creo, pero...

Un grito que venía de arriba le interrumpió, bruscamente.

— ¡Un steamer a la vista! —dijo Sandokán—. ¿De dónde viene?

—Del Norte —contestó el vigía.

— ¿Lo ves bien?

—Sólo veo el humo y la punta de los mástiles.

— ¡Si fuese el Helgoland! —exclamó Yáñez.

— ¡Imposible! Vendría de Occidente, no del Norte.

—Puede haber tocado en Labuán.

— ¡Kammamuri! —gritó el Tigre.

El indio, que se había subido al coronamiento de popa, corrió hacia el pirata.

— ¿Conoces tú el Helgoland? —le preguntó.

—Sí, señor.

—Pues, sígueme...

Treparon hasta la extremidad del palo mayor y fijaron los ojos en la verdosa superficie del mar.

VII. El Helgoland

En el horizonte había aparecido de pronto un barco de tres palos, que a pesar de la distancia, parecía ser de grandes dimensiones. De la chimenea escapábase un penacho de negro humo que el viento arrastraba muy lejos. Su mole, su estructura, sus mástiles, daban a conocer en seguida que aquella nave era un buque de guerra.

— ¿Lo ves, Kammamuri? —preguntó Sandokán, que lo contemplaba atentamente, como si quisiera distinguir el pabellón.

—Sí —contestó el maharato.

— ¿Lo conoces?

—Espera un poco.

— ¿Es el Helgoland?

—Aguarda... me parece... sí, sí, es el Helgoland.

— ¿No te equivocas?

—No, Tigre, no me equivoco. Veo su proa cortada en ángulo recto, sus mástiles de una pieza... Sí, Tigre, sí, es el Helgoland...

En los ojos del pirata brilló un siniestro relámpago.

— ¡Ya hay trabajo para todos! —dijo.

Agarróse a un obenque y se dejó caer sobre cubierta.

Los piratas, esgrimiendo las armas, le rodearon, interrogándole con la mirada.

— ¡Yáñez! —llamó.

—Aquí estoy, hermano —dijo el portugués, que llegaba apresuradamente de popa.

—Elige seis hombres, baja a la bodega y abre una brecha en los costados del praho.

— ¿Cómo? ¿Destrozar el praho? ¿Estás loco?

—Tengo un plan. La tripulación del otro barco oirá nuestros gritos, y nos auxiliará como a náufragos. Tú serás un embajador portugués con rumbo a

Sarawak, y nosotros tu escolta.

— ¿Y qué?

—Una vez a bordo, no será difícil, para hombres como nosotros, apoderarnos del buque. Date prisa; el Helgoland se acerca.

— ¡Hermano, eres un gran hombre! —exclamó el portugués.

Ordenó que se armasen seis hombres y bajó a la bodega, atestada de armas, de barriles de pólvora, de balas y de cañones viejos que servían de lastre. Tres hombres se dirigieron a babor y los otros a estribor.

— ¡Animo, muchachos! —dijo el portugués—. Dad firme, pero que los agujeros no sean demasiado grandes. Es preciso que el barco se hunda lentamente para que no sirvamos de merienda a los tiburones.

Los seis hombres comenzaron la tarea de horadar los costados del praho, que por lo resistentes parecían de hierro. Diez minutos después, dos enormes chorros de agua se precipitaban ruidosamente en la bodega y corrían hacia popa.

El portugués y los seis piratas subieron apresuradamente a cubierta.

—Nos hundiremos —dijo Yáñez—. Vaya, muchachos, ocultad las pistolas y los kriss. Mañana los necesitaremos.

—Kammamuri —gritó Sandokán—. Lleva al puente a tu ama.

— ¿Tendremos que echarnos al agua, capitán? —preguntó el indio.

—No lo creo. Sin embargo, en caso necesario, yo salvaré a la muchacha.

El maharato precipitóse bajo cubierta, cogió entre los robustos brazos a su ama, sin que esta opusiera la más pequeña resistencia y la llevó al puente.

El vapor estaba aún más de una milla, pero avanzaba con velocidad de catorce o quince nudos por hora. Pocos minutos después debía encontrarse en aguas del praho.

El Tigre de Malasia acercóse a un cañón y disparó.

La detonación llegó hasta el buque, que en el acto puso proa en dirección a la nave de los piratas.

— ¡Auxilio! ¡A nosotros! —gritó el Tigre.

— ¡Socorro! ¡Socorro!

— ¡Nos hundimos!

— ¡A nosotros! ¡A nosotros! —vociferaban los piratas.

El praho, inclinado de estribor, hundíase lentamente, vacilando como un

borracho. En la bodega se oía el sordo rumor del agua que se precipitaba por los dos orificios y el chocar de los barriles contra los costados del barco y contra los cañones. El palo mayor, aserrado por la base, vaciló un instante, y luego se cayó al mar, arrastrando velas y obenques.

Para que el vapor apresurase su carrera, en el praho hicieron seis o siete disparos de fusil.

— ¡Al agua la artillería! —ordenó Sandokán, al notar que la nave se hundía bajo sus pies.

Al mar cayeron los cañones, y luego los barriles de pólvora, las balas, el lastre de cubierta y los mástiles de recambio.

Seis hombres atados con cuerdas, bajaron a la bodega para detener el ímpetu del agua que entraba con furia, ensanchando más y más los boquetes.

El buque se hallaba a trescientos metros de distancia y se detuvo. Seis botes tripulados por marineros separáronse de sus costados y se dirigieron apresuradamente hacia el praho.

— ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó Yáñez, que permanecía de pie en la banda de estribor, rodeado de todos los piratas.

— ¡Ánimo! —dijo una voz desde el bote más próximo.

Las pequeñas embarcaciones avanzaban con furia, hendiendo rumorosamente el agua. Los timoneles, sentados a popa, con la barra en la mano, animaban a los marineros, que bogaban con todas sus fuerzas y con perfecto compás, sin perder un golpe de remo.

El oficial que capitaneaba la minúscula escuadra, un muchachote por cuyas venas corría algo de sangre india, saltó al puente del barco náufrago.

Al ver a la loca, descubrióse cortésmente.

—Daos prisa —dijo—, primero la señora, luego los demás. ¿No hay nada que salvar?

—Nada, comandante —dijo Yáñez—. Todo lo hemos echado al agua.

— ¡Embarquemos!...

La muchacha, primero; luego, Yáñez, Sandokán y algunos malayos y dayakos, precipitáronse hacia la embarcación del oficial, mientras los demás se acomodaban lo mejor posible en los otros cinco botes.

La escuadrilla alejóse apresuradamente, dirigiéndose hacia el buque, que avanzaba con lentitud.

El agua llegaba ya hasta el puente del praho, que oscilaba de popa a proa,

sacudiendo el maltrecho trinquete. El pobre barco parecía luchar por mantenerse a flote.

De repente, se le vio inclinarse sobre el flanco derecho, volcarse y luego desaparecer bajo las olas, formando un pequeño remolino que atrajo a los botes, haciéndoles retroceder más de veinte metros a pesar de los hercúleos esfuerzos de los marineros.

Una inmensa ola se lo llevó muy lejos, arrastrando algunos restos y estrellándose contra los costados del barco, haciéndole oscilar de babor a estribor.

— ¡Pobre Perla! —exclamó Yáñez, sintiendo que el corazón se le oprimía.

— ¿De dónde vienen? —preguntó el oficial del Helgoland, que hasta entonces no había hablado.

—De Varauni —contestó Yáñez.

— ¿Alguna brecha en el casco?...

—Sí, a consecuencia de un, choque contra la escollera de la isla de Whale.

— ¿Quiénes son esos hombres de color que vienen con usted?

—Dayakos y malayos. Forman la escolta que me ha dado el sultán de Borneo.

—Entonces, usted es...

—Yáñez Comeray Maranhao, capitán de Su Majestad Católica, el rey de Portugal, embajador en la corte del sultán Varauni...

El oficial se descubrió.

—Soy tres veces feliz por haberle salvado —dijo, inclinándose.

—Y yo se lo agradezco, caballero —replicó Yáñez, inclinándose también—. Sin su ayuda, a esta hora ninguno de nosotros existiría.

Los botes habían llegado junto al buque. Arrojada la escala, el oficial, Yáñez, Ada, Sandokán y los demás subieron a cubierta, donde les esperaban el capitán y los tripulantes.

El oficial hizo la presentación de Yáñez al capitán del barco, un hombre arrogante de unos cuarenta años, con largos bigotes y piel curtida y bronceada por el sol ecuatorial.

—Ha sido una verdadera fortuna llegar tan oportunamente, señor —dijo el lobo de mar, estrechando con fuerza la mano que el portugués le alargaba—. Sumergirse es cosa que produce estremecimientos cuando se piensa que en el fondo hay voracísimos tiburones.

—Sí, mi querido capitán. Mi hermana habría pasado un gran susto.

— ¿Es hermana de usted, señor embajador? —preguntó el marino, mirando a la joven, que no había pronunciado aún una palabra.

—Sí, capitán; pero la pobrecilla hace tiempo que ha perdido el juicio.

— ¿Qué ha perdido el juicio?

—Sí, señor.

— ¡Tan joven y tan bonita! —exclamó el capitán mirando compasivamente a la Virgen de la Pagoda—. Estará cansada.

—Eso creo, capitán.

—Sir Strafford, acompañe usted a la señora al mejor camarote de popa.

—Permita usted que su esclavo la siga —dijo Yáñez—. Acompáñala, Kammamuri.

El indio cogió de la mano a la muchacha y echó a andar tras el oficial.

—También usted, señor, sentirá cansancio y hambre —exclamó el capitán, volviéndose hacia Yáñez.

—No digo que no, capitán. Llevo dos noches sin dormir y dos días en que apenas he probado la comida.

— ¿A dónde iba usted?

—A Sarawak. Y, a propósito, capitán, permítame que le presente a su Alteza Real Orango Kahaiah, hermano del sultán de Varauni —dijo Yáñez, presentando a Sandokán.

El marino estrechó con efusión la mano del Tigre de Malasia.

—By God! —exclamó—. ¡Un embajador y un príncipe en mi buque! Esto es un acontecimiento. No he de decirles, señores, que mi nave está a su disposición.

—Mil gracias, capitán —dijo el portugués—. ¿Lleva usted rumbo a Sarawak?

—Precisamente, y haremos el viaje juntos.

— ¡Qué suerte!

— ¿Va usted a visitar al rajá James Brooke?

—Sí, capitán, tenemos que firmar un tratado importantísimo.

— ¿Conoce usted al rajá?

—No, capitán.

—Yo se lo presentaré, señor embajador. Tenga la bondad, sir Strafford, de acompañar a estos señores a la cámara de popa y mandar que les sirvan de comer.

— ¿Dónde se alejarán nuestros marineros, capitán? —preguntó Yáñez.

—En el entrepuente, si a usted le parece.

—Gracias, señor.

Yáñez y Sandokán siguieron al oficial que los condujo a una espaciosa cámara de popa provista de divanes y amueblada con elegancia.

Las dos portillas, con gruesos vidrios y cortinas de seda, caían sobre la proa de la nave y permitían que entrasen libremente la luz y el aire.

—Sir Strafford —dijo Yáñez—, ¿quiénes son nuestros vecinos de aposento?

—El capitán a la derecha y a la izquierda su hermana de usted.

—Perfectamente. Cambiaremos algunas palabras a través de las paredes...

El oficial se retiró después de anunciarles que el steward llegaría muy pronto con la comida.

—Bien, hermano, ¿qué tal marcha el asunto? —preguntó Yáñez cuando se quedaron solos.

—A pedir de boca —respondió Sandokán—; esos pobres infelices nos han tomado de buena fe por dos personajes importantes.

— ¿Qué dices del barco?

—Que es de primera y que hará un magnífico papel en Sarawak.

— ¿Has contado a los hombres de a bordo?

—Sí, son unos cuarenta.

— ¡Oh!, exclamó el portugués, haciendo un gesto.

— ¿Tienes miedo de cuarenta hombres?

—No digo que no.

—Nuestra gente no es poca, Yáñez, y toda escogida.

—Pero los ingleses tienen buenos cañones.

—Ya he encargado a Hirundo que venga a informarme de las defensas de que dispone el buque. El muchacho es astuto y nos lo dirá todo.

— ¿Cuándo daremos el golpe?

—Esta noche. Mañana, a mediodía, nos encontraremos en la desembocadura del río.

—Calla, aquí está el steward.

El hombre, ayudado por dos mozos, sirvió Una comida excelente. Dos bistecs chorreando sangre, un budín y selectas botellas de vino francés y de ginebra. Sandokán y Yáñez, que tenían apetito, sentáronse a la mesa y devoraron. Cuando atacaban el budín, oyeron en la parte exterior un ligero silbido.

—Entra, Hirundo —dijo Sandokán.

Un muchachote de bronceado rostro, bien plantado y de ojos vivos, entró, cerrando tras sí la puerta.

—Siéntate y habla —exclamó Yáñez—. ¿Dónde están los nuestros?

—En el entrepunte —respondió el joven dayako.

— ¿Qué hacen?

—Acariciar las armas.

— ¿Cuántos cañones hay en la batería? —preguntó Sandokán.

—Doce, Tigre.

—Estos ingleses están bien armados. James Brooke tendrá que roer un hueso muy duro si le asalta el capricho de abordarnos. Con una sola descarga echamos a pique a su famoso El Realista.

—Lo creo, Tigre.

—Óyeme, Hirundo, y recuerda bien mis palabras.

—Soy todo oídos.

—Que, por ahora, ninguno de nuestros hombres se mueva. Cuando la luna se oculte, arrastrad los cañones lejos de la batería y subid en masa al puente, gritando: ¡fuego, fuego! Los marineros, los oficiales y el capitán aparecerán sobre cubierta y, si no se rinden, caeremos sobre ellos. ¿Me has comprendido?

—Perfectamente, Tigre de Malasia. ¿Tienes que decirme algo más?

—Sí, Hirundo. Cuando te marches de aquí entrarás en el camarote de la Virgen de la Pagoda, que está al lado de este, y dirás a Kammamuri que atranque sólidamente la puerta y que, mientras dure el combate, no salga.

—Comprendo, Tigre de Malasia.

—Puedes irte.

Hirundo, en el acto, entró en el camarote de la Virgen de la Pagoda.

— ¿Los mataremos a todos? —preguntó el portugués a Sandokán.

—No, Yáñez, les invitaremos a rendirse. Me desagradaría quitar la vida a estos hombres que nos han acogido tan generosamente.

Los dos piratas acabaron de comer, vaciaron unas cuantas botellas, saborearon el té servido por el steward y se tumbaron cómodamente en los divanes, esperando con gran calma la señal.

A las ocho, el sol desapareció y las tinieblas se extendieron poco a poco por la extensa superficie líquida.

Sandokán miró por la ventana.

A babor, a gran distancia, le pareció ver una masa negruzca que subía hasta las nubes: a popa, también muy lejos, una vela blanca sobre el horizonte.

—Nos hallamos cerca del monte Mantag —murmuró—. Mañana estaremos en Sarawak.

Acercóse a la puerta y prestó atención.

Oyó que dos personas bajaban por la escalera; luego un débil cuchicheo y en seguida abrirse y cerrarse dos puertas: una a la derecha y otra a la izquierda.

—Bueno —murmuró de nuevo—. El capitán y el segundo de a bordo han entrado en sus respectivos camarotes. Todo marcha bien.

Encendió un chibuquí que tuvo tiempo de salvar del naufragio, lo mismo que las pistolas, la cimitarra y el kriss de inestimable valor, y comenzó a fumar con la mayor tranquilidad.

En el camarote del capitán sonaron las nueve, luego las diez, después las once el pirata estremeciósse como si hubiera tocado una pila eléctrica y saltó del diván.

—Yáñez —llamó.

—Hermano —contestó su amigo.

El Tigre de Malasia dio dos pasos hacia la puerta, apoyada la mano derecha en la empuñadura de la cimitarra. Un terrible grito retumbó en las entrañas del barco, perdiéndose en el mar.

— ¡Fuego! ¡Fuego!...

— ¡Salgamos! —exclamó Sandokán.

Los dos piratas, como tigres, lanzáronse sobre el puente.

VIII. La bahía de Sarawak

Al grito de «¡fuego!», el maquinista mandó parar el barco, que sólo avanzó algunos metros más gracias al último movimiento de la hélice.

Indescriptible confusión reinaba en el puente al aparecer los dos piratas. Del castillo de proa, medio desnudos o en camisa, salían los marineros, soñolientos aún, llenos de inmensa angustia, atropellándose, empujándose, cayendo y levantándose.

Los hombres de guardia, no menos aterrados, creyendo que el fuego había tomado ya proporciones alarmantes, afanábanse por recoger los cubos esparcidos en el puente. En cambio, de las escotillas, como marea ascendente, salían furiosos los tigres de Mompracem, con los kriss entre los dientes y empuñando las pistolas, dispuestos a la lucha, órdenes, gritos, maldiciones y preguntas elevábanse de todas partes, dominando las voces de mando de los oficiales de cuarto.

— ¿Dónde es el fuego? —interrogaba uno.

—En la batería —contestaba otro.

— ¿Qué se quema?

— ¡A la santa bárbara! ¡A la santa bárbara!

— ¡Formad la cadena!

— ¡A las bombas!

— ¡Capitán! ¿Dónde está el capitán?

— ¡A vuestros puestos! —tronaba el oficial—. ¡Ánimo, muchachos! ¡A las bombas! ¡A vuestros puestos!...

De improviso, una vibrante voz resonó en medio del puente:

— ¡A mí! ¡A mí!

El Tigre de Malasia apareció en medio de sus soldados. Con la mano derecha oprimía la cimitarra, que brillaba a la vaga claridad de los fanales de proa.

Retumbó un grito feroz:

— ¡Viva el Tigre de Malasia!

Los tripulantes del buque, sorprendidos, asustados al ver a todos aquellos hombres dispuestos a arrojar sobre ellos, precipitáronse hacia proa y hacia popa.

— ¡Traición! ¡Traición! —gritaban desde todas partes.

Los piratas, kriss en mano, se preparaban para derribar aquellas dos murallas humanas. El Tigre de Malasia los detuvo con un silbido.

El capitán apareció en el puente y dirigióse resuelto hacia ellos con el revólver en la mano.

— ¿Qué ocurre? —preguntó con imperioso acento.

Sandokán salió a su encuentro.

—Ya lo ves, capitán —contestó—. Mis hombres atacan a los tuyos.

— ¿Quién eres?

—El Tigre de Malasia, capitán.

— ¿Cómo?... ¿Otro hombre?... ¿Dónde está el embajador?

—Ahí, empuñando una pistola y dispuesto a disparar sobre ti si no te apresuras a rendirte.

— ¡Canalla!

— ¡Calma, capitán! No se insulta impunemente al jefe de los piratas de Mompracem.

El marino retrocedió algunos pasos.

— ¡Piratas! —exclamó—. ¿Sois piratas?...

—Y de los más temibles.

— ¡Atrás! —rugió, levantando el revólver—, ¡atrás o disparo!

—Capitán —dijo el Tigre, adelantándose—. Somos ochenta, todos armados y decididos a todo, y tú no cuentas más que con cuarenta hombres inermes. No quiero sacrificaros inútilmente; rendíos, pues, y te juro que no te tocaré ni un cabello.

—Pero ¿qué es lo que quieres?

—Tu barco.

— ¿Para piratear con él?

—No, para realizar una buena acción; para reparar una injusticia de los hombres.

— ¿Y si me negase?

—Lanzaría a mis tigres contra ti...

— ¡Lo que pretendes es perderme!

Sandokán se desató un cinturón bien repleto que llevaba bajo la casaca y se lo alargó a su adversario, diciéndole:

— ¡Aquí hay un millón en diamantes, toma!

El capitán se quedó aturdido.

—No comprendo... —exclamó—. Dispones de hombres con los cuales podrías hacerte dueño del buque sin grandes sacrificios, y en vez de apoderarte de él me regalas esto. ¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho: el Tigre de Malasia —replicó Sandokán—. Ríndete o me veré obligado a azuzar contra ti a mi gente.

— ¿Y qué vas a hacer con mis hombres?

—Embarcarán en las lanchas y les dejaré en libertad.

— ¿Y adónde iremos?

—La costa de Borneo no está lejos. Date prisa, decide...

El capitán vacilaba. Tal vez temía que los piratas se cebasen en la tripulación.

Yáñez adivinó lo que pasaba por el cerebro de aquel hombre, y adelantándose, dijo:

—Capitán, eres injusto al dudar de la palabra del Tigre de Malasia, porque jamás faltó a lo prometido.

—Tienes razón —dijo el marino—. ¡Hola, muchachos! Entregad las armas; toda resistencia es inútil...

Los subordinados, que veían el asunto mal parado, arrojaron sobre el puente hachas, cuchillos y espadas.

— ¡Bravos muchachos! —exclamó Sandokán.

A una señal botaron al agua cinco chalupas, después de proveerlas bien de víveres.

Los inermes marineros desfilaron por entre los piratas y se acomodaron en las embarcaciones. El capitán se quedó el último, y deteniéndose ante el Tigre de Malasia le dijo:

—No tenemos ni un arma para defendernos, ni una brújula para guiarnos...

Sandokán, desenganchándose de una cadena que le pendía del pecho, una brújula de oro, alargósele al marino, exclamando:

—Para que te sirva de guía...

Quitóse del cinto las dos pistolas y del dedo una magnífica sortija adornada

con un diamante del grueso de una avellana, y añadió, entregándole los tres objetos:

—Esas armas para que te defiendas, este anillo como recuerdo y esta bolsa repleta de diamantes en pago del barco.

—Eres un hombre muy extraño —dijo el capitán, admitiendo el obsequio—. ¿Y no piensas que podría descargar estas armas sobre ti?

—No lo harás.

— ¿Por qué?

—Porque eres un hombre leal. Ea, vete...

El capitán saludó con la mano y bajó a la embarcación, que en seguida se puso en marcha, escoltada por todas las otras, dirigiéndose hacia el Oeste.

Veinte minutos después, el Helgoland abandonaba aquellos parajes, navegando rápidamente con rumbo a la cercana costa de Sarawak.

—Ahora vamos a ver a Kammamuri y a su ama —dijo Sandokán, después de indicar la ruta—. Supongo que ninguna desgracia le habrá ocurrido a la pobre Ada.

Bajó la escala de popa seguido de Yáñez y llamó a la puerta del camarote del maharato.

— ¿Quién es? —preguntó Kammamuri.

—Sandokán.

— ¿Hemos vencido?

—Sí.

— ¡Viva el Tigre de Malasia! —gritó el bravo indio.

Separó los muebles que había apilado detrás de la puerta y abrió. Yáñez y Sandokán entraron.

El indio empuñaba una cimitarra y su cinturón aparecía lleno de pistolas y de puñales.

Tendida en un diván vieron a la loca, ocupada en arrancar los pétalos de una rosa de China que acababa de coger de un florero.

Al notar la presencia de Sandokán y de Yáñez, púsose en pie de un brinco, mirándolos con ojos que revelaban profundo terror.

— ¡Thugs!... ¡thugs!... —exclamó.

—Son amigos nuestros, ama —dijo el maharato.

La joven contempló a Kammamuri breves instantes; luego cayó de nuevo en la poltrona, volviendo a su tarea de deshojar la flor que tenía en la mano.

— ¿Le han producido alguna impresión los gritos de los combatientes? — preguntó Sandokán al maharato.

—Sí —contestó este—. Se levantó, gritando: «¡Los thugs!». Pero luego se calmó poco a poco.

— ¿Nada más?

—Nada más, capitán.

—Vela por ella, Kammamuri.

—No me separaré de su lado.

Yáñez y Sandokán volvieron a cubierta. En aquel instante, los piratas de guardia descubrieron hacia el Sur un punto rojizo que se movía con rapidez.

Yáñez y Sandokán se lanzaron a proa, mirando atentamente en aquella dirección.

—Debe de ser el fanal de alguna nave —dijo el portugués.

—Seguramente. Y me inquieta bastante —contestó Sandokán.

— ¿Por qué, hermano?

—Porque ese barco puede encontrarse con las chalupas.

— ¡Rayos y truenos! ¡Eso nos faltaba!...

—No te preocupes, Yáñez. El Helgoland tiene buenos cañones. Pero... la nave es de vapor. ¿No ves la columna rojiza que se eleva al cielo?

— ¡Por Júpiter, tienes razón!

—Si fuese...

— ¿Quién?

— ¡A los cañones, muchachos! ¡A los cañones! —tronó el Tigre de Malasia.

— ¿Qué pasa? —preguntó el portugués, sujetándole.

—Es la cañonera, Yáñez.

— ¿Qué cañonera?

—La que nos seguía.

— ¡Dios mío!

—La echaremos a pique.

— ¿Estás loco?

—Pero ¿no la ves tú?

—Sí, la veo, pero si la atacas, en Sarawak nos cañonearán. Si no se tiende a la primera descarga, correrá a delatarnos al maldito Brooke.

— ¡Por Alá! —exclamó Sandokán, sorprendido ante el razonamiento.

—Estémonos quietos, hermano —dijo Yáñez.

— ¿Y si se encuentra con las chalupas?

—No es fácil, Sandokán. La noche es oscura, las chalupas navegan con rumbo a Occidente, y la cañonera, si no me equivoco, tiene la proa hacia el Norte. Un encuentro no es probable.

—Pero mira a la cañonera...

—Calma; dejémosla que siga hacia el Norte.

La cañonera hallábase en aquel momento muy próxima. A babor y a estribor brillaban los dos fanales verdes y rojos, y en el extremo del trinquete el blanco. A popa se descubría al timonel.

Cruzó muy cerca del Helgoland, describiendo una especie de semicírculo, y desapareció con rumbo al Norte, dejando tras sí una fosforescente estela.

No habían transcurrido diez minutos cuando se oyó a lo lejos una voz que gritaba:

— ¡Hola, la cañonera!...

Sandokán y Yáñez, al escuchar aquellas palabras, se dirigieron al alcázar y miraron hacia el Norte.

— ¿Será la chalupa? —preguntó Sandokán, inquieto.

—No veo más que a la cañonera —respondió el portugués.

—Sin embargo, esa voz sonó a distancia.

— ¿Habremos oído mal?

—Lo dudo.

— ¿Qué hacemos?

—Estemos prevenidos.

Sandokán continuó en el puente cerca de una hora, esperando algún otro grito, pero sólo oyó el ruido de las olas que se estrellaban contra los costados del buque y el gemido del viento entre la arboladura.

A medianoche, tranquilo, pero preocupado, descendía al camarote del

capitán, donde Yáñez le esperaba tendido en un sofá.

El Helgoland seguía avanzando con rumbo a la bahía de Sarawak. Los marineros de guardia no advirtieron nada extraordinario; solamente a las dos de la madrugada vieron, por la borda de estribor y a cincuenta metros de distancia, cruzar una sombra negra y desaparecer poco después. Todos la tomaron por un praho que navegaba sin fanales.

Al amanecer, el barco hallábase a cuarenta millas de la desembocadura del Sarawak, en cuya orilla, a pocas horas de marcha, se levantaba la ciudad del mismo nombre.

El mar estaba tranquilo y el viento era favorable. Aquí y allá veíanse algunos prahos y algunos giongs con sus grandes velas, y hacia el Oeste distinguíase el monte Malang, pico gigantesco que se eleva a 2790 pies sobre el nivel del mar y cuyas laderas aparecen cubiertas de verdes bosques.

Sandokán, que no podía estar tranquilo en aquel mar surcado por los barcos de James Brooke, el exterminador de los piratas malayos, mandó izar la bandera inglesa en el extremo del palo mayor, cargar los cañones, amontonar bombas en las baterías, abrir la santa bárbara y armar a toda su gente.

A las once de la mañana, a siete millas de distancia, aparecía la costa, muy baja, cubierta de vegetación y defendida por extensos arrecifes. Al mediar el día, el Helgoland doblaba la península que divide a la bahía, y poco después fondeaba en la desembocadura del río, al otro lado de la punta de Montabas.

IX. La batalla

La desembocadura del río ofrecía un magnífico espectáculo. A derecha, a izquierda y sobre las dos márgenes, extendíanse soberbios bosques de «pisang» de gigantescas hojas y dorado fruto, de colosales mangos, de preciosas palmeras de cuyo tronco se extrae una fécula muy nutritiva, de gambires, de beteles y de árboles de alcanfor en cuyas ramas gritaban multitud de monos y enjambres de tucanes de enormes picos.

Por el río iban y venían barcas, botes, prahos, giongs javaneses con las velas pintadas, juncos chicos recios y pesados y pequeñas naves inglesas y holandesas; unas esperando carga y otras viento propicio que les permitiese salir al mar.

En los arrecifes y en los bancos veíanse a dayakos medio desnudos, ocupados en pescar albatros, gigantescos pájaros de grandes picos que pueden atravesar sin esfuerzo el cráneo de un hombre, y enjambres de rapidísimas

aves marinas llamadas «fragatas».

Apenas el Helgoland echó el ancla en buen lugar, precisamente en medio del río, que descendía a la vez que la marea, Sandokán dirigió una mirada a las naves que lo rodeaban.

Sus ojos cayeron en seguida sobre un pequeño schooner, provisto de muchos cañones. Al verlo se le escapó una sorda imprecación.

—Yáñez —dijo a su camarada, que estaba junto a él—, fíjate en el nombre de ese barco.

—El Realista está escrito a popa.

—No me equivocaba. El corazón me decía que ese era el mismo barco que sirvió a James Brooke para exterminar a los piratas malayos.

— ¡Por Baco! —exclamó el portugués—. Tenemos un vecino terrible.

—Al cual echaría con muchísimo gusto a pique.

—Pero es preciso ser prudente, hermano, si quieres salvar a Tremal-Naik.

—Lo sé.

—Mira, una barca viene ahí. ¿Quién será ese hombre tan feo?...

Sandokán inclinóse sobre la borda. Una barquichuela construida con el tronco de un árbol, tripulada por un hombre de piel amarillenta que por todo traje llevaba un pantaloncillo rojo y que se adornaba con anillos de cobre en los pies y las manos, un gorro de plumas en la cabeza y un gigantesco pico de tucán sobre la frente, se acercaba al buque.

—Es un bazir —dijo Sandokán.

—No sé lo que significa eso.

—Un ministro de Dinata o de Giuwata: las dos divinidades de los dayakos.

— ¿Qué vendrá a buscar?

—Querrá obsequiarnos con algún estúpido presagio.

—Pues no nos hacen falta sus presagios.

—Debemos recibirlo, Yáñez. Nos dará informes acerca de James Brooke y de su flota.

El esquife había llegado junto al buque. Sandokán mandó echar la escala y el bazir, con pasmosa agilidad, subió hasta el puente.

— ¿A qué vienes? —le preguntó Sandokán, hablándole en lengua dayaka.

—A venderte mis presagios —respondió el bazir, sacudiendo sus

numerosos anillos.

—No los quiero. Necesito otra cosa.

— ¿Qué?

—Óyeme bien, amigo mío. Deseo saber muchas cosas de ti, y si me contestas tendrás un magnífico kriss y tanto tuwack (líquido embriagador), que no te lo podrás beber en un mes.

Los ojos del dayako brillaron de codicia.

—Habla —exclamó.

— ¿De dónde vienes?

—De la ciudad.

— ¿Qué hace el rajá Brooke?

—Se fortifica.

— ¿Teme alguna sublevación?

—Sí, de los chinos y de los sobrinos de Muda-Hassin, nuestro antiguo sultán.

— ¿Has vivido fuera de Sarawak?

—Nunca.

— ¿Has visto llevar a Sarawak un prisionero indio?

El bazir reflexionó.

— ¿Un hombre noble y fuerte? —preguntó al fin.

—Sí, noble y fuerte —replicó Sandokán.

—Lo vi desembarcar hace algunos meses.

— ¿Dónde lo encerraron?

—No lo sé; pero eso podrá decírtelo un pescador que vive allí —replicó el dayako, señalando con el dedo hacia una cabaña de hojas que se levantaba en la orilla izquierda—. Ese hombre acompañó al prisionero.

— ¿Cuándo podré ver al pescador?

—Ahora está pescando, pero por la noche volverá a su casa.

—Está bien. ¡Hola, Hirundo! Regala tu kriss a este hombre y ponle en su embarcación un barril de ginebra.

El pirata no se hizo repetir la orden. Mandó que llevasen a la canoa una barrica de aquel licor y entregó su kriss al bazir, que se marchó tan contento

como si le hubiesen regalado una provincia entera.

— ¿Qué piensas hacer? —preguntó Yáñez, apenas el dayako abandonó el puente.

—Dentro de una hora será de noche y enviaremos a buscar al pescador.

— ¿Y luego?

—Cuando sepamos dónde está Tremal-Naik, iremos a buscar a James Brooke.

— ¿A James Brooke?

—No iremos ya como piratas, sino como grandes personajes. Tú serás un embajador holandés.

—Corremos mucho peligro, Sandokán. Si Brooke descubre la mentira, nos mandará ahorcar.

—No temas, Yáñez. Aún no han tejido la cuerda que ha de colgar al Tigre de Malasia.

—Capitán —dijo en aquel instante Hirundo, acercándose—. Se aproximan barcos.

El Tigre y Yáñez se volvieron hacia la desembocadura del río y vieron dos bergantines de guerra con bandera inglesa avanzar veloces, tratando de doblar la punta de Momtabar.

— ¡Oh! —exclamó Yáñez—. ¡Son barcos de guerra!

— ¿Te sorprende? —preguntó el Tigre.

—Un poco, hermano. Aquí, en este río, bajo los ojos de Brooke, no estoy a gusto. Dudo de todos.

—Haces mal en desconfiar, Yáñez. Aquí hay siempre buques ingleses...

Al cabo de media hora, los dos bergantines, entraron en el río, remolcados por seis embarcaciones. Saludaron con dos cañonazos a la bandera del rajá, pasaron a estribor del Helgoland y fueron a echar el ancla el uno a la derecha y el otro a la izquierda de El Realista, a una distancia de veinte metros escasos. Cuando terminó la maniobra, la noche cubría ya bloques, escollos, barcas, juncos, prahos y las aguas del río.

Sandokán eligió este momento para enviar a sus hombres a tierra y buscar al pescador. Botaron una barca. Hirundo y otros piratas se acomodaron en ella y remaron hacia la orilla. Apenas se habían alejado unas cuantas brazas, cuando el portugués corrió al encuentro de Sandokán, descompuesto el rostro y los ojos llenos de espanto.

— ¡Hermano! —exclamó.

— ¿Qué pasa? —preguntó el pirata—. ¿Por qué esa cara de terror?

—Sandokán, se trama algo contra nosotros.

— ¡Imposible! —exclamó el Tigre, dirigiendo a su alrededor una amenazadora mirada.

—Sí, Sandokán, preparan un ataque. Mira al mar.

El pirata, inquieto a pesar suyo, volvióse hacia la desembocadura del río. Sus manos oprimieron el kriss y la cimitarra. Un sordo rugido se le escapó de sus temblorosos labios.

A lo lejos, junto a la escollera, descubriase una masa negra, enorme, amenazadora, tendida de forma que obstruía la salida. No hacían falta grandes esfuerzos para comprender que se trataba de un barco de guerra que presentaba el flanco al Helgoland.

— ¡Rayos! —murmuró con reconcentrada rabia—. ¿Será verdad?... Sin embargo, no lo creo.

— ¿No ves que nos presenta la boca de sus cañones? —dijo Yáñez.

—Pero ¿quién nos habría delatado?

—Tal vez la cañonera.

—No es posible. La cañonera llevaba rumbo al Norte.

—Pero a las dos de la madrugada los marineros de guardia descubrieron una sombra que cruzaba velozmente hacia Sarawak.

— ¿Y supones que...?

—La cañonera nos habrá delatado —siguió Yáñez—. Tal vez habrá recogido a los ingleses de los botes, tal vez al hombre que gritó: «¡Hola, la cañonera!», fuese algún marinero enemigo caído al agua durante el combate...

Sandokán fijó los ojos en El Realista. La nave de James Brooke había anclado en su puesto, pero los dos barcos ingleses se habían acercado tanto al Helgoland, que lo tenían cogido entre dos fuegos.

— ¡Ah! —exclamó el terrible pirata—, ¿quieres batalla? ¡Pues te haré ver quién soy al brillo de mis cañones...!

Aún no había terminado cuando un agudísimo grito partió de la orilla izquierda, en la dirección que llevaba Hirundo.

— ¡Socorro! ¡Socorro!...

Sandokán, Yáñez y los piratas saltaron como un solo hombre hacia

estribor, tratando de ver lo que ocurría en la tenebrosa selva.

— ¿Quién gritará? —exclamó un pirata.

— ¡Qué Dinata me haga cortar la cabeza si esa voz no es la de Hirundo! — dijo un dayako de atlética estatura.

— ¡Eh! ¡Hirundo!... —gritó Yáñez.

Resonaron dos tiros en el bosque y luego se oyó el golpe de cuatro cuerpos que caían en el agua.

Por densa que fuese la oscuridad, los piratas descubrieron a cuatro hombres que nadaban desesperadamente, dirigiéndose hacia el barco.

— ¡Es Hirundo! —exclamó un pirata.

— ¡Hola! ¡La cosa se pone seria! —añadió otro.

— ¿Quién se apuesta algo a que nos dan un disgusto? —preguntó un tercero.

—Silencio, muchachos —interrumpió el Tigre—. Arrojad cabos...

Los cuatro hombres, que nadaban como peces, llegaron en pocos instantes hasta el buque. Agarrarse a los cabos y trepar a la borda fue para ellos cosa de un momento.

— ¡Hirundo! —exclamó Sandokán, reconociendo en aquellos cuatro hombres a los piratas enviados poco antes en busca del pescador.

—Capitán —dijo el dayako sacudiéndose el agua—. Estamos sitiados.

— ¡Rayos! —rugió el Tigre—. Dime en seguida lo que hayas visto.

—He visto allá abajo, en aquel bosque, a los soldados del rajá, armados de fusiles, ocultos tras los troncos de los árboles y de los matorrales. Parecían aguardar una señal para empezar el fuego.

— ¿Estás seguro de no haberte equivocado?

—Hay más de doscientos hombres. ¿No has oído los dos disparos de fusil que hicieron contra nosotros?

— ¿Qué decides, hermano? —preguntó Yáñez.

—La retirada no es posible. Estaremos prevenidos, y al primer cañonazo trabaremos la batalla. ¡A mí, valientes!...

Los piratas, que se mantenían a respetuosa distancia, avanzaron. Sus ojos despedían chispas y sus manos acariciaban la empuñadura de los kriss. Sabían de lo que se trataba y temblaban de impaciencia.

—Tigres de Mompracem —dijo Sandokán—, James Brooke, el

exterminador de los piratas malayos, se dispone a atacarnos. Millares de dayakos asesinados por ese hombre claman venganza. ¿Juráis ante mí vengarlos?

—Lo juramos —respondieron a coro los soldados, con terrible entusiasmo.

—Piratas de Mompracem —siguió Sandokán—, somos uno contra cuatro, pero el Tigre de Malasia está con vosotros. Hierro y fuego hasta que se agoten la pólvora y las balas a bordo. Es preciso que esa noche mostremos a esos perros cómo saben combatir los tigres de la selva de Mompracem. ¡A vuestros puestos, muchachos! A mi voz de mando: ¡fuego!

Un sordo rugido respondió a las mágicas palabras del capitán. Los piratas, con Yáñez a la cabeza, se precipitaron a las baterías, enfilando las negras bocas de los cañones hacia las naves enemigas.

Sobre el puente sólo permanecieron dos piratas, de pie junto a la rueda del timón, y Sandokán, que desde el castillo de proa espiaba los movimientos del enemigo.

Los cuatro barcos que se preparaban a hacer trizas al Helgoland con sus cuarenta cañones, parecían dormir profundamente. En los puentes no se oía el más leve rumor, pero veíanse algunas sombras que se agitaban a popa y a proa.

—Se preparan para el ataque —murmuró Sandokán, con los dientes apretados—. Dentro de diez minutos se iluminará esta bahía con el fuego de más de cincuenta cañones.

De pronto sil frente se contrajo.

— ¿Y Ada? —murmuró—. ¿Y si una bala la hiriese? ¡Sambigliong!... ¡Sambigliong!...

El dayako que llevaba este nombre acudió en el acto.

—Aquí estoy, capitán —dijo.

— ¿Dónde está Kammamuri?

—En el camarote de la Virgen de la Pagoda.

—Vete a buscarlo y amontona en las paredes del camarote todos los barriles y todos los trozos de hierro que encuentres.

— ¿Se trata de proteger de las balas aquella estancia?

—Sí, Sambigliong.

—Confía en mí. Los proyectiles no llegarán a aquel lugar.

—Vete, amigo mío.

—Una palabra, capitán. ¿Debo quedarme en el camarote?

—Sí, y te encargarás de salvar a la muchacha si nos vemos obligados a abandonar el buque. Sé que eres el mejor nadador de la Malasia. Date prisa, Sambigliong.

El dayako se precipitó hacia popa. Sandokán continuó mirando al río.

En el buque anclado en la desembocadura apareció de pronto una luz. Casi en el acto, en el puente de El Realista, brilló un relámpago, seguido de una formidable detonación.

El Tigre de Malasia dio un brinco, mientras que el extremo del palo mayor, tronchado por una bala de a ocho, caía con gran estrépito sobre cubierta.

— ¡Piratas! —gritó—. ¡Fuego!, ¡fuego!...

— ¡Viva el Tigre de Malasia! ¡Viva Mompracem!

Sucedió un silencio breve, amenazador; luego, la pequeña rada inflamóse de un extremo a otro.

De los cuatro barcos enemigos salían balas y llamaradas que rompían las tinieblas y el silencio de la noche; de la selva, nutrido fuego de mosquetería que extendíase con increíble celeridad a derecha y a izquierda.

Empezaba la lucha. Los cinco buques combatían con indescriptible rabia, relampagueando, tronando, vomitando huracanes de hierro que atravesaban el aire con estridentes silbidos. Las tripulaciones, ennegrecidas por la pólvora y ebrias de entusiasmo, cargaban y descargaban las piezas sin cesar, tratando de destruirse mutuamente, animándose con gritos salvajes.

El Helgoland, en medio de la bahía, anclado sólidamente, defendíase.

Tronaba a babor, tronaba a estribor, sin perder un disparo, respondiendo con metralla a la metralla, con bombas a las bombas, derribando mástiles, desmontando cañones, rompiendo baterías, perforando quillas, arrasando la selva que daba albergue a los soldados del rajá.

Parecía un barco de hierro defendido por un ejército de titanes.

Caían sus velas, temblaba su arboladura, saltaban sus botes en pedazos, demolíanse las bordas, agujereábanse sus flancos, morían sus tripulantes, pero ¿qué importaba? Aún había pólvora y balas para todos.

A cada disparo, oíanse en la batería a los piratas gritar:

— ¡Viva Mompracem!

El Tigre de Malasia, de pie en medio del puente, contemplaba el horrible espectáculo.

¡Qué impresionante estaba en el barco que temblaba bajo sus plantas, a la claridad de cincuenta cañones! Los cabellos al viento, los labios entreabiertos con terrible sonrisa y la cimitarra en la mano. ¡Qué hermoso aparecía el pirata que contemplaba la escena con satisfacción, en tanto que la muerte silbaba a su alrededor, mientras los mástiles caían delante y detrás de él, cuando la metralla rugía en sus oídos, arrancando las tablas del puente, al mismo tiempo que las bombas estallaban!

Sus enemigos, al verlo en el heroico barco, impasible entre el huracán de hierro, sentíanse asaltados de un loco impulso de gritar:

— ¡Viva el Tigre de Malasia! ¡Viva el héroe de la piratería malaya!

El combate que duraba ya media hora, era cada vez más tremendo, cada vez más encarnizado. El Helgoland, acribillado por el incesante fuego de los cincuenta cañones, agujereado por todas partes, hecho trizas por la tempestad de bombas que caían cada vez más espesas, no era más que un esqueleto humeante.

No tenía ni mástiles, ni bandas, ni madero intacto. Era una criba, por cuyos agujeros precipitábase el agua del río. Seguía respondiendo a aquellos cuatro enemigos que habían jurado echarlo a pique, pero pronto no podría ya continuar. Diez piratas yacían sin vida en la batería, dos cañones quedaban inútiles, desmontados por el fuego del adversario, las bombas escaseaban y la popa, llena de agua, hundíase poco a poco. Quince minutos más, tal vez diez, y el heroico Helgoland desaparecería entre las olas.

Yáñez, que disparaba un cañón de grueso calibre, dióse cuenta de la gravedad de la situación.

Arriesgándose a recibir una descarga de metralla en la cabeza, lanzóse al puente, donde estaba el Tigre de Malasia.

— ¡Hermano! —gritó.

— ¡Fuego, Yáñez!... ¡fuego!... —rugió Sandokán—. Van a abordarnos.

— ¡No podemos sostenernos! ¡El barco se hunde! ¿Qué hacemos? Los minutos son preciosos.

Un formidable chasquido sofocó su voz. El castillo de proa, hecho trizas por la explosión de una granada, cayó destrozando parte de la cubierta y de la cámara de los marineros. El Tigre de Malasia dejó escapar un aullido de rabia.

— ¡Se acabó! ¡A mí, tigres, a mí!...

Dirigióse precipitadamente hacia la batería donde los piratas continuaban bombardeando a los barcos enemigos. Kammamuri le cerró el paso.

—Capitán —dijo—, el agua invade el camarote de la joven.

— ¿Dónde está Sambigliong? —preguntó el Tigre.

—En el camarote.

— ¿Vive Ada?

—Sí, capitán.

—Llévala al puente, y prepárate a arrojarte al río. ¡Todo el mundo sobre cubierta! ¡El enemigo se dispone al abordaje!

Los piratas dispararon los cañones por última vez y subieron a cubierta, llena de maderos.

Los buques enemigos, remolcados por algunas chalupas, acercábanse para abordar al Helgoland.

— ¡Sandokán! —gritó Yáñez, al notar la falta de su compañero—. ¡Sandokán!...

Como respuesta oyó el clamoreo de victoria de los enemigos y una cerrada descarga de los piratas.

— ¡Sandokán! ¡Sandokán! —repitió.

El Tigre de Malasia apareció en el puente con la cimitarra en una mano y una antorcha en la otra. Tras él marchaban Sambigliong y Kammamuri, que llevaba en brazos a la Virgen de la Pagoda.

— ¡Tigres de Mompracem! —tronó Sandokán—. ¡Fuego!

— ¡Viva el capitán! ¡Viva Mompracem! —rugieron los piratas, descargando las carabinas contra los cuatro buques.

El Helgoland vacilaba como un borracho, y se deshacía rápidamente bajo las continuas descargas del enemigo.

Por las brechas de los costados penetraba el agua en enormes cantidades.

De proa, de popa, por las escotillas y por las portas de las baterías, salían columnas de denso humo.

La voz del Tigre de Malasia, vibrante como un clarín, dejóse oír una vez más entre el estampido de los cañones.

— ¡Sálvese quien pueda!... ¡Sambigliong, tírate al río con la muchacha!

El dayako y Kammamuri saltaron al agua con la joven que se había desmayado y tras ellos se precipitaron todos los demás, nadando entre las naves enemigas, que rozábanse ya con el destrozado buque en el que, sin embargo, permanecía un hombre. Era el Tigre de Malasia. En la derecha empuñaba aún la cimitarra y en la izquierda la antorcha. Por sus labios vagaba

una terrible sonrisa.

— ¡Viva Mompracem! —se le oyó todavía gritar.

Un «¡viva!», formidable repercutió en el espacio. Cien hombres lanzáronse con las armas en la mano sobre el puente del Helgoland.

Sandokán no los esperó. Con pasmosa agilidad saltó por encima de la borda, y desapareció entre las aguas.

Casi en el mismo instante, se abrió el barco y una gigantesca llamarada elevóse al cielo, iluminando el río, las naves enemigas, los bosques, los montes, y lanzando a derecha e izquierda millares de incandescentes astillas.

Barcos y hombres desaparecieron entre el humo y las llamas del Helgoland, volado por la explosión de la pólvora.

X. La taberna china

— ¡Hola, buen hombre!

— ¡Milord!

— ¡Déjate de milores!

—Sir...

—Al infierno los sires.

—Mi amo...

— ¡Idiota!

—Monsieur!... ¿Señor?...

— ¿Qué clase de comida hay aquí?

—China, señor, china como la tienda.

— ¿Y pretendes que coma cosas chinas? ¿Qué animalitos son esos que se mueven?

—Cangrejos borrachos del Sarawak.

— ¿Vivos?

—Pescados hace media hora.

— ¿Y quieres que me trague los cangrejos vivos?

—Cocina china, señor.

— ¿Y este asado?

—Perro joven, señor.

— ¿Qué dices?

—Perro joven.

— ¡Bergante! ¿Y quieres que coma perro? ¿Y aquello qué es?

—Un gato, señor.

— ¡Truenos y centellas! ¿Un gato?

—Bocado de mandarín, señor.

— ¿Y ese plato?

—Topos fritos con manteca.

— ¡Perro chino! ¿Te has empeñado en que reviente?

—Cocina china, señor.

—Cocina infernal, querrás decir. Cangrejos borrachos, topos fritos, perro asado... Si mi compañero estuviese aquí, se desternillaría de risa. Vaya, no hay que andarse con ascos. Si los chinos comen estas cosas, también puede comerlas un blanco.

Y el hombre que así hablaba acomodóse en la silla de bambú, sacó de la cintura un magnífico kriss con empuñadura de oro, esmaltado con magníficos brillantes, y partió en trozos el perro asado, que despedía un apetitoso perfume.

Entre bocado y bocado, púsose a observar el sitio en que se encontraba.

Era una sala muy baja de techo; en los muros veíanse pintados dragones monstruosos, extrañas flores, lunas sonrientes y animales vomitando fuego. Alrededor había escabeles y esteras donde se tendían chinos de amarillento rostro, y coleta larguísima y lacios bigotes; aquí y allá, sin orden, aparecían mesas de todos tamaños, ocupados por feísimos malayos de aceitunado color y negros dientes y por arrogantes dayakos medio desnudos, armados de pesados parangs, cuchillos que medían medio metro de largo y que probablemente en las grandes selvas del Sur habían cortado buen número de cabezas. Algunos de aquellos hombres masticaban el buyo, compuesto de hojas de betel y de nueces de areca, lanzando sobre el pavimento una saliva ensangrentada; otros bebían grandes vasos de arak o de towak, y otros fumaban pipas cargadas de opio.

— ¡Hum! —murmuró nuestro hombre, descuartizando el perro—. ¡Vaya caras feas! No sé cómo ese bribón de James Brooke ampara a estos picaros.

Debe de ser un gran zorro y un...

Un agudo silbido, que procedía del exterior le cortó la palabra.

— ¡Oh! —exclamó.

Llevóse dos dedos a los labios e imitó el silbido.

— ¡Señor! —gritó el tabernero.

— ¡Que Confucio te ahorque!

— ¿Ha llamado el señor?

—Silencio. Déjame en paz...

Un indio, alto, llevando un kriss suspendido del costado derecho, entró, dirigiendo a todas partes sus negrísimos y grandes ojos. El hombre que estaba royendo una pata de perro, al descubrir al recién llegado levantóse y dijo:

— ¡Kammamuri!...

Iba a dejar su sitio, cuando una rápida señal del indio acompañada de una suplicante mirada le detuvo.

—Esto quiere decir que hay peligro —volvió a murmurar.

El indio, después de un segundo de vacilación, sentóse frente a él. El tabernero acudió en seguida.

—Una taza de tuwack.

— ¿Y algo de comer?

—Tu coleta —dijo el indio, riendo.

El chino volvió la espalda, haciendo una feísima mueca, y se apresuró a servir una taza y un vaso de tuwack.

— ¿Nos espían? —preguntó en voz muy baja el hombre que estaba frente a él, mientras seguía devorando.

El indio hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Y luego dijo en voz alta:

— ¡Qué apetito, señor!

—Hace veinticuatro horas que no como —contestó nuestro hombre, que, como el lector habrá imaginado, era el bravo Yáñez, el inseparable amigo del Tigre de Malasia.

— ¿Viene usted de muy lejos?

—De Europa. ¡Eh, tabernero del diablo!, un poco de tuwack.

—Tome del mío —dijo Kammamuri.

—Acepto, joven. Siéntese a mi lado y pruebe esta porquería.

El maharato no se hizo rogar y colocó su taburete junto al portugués, empezando a comer sin más cumplimientos.

—Podemos hablar —dijo Yáñez al cabo de uno rato—. Nadie sospechará que somos amigos. ¿Os salvasteis todos?

—Todos, señor —respondió Kammamuri—. Antes que amaneciese, una hora después de la marcha de usted, abandonamos los bosques de la ribera y nos refugiamos en un pantano. El rajá envió soldados para explorar la desembocadura del río, pero no logró descubrirnos.

— ¿Sabes que escapamos oportunamente?

—Medio minuto más y habríamos volado todos. Por fortuna, la noche era tan oscura, que nuestros enemigos no vieron nada hacia la orilla.

— ¿No habrá sufrido nada la prometida de tu amo?

—Nada, señor Yáñez. Auxiliado por Sambigliong, pude llevarla a tierra con toda facilidad.

— ¿Dónde está ahora Sandokán?

—A ocho millas de aquí, en una espesa selva.

— ¿Da modo que está seguro?

—No lo sé. He visto a la guardia del rajá rondar por los alrededores.

— ¡Diablo!

—Y usted, ¿no corre ningún peligro?

— ¡Yo! ¿Quién va a ser el loco que irle tome por un pirata? ¡Yo, un europeo!

—Usted, sin embargo, viva prevenido, señor Yáñez. El rajá debe de ser muy astuto.

—Sí, pero nosotros lo somos más que él.

— ¿No sabe usted nada de Tremal-Naik?

—Nada, Kammamuri. He preguntado a varias personas, pero sin resultado.

— ¡Pobre amo! —murmuró el indio.

—Lo salvaremos, te lo prometo —dijo Yáñez—. Esta misma tarde pondré manos a la obra.

— ¿Qué proyecta usted?

—Trataré de acercarme al rajá y me haré amigo suyo.

— ¿Cómo?

—Me haré el borracho, fingiré querer acogotar a alguien y lograré que la guardia del rajá me detenga.

— ¿Y luego?

—Cuando me hayan arrestado, Inventaré cualquier historia amena y me daré a conocer como un noble lord, como un baronet... Nos reiremos mucho.

— ¿Qué debo yo hacer?

—Nada. Irás en busca de Sandokán y le dirás que todo marcha bien. Además, mañana rondarás el palacio del rajá. Tal vez tenga necesidad de ti...

El indio se levantó.

—Un momento —dijo Yáñez, sacando una bolsa bien repleta y alargándosela.

— ¿Qué hago con esto? —preguntó el Indio.

—Para ejecutar mi proyecto es preciso que no lleve encima un céntimo. Dame tu kriss, que nada vale, y toma en cambio el mío, que tiene mucho oro y muchos diamantes. ¡Eh, tabernero del demonio, seis botellas de vino de España!

— ¿Quiere usted emborracharse? —preguntó el maharato.

—Déjame hacer y ya verás. Adiós, querido...

El indio echó sobre la mesa un chelín y salió, mientras que el portugués descorchaba las botellas.

Bebió dos o tres vasos, y el resto lo ofreció a los malayos que estaban más próximos, a quienes les parecía increíble haber encontrado un europeo tan generoso.

— ¡Eh, tabernero! —volvió a gritar el portugués—. Tráeme otra clase de vino y algún plato delicado.

El chino, contentísimo de realizar tan buen negocio y pidiendo cordialmente al buen Budha que le enviase todos los días una docena de aventureros como aquel, sirvió nuevas botellas y un tarrito de delicadísimos nidos de salangana, aliñados con aceite y sal, manjar que sólo los ricos pueden permitirse.

El portugués, aunque había comido por dos, volvió a dar trabajo a sus dientes y a beber y obsequiar con vino a todos los reunidos.

Cuando acabó, el sol se había ocultado y en la taberna encendieron gigantescas linternas de talco, que esparcían sobre los bebedores esa blanquecina luz tan grata a los hijos del Celeste Imperio. Sacó un cigarrillo, examinó sus pistolas y se levantó murmurando:

—Vámonos, querido Yáñez. El tabernero armará un escándalo endiablado, yo gritaré más que él, acudirán los guardias del rajá y me llevarán detenido. A Sandokán seguramente no se le habría ocurrido, un plan mejor...

Arrojó al aire dos o tres bocanadas de humo y se dirigió tranquilamente hacia la puerta. En el momento de salir se sintió sujeto por la chaqueta.

— ¡Señor! —dijo una voz.

Yáñez volvióse y se encontró delante del tabernero.

— ¿Qué quieres? —preguntó fingiéndose ofendido.

—La cuenta, señor.

— ¿Qué cuenta?

—El señor no me ha pagado. Me debe tres libras, siete chelines y cuatro peniques.

—Vete al diablo. No tengo un céntimo.

El chino, de amarillo que era, se tornó color de ceniza.

—Pero el señor me pagará —gritó agarrándose a las ropas del portugués.

—Suéltame, canalla... —rugió Yáñez.

—El señor me debe tres esterlinas, siete chelines y...

—Y cuatro peniques, ya lo sé. Pero no te pagaré, bribón. Déjame en paz.

—El señor es un ladrón. Haré que lo detengan.

—Me gustaría verlo.

— ¡Auxilio! ¡Detened al ladrón! —exclamó el chino.

Cuatro pinches se precipitaron en auxilio de su amo, armados de cacerolas, de ollas y de espumaderas. Esto era lo que deseaba el portugués.

Cogió al tabernero por la garganta, lo levantó a pulso y lo lanzó fuera de la puerta para que se rompiera la nariz contra las piedras de la calle. Luego cargó sobre los pinches, repartiendo con asombrosa rapidez tantos puntapiés que en menos tiempo del que se tarda en contarlos, se encontraban, unos sobre otros, junto al amo.

En seguida se oyó un aullido de rabia.

— ¡Socorro, compatriotas! —gritó el tabernero.

— ¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Sujetadlo! ¡Matadlo! —vociferaban los pinches.

XI. Una noche en la cárcel

Aquel grito dado por chinos en un barrio chino, tenía que producir el mismo efecto que produce el sonido de un gong en las calles de Cantón o de Pekín.

Antes de cinco minutos, doscientos hijos del Celeste Imperio, armados de bambúes, de cuchillos, de piedras y de sombrillas, hallábanse reunidos ante la puerta de la taberna, lanzando penetrantes chillidos.

— ¡Muera el ladrón! —gritaban los unos, esgrimiendo bastones y sombrillas.

— ¡Acabemos con el blanco! —gritaban los otros, mostrando los cuchillos.

— ¡Arrojadlo al río!

— ¡Descuartizad a ese sinvergüenza!

— ¡Cogedlo! ¡Matadlo! ¡Ahogadlo! ¡Quemadlo!

Los parroquianos, asustados de aquella algazara y temiendo que los apedreasen, abandonaron apresuradamente la tienda. Sólo quedó el portugués, que reía hasta reventar, como si asistiese a una divertidísima farsa.

— ¡Bravo!, ¡magnífico! —gritaba, aunque amartillando al mismo tiempo las pistolas y sacando el kriss del cinto.

Un chino que armaba más ruido que todos sus compañeros, le tiró una piedra, pero el proyectil fue a dar en un gran frasco de ginebra, cuyo licor se esparció por el suelo.

— ¡Eh, granuja! —exclamó el portugués—. Que perjudicas al tabernero.

Recogió la piedra y se la tiró al agresor, rompiéndole un diente.

La algarabía aumentó y otros chinos acudieron, algunos de ellos armados con viejos arcabuces. Tres o cuatro, animados por el tabernero, intentaron penetrar en la tienda, pero al ver las pistolas con que el portugués apuntaba hacia la puerta de fuera, apresuráronse a mostrar la suela de fieltro de sus zapatillas.

— ¡Apedreadlo! —dijo una voz.

— ¿Y mi taberna? —gimió el dueño del figón.

— ¡Apedreadlo, amigos, apedreadlo!...

Una granizada de adoquines entró en la tienda, rompiendo linternas, frascos, botellas, tarros y vasos.

El portugués, al darse cuenta de que el juego comenzaba a ponerse serio, descargó al aire las dos pistolas.

A los disparos contestaron desde la calle siete arcabuzazos, sin más resultado que aumentar la confusión.

De pronto se oyeron varias voces:

— ¡Alto!... ¡Alto!...

— ¡Los guardias del rajá!

El portugués respiró. Aquel tumulto, aquellos bastones levantados, aquellos cuchillos, aquella granizada de piedras, aquellos mosquetazos y aquel incesante aumento de la turba, empezaban a inquietarle.

—Ahora que no hay peligro alguno, hagamos ruido —se dijo.

Lanzóse hacia una mesa y la volcó, rompiendo todos los frascos, copas y botellas que tenía encima.

— ¡Sujetadlo! ¡Sujetadlo! —decía llorando el tabernero—. Ese hombre me lo está rompiendo todo.

— ¡Alto! ¡Alto a la guardia! —gritaron algunos.

Abrióse la multitud y en la puerta de la taberna aparecieron dos hombres altos, robustos, con chaqueta y calzones de tela blanca y armados de sables.

— ¡Atrás! —gritó el portugués, apuntándoles con una pistola.

— ¡Un europeo! —exclamaron los dos guardias, llenos de asombro.

—Decid un inglés —replicó Yáñez.

Los dos guardias envainaron los sables.

—No queremos hacerle ningún daño, señor —dijo uno de ellos—. Estamos al servicio del rajá Brooke, compatriota de usted.

— ¿Qué pretendéis?

—Librarle de esta turba.

— ¿Y conducirme a la cárcel?

—Eso lo decidirá el rajá.

— ¿Me llevaréis a su presencia?

—Claro.

—Si es así, bueno. Del rajá Brooke no tengo nada que temer.

Los guardias colocáronse uno a cada lado y desenvainaron otra vez los sables para proteger al preso contra la furia de los chinos.

— ¡Paso! —gritaron.

Los hijos del Celeste Imperio desobedecieron la intimidación. Querían colgar al europeo, ya que los guardias no lo habían hecho.

Sin embargo, los dos policías no se desanimaron. Repartiendo palos y vigorosos puntapiés, lograron abrirse paso y condujeron al prisionero por una estrecha callejuela, jurando matar a cuantos les siguiesen.

La amenaza produjo excelente resultado.

Los chinos, después de lanzar imprecaciones contra los guardias, contra Yáñez y contra el mismo rajá, a quien acusaban de proteger a los ladrones, se dispersaron, dejando solo al tabernero y a sus cuatro pinches.

Sarawak no es una ciudad muy grande, ni tiene muchas calles, así es que los dos guardias, en menos de cinco minutos llegaron al pequeño palacio del rajá, construido de madera, como todas las casas de los blancos.

En la parte más alta ondeaba una bandera, que al portugués le pareció roja, como la inglesa; a la puerta estaba de centinela un indio armado de bayoneta y fusil.

— ¿Me llevaréis en seguida a presencia del rajá?

—Es demasiado tarde —respondió uno de los guardias—. El rajá duerme.

— ¿Y dónde pasaré la noche?

—Le llevaremos a una habitación.

— ¡Con tal que no sea a una cueva...!

—A un compatriota del rajá no podemos encerrarle en una cueva.

En efecto, el portugués, después de subir una escalera, se halló en una estancia de regulares dimensiones, con ventanas defendidas por espesas celosías de hojas de nipa, una hamaca de filamentos de coco, algunos muebles europeos y una lámpara encendida.

— ¡Por Júpiter! —exclamó, frotándose las manos alegremente—. Voy a dormir como una marmota.

— ¿Desea usted algo? —le preguntó uno de los policías.

—Que me dejéis en paz.

Un guardia salió, pero el otro sentóse junto a la puerta, metiéndose en la boca una nuez de areca envuelta en una hoja de betel.

El portugués frunció el ceño, pero pronto se tranquilizó.

—Aprovecharé la ocasión para hacerle hablar, ignoro muchas cosas que indudablemente este hombre sabe.

Lio un cigarrillo, lo encendió, aspiró algunas bocanadas de humo y se acercó a su carcelero, preguntándole:

—Muchacho, ¿eres Indio?

—Bengalés, señor.

— ¿Hace mucho que estás aquí?

—Dos años.

— ¿Has oído hablar de un pirata que se llama el Tigre de Malasia?

—Sí...

Yáñez reprimió un gesto de alegría.

— ¿Es cierto que el Tigre se encuentra en esta ciudad? —preguntó.

—No lo sé, pero dicen que los piratas han asaltado un barco a veinte o treinta millas de la costa y que luego han desembarcado.

— ¿Dónde?

—No sé exactamente el sitio, pero pronto nos enteraremos.

— ¿De qué modo?

—El rajá tiene excelentes espías.

— ¿Es cierto que hace algunos meses naufragó un buque inglés junto al cabo Tanjung-Datu?

—Sí. Era un buque de guerra procedente de Calcuta.

— ¿Quién acudió en su auxilio?

—Nuestro rajá, con su schooner El Realista.

— ¿Se salvaron los tripulantes?

—Todos, incluso un indio condenado a deportación perpetua.

— ¿Un indio condenado a deportación perpetua? —exclamó Yáñez, fingiendo la mayor sorpresa—. ¿Quién era?

—Ya se lo he dicho, señor; un indio.

— ¿Sabes su nombre?

El bengalés meditó algunos instantes.

—Se llamaba Tremal-Naik.

— ¿Y qué delito había cometido? —preguntó Yáñez, con ansiedad.

—Me dijeron que había asesinado a muchos ingleses.

— ¡Qué infame! ¿Y dónde está ahora?

—Encerrado en el fortín.

— ¿En cuál?

—En aquel que se levanta sobre la colina. En Sarawak no hay más que uno.

— ¿Tiene guarnición?

—Sí, lo defienden los marineros del buque náufrago.

— ¿Son muchos?

—Unos sesenta.

Yáñez hizo un mohín.

— ¡Sesenta hombres! —murmuró—. Y, además, dispondrán de cañones...

Encendió un segundo cigarrillo y empezó a pasear por el cuarto. Tras dar algunas vueltas, se tumbó en la hamaca, suplicó al centinela que apagase la luz y cerró los ojos.

Aunque prisionero y con muchas preocupaciones en la cabeza, el portugués se durmió como si se hallase a bordo de la Perla de Labuán o en la cabaña del Tigre de Malasia.

Cuando se despertó, un rayo de sol se filtraba a través de las hojas de nipa que servían de cortina.

Miró hacia la puerta, pero el centinela no estaba ya en su puesto. Al verlo dormido, se había marchado, seguro de que un prisionero de aquella especie no saltaría por las ventanas.

—Perfectamente —se dijo el portugués—. Aprovechemos la ocasión...

Dejó la hamaca, arreglóse un poco el traje, y se acercó a una de las ventanas, respirando a plenos pulmones el aire de la mañana.

Sarawak presentaba un aspecto magnífico, con sus palacetes de madera rodeados de verdura; su caudaloso río surcado por pequeños prahos, esbeltas

piraguas y ligeros botecillos; sus extrañas casitas del barrio chino, de arqueado techo, pintadas con colores deslumbrantes; sus cabañas de hojas de nipa, asentadas sobre palos de considerable altura; su arrabal dayako y sus calles y callejuelas llenas de chinos, de indios y de macasareses.

El portugués, recorrió la ciudad con rápida ojeada y fijó la vista en la colina. Como queda dicho, elevábanse en este lugar elegantes palacios de madera habitados por europeos. Más allá levantábase una graciosa capillita, y no muy lejos de ella, un fuerte sólidamente construido y con muchas troneras.

El portugués lo miró con profunda atención.

—Allí está Tremal-Naik —murmuró—. ¿Cómo le libertaremos?...

En aquel momento una voz pronunció estas palabras:

—Señor, el rajá espera.

Volvióse Yáñez y se encontró frente al bengalés.

— ¡Ah! ¿Eres tú? —dijo—. ¿Cómo está Brooke?

—Espera, señor...

—Iré a darle un apretón de manos.

Salieron del cuarto, subieron otra escalera y entraron en una salita cuyas paredes desaparecían bajo una infinidad de armas de todas formas y tamaños.

—Entre usted en ese gabinete —dijo el bengalés.

Yáñez se estremeció.

«¿Qué le diré? —pensó—. ¡Ánimo, portugués! ¡Tienes que entendértelas con un viejo zorro!...».

Empujó la puerta y, resueltamente entró en el gabinete, en medio del cual, ante una mesa llena de cartas geográficas, se hallaba sentado el rajá de Sarawak.

XII. James Brooke

James Brooke, a quien Malasia entera y la marina de ambos mundos debían mucho, merece que le dediquemos algunas líneas de historia.

Descendía este hombre audaz, de la familia del barón de Vynes, que, bajo el reinado de Carlos II, fue lord mayor de Londres. Muy joven aún, se alistó en el ejército de la India con el grado de alférez, pero herido gravemente en una refriega contra los naturales de Borneo, tuvo poco después que presentar la

dimisión de su empleo y se retiró a Calcuta. La vida tranquila no le gustaba al joven Brooke, hombre frío y positivo, pero dotado de energía extraordinaria y entusiasta de las más arriesgadas empresas.

Una vez curado de la herida, regresó a Malasia, recorriéndola en todas direcciones. A estos viajes debió su celebridad, que más tarde llegó a ser mundial.

Muy impresionado por los horribles estragos que causaban los piratas malayos, e indignado por la trata de los hombres de color, propúsose, no obstante los graves peligros que tal empresa encerraba, hacer segura la navegación y libertar a Malasia.

James Brooke era tenacísimo en sus proyectos, Vencidos los obstáculos que su gobierno opuso a la ejecución del atrevido plan, armó un pequeño schooner, El Realista, y en 1838 zarpaba con rumbo a Sarawak, pueblecillo de Borneo, que entonces no contaba más que con 1500 habitantes. Desembarcó en momentos muy críticos.

La población de Sarawak, instigada por los piratas malayos, habíase rebelado contra su sultán Muda-Hassin, y la guerra ardía por todas partes. Brooke ofreció su brazo al sultán, púsose a la cabeza de las tropas y, después de numerosos combates, en menos de veinte meses dominó la insurrección.

Terminada la campaña, hízose a la mar contra los piratas y los comerciantes en carne humana. Entrenada la tripulación después de dos años de lucha, dio principio a los combates frente a frente, a la destrucción, al exterminio, al incendio. No es posible calcular el número de piratas muertos por él, ni el de buques y de prahos echados a pique, ni el de guaridas arrasadas. Fue cruel y despiadado.

Vencida la piratería, volvió a Sarawak. El sultán Muda-Hassin, reconociendo los grandes servicios prestados, le nombró raja del pueblecillo y del distrito.

En 1857, el año en que ocurren los acontecimientos que estamos refiriendo, James Brooke había llegado a la cumbre de su grandeza, hasta el punto de que con un solo gesto, hacía temblar hasta al sultán de Varauni, es decir, al sultán que poseía el reino más extenso en la gran isla de Borneo.

Al oír el ruido que Yáñez hizo al entrar, el rajá levantóse Inmediatamente. A pesar de sus cincuenta años y de las emociones de su vida agitadísima, era un hombre fuerte y robusto, cuya indomable energía revelábase en su brillante mirada. Algunas arrugas que surcaban su frente y numerosas canas, anunciaban que se aproximaba una vejez prematura.

— ¡Alteza! —exclamó Yáñez, inclinándose.

—Sea usted bien venido, compatriota —contestó el rajá, devolviéndole el saludo.

La acogida era benévola. Yáñez, que al entrar en el gabinete sintió que el corazón le latía con violencia, se tranquilizó.

— ¿Qué le ocurrió ayer? —preguntó el rajá, después de señalarle una silla—. Mis guardias me han contado que disparó usted dos pistoletazos. Es preciso no irritar a los celestiales, querido, que son aquí numerosos y no aman a los hombres blancos.

—Había hecho un viaje larguísimo, Alteza, y estaba muerto de hambre. Encontrándome ante una taberna china entré a comer y beber, aun cuando no llevaba un chelín en el bolsillo.

— ¡Oh! —interrumpió el rajá—. ¿Un compatriota mío sin un chelín? ¿De dónde venía usted y qué motivos le trajeron hasta aquí? Conozco a todos los blancos que habitan en mi Estado, pero a usted no le he visto nunca.

—Es la vez primera que pongo los pies en Sarawak —dijo Yáñez.

— ¿Y de dónde viene?

—De Liverpool.

—Pero ¿en qué barco?

—En mi yate, Alteza.

— ¡Ah! ¿Posee usted un yate? ¿Quién es usted?

—Lord Giles Welker de Glosebum —dijo Yáñez sin vacilar.

El rajá le tendió la mano, y el portugués se apresuró a estrechársela afectuosamente.

—Celebro infinito recibir en mi Estado a un lord de la nobleza de Escocia —replicó el rajá.

—Gracias, Alteza —dijo Yáñez, inclinándose.

— ¿Dónde ha dejado usted el yate?

—En la desembocadura del Palo.

— ¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

—Recorriendo cerca de doscientas leguas por tierra, a través de bosques y de pantanos, alimentándome de frutas y de serpientes como un verdadero salvaje.

El rajá le miró sorprendido.

— ¿Ha perdido usted el juicio? —le preguntó.

—No, Alteza.

— ¿Acaso una apuesta?

—Tampoco.

— ¿Entonces?...

—Una desgracia.

— ¿Naufragó el yate?

—No, fue echado a pique a cañonazos, después que me robaron todo lo que contenía.

—Pero ¿por quién?

—Por los piratas, Alteza.

El rajá levantóse de un salto.

— ¿Los piratas? —exclamó—. ¿No han sido exterminados aún?

—Parece que no, Alteza.

— ¿Ha visto usted al jefe de los piratas?

—Sí —dijo Yáñez.

— ¿Cómo es?

—Un hombre arrogante con cabellos negríssimos, ojos inteligentes y bronceado cutis.

— ¡Es él! —exclamó el rajá, con emoción.

— ¿Quién?

—El Tigre de Malasia.

— ¿El Tigre de Malasia? Ya he oído otra vez este nombre —replicó Yáñez.

—Es un hombre muy poderoso, milord, un hombre que posee el valor del león y la ferocidad del chacal y que guía una banda de piratas que a nadie teme. Este hombre echó, hace tres días, el ancla en la desembocadura de mi río.

— ¡Qué audacia! —interrumpió el portugués, conteniendo difícilmente un estremecimiento—. ¿Y Vuestra Alteza lo atacó?

—Sí, lo atacé y lo derroté. Pero la victoria me costó cara, pues al verse sitiado, tras una lucha obstinadísima en la que murieron setenta soldados míos, prendió fuego al pañol de la pólvora y voló su buque, a la vez que uno de los nuestros.

— ¿De modo que murió?

—Lo dudo, milord. He hecho buscar su cadáver, pero no ha sido posible encontrarlo. Sospecho que está refugiado en los bosques con gran parte de compañeros.

— ¿Se propondrá asaltar la ciudad?

—Es hombre capaz de Intentar el golpe, pero no me sorprenderá. He dispuesto que tropas dayakas que me son adictas, y algunos indios de mi guardia, vayan a visitar la selva.

—Vuestra Alteza hace bien.

—Lo mismo creo, milord —dijo el rajá, riendo—. Pero, continúe usted su relato. ¿Cómo le atacó el Tigre de Malasia?

—Dos días antes dejé Varauni, poniendo la proa hacia el cabo Sirik. Antes de volver a Batavia y luego a la India, tenía intención de visitar las principales ciudades de Borneo.

— ¿Hacía usted el viaje de recreo?

—Sí, Alteza. Llevaba en el mar once meses.

—Prosiga, milord.

—Al oscurecer del tercer día, el yate anclaba junto a la desembocadura del río Palo. Hice que me condujeran a tierra y me interné en la selva, con la esperanza de matar un tigre o una docena de tucanes. Ya llevaba dos horas de camino, cuando oí un cañonazo, después otro, en seguida un tercero, y al fin un estrépito continuo.

»Asustado, volví corriendo hacia la costa. Era demasiado tarde. Los piratas habían abordado mi yate, después de asesinar o hacer prisioneros a los tripulantes, y estaban saqueándolo.

»Permanecí oculto, hasta que mi barco se fue a pique y los piratas se alejaron; luego, me precipité hacia la playa. No vi más que cadáveres, que la resaca estrellaba contra los escollos, maderos flotantes y la extremidad del palo mayor, que sobresalía medio pie del agua.

»Toda la noche la pasé dando vueltas y vueltas junto a la desembocadura del río, llamando inútilmente a mis pobres marineros. Cuando amaneció me puse en marcha, siguiendo la costa, atravesando selvas, pantanos y ríos, y alimentándome con frutas y con los pájaros que me proporcionaba mi carabina.

»En Sendang vendí mi arma y mi reloj, la única riqueza que poseía, y descansé cuarenta y ocho horas. Compré vestidos nuevos a un colono

holandés, un par de pistolas y un kriss, volví a ponerme en camino y llegué aquí, hambriento, cansado y, por añadidura, sin un chelín.

— ¿Y ahora qué piensa usted hacer?

—En Madras tengo un hermano y en Escocia posesiones y castillos. Escribiré pidiendo algunos miles de libras esterlinas y en el primer barco que toque aquí saldré para Inglaterra.

—Lord Welker —dijo el rajá—, pongo mi casa y mi bolsillo a su disposición, y haré cuanto esté en mi mano para evitar que se aburra durante el tiempo que permanezca en mi Estado.

Un relámpago de alegría brilló en la cara de Yáñez.

—Alteza... —balbució, fingiendo turbación.

—Lo que hago por usted, milord, lo haría por cualquier compatriota mío.

— ¿Cómo podré demostrar mi agradecimiento?

—Si algún día voy a Escocia, ya me pagará usted.

—Mis castillos estarán siempre abiertos a Vuestra Alteza y a sus amigos...

—Gracias, milord —interrumpió el rajá, riendo.

Tocó una campanilla. Se presentó un indio.

—Este señor es amigo mío —dijo el rajá, señalando al portugués—. Pongo a su disposición mi casa, mi fortuna, mis caballos y mis armas.

—Está bien, señor —respondió el indio.

— ¿Dónde quiere usted ir ahora, milord? —preguntó el príncipe.

—Pasearé un rato por la ciudad y, si Vuestra Alteza me lo permite, daré una vuelta por los bosques. Soy muy aficionado a la caza.

— ¿Quiere usted comer conmigo?

—Haré lo posible por llegar a tiempo, Alteza.

—Pandif, acompáñalo a su habitación.

Alargó la mano a Yáñez, que se la estrechó vigorosamente, diciéndole:

—Gracias por todo cuanto en obsequio mío hace Vuestra Alteza.

—Hasta la vista, milord.

El portugués salió del gabinete, precedido por el indio, y entró en el cuarto que le estaba destinado.

—Puedes retirarte —dijo al criado—. Si necesito tus servicios ya te

llamaré.

Cuando se quedó solo, Yáñez recorrió la estancia con una mirada.

Era una pieza amplia, alambrada por dos ventanas que se abrían frente a la colina, tapizada con bellísima tunghoa y amueblada con lujo. Había en ella un buen lecho, un velador, varias sillas de ligerísimo bambú, vasos chinos, una magnífica lámpara dorada, procedente, sin duda, de Europa, y armas indias y malayas.

—Muy bien —murmuró el portugués, frotándose las manos—. Mi amigo Brooke me trata como si fuera un verdadero lord. Ya verás, querido, quién es lord Welker. ¡Pero prudencia, Yáñez, prudencia! Tienes que habértelas con un zorro viejo...

En aquel instante un agudo silbido resonó en la parte exterior. El portugués se estremeció.

— ¡Kammamuri! —dijo—. ¡Qué imprudencia!

XIII. Bajo los bosques

Cerró con pestillo la puerta y asomóse a la ventana. A cuarenta pasos del palacio, bajo la fresca sombra de una colosal palmera, hallábase el maharato, apoyado en un largo bambú armado de aguda punta de hierro en el extremo probablemente envenenada. No sin sorpresa, el portugués vio junto a él un caballo cargado con dos grandes cestos de nipa, llenos hasta los bordes de frutas de toda especie y de panes de sagú.

—El muchacho es más prudente de lo que yo creía —murmuró Yáñez—. Parece un proveedor de los mineros...

Lio un cigarrillo y lo encendió. El resplandor de la cerilla atrajo al punto las miradas de Kammamuri.

—El chico me ha visto —se dijo el portugués—, pero no se mueve. Comprende que hay que mostrar prudencia...

Le hizo una seña con la mano, y luego se retiró de la ventana y abrió un cajoncito del velador. En él encontró pliegos de papel, plumas y una bolsa bien repleta que, al tocarla, despidió un sonido metálico.

—Mi amigo Brooke ha pensado en todo —exclamó Yáñez, riendo—. Aquí hay flamantes esterlinas...

Cogió un pliego, lo partió por la mitad y escribió con menudísimos

caracteres:

«Sé cauto y mira bien a tu alrededor. Espérame en la taberna del chino».

Enrolló el trozo de papel y de la pared descolgó un bastón cilíndrico, de dura madera, hueco, y rematado en uno de los extremos por un hierro de lanza. Era un sumpitan, especie de cerbatana, que medía cerca de metro y medio de largo y con la cual los dayakos lanzan a sesenta pasos y con precisión extraordinaria, flechas impregnadas en el venenosísimo jugo de upus.

«Aún tendré habilidad», pensó, examinando el arma.

Sacó una flecha de veinte centímetros de larga, envolvió en ella el pliego escrito y la hizo entrar en la cerbatana. Un fuerte soprido bastó para que llegase hasta el maharato, el cual se apresuró a recogerla y a leer el papel.

—Y ahora salgamos —dijo Yáñez, cuando observó que Kammamuri se alejaba.

Echóse al hombro un fusil de dos cañones y se dirigió hacia la puerta. El centinela le saludó respetuosamente.

Recorriendo calles y callejuelas, bordeando chozas junto a las cuales dormitaban perros y cerdos y saltaban monos, desprendiendo un insoportable olor, llegó, en menos de un cuarto de hora, a la taberna, en cuya puerta estaba atado el caballo del maharato.

—Preparamos las esterlinas —dijo el portugués—. Es de esperar una borrascosa escena.

Miró a la taberna. En un ángulo, sentado ante un plato de arroz, hallábase Kammamuri; tras el mostrador, con gafas de cuarzo ahumado, veíase al tabernero, entretenido en escribir en un libro muy grande con un pincel de respetable altura. El chino ocupábase en arreglar las cuentas.

— ¡Hola! —exclamó el portugués, entrando.

El tabernero, al oír la voz, levantó la cabeza. Verlo, ponerse en pie de un brinco y lanzarse contra él, empuñando fieramente su monstruosa pluma mojada en tinta china, todo fue uno.

— ¡Bribón! —gritó.

El portugués le detuvo.

—Vengo a pagarte —le dijo, tirando sobre la mesa un puñado de libras esterlinas.

— ¡Justo Budha! —exclamó el chino, precipitándose sobre las monedas—. ¡Ocho libras! Pido mil perdones al señor...

—Bien, tráeme una botella de vino de España.

El tabernero sirvió la botella, que puso ante Yáñez, luego se acercó a un gong colgado en la puerta y empezó a golpearlo furiosamente.

— ¿Qué haces? —le preguntó el portugués.

—Salvar al señor —contestó el chino—. Si no advirtiese a mis amigos que el señor me ha pagado, no sé lo que dentro de algunos días le ocurriría.

Yáñez echó sobre la mesa otras diez libras esterlinas.

—Avisa a tus amigos que lord Welker les invita a beber —dijo.

— ¡El señor es un príncipe! —gritó el chino.

—Déjame solo...

El hijo amarillo recogió las esterlinas y corrió en busca de sus compatriotas, que, llenos de sobresalto por aquellos precipitados golpes, acudían de todas partes, armados de bambúes y de cuchillos.

Yáñez sentóse frente a Kammamuri y descorchó la botella.

— ¿Qué noticias tienes que comunicarme, querido? —preguntó.

—Malas, señor Yáñez —contestó el indio.

— ¿Corre Sandokán algún peligro?

—Por ahora no, pero de un momento a otro puede ser descubierta guardias y dayakos recorren las selvas. Ayer me detuvieron y me interrogaron; esta mañana me ha ocurrido lo mismo.

— ¿Y qué dijiste?

—Que era un proveedor de los mineros de Poma. Para engañar mejor a estos espías, me he proporcionado un caballo y unos cestos.

—Eres astuto, Kammamuri. ¿Dónde está Sandokán? ¿Lo sabes?

—A seis millas de aquí, acampado junto a una aldea en ruinas. Está fortificándose, temiendo un ataque.

—Iremos a buscarlo.

— ¿Cuándo?

—Tan pronto como vaciemos esta botella.

— ¿Hay alguna novedad?

—He sabido dónde está tu amo.

El maharato dio un brinco, loco de alegría.

— ¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó con ansiedad.

—En el fortín de la ciudad, custodiado por setenta marineros ingleses.

El maharato se dejó caer en el banquillo, presa del más profundo desaliento.

—Lo salvaremos, Kammamuri —dijo Yáñez.

— ¿Pronto?

—Cuando podamos. Voy a buscar a Sandokán para ponerme de acuerdo con él acerca del proyecto.

—Gracias, señor, gracias.

—Déjate de agradecimientos y bebe...

El indio apuró el vaso.

— ¿Quiere usted que nos vayamos?

—Ahora mismo —replicó Yáñez, arrojando algunos chelines sobre la mesa.

—Le advierto que el camino es largo y penoso y que para burlar a los espías habrá necesidad de alargarlo más aún.

—Yo no tengo prisa. Le he dicho al rajá que voy de caza.

— ¿Se ha hecho usted amigo suyo?

—Sí.

— ¿Cómo lo ha conseguido?

—Mientras andamos te lo contaré.

Salieron de la taberna. El portugués marchó delante. Detrás iba Kammamuri, llevando el caballo de la brida.

— ¡Viva lord Welker! —gritó una voz.

— ¡Viva el lord! ¡Viva el generoso blanco! —añadieron otras muchas voces.

Volvióse Yáñez y vio al tabernero rodeado de una turba de chinos, con vasos en la mano.

— ¡Adiós, muchachos! —contestó.

— ¡Viva el generoso lord! —exclamaron a coro los celestiales, levantando y chocando los vasos.

Abandonaron el barrio, atravesando por medio de montones de piezas de

seda, de cajas de té de varias clases, de abanicos, de sombrillas, de sillas de bambú, de linternas microscópicas y gigantescas, de armas, de amuletos, de vestidos, de sandalias y de toda clase de géneros procedentes de los puertos del Celeste Imperio, y entraron en el barrio malayo, que no era muy distinto del dayako, aunque sí algo más sucio y mal oliente.

Al fin llegaron a los bosques.

—Ande usted con precaución —dijo Kammamuri al portugués—. Esta mañana he visto algunas serpientes y huellas de tigre.

—Conozco las selvas de Borneo —respondió Yáñez—. Por mí no temas.

— ¿Ha estado Usted aquí otras veces?

—No, pero he recorrido con frecuencia los bosques del reino de Varauni.

— ¿Peleando?

—En muchas ocasiones.

— ¿Era enemigo suyo el sultán de Varauni?

—Enemigo encarnizado. Odiaba a los piratas de Mompracem, porque en todos los encuentros vencieron a su flota.

—Dígame, señor Yáñez, ¿fue siempre pirata el Tigre de Malasia?

—No, hijo mío. En otro tiempo era un poderoso rajá del Borneo septentrional, pero un ambicioso inglés hizo que las tropas y la población se rebelasen contra él y lo destronó, después de asesinar a sus padres y a sus hermanos.

— ¿Y vive aún ese inglés?

—Sí.

— ¿Y no lo ha castigado?

—Es muy fuerte. Sin embargo, el Tigre de Malasia no ha muerto todavía.

— ¿Cómo está usted asociado a Sandokán, señor Yáñez?

—No estoy asociado a él, Kammamuri; fui hecho prisionero cuando navegaba con rumbo a Labuán.

— ¿Sandokán no mata a los prisioneros?

—No, muchacho; el Tigre se mostró siempre feroz con sus más encarnizados enemigos, pero generosísimo con los demás y especialmente con las mujeres.

— ¿Y a usted le trató siempre bien, señor Yáñez?

—Me quiere lo mismo que a un hermano o quizá más.

—Cuando Tremal-Naik esté en libertad, ¿volverá usted a Mompracem?

—Es probable, Kammamuri. Cuando intenta sofocar su dolor, el Tigre de Malasia sufre crisis tremendas.

— ¿Qué dolor?

—El de haber perdido a Mariana Guillonk.

— ¿La quería mucho?

—Hasta la locura.

—Resulta extraño que un hombre tan terrible se enamorese.

—Y para colmo, de Una inglesa —añadió Yáñez.

— ¿No ha sabido usted nada del tío de Mariana?

—Hasta ahora, nada.

— ¿Estará aquí?

—Pudiera ser.

— ¿Le teme usted?

—Tal vez...

— ¡Alto! —gritó alguien en aquel instante.

Yáñez y Kammamuri se detuvieron.

XIV. Narcóticos y venenos

Dos hombres habían aparecido repentinamente tras un cetting, arbusto trepador, cuyo jugo es tan venenoso que en pocos instantes puede matar a un buey. Uno de ellos era un indio, alto, delgado, nervioso, vestido de blanco y armado de larga carabina con incrustaciones de plata; el otro, un dayako de miembros cargados con anillos de hojalata y perlas de Venecia, y dientes ennegrecidos por el cálido jugo del siuka. Un ciawat, pedazo de tela de algodón, cubría sus costados y en la cabeza lucía un pañuelo rojo, pero en cambio llevaba en la cintura un verdadero arsenal: la terrible cerbatana con flechas impregnadas de upas; el formidable parang, pesado sable de ancha hoja, empleado para decapitar a los enemigos, y el lazo que saben emplear mejor tal vez que los thugs indios; tampoco faltaba el kriss de envenenada punta.

— ¡Alto! —repitió el indio, adelantándose.

El portugués hizo una ligera seña a Kammamuri y avanzó, con el dedo puesto en el gatillo del fusil.

— ¿Qué quieres y quién eres? —preguntó al Indio.

—Soy guardia del rajá de Sarawak —contestó el interpelado—. ¿Y tú?

—Lord Giles Welker, amigo de James Brooke, el rajá.

El indio y el dayako presentaron armas.

—Milord, ¿está ese hombre a su servicio? —exclamó el indio, señalando a Kammamuri.

—No —contestó Yáñez—. Lo he encontrado en la selva y como el pobre tenía miedo de los tigres me ha suplicado que le deje seguirme.

— ¿Adónde vas? —preguntó el indio al maharato.

—Ya te dije esta mañana que soy proveedor de los mineros de Poma —dijo Kammamuri—. ¿Por qué vuelves a preguntármelo?

—Porque el rajá lo ordena.

—Dile a tu rajá que soy uno de sus más fieles súbditos.

—Pasa...

El indio alcanzó a Yáñez, que seguía andando, en tanto que los espías volvían a ocultarse tras el arbusto.

— ¿Qué piensa usted de esos hombres, señor Yáñez? —preguntó el maharato, después de asegurarse que no podían oírle ni verle.

—Pues que el rajá es tan astuto como una zorra.

— ¿Nos apartamos de la senda?

—Apartémonos, Kammamuri. Esos dos espías podrían concebir sospechas y seguirnos.

—Borremos nuestras huellas...

Kammamuri abandonó el estrecho sendero que hasta entonces había recorrido y se apartó a la izquierda, seguido del portugués y del caballo. Muy pronto la marcha se hizo difícilísima. Millares y millares de árboles, derechos los unos y retorcidos los otros, y multitud de plantas trepadoras enlazábanse hasta el punto de impedir el paso.

Por todas partes elevábanse colosales árboles del alcanfor, que diez hombres no habrían logrado abrazar; palmas sacaríferas que cuando se les practica una incisión, dan un licor azucarado y embriagador; otras palmas

enormes que se doblegan bajo el peso de sus dátiles, que forman grandes racimos; bellísimos mangos, tan altos como cerezos, cuya fruta, del tamaño de una naranja, es la más gustosa y la más delicada que se conoce; y arecas de anchísimas hojas, «uncaria», «cambir», «isonandra gutta» y «giunta wan», plantas estas tres últimas que producen el caucho.

Y como si todo esto no bastara a hacer el camino impracticable, desmesurados rotas —que en Borneo ocupan el lugar de lianas y de «nepentes»—, corrían de un tronco a otro, formando verdaderas redes que el maharato y el portugués se veían obligados a cortar a golpes de kriss.

Anduvieron media milla, describiendo grandes curvas, saltando sobre árboles caídos, arrancando matorrales, tronchando raíces. Al fin llegaron al borde de un canal de agua corrompida. Kammamuri cogió una rama y midió la profundidad.

—Dos pies —dijo—. Suba usted a caballo, señor Yáñez.

— ¿Para qué?

—Nos meteremos en el canal y ^marcharemos un rato por él. Si los espías nos siguen, no encontrarán nuestras huellas.

—Eres prevenido, Kammamuri.

El portugués montó a caballo y el maharato a la grupa. El animal, después de vacilar un poco, se metió en el agua, que despedía un hedor insoportable, y con mucha dificultad avanzó por el cauce.

Cuando recorrió unos ochocientos pasos, volvió a la orilla. Yáñez y su compañero apeáronse y se tendieron en el suelo con la oreja apoyada en tierra.

—No oigo nada —exclamó Kammamuri.

—Tampoco yo. ¿Está muy lejos el campamento?

—Por lo menos milla y media. Debemos apretar el paso, señor Yáñez.

Una veredita, abierta por el paso de los animales, desaparecía en la espesura de la selva. Los dos piratas la siguieron. Media hora después, otros dos hombres levantáronse tras unos brezos e intimaron a los viajeros a detenerse. Kammamuri lanzó un silbido.

—Adelante —contestaron los centinelas.

Eran dos piratas de Mompracem, armados hasta los dientes. Al ver a Yáñez, dejaron escapar un grito de alegría.

— ¡Capitán! —exclamaron, corriendo a su encuentro.

—Buenos días, muchachos —dijo el portugués.

—Le creíamos muerto, capitán.

—Los tigres de Mompracem, hijos míos, tienen la piel dura; ¿dónde está Sandokán?

—A trescientos pasos de aquí.

—Tened cuidado, amigos. En el bosque hay espías del rajá.

—Lo sabemos; ayer matamos uno.

—Bravo, muchachos...

El portugués y el indio redoblaron el paso y muy pronto llegaron al campamento levantado junto a un kampong en ruinas. De la aldea, que en otro tiempo tuvo numerosos habitantes, no quedaba intacta más que una choza de hojas de nipa, asentada sobre palos que medían cerca de treinta pies de altura, para ponerla a cubierto de los tigres y también de los asaltos de los hombres.

Los piratas estaban reconstruyendo las demás cabañas y plantando una empalizada muy sólida para defenderse de un posible ataque de las tropas del rajá.

— ¿Dónde está Sandokán? —preguntó Yáñez, entrando en el campamento en medio de las aclamaciones de toda la banda.

—Allí, en la cabaña aérea —contestó un pirata—. ¿Hay soldados del rajá en el bosque?

—Lo que he dicho a los centinelas os lo repetiré a vosotros, muchachos. Estad en guardia, que los espías rondan.

— ¡Qué se atrevan a asomar por aquí! —gritó un malayo, empuñando un pesado «parangilang»—. Los tigres de Mompracem no temen a los sabuesos del rajá.

—Capitán Yáñez —dijo otro—, si encontráramos a algunos de esos espías, les enteraríamos de que hemos acampado aquí. Hace cinco días que no luchamos y las armas empiezan a enmohecerse.

—Dentro de poco tendréis trabajo, hijos míos —replicó Yáñez—. Yo me encargo de enviaros gente.

— ¡Viva el capitán Yáñez! —gritaron los tigres.

— ¡Eh, hermano! —exclamó una voz desde lo alto.

El portugués alzó los ojos y vio a Sandokán, de pie en la pequeña plataforma de la cabaña aérea.

— ¿Qué haces ahí? —le preguntó Yáñez, riendo—. Pareces un gorrión en la rama de un árbol.

—Sube. Tengo que comunicarte algo importante.

—En seguida...

El portugués se dirigió hacia un elevado mástil que presentaba algunas cortaduras y con sorprendente agilidad llegó a la plataforma de la cabaña. Una vez allí se encontró en un grave apuro. El piso era de bambúes, pero distantes unos de otros más de un palmo, de modo que los pies del pobre Yáñez no encontraban punto de apoyo.

— ¡Esto es una ratonera! —exclamó.

—Construcción dayaka, hermano mío —respondió Sandokán, riendo.

— ¿Cómo tienen los pies estos salvajes?

—Tal vez más pequeños que los nuestros. ¡Un poco de equilibrio, caramba!

El portugués, vacilando y saltando de bambú en bambú, llegó hasta la choza.

Esta era bastante grande y se hallaba dividida en tres departamentos de cinco pies de altura y otros tantos de largo; formaban el pavimento bambúes separados unos de otros varios centímetros, pero cubiertos con esteras.

— ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Sandokán.

—Muchas novedades, hermano —contestó Yáñez, sentándose—. Pero ante todo, dime, ¿dónde está la pobre Ada, que no la he visto en el campamento?

—Este lugar no es muy seguro, Yáñez. La guardia del rajá puede atacarnos de un momento a otro.

—Comprendo; la tienes oculta en algún lugar.

—Sí. Yáñez. He ordenado que la lleven a la costa.

— ¿Quién está con ella?

—Dos hombres de toda mi confianza.

— ¿Sigue loca?

—Sí.

— ¡Pobre muchacha!

— ¡Se curará, yo te lo aseguro!

— ¿Cuándo?

—Cuando se encuentre ante Tremal-Naik, experimentará una emoción tan violenta, que se pondrá bien del todo.

— ¿Crees eso?

—Estoy seguro.

— ¡Ojalá se realicen tus esperanzas!

—Dime, Yáñez, ¿qué has hecho en Sarawak durante estos días?

—Muchas cosas. He logrado hacerme amigo del rajá.

— ¿Cómo? Explícate, hermano.

El portugués, en pocas palabras, le informó de cuanto había ocurrido. Sandokán le escuchó atentamente, sin interrumpirle.

—De modo que eres amigo del rajá —dijo, cuando Yáñez terminó su historia.

Amigo íntimo, hermano.

— ¿Habrá concebido sospechas?

—No lo creo, pero sabe que estás aquí.

—Hay que apresurarse a liberar a Tremal-Naik. ¡Ah, si pudiera al mismo tiempo aplastar para siempre a ese maldito Brooke!

—Deja en paz al rajá, Sandokán.

—Fue muy cruel con nuestros hermanos. Daría mi sangre con tal de vengar a los millares de malayos asesinados por ese hombre implacable.

—Ten cuidado, no disponemos más que de setenta hombres...

Un siniestro relámpago brilló en los ojos del Tigre de Malasia.

—Tú sabes, Yáñez, de todo lo que soy capaz —exclamó—. Tú conoces mi pasado.

—Lo sé, Sandokán. Sé que has desafiado la ira de los reinos y de los imperios europeos. Pero la prudencia nunca está de más.

—Bien, seré prudente; me contentaré con libertar a Tremal-Naik.

—Que es algo más difícil de lo que parece.

— ¿Por qué?

—En el fortín hay setenta hombres blancos y algunos cañones. Ya te lo he dicho.

— ¿Y qué significan setenta hombres?

—Espera, hermano. Me olvidaba decirte que el fortín se halla muy cerca de la ciudad. Al primer cañonazo tendrás delante a los blancos y detrás a las

tropas del rajá...

Sandokán mordióse los labios.

—Sin embargo, hay que salvarlo —dijo.

— ¿Qué medio emplearemos?

—Nos valdremos de la astucia.

— ¿Tienes algún plan?

—Creo que he dado con la solución.

—Habla.

—Soy de Borneo y, como mis compatriotas, me han atraído siempre los venenos. Con una sola gota se mata a un hombre por fuerte que sea; con otra gota se le adormece. Yo conseguiré que le den por muerto o le haré enloquecer. El veneno, como ves, es un arma terrible.

—Recuerdo que durante nuestra residencia en Java te ocupaste mucho de tóxicos. Y en cierta ocasión un narcótico muy activo te salvó de la horca.

—Pues ahora mis estudios y mis investigaciones comienzan a producir su fruto.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una cajita de piel, herméticamente cerrada. La abrió y mostró al portugués diez o doce frasquitos microscópicos llenos de líquidos blancos, verdosos y negros.

— ¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez—. Disponemos de un formidable surtido.

—No es todo esto —replicó Sandokán, abriendo una segunda cajita que contenía píldoras pequeñísimas que despedían un penetrante olor—. Aquí tienes más venenos.

— ¿Qué pretendes hacer con esos líquidos y esas píldoras?

—Escúchame con atención, Yáñez. Me has asegurado que Tremal-Naik está encerrado en la fortaleza.

—Es cierto.

— ¿Podrás entrar en ella pidiendo permiso al rajá?

—Creo que sí. A un amigo no se le niega un favor tan insignificante.

—Bien, irás y manifestarás deseos de ver al prisionero.

—Y cuando lo haya visto, ¿qué hago?

Sandokán sacó de la segunda cajita tres píldoras negras y se las puso en la

mano.

—Estas pastillas contienen un veneno que no mata; pero que paraliza la vida durante treinta y seis horas.

—Ahora comprendo tu proyecto. Ordenaré a Tremal-Naik que trague una.

—O la disuelves en el jarro del agua. El prisionero no dará señales de vida, supondrán que ha muerto y lo enterrarán. Luego, por la noche, iremos a desenterrarlo.

—El proyecto es magnífico, hermano —exclamó el portugués.

— ¿Intentarás el golpe? Ya ves que no corres peligro. Si no te permitieran la entrada sobornas a cualquiera de los soldados. ¿Tienes dinero?

Yáñez desabrochóse la chaqueta y el chaleco, abrióse la camisa y dejó ver un cinto bien repleto.

—Llevo dieciséis diamantes que, en total, valen un millón.

—Si quieres más, habla. Mi cinturón encierra el doble que el tuyo y en Batavia tenemos oro suficiente para comprar toda la escuadra de Portugal.

—Ya sé que no nos falta dinero. Pero por ahora me basta con mis dieciséis diamantes.

—Esconde las píldoras y los dos frasquitos —dijo el Tigre—. Uno, el verde, contiene un narcótico que no suspende la vida, pero que adormece profundamente por espacio de doce horas; el otro, el rosa, encierra un tóxico que mata sin dejar huella. Tal vez puedan serte útiles...

El portugués guardóse lo que el otro le entregaba, echóse el fusil a la espalda y se levantó.

— ¿Te marchas?

—Sarawak está lejos, hermano.

— ¿Cuándo piensas dar el golpe?

—Mañana.

— ¿Me comunicarás en seguida el resultado por medio de Kammamuri?

—No dejaré de hacerlo. Adiós, hermano.

Bajó por la peligrosa escala, saludó a los bandidos y nuevamente internóse en la selva, tratando de orientarse. Llevaba recorridos seiscientos o setecientos metros cuando el maharato le alcanzó.

— ¿Hay novedades? —le preguntó el portugués, deteniéndose.

—Una y grave, señor Yáñez —contestó el indio—. Un pirata que acaba de

llegar le ha dicho al Tigre que a tres millas de aquí movíase una partida de dayakos mandados por un anciano de blanca piel.

—Si la encuentro le desearé buen viaje.

—Espere usted —añadió Kammamuri—. El pirata añadió que el viejo se parecía al hombre que ha jurado ahorcarles al Tigre y a usted.

— ¡Lord James Guillonk!, exclamó Yáñez, palideciendo.

—Sí, señor; ese hombre se parecía al tío de la mujer de Sandokán.

— ¡Imposible!... ¡Imposible!... ¿Quién le ha visto?

—El malayo Sambigliong.

— ¡Sambigliong!... —balbució Yáñez—. Ese hombre nos acompañó cuando raptamos a la sobrina de lord James, y, si la memoria no me engaña, él mismo fue quien hizo frente a Guillonk cuando ya me iba a partir el cráneo. ¡Estoy en un grave peligro!

— ¿Por qué? —preguntó el maharato.

—Si mi enemigo se halla en Sarawak, estoy perdido. Me verá, me reconocerá, aunque hayan pasado cerca de cinco años desde la última vez que nos encontramos, y hará que me prendan y me cuelguen.

—Pero el malayo no ha dicho que aquel anciano fuera el lord. Sólo asegura que se parecía a él.

— ¿Te ha enviado Sandokán con este encargo?

—Sí, señor Yáñez.

—Pues ve y dile que estaré en guardia, pero que él trate de apoderarse del viejo. Adiós, Kammamuri; mañana temprano te espero en la taberna del chino...

El portugués, lleno de zozobra, púsose de nuevo en marcha, mirando a su alrededor, temeroso de encontrarse ante el viejo.

Afortunadamente la gigantesca selva estaba solitaria. Sólo de vez en cuando rompían el silencio los gritos de los argos —magníficos faisanes que revoloteaban a centenares—, el grito no menos agudo de las cacatúas negras y el ronco de los monos de larga nariz.

El portugués caminó durante cinco horas, con grandes precauciones, entre espesos matorrales, ya torciendo a la derecha, ya a la izquierda. No llegó a Sarawak hasta el atardecer, rendido por la fatiga y hambriento como un lobo. Calculando que era ya demasiado tarde para presentarse a comer con el rajá, dirigióse a la taberna china.

Después de hacer una abundante comida y de vaciar unas cuantas botellas, volvió al palacio. Antes de entrar, preguntó al centinela si había llegado un anciano europeo, pero obtuvo una respuesta negativa.

El rajá se había retirado a sus habitaciones algunas horas antes.

—Mejor —murmuró Yáñez—. Un cazador que vuelve sin caza podría alarmar a un viejo tan astuto.

Encendió el trigésimo cigarrillo y, después de colocar las pistolas y el kriss bajo la almohada, se fue a dormir.

XV. Tremal-Naik

A pesar de su cansancio, el buen portugués no pudo cerrar los ojos en toda la noche. La imagen del viejo que iba al frente de una banda de dayakos y que tanto se parecía al tío de la esposa del Tigre permanecía fija en su mente y llenábale el alma de grandes zozobras.

En vano hacía esfuerzos por tranquilizarse, repitiéndose que tal vez el malayo se hubiera equivocado; que el lord estaba seguramente muy lejos, acaso en Java, quizás en la India y quién sabe si en Inglaterra. Parecíale oír la voz de aquel hombre en el inmediato corredor; parecíale sentir sus pasos; acercándose a su estancia, parecíale escuchar choque de aceros.

Varias veces, no pudiendo dominar la inquietud, saltó del lecho y abrió la ventana; y varias veces se acercó a la puerta de la habitación, temiendo que hubiese allí centinelas para impedirle la fuga. Por fin, al amanecer, se durmió un par de horas.

Despertóse al oír los ecos de un gong golpeando en la calle.

Se levantó, se vistió, cogió dos pistolas cortas y dirigióse a la puerta. En aquel mismo momento golpearon esta por la parte de fuera.

— ¿Quién es? —preguntó con ansiedad.

—El rajá espera al señor en su gabinete —contestó una voz.

A Yáñez le corrió un estremecimiento por todos los huesos. Abrió y encontróse ante un indio.

— ¿Está solo el rajá? —dijo, con los dientes apretados.

—Solo, milord —respondió el indio.

— ¿Qué quiere?

—Espera al señor para tomar el té.

—Voy en seguida —replicó Yáñez, encaminándose al gabinete del príncipe.

El rajá hallábase sentado ante una mesita en la cual se veía un servicio de té de plata. Al entrar Yáñez, levantóse con una sonrisa en los labios y le tendió la mano.

—Buenos días, milord —exclamó—. Ayer volvió usted muy tarde.

—Perdóneme Vuestra Alteza si falté a la hora de la comida, pero no es mía la culpa —dijo Yáñez, ya tranquilo.

— ¿Qué le sucedió a usted?

—Me extravié en medio del bosque.

—Y, sin embargo, llevaba usted guía.

— ¿Guía?

—Me dijeron que le acompañaba Un indio que pasa por proveedor de los mineros de Poma.

— ¿Quién le ha dicho eso a Vuestra Alteza? —preguntó Yáñez, haciendo un extraordinario esfuerzo para conservar la serenidad.

—Mis espías, milord.

—Vuestra Alteza tiene gente lista a su servicio.

—Eso creo —replicó el rajá, sonriendo—. ¿Encontró usted a ese hombre?

—Sí, Alteza.

— ¿Hasta dónde le acompañó?

—Hasta un pueblecito de dayakos.

— ¿Adivina usted quién era aquel individuo?

— ¿Quién? —preguntó Yáñez, pronunciando con esfuerzo esta palabra.

—Un pirata —dijo el rajá.

— ¿Un pirata?... Imposible, Alteza.

—Se lo aseguro a usted.

— ¿Y cómo no intentó asesinarme?

—Los piratas de Mompracem algunas veces se muestran generosos, como su jefe.

— ¿Es generoso el Tigre de Malasia?

—Eso dicen. Me han referido que en diversas ocasiones regaló enormes diamantes a pobres diablos a los que poco antes había herido a sablazos.

—Entonces resulta un pirata original.

—Es valiente y generoso al mismo tiempo.

— ¿Pero Vuestra Alteza está seguro de que el indio formase parte de la banda de Mompracem?

—Segurísimo, porque mis espías lo vieron hablar con los piratas que acaudilla el Tigre de Malasia. Pero no volverá a hablar con ellos. A esta hora habrá caído en manos de mi gente.

En aquel momento oyéronse en la calle gritos agudos y luego un fuerte golpe de gong.

Yáñez, agitadoísimo, precipitóse hacia la ventana para ver lo que ocurría, pero ante todo para ocultar su emoción.

— ¡Por Júpiter! —exclamé con voz entrecortada y palideciendo—. ¡Kammamuri!

— ¿Qué pasa? —preguntó el rajá.

—Aquí traen al indio, Alteza —replicó tranquilamente.

—No me había equivocado.

Inclinóse sobre el alféizar y miró.

Cuatro guardias, armados hasta los dientes, conducían a Kammamuri, que marchaba fuertemente atado por los brazos con sólidas fibras de rota. El prisionero no oponía resistencia; parecía aterrado. Andaba despacio y miraba a la multitud de dayakos, chinos y malayos que le seguían gritando.

— ¡Pobre hombre! —exclamó el portugués.

— ¿Lo compadece usted, milord? —preguntó el rajá, asombrado.

—Un poco, lo confieso.

—Sin embargo, ese indio es un pirata.

—Lo sé, pero conmigo se portó muy bien. ¿Qué piensa hacer con él Vuestra Alteza?

—Primero trataré de hacerle hablar. Si logro averiguar dónde se oculta el Tigre de Malasia...

— ¿Le atacará Vuestra Alteza?

—Reuniré a mi guardia y le atacaré.

— ¿Y si el prisionero se obstina en no hablar?

—Ordenaré que lo ahorquen —dijo fríamente el rajá.

— ¡Pobre diablo!

—Todos los piratas acabarán del mismo modo, milord.

— ¿Cuándo lo interrogará Vuestra Alteza?

—Hoy no podré, porque tengo que recibir a un embajador holandés, pero mañana, que estaré desocupado, hablaré con él.

En los ojos de Yáñez brilló un relámpago.

—Alteza —dijo, después de un momento de vacilación—. ¿Podré asistir al interrogatorio?

—Si lo desea...

—Gracias, Alteza.

El rajá tocó una campanilla de plata que estaba sobre la mesa. Un chino, vestido de amarilla seda, con una coleta que medía más de un metro de largo, entró, llevando una tetera de porcelana de Ming, llena de té.

—Espero que no le desagradará a usted esta bebida —dijo el rajá.

—Dejaría de ser inglés —contestó Yáñez, sonriendo.

Tomaron varias tazas del delicioso líquido y luego se levantaron.

— ¿A dónde piensa usted ir hoy, milord? —preguntó James Brooke.

—A visitar los alrededores de la ciudad —respondió Yáñez—. He descubierto un fortín y, con vuestro permiso, lo visitaré.

—Allí encontrará usted compatriotas, milord.

— ¡Compatriotas! —repitió el portugués, fingiendo completa ignorancia.

—Recogidos por mí hace algunas semanas, cuando estaban a punto de morir ahogados.

— ¿De modo que son náufragos?

—Usted lo ha dicho.

— ¿Y qué hacen en el fuerte?

—Esperan la llegada de una nave. Entretanto guardan a un thug indio que tengo allí encerrado.

— ¿Cómo? ¿Un thug? ¿Un thug indio? —exclamó Yáñez—. ¡Oh, querría ver a uno de esos terribles estranguladores!

— ¿Lo desea usted?

—Ardientemente.

El rajá cogió una hoja de papel, trazó en ella algunas líneas, y, después de plegarla alargósele al portugués, que se apresuró a tomarla.

—Entréguesela al teniente Churchill —dijo el rajá—. Él le enseñará al thug y, si a usted le place, le acompañará a visitar el fortín, que en realidad no tiene mucho que ver.

—Gracias, Alteza.

— ¿Comerá usted conmigo esta tarde?

—Se lo prometo.

—Pues hasta la vista, milord.

Yáñez, que deseaba salir cuanto antes del gabinete, se dirigió a su cuarto.

—Razonemos, Yáñez —murmuró, cuando se encontró solo—. Se trata de dar un gran golpe sin ser descubierto.

Encendió un cigarrillo y se asomó a la ventana, sumiéndose en profundos pensamientos.

Allí permaneció durante diez o doce minutos, inmóvil y con los ojos en el fortín, arrugando de cuando en cuando el entrecejo.

— ¡Vaya! —exclamé de pronto—. Mi querido Brooke, el bueno de Yáñez te prepara una jugarreta que, si todo resulta como está calculado, será lindísima. ¡Por Júpiter!... Sandokán quedará contento de su hermano europeo.

Acercóse a la mesa, cogió pluma y un trocito de papel y escribió:

Tu fiel Kammamuri me envía para salvarte. Tremal-Naik, sí quieres ser libre y ver de nuevo a tu Ada, toma al mediar la noche, las píldoras que aquí encontrarás; a ser posible, no lo hagas ni antes ni después.

Yáñez, amigo de Kammamuri.

Envolvió las dos píldoras en el papel y ocultó este, hecho una bolita, en el bolsillo de la chaqueta.

—Mañana los ingleses le darán por muerto y cuando llegue la tarde le enterrarán —murmuró, frotándose las manos—. Para avisar al Tigre enviaré a Kammamuri. ¡Ah, querido James Brooke, todavía no sabes tú de lo que somos capaces los tigres de Mompracem!

Cubrióse con un sombrero de paja, se colocó en la cintura su kriss y salió del cuarto, bajando lentamente la escalera.

Al atravesar un pasillo, vio, ante una puerta, a un indio armado de carabina y con la bayoneta calada.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó el portugués.

—Estoy de guardia —contestó el centinela.

— ¿A quién guardas?

—Al pirata detenido ayer.

—Mucho cuidado, no se te escape. Es peligroso.

—Tengo los ojos muy abiertos, milord.

—Bravo, muchacho.

Le saludó con la mano, bajó la escalera y salió a la calle. Una irónica sonrisa vagaba por sus labios. Sus ojos se fijaron en seguida en la colina que se elevaba frente a él y en cuya cumbre, entre el verde oscuro de los árboles, se destacaba la blanquecina forma del fortín.

—Ánimo, Yáñez —murmuró—. Hay mucho que hacer.

Atravesó la ciudad, invadida por numerosa turba de soberbios dayakos, de horribles malayos y de coletudos chinos que gritaban en todos los tonos vendiendo fruta, armas, vestidos y juguetes de Cantón, y siguió un estrecho sendero, sombreado por altísimas arecas, que conducía al fuerte.

A mitad de camino encontró a dos marineros Ingleses que bajaban a la ciudad, tal vez para recibir órdenes del rajá o acaso para averiguar si en la desembocadura del río había anclado algún barco.

— ¡Hola, amigos! —dijo Yáñez, saludándolos—. ¿Está arriba el teniente Churchill?

—Le hemos dejado fumando en la puerta del fortín —contestó uno de los marineros.

—Gracias.

Siguió adelante y, después de un largo rodeo, desembocó en una plaza muy amplia, en medio de la cual se elevaba la pequeña fortaleza. En la puerta, apoyado en el fusil, vio a un soldado inglés que masticaba una hoja de tabaco; a pocos pasos, tendido en medio de la hierba, fumaba un teniente de marina, de elevada estatura. Yáñez se detuvo.

— ¡Un europeo! —exclamó el oficial.

—Y que viene buscándole a usted —dijo el portugués.

— ¿A mí?

—Sí, señor.

— ¿Qué desea?

—Traigo una carta para el teniente Churchill.

—El teniente Churchill soy yo, señor —replicó el marino, levantándose y saliendo a su encuentro.

Yáñez sacó la carta del rajá y se la alargó al inglés, el cual la abrió y la leyó lentamente.

—Estoy a sus órdenes, milord —dijo el teniente después de leerla.

—Quisiera ver al thug.

—Lo que usted desee.

—Acompáñeme, pues. Siempre he tenido ganas de conocer a uno de esos terribles estranguladores.

El teniente guardóse la pipa en el bolsillo y entró en el fortín, seguido de Yáñez, que sonreía. Atravesaron un pequeño patio en medio del cual se enmohecían cuatro cañones viejos, y se internaron en el edificio, construido con fuertes maderas de teca, capaces de resistir a las balas del calibre seis y aun las del ocho.

—Hemos llegado —dijo Churchill, deteniéndose ante una sólida puerta cerrada—. Ahí dentro está el thug.

— ¿Es tranquilo o feroz?

—Manso como un tigre domesticado —dijo el inglés, sonriendo.

—Entonces es inútil entrar con armas.

—No nos ha hecho daño nunca, pero, sin embargo, no pase usted sin sus pistolas.

Descorrió los dos cerrojos y abrió con precaución la puerta, asomando la cabeza.

—Duerme —dijo—. Entremos, milord.

Yáñez experimentó un estremecimiento, no porque sintiera miedo del estrangulador, sino por temor a que este lo delatase. El indio, en efecto, podía rechazar el billete y los gránulos y descubrirselo todo al teniente Churchill.

«Ánimo —se dijo—, ya no es hora de retroceder».

Atravesó el umbral y entró. Encontróse en una pequeña celda con paredes de madera de teca, y alumbrada por un ventanillo protegido por férreos barrotes.

En uno de los ángulos, tumbado en un lecho de hojas secas y envuelto en una corta túnica de seda, estaba Tremal-Naik, el amo de Kammamuri, el prometido de Ada.

Era un arrogante indio, de cinco pies y seis pulgadas de alto. Su pecho era ancho y robusto, sus brazos y piernas musculosos, y sus facciones orgullosas y correctas. Yáñez, que había visto chinos, malayos, javaneses, africanos, macasareses y tagalos, no recordaba haber encontrado ningún hombre de color tan bello y tan vigoroso. Únicamente Sandokán podía superarle.

El prisionero dormía, pero su sueño no era tranquilo. Su pecho se dilataba, su amplia frente se contraía, sus labios temblaban y sus manos, pequeñas como las de una mujer, se abrían y cerraban como si quisieran coger algo y triturarlo.

— ¡Guapo mozo! —comentó Yáñez.

— ¡Silencio! Habla... —murmuró el teniente.

Roncas palabras se escapaban de los labios del indio.

— ¡Mía!... —dijo.

Una vena que le surcaba la frente se hinchó de pronto.

— ¡Suyodhana! —musitó el indio, con acento de odio.

— ¡Tremal-Naik! —exclamó el oficial inglés.

Al oír este nombre, el prisionero se estremeció, saltó como un tigre y fijó en el marino sus ojos, que fulguraban cual los de una serpiente.

— ¿Qué ocurre? —preguntó.

—Un señor quiere verte.

El indio miró a Yáñez, que se mantenía a algunos pasos de distancia. En sus labios se dibujó una desdeñosa sonrisa que puso al descubierto sus dientes, blancos como el nácar.

— ¿Soy acaso alguna fiera? —preguntó—. Que...

De pronto se detuvo. Yáñez, que permanecía detrás del teniente, le hizo una rápida señal. El indio, comprendió, sin duda, que se hallaba en presencia de un amigo, y siguió la comedia.

— ¿Cómo te encuentras aquí? —le dijo el portugués.

—Como puede encontrarse un hombre que nació y vivió en medio de la selva —contestó Tremal-Naik, con tristeza.

— ¿Es cierto que eres un thug?

—No.

—Sin embargo, has estrangulado a muchas personas.

—Es verdad, pero no soy thug.

— ¡Mientes!...

Tremal-Naik irguióse, con los ojos fulgurantes, pero una señal del portugués le tranquilizó.

—Si me permites que te levante la túnica, veré si llevas el tatuaje que distingue a los thugs.

—Levántala tú —dijo Tremal-Naik.

—No se acerque, milord —exclamó el teniente.

—No tengo armas —dijo el indio—. Si muevo un brazo dispara sobre mí tus dos pistolas.

Yáñez se acercó al lecho de hojas y se inclinó sobre el preso.

—Kammamuri —murmuró con casi ininteligible voz.

Un relámpago brilló en los ojos del indio. Con un rápido movimiento alzóse la túnica y recogió el papel que contenía las píldoras y que el portugués había dejado caer.

— ¿Ha visto usted el tatuaje? —preguntó el oficial inglés, que por precaución tenía una pistola amartillada.

—No —respondió Yáñez, incorporándose.

— ¿De modo que no es thug?

— ¿Quién puede asegurarlo? Los thugs, tienen tatuajes en muchas partes del cuerpo.

—Yo no los tengo —interrumpió Tremal-Naik.

— ¿Cuánto tiempo lleva este hombre aquí? —preguntó Yáñez al teniente.

—Cerca de dos meses, milord.

— ¿Adónde le llevarán?

—A cualquier penitenciaría de Australia.

— ¡Pobre diablo! Sigamos, teniente...

El marino abrió la puerta. Yáñez aprovechó aquel momento para volverse y hacer a Tremal-Naik una última seña que significaba: «obedece».

— ¿Quiere usted visitar el fuerte? —preguntó el oficial, después de cerrar

la puerta y de correr los cerrojos.

—Creo que no tiene nada de particular —respondió el portugués—. Hasta que nos volvamos a ver en casa del rajá, caballero.

—Hasta entonces, milord.

XVI. La liberación de Kammamuri

Mientras Yáñez preparaba la salvación de Tremal-Naik, el pobre Kammamuri, sintiendo mil temores y mil angustias, imaginaba multitud de proyectos para salir de la prisión. No temía ser ahorcado o fusilado como cualquier pirata vulgar; temía que lo sometiesen a algún espantoso suplicio que le obligase a confesarlo todo, comprometiendo a un tiempo la vida de su amo, la de la infeliz Ada, la del Tigre de Malasia, la de Yáñez y la de los valientes piratas de Mompracem.

Apenas lo encerraron intentó saltar por la ventana, pero la encontró defendida por sólidos barrotes de hierro, imposibles de romper sin una poderosa lima o sin una maza; luego pretendió perforar el pavimento, esperando caer en un cuarto deshabitado, pero después de destrozarse las uñas se vio obligado a renunciar a la empresa. Por último pensó estrangular al indio que le servía la comida, pero cuando se hallaba a punto de realizar su propósito, otro indio acudió en auxilio de su compañero.

Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, retiróse a un ángulo de la estancia, resuelto a morir antes que probar la comida, que podía contener algún misterioso narcótico y resuelto también a dejarse arrancar la carne trozo a trozo antes de pronunciar una sola palabra.

Transcurrieron diez horas sin que el indio se moviese. Ya el sol se había ocultado tras breve crepúsculo y las nieblas invadían la estancia, cuando un apagado silbido y un ligero golpe llegaron a sus oídos. Levantóse silenciosamente, dirigiendo a su alrededor una indagadora mirada y prestó atención. Sólo oyó los roncós gritos de los dayakos y de los malayos que cruzaban por la plaza.

Acercóse a la ventana y miró a través de los hierros. A lo lejos, junto a una gigantesca paimá sacarífera que proyectaba su sombra sobre gran parte de la plaza, vio a un hombre cubierto con amplio sombrero y que llevaba en la mano una especie de bastón. Al primer golpe de vista lo conoció.

—Señor Yáñez —murmuró.

Sacó un brazo e hizo algunos movimientos. El portugués levantó las manos

y contestó con varias señas.

—Me ha comprendido —dijo Kammamuri.

Apartóse de la ventana y se dirigió a la pared opuesta. La observó atentamente, luego se inclinó y recogió una flecha, en cuya extremidad estaba sujeto un trozo de papel.

—Aquí dentro está mi salvación —dijo—. Por lo visto, el señor Yáñez maneja bien la cerbatana...

Abrió la carta y encontró las dos pildorillas negras, que despedían un olor particular.

— ¿Veneno o narcótico? —se dijo—. Por la carta lo sabré.

Acercóse a la ventana y, con la mayor atención, leyó las siguientes líneas:

Todo marcha bien. Si no ocurren acontecimientos imprevistos, Tremal-Naik se hallará mañana en libertad. Las pildoritas que te envío, disueltas en agua, adormecen instantáneamente. Busca el medio de aletargar a tu guardián y de huir. Mañana a mediodía te espero cerca del fortín.

Yáñez.

— ¡Buena persona! —murmuró el indio, conmovido—. Piensa en todo.

Apoyóse en los hierros de la ventana y meditó. Un ligero golpe dado en la puerta le distrajo de sus pensamientos.

Acercóse rápidamente, pero sin hacer ruido, a una mesa sobre la cual se veían, junto a un plato de arroz y otro de fruta, dos grandes vasos de tuwack, y echó en uno una de las píldoras, que se disolvió inmediatamente.

— ¿Quién es? —preguntó luego.

—Guardia del rajá —contestó una voz.

La puerta se abrió y un indio armado con larga cimitarra y una pistola con incrustaciones de madreperla, entró con precaución. En una mano llevaba una linterna de talco semejante a las que usan los chinos y en la otra una cesta de provisiones.

— ¿No tienes hambre? —preguntóle el guardia, al ver llenos los vasos e intacta la fruta y el plato.

El maharato, en vez de responder, le dirigió una torva mirada.

—Animo, amigo —continuó el guardia—. El rajá es clemente y no te ahorcará.

—Pero me envenenará —dijo Kammamuri, con fingido terror.

— ¿De qué modo?

—Con la comida y con la bebida que me da.

— ¿Por eso no has probado nada?

—Claro.

—No tienes razón.

— ¿Por qué?

—Porque ni el tuwack, ni el arroz, ni la fruta están envenenados.

— ¿Has probado ese licor?

—No. ¿Quieres que lo haga?

Kammamuri cogió la copa donde había disuelto la píldora del portugués y se la ofreció al carcelero.

—Bebe —le dijo.

El indio llevóse la copa a los labios y bebió buena parte del contenido.

—Pero... —exclamó, balbuciente—. ¿Qué han mezclado a este tuwack?

—No lo sé —dijo el maharato, que lo observaba atentamente.

—Siento que una sacudida... extraña agita... mis brazos. ¡Ah! La cabeza me da vueltas, me faltan las fuerzas, no veo, me parece...

No acabó la frase. Vaciló como si estuviese herido en mitad del pecho, levantó las manos, cerró los ojos y cayó al suelo, quedando inmóvil.

Kammamuri, dando un salto, se lanzó sobre él y le arrebató la pistola y la cimitarra.

Luego acercóse a la puerta y prestó oído.

Temía que el ruido producido por el indio al caer atrajese a la guardia. Afortunadamente, nada se oía en el corredor.

—Me he salvado —dijo, respirando—. Dentro de diez minutos estaré fuera de la ciudad.

Despojó al indio de los calzones cortos, la chaqueta y la faja y en un abrir y cerrar de ojos se vistió. Anudóse a la cabeza un pañuelo, de forma que le ocultaba parte del rostro, ciñóse la cimitarra y colocó en el cinturón una pistola.

—Pasaré por un guardia del rajá —murmuró.

Abrió la puerta sin hacer ruido, avanzó por el corredor, que estaba desierto y a oscuras, bajó la escalera y, pasando rápidamente junto al centinela, salió a

la plaza.

— ¿Eres tú, Labuck? —preguntó una voz.

—Sí —contestó Kammamuri, sin detenerse, temeroso de ser reconocido por el que le interrogaba.

—Que Siva te proteja.

—Gracias, amigo.

El maharato, con veloz paso, ojos muy abiertos y oído atento, marchaba pegado a los muros de las casas, ocultándose cuando en el fondo de alguna calle o callejuela descubría a cualquier persona.

Al cabo de diez minutos encontróse en la falda de la colina en cuya cima se levantaba el fortín. Se detuvo y prestó atención.

De la parte del río elevábanse monótonas canciones entonadas por los bateleros malayos y dayakos; del barrio chino llegaban agudos ecos de un yo —especie de flauta con seis agujeros— y las dulces notas de un kine, instrumento semejante a la guitarra, con cuerdas de seda.

De la plaza, donde se hallaba el palacio del rajá, no llegaba rumor alguno.

—Estoy a salvo —murmuró el indio, después de escuchar breves instantes—. Todavía no han descubierto mi fuga.

Internóse en los bosques de altísimos mangos, de bellísimas palmeras y de «cettings».

Unas veces saltando de un árbol a otro con la agilidad de un mono para borrar las huellas, otras metiéndose, con el mismo objeto, en los pantanos de negras y pútridas aguas, y en ocasiones atravesando por medio de los matorrales, llegó en menos de una hora a distancia de Un tiro de fósil del fuerte.

Trepó a un árbol enorme desde donde podía ver a cuantas personas subían y bajaban por la colina y esperó pacientemente la llegada del portugués.

La noche transcurrió sin incidentes. A las cuatro de la mañana el sol apareció de pronto en el horizonte, iluminando al mismo tiempo el río, que se deslizaba entre fértiles campiñas y enmarañadas selvas, la ciudad y las plantaciones que la rodeaban.

Desde su observatorio, el maharato vio, algunas horas después, a dos blancos que salían de la fortaleza y a todo correr se lanzaban por el sendero.

— ¿Qué sucederá? —se dijo Kammamuri—. Para correr de ese modo es preciso que en la fortaleza haya ocurrido algo grave. ¡Por Siva! ¿Habrán avisado mi fuga a estos hombres?

Ocultóse en medio del follaje y esperó.

Una hora después, los dos ingleses volvían al fortín seguidos de un oficial de la guardia y de un europeo vestido de blanco que llevaba una cajita negra.

— ¿Será un médico? —preguntóse Kammamuri, palideciendo—. ¿Se habrá puesto alguien enfermo? ¿Será mi amo?... ¡Señor Yáñez, por favor, dese prisa!

Dejóse caer a tierra y se encaminó hacia el sendero, resuelto a preguntar al primero que se presentase. Afortunadamente dieron las doce, luego la una, las dos y las tres, sin que ni guardias ni marineros pasaran por allí.

A las cinco, aproximadamente, un hombre con amplio sombrero de paja y un par de pistolas en el cinto, apareció en una revuelta del camino. Kammamuri le conoció en seguida.

— ¡Señor Yáñez! —exclamó.

El portugués, que caminaba muy despacio, mirando atentamente a derecha e izquierda, como si buscara a alguien, se detuvo. Al ver a Kammamuri apresuró el paso, y cuando estuvo a su lado le empujó hacia un espeso matorral, diciéndole:

—Si algún guardia te descubre, te cuelgan. Hay que ser prudente, querido.

— ¿Ocurre algo grave en el fortín, señor Yáñez? —preguntó el maharato—. Tuve una sospecha y dejé el escondrijo.

— ¿Una sospecha?... ¿Cuál?

—Que mi amo puede estar muriéndose. He visto entrar a un blanco y me parece que era médico.

—Es verdad; tu amo ha puesto en movimiento a los soldados del fuerte.

— ¿Mi amo?... ¿De modo que mi amo está ahí?

—Sí, hijo mío.

— ¿Y está enfermo?

—Ha muerto.

— ¡Muerto! —exclamó el maharato, vacilando.

—No te asustes, chiquillo. Le suponen muerto, pero vive.

— ¡Ah, señor Yáñez!, qué susto me ha dado usted. ¿Le ha proporcionado algún narcótico?

—Le he dado unas píldoras que suspenden la vida durante treinta y seis horas.

— ¿Y le suponen muerto?

—Eso es.

— ¿Cómo nos arreglaremos para salvarlo?

Esta tarde, si no me equivoco, le enterrarán.

—Comprendo —dijo el maharato—. Entonces nosotros le desenterraremos y lo pondremos en seguro.

—Has adivinado, querido.

—Pero ¿dónde lo llevarán?

—Ya lo sabremos.

— ¿De qué modo?

—Al salir del fuerte les seguiremos.

— ¿Cuándo daremos el golpe?

—Esta noche.

— ¿Nosotros dos?

—Tú y Sandokán.

—Entonces debo avisarlo.

—Claro.

— ¿Y por qué no viene usted?

—No puedo.

— ¿Que no puede?

—No.

— ¿Quién se lo impide?

—Esta noche el rajá celebra un baile en honor del embajador holandés y, como comprenderás, no podría faltar sin infundir sospechas.

— ¡Ah! —exclamé el indio, volviendo la cabeza hacia el fortín.

— ¿Qué ocurre?

—De la fortaleza salen algunos hombres.

— ¡Por Júpiter!...

Apartó con las manos varias ramas de la enmarañada espesura y miró hacia la cumbre de la colina.

Habían salido dos hombres conduciendo a hombros, en una parihuela, un cuerpo humano envuelto en una especie de hamaca. Tras ellos marchaban dos marineros, armados de picos y azadones, y una guardia del rajá.

—Preparémonos a partir —dijo Yáñez.

— ¿Qué camino seguirán? —preguntó Kammamuri, con profunda ansiedad.

—Bajan la pendiente del lado opuesto.

— ¿Irán a enterrarlo en el cementerio?

—No lo sé. Demos la vuelta al bosque, pero procura no hacer ruido.

Salieron del matorral y se ocultaron bajo el bosque que cubría casi toda la colina. Saltando por encima de troncos derribados, arrancando brezos y cortando largas raíces, rodearon el fuerte y llegaron a la vertiente opuesta. Yáñez se detuvo.

— ¿Dónde están? —preguntó.

—Ahí los tiene usted —dijo el maharato.

En efecto, el grupo de hombres se hallaba a la vista. Bajaba por una veredita que conducía a una explanada ceñida de árboles soberbios. En el centro, rodeado por una empalizada muy baja, veíase un espacio lleno de piedras y de tablas.

—Ese debe de ser el cementerio —dijo Yáñez.

— ¿Se dirigen hacia allí? —preguntó Kammamuri.

—Sí.

—Me tranquilizo, señor Yáñez. Temía que arrojasen al río a mi pobre amo.

—También a mí me asaltó el mismo temor.

— ¿Nos acercamos?

—Es inútil. La tierra recién movida nos indicará dónde lo han sepultado.

— ¿Debo irme ya?

—Espera un poco...

Los marineros entraron en el cementerio y se detuvieron en el centro, dejando en el suelo a Tremal-Naik. Yáñez les vio dar vueltas durante algunos momentos, como si buscaran algo; luego, uno de ellos empuñó la azada y empezó a cavar.

—Lo enterrarán ahí —dijo el portugués al maharato.

— ¿Y no corre peligro de morir asfixiado? —preguntó el indio.

—No, Ahora ve en busca de Sandokán y dile que reúna sus tropas, que venga aquí y que desentierre a tu señor. — ¿Y luego?

—Volverás al bosque y mañana vendré a buscarte. Entonces podremos abandonar para siempre estos lugares. Anda, date prisa.

El indio no aguardó a que se lo repitiera. Empuñó la pistola con la rapidez de una ardilla y desapareció bajo los árboles.

XVII. Yáñez cogido en la trampa

Cerca de las diez de la noche, Yáñez regresó a Sarawak y se quedó sorprendido del extraordinario movimiento que reinaba en todos los barrios. Por todas partes pasaban y repasaban grupos de chinos en traje de gala, dayakos, malayos, macasareses, javaneses y tagalos, gritando, riendo, tropezando los unos con los otros y dirigiéndose todos hacia la plazoleta donde se alzaba el palacio del rajá. Sin duda, se habían oído la fiesta que su príncipe celebraba y corrían en masa, seguros de divertirse y hasta de beber algo permaneciendo en la plaza.

—Bueno —murmuró el portugués, frotándose las manos—. Sandokán podrá pasar junto a la ciudad sin ser visto por nadie. Mi querido príncipe, nos ayudas muy bien.

Al cabo de cinco minutos llegó a la plaza. Innumerables antorchas de resina ardían aquí y allá, iluminando fantásticamente las casas, los altos y magníficos árboles y el palacio del rajá, que aparecía rodeado por una doble fila de guardias.

Una considerable turba, en parte alegre y en parte embriagada, se aglomeraba en aquel espacio, lanzando endiablados gritos, mezclándose y confundiéndose. Los honrados ciudadanos de Sarawak, al son de la orquesta que tocaba en los salones del palacio, bailaban furiosamente, chocando contra las casas o contra los árboles y rompiendo la fila de guardias, que en más de una ocasión tuvieron que echar mano a las armas.

—Llego un poco tarde —dijo Yáñez, riendo—. El príncipe estará inquieto por mí.

Diose a conocer a la guardia, subió la escalera y entró en su habitación para arreglarse.

— ¿Se divierten? —preguntó al indio que el rajá había puesto a sus

órdenes.

—Mucho, milord —contestó el interpelado.

— ¿Quiénes son los invitados?

—Europeos, malayos, dayakos y chinos.

— ¡Buena mezcla! No será necesario que me ponga traje negro; además, no lo tengo.

Cepillóse los vestidos, se echó en el bolsillo una pequeña pistola, y se dirigió a la sala del baile, en cuyo umbral se detuvo, con viva sorpresa pintada en el rostro.

La sala no era grande, pero el rajá la había hecho decorar con gusto.

Numerosas lámparas de bronce pendían del artesonado, esparciendo luz eléctrica; grandes espejos de Venecia adornaban las paredes; esteras dayakas de brillantes colores cubrían el suelo y sobre los veladores veíanse anchos vasos de porcelana de China, que encerraban peonías rojas y soberbias magnolias que perfumaban el ambiente.

Los invitados no pasaban de cincuenta; pero ¡qué trajes y qué tipos tan diversos! Había cuatro europeos vestidos de blanco, quince chinos cubiertos de seda, con cráneos tan relucientes que parecían de marfil; diez o doce malayos de piel verde oscura; cinco o seis jefes dayakos con sus esposas, más bien desnudas que vestidas, pero adornadas con brazaletes y collares de dientes de tigre. Formaban el resto, maeasareses, tagalos y javaneses, que gesticulaban como poseídos y que voceaban como locos furiosos cada vez que la orquesta china, formada por cuatro tocadores de pienekia —instrumento compuesto de dieciséis piedras negras— y veinte flautistas, dejaba oír una marcha imposible de bailar.

— ¿Qué fiesta es esta? —se dijo Yáñez, riendo—. Si la presenciase uno de nuestros señores de Europa, apostarí a cien esterlinas contra un penique a que le daba dos puntapiés a Su Alteza Brooke y a la diabólica orquesta.

Después deambuló entre la gente.

—Aquí se divierte la gente —le dijo al rajá, que estaba hablando con un chino.

— ¡Ah! —exclamó el príncipe, volviéndose hacia él—. ¿Usted aquí, milord? Ya hace más de dos horas que le espero.

—He dado un paseo hasta el fortín y al volver me extravié.

— ¿Ha asistido usted a los funerales del prisionero?

—No, Alteza. Las ceremonias fúnebres no me hacen gracia.

— ¿Le gusta a usted esta fiesta?

—Me parece algo confusa.

—Querido, estamos en Sarawak. Los chinos, los malayos y los dayakos no saben portarse mejor. Baile con alguna mujer dayaka.

—Con esta música resulta imposible, Alteza.

—Tiene razón —dijo el rajá, riendo.

En aquel instante, junto a la puerta, dejóse oír un grito, que fue ahogado por la algarabía que reinaba en la sala.

El rajá se volvió bruscamente y a la vez que él, Yáñez.

Apenas tuvieron tiempo de ver a un individuo de Sarga barba gris, el cual retrocedió en el acto.

— ¿Qué ocurre? —preguntó el rajá.

Algunas personas se dirigieron hacia la puerta, pero, en seguida, retrocedieron.

—Espéreme aquí, milord —dijo James Brooke.

Yáñez no se movió.

Aquel grito le llegó hasta el fondo del alma. Ligeramente palidez le cubrió de pronto el rostro, y sus facciones, ordinariamente tranquilas, se alteraron.

— ¡Qué grito! —murmuró al fin—. ¿Dónde lo he oído?... ¿Ocurriría una catástrofe ahora que todo va tan bien?

Metióse la mano en el bolsillo del pantalón y amartilló la pistola, resuelto a servirse de ella en caso necesario.

En aquel momento volvió a entrar el rajá. Yáñez notó la arruga que surcaba su frente. Estremeciéndose y su inquietud aumentó.

—Buena, Alteza —dijo, haciendo un esfuerzo para aparecer sereno—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada, milord —respondió el rajá, con indiferencia.

—Pero ese grito... —insistió el portugués.

—Lo lanzó un amigo mío.

— ¿Por qué motivo?

—Porque se sintió enfermo.

—Sin embargo...

— ¿Qué?

—Que el grito no era de dolor.

—Se equivoca usted... Vaya, invite a alguna dama dayaka y baile una polka.

El rajá le volvió la espalda y trabó conversación con uno de los invitados. Yáñez permaneció en el mismo sitio, dirigiéndole una inquieta mirada.

—Hay gato encerrado —murmuró.

Hizo como que se alejaba y fue a sentarse tras un grupo de malayos. Desde allí notó que James Brooke dirigía una mirada a su alrededor, como si buscara a alguien. Yáñez volvió a estremecerse.

—Me busca —dijo—. Pues mira, mi querido Brooke, te jugaré una mala pasada antes que tú a mí.

Levantóse, dio algunas vueltas por el salón y luego se detuvo a dos pasos de la puerta. Junto a ella permanecía un esclavo del rajá. El portugués le hizo señas para que se acercara.

— ¿Quién era el hombre que, hace poco, dio un grito? —le preguntó.

—Un amigo del rajá —contestó el indio.

— ¿Su nombre?

—Lo ignoro, milord.

— ¿Dónde está ahora?

—En el gabinete del rajá.

— ¿Está enfermo?

—No lo sé.

— ¿Puedo entrar a visitarlo?

—No, milord. A la puerta de la estancia hay dos centinelas con orden de no dejar que pase nadie.

— ¿Es inglés ese hombre?

—Sí.

— ¿Desde cuándo se halla en Sarawak?

El indio meditó, rascándose la cabeza.

—Llegó inmediatamente después del combate librado en la desembocadura —dijo al cabo de un rato.

— ¿Contra el Tigre de Malasia?

—Sí, milord.

— ¿Es enemigo del Tigre?

—Debe de serlo, pues le ha estado persiguiendo por los bosques.

—Gracias, amigo —dijo Yáñez, deslizándole una rupia en la mano.

Salió de la sala y se dirigió a su habitación. Marchaba pálido y pensativo.

Una vez dentro, cerró la puerta, descolgó de la pared un par de pistolas y un kriss con la punta envenenada, y, abriendo la ventana, inclinóse sobre el alféizar.

Una doble fila de indios, armados de fusiles, rodeaba el palacio.

En la plaza, doscientas o trescientas personas bailaban desordenadamente, lanzando salvajes gritos.

—Por aquí es imposible huir —murmuró Yáñez—. Sin embargo, debo irme cuanto antes. Presiento que se avecina un peligro grave y que...

Detúvose repentinamente.

—Aquel grito... —añadió, volviendo a palidecer—. Sí, debió de lanzarlo lord Guillonk, nuestro enemigo... Sambigliong aseguró que le había visto a la cabeza de una partida de dayakos, en la selva donde se ocultó Sandokán... Es él, no hay duda que es él...

Dirigióse hacia la mesa y empuñó una pistola, diciendo:

—Yáñez no matará al tío de Mariana Guillonk, pero defenderá su propia vida.

Acercóse a la puerta y descorrió el cerrojo, pero no pudo abrirla. Apoyó en ella la espalda e hizo fuerza, sin obtener mejor resultado. Sorda exclamación se escapó de sus labios.

—Me han encerrado —dijo—. Ahora sí que estoy perdido.

Buscó otra salida, pero la habitación no tenía más que dos ventanas, y bajo ellas veíanse a los guardias del rajá y a la multitud.

— ¡Maldita sea esta fiesta! —exclamó con rabia.

En aquel instante llamaron a la puerta. Levantó la pistola, gritando:

— ¿Quién es?

—James Brooke —respondió el rajá desde la puerta exterior.

— ¿Solo o acompañado?

—Solo, milord, y sin armas.

—Pase Vuestra Alteza —dijo Yáñez, con ironía.

Colocóse la pistola en el cinto, cruzó los brazos sobre el pecho y, alta la cabeza y serena la mirada, esperó a que su adversario entrase.

XVIII. Lord James Guillonk

El rajá llegaba solo, sin armas y vestido todavía de negro. Sin embargo, no era ya el príncipe de Sarawak; era el exterminador de los piratas que se aprestaba a aniquilar a uno de los jefes más poderosos de la piratería malaya.

Durante algunos segundos, permaneció inmóvil, dirigiendo a Yáñez una mirada, aguda como la punta de un puñal. Luego avanzó tres pasos. La puerta cerróse inmediatamente tras él.

—Señor —dijo con áspero acento.

—Alteza —exclamó Yáñez, en el mismo tono.

—Supongo que comprenderá usted el objeto de mi visita.

—Es probable. Ruego a Vuestra Alteza que tome asiento.

El rajá sentóse en una silla y Yáñez se apoyó en una mesita sobre la cual se veía un kriss.

—Señor —empezó diciendo el rajá, con voz tranquila—. ¿Sabe usted cómo me llaman en Sarawak?

—James Brooke.

—No, me llaman el Exterminador de los piratas.

El portugués se inclinó, sonriendo.

—Feo apodo, Alteza.

—Ahora que sabe usted quién es James Brooke, rajá de Sarawak, quitémonos las caretas y hablemos.

—Muy bien, Alteza.

—Si yo desembarcara en Mompracem...

— ¡Ah! —exclamó Yáñez—. Vuestra Alteza sabe...

—Déjeme usted acabar, caballero. Si yo, repito, desembarcara en Mompracem y pidiese hospitalidad al Tigre de Malasia o a su lugarteniente, y

luego averiguaran que era uno de sus más encarnizados enemigos, ¿qué harían conmigo?

—Si se tratase de James Brooke, el Tigre de Malasia o su lugarteniente no vacilarían en pasarle una cuerda al cuello.

—Pues bien, señor Yáñez de Gomara...

— ¡Señor Yáñez!... —le interrumpió el portugués—. ¿Quién ha dicho que me llamo Yáñez de Gomara?

—Un hombre que tiene que saldar una cuenta pendiente con usted.

— ¿De modo que he sido vendido?

—Precisamente, está usted descubierto.

— ¡Quiero saber el nombre de ese individuo, James Brooke! —gritó Yáñez, avanzando un paso hacia el rajá—. ¡Quiero saberlo!

— ¿Y si yo no se lo dijera?

—Yo sabría obligar...

El rajá se echó a reír.

—Me amenaza —exclamó—, y no piensa que tras esta puerta diez hombres armados esperan una palabra mía para entrar y arrojarse sobre usted. Sin embargo, voy a darle gusto...

Dio dos palmadas. Abrióse la puerta y entró un anciano alto, robusto, de barba blanca y rostro curtido por el sol de los trópicos. Yáñez no pudo contener un grito.

Lo había reconocido en el acto. Aquel hombre era lord James Guillonk, el tío de la esposa del Tigre de Malasia, el enemigo que tenía jurado colgar a los dos cabecillas de la piratería.

— ¿Me reconoces, Yáñez de Gomara? —le preguntó con sordo acento.

—Sí, milord —contestó el portugués, recobrando en seguida su serenidad.

—Algo me aseguraba que algún día encontraría a los raptores de mi sobrina Mariana.

— ¿Raptores? Lady Mariana fue robada con su consentimiento. Amaba al Tigre de Malasia, no lo aborrecía.

—Poco me importa saber si amaba u odiaba al pirata. Se la robaron a su tío, y eso me basta. Yáñez de Gomara, te he buscado durante años sin tomar un momento de reposo. ¿Sabes para qué?

—No.

—Para vengarme.

—Ya he dicho que lady Mariana no fue raptada. ¿De qué pretendes vengarte?

—Del mal que me has hecho al privarme de la única persona que de mi familia me quedaba, de las humillaciones que me has impuesto, de los daños causados a mi patria. Contéstame, ahora, ¿dónde está mi sobrina? ¿Es verdad que ha muerto?

—Tu sobrina, o mejor dicho, la esposa del Tigre de Malasia, descansa en el cementerio de Batavia —respondió Yáñez, con tristeza.

— ¿Asesinada por su infame raptor?

—No, víctima del cólera. Y por si no lo sabes, te diré que Sandokán, el sanguinario pirata de Mompracem, ha llorado y llorará durante muchos años a lady Mariana Guillonk.

— ¡Sandokán! —exclamó el lord con indecible acento de odio—. ¿Dónde está ese hombre?

—Tu sobrino político se encuentra en un lugar seguro del territorio dominado por el rajá de Sarawak.

— ¿Qué hace aquí?

—Ha venido a salvar a un hombre injustamente condenado que ama a Ada Corissanth, parienta tuya.

— ¡Mientes! —gritó el lord.

— ¿Quién es ese condenado? —preguntó el rajá, poniéndose en pie.

—No puedo decirlo —replicó Yáñez.

—Lord Guillonk —exclamó el rajá—, ¿tiene Usted algún familiar que lleve el nombre de Corissanth?

—La madre de Mariana tenía un hermano que se llamaba Harry Corissanth.

— ¿Dónde vivía?

—En la India.

— ¿Vive aún?

—Me han dicho que murió.

— ¿Tenía una hija llamada Ada?

—Sí, pero la raptaron los thugs indios y no se ha vuelto a saber de ella.

— ¿Cree usted que puede estar viva?

—No, Alteza.

—Entonces...

—Ese pirata nos engaña.

—Si yo jurase por mi honor —dijo el portugués, levantando la cabeza y mirándolo cara a cara— que cuanto he dicho es cierto, ¿me creerías?

—Un pirata no tiene honor —exclamó lord Guillonk, con desprecio.

Yáñez palideció y su mano oprimió la culata de una pistola. Luego dijo:

—Si no fueras tío de lady Mariana, a esta hora habría cometido un homicidio. Es la cuarta vez que te perdono la vida, no lo olvides.

—Pues habla. Tal vez conceda crédito a tus palabras.

—Repito lo que aseguré hace poco. El Tigre de Malasia ha venido para salvar a un hombre injustamente condenado, que ama a Ada Corissanth.

—Dime cómo se llama ese hombre, y el lugar en que se encuentra Ada.

—Ada Corissanth está con el Tigre de Malasia.

— ¿Dónde?

—Ahora no puedo decirlo.

— ¿Por qué?

—Porque seríais capaces de caer sobre Sandokán y hacerlo prisionero o matarlo. Prometedme dejarlo marchar a su isla, y os daré a conocer el sitio en que se halla y lo que hace en este momento.

—No saldrá nunca de mi boca esa promesa —dijo el rajá, interviniendo—. Ya es hora de que el Tigre de Malasia desaparezca para siempre de estos mares, que durante tantos años ha ensangrentado.

—Y menos de la mía —añadió lord Guillonk—. Hace cinco años que espero vengarme.

—Pues entonces, hacedme sufrir mil torturas; mis labios no pronunciarán ni una palabra más.

En aquel momento, dos indios penetraron por la ventana y se acercaron silenciosamente a la mesa. Parecía que sólo esperaban una señal para lanzarse sobre el pirata.

— ¿De modo que no quieres hablar? —dijo el rajá, después de hacer un rápido gesto a los indios.

—No.

—Pues entonces, yo, James Brooke, rajá de Sarawak, te detengo.

Al oír aquellas palabras, los dos guardias se arrojaron sobre el portugués, que no había notado su presencia, y lo derribaron.

— ¡Miserables! —gritó el prisionero.

Con un hercúleo esfuerzo, les hizo caer, pero lograron ponerse de pie y en seguida lo ataron de pies y manos y lo amordazaron.

— ¿Lo matamos? —preguntó uno de los indios, desenvainando el kriss.

—No —contestó el rajá—. Debe hacer revelaciones.

— ¿Hablará? —preguntó lord Guillonk.

— ¡Ya lo creo! —replicó Brooke.

A una señal suya, salió uno de los indios; al poco rato volvió con un vaso lleno de un líquido verdoso.

— ¿Qué bebida es esa? —preguntó el lord.

—Una limonada —contestó el rajá.

— ¿Para qué?

—Para que el prisionero hable.

—Dudo que eso sea posible, Alteza.

—Ya lo verá usted.

— ¿Lleva veneno?

—Un poco de opio y algunas gotas de yauma.

— ¿Es una bebida india?

—Sí, milord.

A una señal de su jefe, los dos guardias quitaron a Yáñez la mordaza, le abrieron la boca a la fuerza y le hicieron tragar la limonada.

—Esté usted atento, milord —dijo el rajá—. Pronto sabremos dónde se esconde el Tigre de Malasia.

El prisionero fue nuevamente amordazado, a pesar de sus dentelladas y de sus violentas sacudidas, para que no alarmase con sus gritos a los invitados, que seguían bailando en el inmediato salón.

Al cabo de cinco minutos, el rostro de Yáñez comenzó a colorearse y sus ojos a brillar como los de una serpiente irritada. Sus retorcimientos y sus

esfuerzos se calmaron poco a poco, hasta cesar del todo.

—Dejadle reír —dijo el rajá.

Un indio volvió a quitarle la mordaza. Cosa rara: el portugués, que en esos momentos parecía reventar de rabia, ahora amenazaba reventar de risa.

Estalló en convulsivas carcajadas y tan estrepitosas como si de repente se hubiera vuelto loco. Y por si esto no bastara, hablaba sin cesar, ora de Mompracem, ora de los piratas, ora de Sandokán, lo mismo que si estuviera en presencia de sus amigos.

— ¡Este hombre se ha vuelto loco! —exclamó lord Guillonk, en el colmo de la sorpresa.

—No, milord —dijo el rajá, sonriendo—. Es que la limonada le hace efecto. Los indios, como usted ve, disponen de bebidas realmente maravillosas.

— ¿Nos dirá dónde se oculta el Tigre de Malasia?

—Claro. Bastará interrogarlo.

—Amigo, Yáñez —dijo el lord, volviéndose hacia el portugués, que continuaba riendo—. Habla.

El pirata, libre ya de las cuerdas que le sujetaban pies y manos, se levantó.

— ¿Quién nombra al Tigre de Malasia? —preguntó—. El Tigre... ¡ja... ja! ... El Tigre de Malasia... ¿Quién no lo conoce? ¿Eres tú, viejo, el que no sabe de él? ¡No conocer al Tigre, al valiente Tigre!... ¡Ja... ja... ja!...

— ¿Está quizás aquí? —le preguntó el rajá.

—Sí, en el territorio de James Brooke, el rajá de Sarawak. Y ese estúpido de Brooke lo ignora... ¡Ja... ja!...

—Este hombre insulta a Vuestra Alteza —exclamó lord Guillonk.

— ¿Qué importa? —dijo el rajá, encogiéndose de hombros—. Me insulta, pero pondrá en nuestras manos al jefe de los bandidos de Mompracem. Dime, Yáñez, ¿dónde está Sandokán?

— ¿No lo sabes?... ¡Ja... ja!... ¡No sabe dónde está Sandokán! Pues aquí mismo —dijo Yáñez, y siguió riendo.

— ¿Pero en qué lugar?

—En...

Se detuvo. Tal vez un relámpago de lucidez le iluminó el cerebro en el mismo momento en, que iba a traicionar a su amigo.

— ¿Por qué te detienes? —preguntó. James Brooke—. ¿No lo sabes?

Yáñez prorrumpió en una convulsiva carcajada que duró algunos minutos.

—Vaya si lo sé —dijo luego—. Está en Sarawak.

—No es verdad, Yáñez.

—Sí. Y nadie lo sabe mejor que yo. ¡Ja... ja!... ¡No saber yo dónde está Sandokán!... ¡Ja... Ja!... Tú te has vuelto loco.

—Pues dime en qué sitio se esconde.

—En la ciudad, te repito... Sí, a esta hora habrá llegado para desenterrar al muerto fingido... y nos reiremos... nos reiremos de haberle jugado una mala pasada al estúpido de Brooke... ¡Ja... ja!...

El exterminador de los piratas y lord Guillonk se miraron.

— ¡El muerto fingido! —exclamaron al mismo tiempo—. ¿Quién es ese muerto fingido?

— ¿Quién?... ¿No lo sabéis?... Tremal-Naik, el thug indio.

— ¡Ah! —dijo el rajá—. Ahora comprendo. Sigue, amigo Yáñez. ¿Cuándo desenterrarán al muerto?

—Esta misma noche... y mañana nos reiremos. ¡Oh, sí, nos reiremos!... ¡Ja... ja!... y Tremal-Naik estará contento... y será feliz.

—Basta ya —interrumpió James Brooke—. Resolvamos en seguida lo que debemos hacer. Venga, milord.

Y se retiraron al gabinete, donde esperaba el capitán de la guardia, un indio de alta estatura, valor probado, sagacidad más que rara, único y antiguo compañero de armas del rajá.

—Kaliooíh —dijo el príncipe—, ¿de cuántos hombres adictos dispones?

—De sesenta, todos indios.

—Dentro de diez minutos debes estar preparado para partir con ellos.

—Está bien, rajá. ¿Y luego?

—Dejarás cuatro centinelas en la habitación de Yáñez, con la orden de matarlo a la menor tentativa de fuga. ¡Vete!

El indio saludó y salió.

— ¿Quiere usted ir? —preguntó el rajá a lord Guillonk.

—No me atrevía a solicitarlo, Alteza —respondió—. Yo maldigo al Tigre de Malasia.

—Sin embargo, es sobrino suyo, milord —dijo el rajá, sonriendo.

—No le conozco.

—Está bien. Mañana, si tenemos suerte, la piratería malaya habrá perdido para siempre a sus dos jefes.

XIX. En el cementerio

Mientras en el palacio del rajá ocurrían los acontecimientos que se acaban de narrar, Sandokán, en unión del maharato, acercábase a grandes pasos a la ciudad, seguido de toda su terrible banda, dispuesta a la lucha.

Era una noche espléndida. Millones y millones de estrellas brillaban en el cielo. La luna vagaba en el espacio, esparciendo sobre los inmensos bosques su azulada luz.

Un silencio casi absoluto reinaba por todas partes, interrumpido de vez en cuando por la suave brisa que soplabá del mar y que, con ligero murmullo, inclinaba las ramas de los árboles.

Sandokán, con la carabina bajo el brazo, los ojos muy abiertos y el oído alerta, marchaba a la cabeza de su gente, escoltado por el maharato a unos pasos de distancia.

Los piratas iban detrás, con el dedo en el gatillo del fusil, pisando con precaución las hojas secas y el ramaje muerto, y mirando a derecha e izquierda para no caer en ningún cepo.

A las diez, en el momento de comenzar la fiesta del rajá, los piratas dejaban el límite de la vasta espesura.

Hacia Oriente centelleaba el río, y junto a sus orillas, blanqueaban las casas y chozas de la población.

En medio de esta, la penetrante mirada de Sandokán percibió la mansión de James Brooke, cuyas ventanas aparecían iluminadas.

—¿Distingues algo allá lejos? —preguntó a Kammamuri.

—Sí, capitán. Veo las ventanas.

—Parece que bailan en Sarawak.

—Seguramente.

—Está bien. Mañana James Brooke se arrepentirá...

—Eso creo, capitán.

—Ponte a la cabeza de la tropa y guíanos al cementerio. Procura mantenerte alejado de la ciudad.

—No temas, Sandokán.

—Adelante.

La banda salió de la selva y atravesó una vasta llanura cultivada. Esparcidos aquí y allá veíanse bellísimos grupos de cettings y de palmeras sacaríferas.

De la población, cuando el viento soplaba con alguna fuerza, llegaban confusos gritos, pero en el campo no aparecían tropas ni habitantes.

No obstante, el indio apresuró el paso y condujo a la banda a otro bosque que se extendía alrededor de la colina defendida por el fortín.

Le constaba que el rajá tenía muchas sospechas y que sus espías rondaban por la ciudad, temiendo un repentino ataque de los piratas de Mompracem.

Al cabo de veinte minutos hizo seña a la tropa para que se detuviera.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Sandokán, adelantándose.

—Nos hallamos cerca del cementerio —dijo el maharato.

— ¿Dónde está?

—Mira hacia el prado, capitán...

Sandokán volvió los ojos en la dirección indicada. La luna blanqueaba los sarcófagos y arrancaba chispas de las cruces de hierro de los sepulcros de los europeos.

— ¿Oyes algo? —preguntó Sandokán.

—Nada —contestó el maharato—; sólo el rumor de la brisa que susurra entre las ramas de los árboles.

El jefe lanzó un silbido. Los piratas le rodearon.

—Oídme, tigres de Mompracem —les dijo—. Tal vez no ocurra nada, pero hay que desconfiar. James Brooke es hombre perspicaz y astuto y daría su reino con tal de aplastar a los piratas de Malasia y a su capitán. Adoptemos precauciones para que no nos perturbe en nuestra tarea. Tú, Sambigliong, elige ocho hombres y apóstalos en los alrededores del cementerio, a mil pasos de distancia. Tan pronto como escuches algún ruido o veas gente, me avisas.

—Está bien, capitán —contestó el pirata.

—Tú, Tanauduriam, con seis hombres, te situarás también junto al cementerio, a quinientos pasos de nosotros. Lo mismo que tu compañero, en

seguida que oigas o veas algo sospechoso, me advertirás.

—Perfectamente, capitán.

—Y tú, Aíer-Duk, con cuatro camaradas, te colocas en la mitad de la cuesta de aquella colina. Allí hay un fortín habitado y podría bajar alguien.

—A tus órdenes, Tigre de Malasia.

—Idos, pues, y al primer silbido que lance, replegaos todos hacia el cementerio.

Las tres guerrillas pusiéronse en marcha. Los demás piratas, guiados por Sandokán y por Kammamuri, bajaron hacia el camposanto.

—¿Sabes con exactitud dónde fue enterrado? —preguntó el Tigre al indio.

—En medio del cementerio —respondió el maharato.

—¿A mucha profundidad?

—No sé. Yáñez y yo estábamos al pie de la colina cuando los marineros lo enterraron. ¿Lo encontraremos vivo?

—Desde luego, pero no abriré los ojos hasta mañana, después de mediodía.

—Cuando lo hayamos desenterrado, ¿a dónde iremos?

—Volveremos a los bosques y, apenas se nos una Yáñez correremos en busca de Ada.

—¿Y luego?

—Partiremos en seguida. Si James Brooke se entera de lo que hemos hecho, nos dará caza.

—Pero estamos sin praho, capitán.

—Compraremos uno. Yáñez y yo disponemos de bastante dinero.

En aquel momento entraron en el sagrado recinto.

—Por lo visto, estamos solos —dijo el Tigre—. ¡Adelante!

Dirigiéronse hacia el centro del cementerio y se detuvieron ante una fosa cubierta recientemente.

—Aquí debe de ser —exclamó el maharato, emocionado—. ¡Pobre!

Sandokán desenvainó la cimitarra y levantó con precaución la tierra. Kammamuri y los piratas, con sus kriss, lo imitaron.

—¿Lo encerraron en un ataúd o lo envolvieron en una hamaca? —preguntó el capitán.

—En una hamaca —contestó el maharato.

—Entonces cavad con cuidado; podríais herirle.

Excavando con prudencia y retirando la tierra con las manos, profundizaron hasta que la punta de un kriss tropezó con un cuerpo bastante duro.

—Aquí está —dijo un pirata, retirando bruscamente el brazo.

— ¿Has encontrado el cuerpo? —preguntó Sandokán.

—Sí.

—Levanta la tierra.

El bandido metió el brazo en la fosa e hizo volar la tierra a derecha e izquierda. En seguida apareció la hamaca que envolvía Tremal-Naik.

—Prueba de sacarlo —dijo el jefe.

El pirata cogió la hamaca y, reuniendo todas sus fuerzas, comenzó a tirar. Poco a poco separóse la tierra y apareció el cuerpo.

— ¡Amo mío! —murmuró el maharato, emocionadísimo.

—Tráelo —dijo Sandokán.

Empuñó el kriss y desgarró el resistente tejido, poniendo al descubierto el cuerpo de Tremal-Naik.

El indio tenía el aspecto de un muerto. Los músculos parecían rígidos, la piel brillante y de color gris, los labios abiertos y manchados con baba sanguinolenta. Todos, al verle, habrían asegurado que aquel hombre había fallecido víctima de un activo veneno.

— ¿Es verdad, capitán, que no ha muerto? —preguntó el indio.

—Te lo garantizo —respondió Sandokán.

El maharato apoyó la mano en el pecho de Tremal-Naik.

— ¡El corazón no le late! —exclamó con terror.

—Te digo que no ha muerto.

— ¿No hay manera de que resucite ahora?

—Imposible.

— ¿Y mañana?...

El maharato no acabó de formular la pregunta. En la llanura se dejó oír de repente un agudo silbido: el silbido de alarma.

Sandokán, que estaba arrodillado junto a Tremal-Naik, púsose en pie de un salto y miró a los bandidos.

—Un hombre se acerca —dijo.

Un pirata, con la rapidez de un ciervo, corría hacia el sagrado recinto. En la diestra llevaba una cimitarra desenvainada que, a la luz de la luna, brillaba como si fuese de plata. En breves instantes, después de saltar de un brinco la empalizada, llegó hasta Sandokán.

— ¿Eres tú, Sambigliong? —preguntó el Tigre de Malasia, frunciendo el entrecejo.

—Sí, mi capitán —contestó el pirata, con voz entrecortada por la carrera.

— ¿Qué noticias me traes?

—Estamos a punto de ser atacados.

Sandokán dio un salto. De repente se había transformado. Sus ojos despedían chispas, sus contraídos labios mostraban los dientes blancos cual los de un animal carnívoro. El Tigre de Malasia despertaba.

— ¿Atacados nosotros? —repetía, oprimiendo su terrible cimitarra.

—Sí, capitán. Un pelotón de hombres armados acaba de salir de la ciudad y se dirige hacia este lugar.

— ¿Cuántos soldados son?

—Por lo menos, sesenta.

— ¿Y vienen hacia aquí?

—Sí, capitán.

— ¿Qué habrá ocurrido?... ¿Y Yáñez?... ¿Estará preso?... ¡Ay de ti, James Brooke, ay de ti!...

— ¿Qué hacemos? —preguntó Sambigliong.

—Lo primero, concentrar a nuestros hombres.

Llevóse a los labios un silbato, y los piratas se congregaron en torno suyo.

—Somos cincuenta y seis —dijo; pero todos valientes; cien hombres no nos harán temblar.

—Ni doscientos —dijo Sambigliong, envainando el acero—. Tan pronto como el Tigre de Malasia lo ordene, caeremos sobre Sarawak y lo incendiaremos.

—Por ahora no hay que llegar a ese extremo —replicó Sandokán—. Escucha.

—Habla.

—Tú, Sambigliong, tomarás ocho hombres e irás a ocultarte tras de aquellos árboles. Tú, Tanauduriam, con otros tantos, te esconderás entre aquel grupo de arbustos, frente a Sambigliong. Y tú, Aíer-Duk, con tres hombres, ocuparás el centro del cementerio y fingirás cavar una fosa.

— ¿Para qué?

—Para dejar que la tropa se acerque sin temor. Yo me ocultaré tras de la cerca con el resto de nuestra gente y, cuando llegue el momento oportuno, daré la señal de ataque.

— ¿Cuál será? —preguntó Sambigliong.

—Un tiro. Hecha la señal, todos descargaréis las armas sobre el enemigo y en seguida lo atacaréis con las cimitarras.

— ¡Magnífico pian! —exclamó Tanauduriam—. Los cogemos en medio.

— ¡A vuestros puestos! —ordenó el Tigre.

Sambigliong y sus compañeros fueron a emboscarse en la espesura; Tanauduriam, con los suyos, ocultáronse a la izquierda. El Tigre de Malasia se arrodilló tras el cercado en unión de la mayor parte de los bandidos, y Aíer-Duk, con sus camaradas, acercóse a Tremal-Naik, fingiendo cavar.

En aquel momento una doble fila de indios desembocaba en la pradera, precedida por un hombre vestido de blanco. Los soldados avanzaban silenciosamente, con los fusiles en la mano, preparados para la carga.

—Kammamuri —dijo Sandokán, que espiaba a la banda enemiga—, ¿ves a ese hombre del traje blanco?

—Sí, capitán.

— ¿Puedes decirme quién es?

El maharato enarcó las cejas y observó atentamente.

—Capitán —dijo, muy alterado—, apostarí a que es el rajá Brooke.

— ¡Él... él!... ¡Venir a desafiarme!...

— ¿Pretendes matarlo?

—Mi primer disparo será para él.

—No hagas eso, capitán.

El Tigre de Malasia volvióse hacia Kammamuri, mostrando los dientes.

— ¿Quién me lo impedirá? —preguntó con ira.

—Tal vez Yáñez se encuentre prisionero.

—Es verdad.

— ¿No sería mejor que nos apoderásemos del rajá?

—Te comprendo. Querrías hacer un canje.

—Sí, capitán.

—La idea me parece excelente, Kammamuri. Pero odio a ese hombre, que tanto daño ha causado a la piratería malaya.

—... Yáñez vale más que el rajá.

—Tienes razón. Sí, Yáñez ha caído prisionero. Me lo dice el corazón.

—En ese caso, ¿quién le libertará?

—Nosotros dos. Y ahora silencio y atención.

Los indios habían llegado a cuatrocientos pasos del cementerio. Temiendo que Aíer-Duk, que seguía cavando lo mismo que sus tres compañeros, les descubriesen, echáronse al suelo y avanzaron arrastrándose.

—Esperemos a que adelanten diez pasos más —murmuró Sandokán—, y entonces le enseñaré cómo se bate el Tigre de Malasia en medio de los cachorros de Mompracem.

Pero los indios, en vez de seguir avanzando, detuviéronse a una señal del rajá, dirigiendo las miradas hacia los matorrales que rodeaban a la pradera.

Sin duda temían alguna emboscada.

Después de unos cuantos minutos, se extendieron, formando un semicírculo, y continuaron su marcha con mayor prudencia.

De repente, Sandokán, se puso en pie.

Echóse la carabina a la cara, miró a su alrededor durante breves segundos, y al fin oprimió el gatillo. Un disparo repercutió en el espacio, turbando el profundo silencio que reinaba en el cementerio. Un indio —el que formaba a la cabeza de la columna— cayó de espaldas a consecuencia de un balazo en la frente.

XX. El combate

Aún no se había extinguido el eco de la detonación, cuando una espantosa gritería se dejó oír en la pradera.

En seguida diez, quince, veinte disparos partieron de la espesura. Dieciséis o dieciocho indios, muertos unos y heridos otros, rodaron entre la hierba, mucho antes de que hubieran podido hacer uso de las armas.

— ¡Adelante, hijos míos! —gritó el Tigre de Malasia, saltando la tapia, seguido de Kammamuri, de Aíer-Duk y de los demás bandidos—. ¡Caigamos sobre esos canallas!

Sambigliong y Tanauduriam salieron de la espesura y con la cimitarra en la mano se lanzaron a la cabeza de sus pequeños grupos.

— ¡Viva el Tigre de Malasia! —gritaron unos.

— ¡Viva Sandokán! ¡Viva Mompracem! —gritaban otros.

Los indios, al ver que tantos hombres caían sobre ellos, concentráronse rápidamente e hicieron una descarga cerrada. Tres o cuatro piratas ensangrentaron el suelo.

— ¡Adelante, hijos míos! —repitió el Tigre.

Los piratas, animados por su jefe, arrojáronse contra las filas enemigas, hiriendo sin piedad a cuantos se ponían delante.

El choque fue tan terrible que los indios replegáronse unos sobre otros, formando una compacta masa de cuerpos humanos.

El Tigre de Malasia, como una cuña en el tronco de un árbol, penetró en las filas y las dividió en dos.

Tres, cinco, diez piratas le siguieron y atacaron por la espalda a los indios, los cuales, viendo ya perdida toda esperanza de vencer, corrían a derecha e izquierda tratando de ponerse a salvo.

Diez o doce se mantenían firmes y en medio de ellos se hallaba James Brooke.

Sandokán acometió al grupo, resuelto a acabar con su enemigo.

Kammamuri, Aíer-Duk, Tanauduriam y otros compañeros le seguían, mientras Sambigliong daba caza a los fugitivos para impedir que se rehicieran y que volvieran a la carga.

— ¡Ríndete, James Brooke! —gritó Sandokán.

El rajá respondió con un pistoletazo cuya bala hizo blanco en un pirata.

— ¡Adelante, muchachos! —aulló Sandokán, derribando a un indio que se le puso delante.

En menos que se dice, el grupo, a pesar de su desesperada resistencia, fue abierto por las cimitarras y por los kriss envenenados de los tigres de

Mompracem. Kammamuri y Tanauduriam se arrojaron sobre el rajá, impidiéndole seguir a sus fieles, que huían acosados por Aíer-Duk y sus compañeros.

— ¡Entrégate! —le gritó Kammamuri, arrancándole la pistola y la espada.

—Me entrego —respondió Brooke, comprendiendo que la resistencia era inútil.

Sandokán, con la cimitarra en la mano, avanzó.

—James Brooke —dijo con acento irónico—, eres mi prisionero.

El rajá, sujeto por el férreo puño de Tanauduriam, miró al jefe de los piratas, a quien nunca había visto.

— ¿Quién eres? —le preguntó con voz sofocada por la ira.

—Mírame —respondió el pirata.

— ¿Serás acaso...?

—... Sandokán o, mejor dicho, el Tigre de Malasia.

—Lo sospechaba. ¿Qué quieres de James Brooke?

—Ante todo, que contestes.

Una sarcástica sonrisa se dibujó en los labios del rajá.

— ¿Y crees que lo voy a hacer? —preguntó.

—Sí, y para hacerte hablar hasta emplearé el fuego. James Brooke, te odio, ¿me oyes?, pero te odio como sabe odiar el Tigre de Malasia. Has hecho mucho daño a los piratas de Mompracem y podría vengar a los que tú has asesinado sin piedad.

— ¿Acaso yo no tenía derecho a exterminarlos?

—También yo tengo derecho a exterminar a los hombres de raza blanca que me han mordido el corazón. Pero dejémonos de derechos y contesta a mi pregunta.

—Habla.

— ¿Qué has hecho de Yáñez?

— ¿Yáñez? —dijo el rajá—. ¿Te interesa mucho ese individuo?

—Bastante.

—No te falta razón. Ese blanco posee un valor verdaderamente extraordinario y puede prestarte inmensos servicios.

— ¿Lo has hecho prisionero?

—Sí.

—Lo sospechaba. ¿Y cuándo?

—Esta noche.

— ¿De qué modo?

—Eres muy curioso.

— ¿No quieres contarlo?

—Sí, te lo diré.

—Habla, pues.

— ¿Conoces a lord Guillonk?

Sandokán se estremeció. Una profunda arruga se marcó sobre su frente.

—Sí —dijo.

—Si no me engaño, lord Guillonk es tío tuyo.

Sandokán no contestó.

—Tu tío fue quien reconoció a Yáñez y quien lo mandó detener.

— ¡Él!... —exclamó el Tigre—. ¡Siempre él!... ¿Y dónde se encuentra Yáñez?

—En mi habitación, atado sólidamente y bien guardado.

— ¿Qué te propones hacerle?

—No lo sé aún; ya lo pensaré.

— ¿Que lo pensarás?... —exclamó el Tigre de Malasia, sonriendo, pero con risa que causaba estremecimientos—. ¿Y no ves, James Brooke, que estás en mis manos? ¿No comprendes que te odio? ¿No te das cuenta de que mañana al amanecer podrías dejar de ser el rajá de Sarawak?

James Brooke, a pesar de que poseía un valor extraordinario, al oír estas palabras palideció.

— ¿Intentas asesinarme? —le preguntó con tono que revelaba intranquilidad.

—Si no aceptas el canje te mataré —afirmó Sandokán, resueltamente.

— ¿Un canje? ¿Cuál?

—Que tus soldados me devuelvan a Yáñez y yo te dejaré en libertad.

— ¿Te interesa mucho ese hombre?

—Bastante.

— ¿Por qué?

—Porque siempre me ha querido como si fuese un hermano. ¿Aceptas mi proposición?

—Acepto —dijo el rajá, después de un momento.

—Tienes que consentir que te aten y te amordacen.

— ¿Con qué objeto?

—Tus soldados podrían volver en mayor número y atacarnos.

— ¿A dónde me llevarás?

—A lugar seguro.

—Haz lo que quieras.

Sandokán dirigió una seña a Kammamuri. En seguida unos cuantos piratas llevaron cuatro parihuelas, formadas con ramas. La primera estaba vacía, la segunda se hallaba ocupada por Tremal-Naik, y las otras por dos dayakos de la guerrilla de Sambigliong, gravemente heridos.

—Ata y amordaza al rajá —dijo Sandokán al indio.

—Está bien, capitán.

Sujetó al rajá con sólidas cuerdas, lo amordazó con un pañuelo de seda y lo colocó en la parihuela vacía.

— ¿A dónde vamos? —preguntó así que acabó su tarea.

—Al campamento.

Llevóse a los labios el silbato de plata y lanzó tres agudas notas.

Los piratas que perseguían a los indios retrocedieron velozmente con Sambigliong y Aíer-Duk.

Sandokán pasó revista.

Faltaban once hombres.

—Han muerto —exclamó Tanauduriam.

—En marcha entonces —ordenó Sandokán, ahogando un suspiro.

La tropa internóse en los bosques, describiendo un semicírculo alrededor de la colina dominada por el fortín. Diez hombres, guiados por Tanauduriam y Sambigliong, abrían la marcha con las carabinas bajo el brazo, dispuestos a rechazar cualquier ataque; seguían las parihuelas de los heridos, con el rajá y con Tremal-Naik. Aíer-Duk, con los demás piratas, cerraba la marcha.

El viaje fue corto. A las cinco de la mañana, sin haber tropezado con indios ni con dayakos, llegaban a la derruida aldea, defendida por recias empalizadas y por trincheras.

Sandokán distribuyó algunos hombres, en previsión de un repentino ataque de las tropas de Sarawak; después ordenó que desatasen al rajá, el cual, durante el viaje, no había hablado.

—Si no te sirve de molestia, escribe, James Brooke —le dijo Sandokán, presentándole un pliego de papel y una pluma.

— ¿Qué debo poner? —preguntó el rajá, que parecía bastante tranquilo.

—Que estás prisionero del Tigre de Malasia y que para salvarte es preciso que pongan inmediatamente en libertad a Yáñez, mejor dicho, a lord Welker...

El rajá empezó a escribir.

—Un momento —dijo Sandokán.

— ¿Qué más quieres? —preguntó el inglés, enarcando las cejas.

—Añadirás que si dentro de cuatro horas Yáñez no se encuentra aquí, te colgaré del árbol más alto de la selva.

—Está bien.

—Agrega otra cosa —dijo el pirata—. Que no intenten liberarte por la fuerza; tan pronto como sea que se acerque gente armada, te hago ahorcar también.

—Parece que tienes muchos deseos de verme muerto —exclamó el rajá, con ironía.

—No lo niego, James Brooke —replicó Sandokán, dirigiéndole una feroz mirada—. Escribe.

El rajá concluyó la carta, que entregó en seguida al capitán.

—Está bien —dijo este, después de leerla—. ¡Sambigliong!

El bandido acudió presuroso.

—Lleva este pliego a Sarawak —dijo el Tigre—. Se lo entregarás a lord James Guillonk.

— ¿Me harán falta las armas?

—Ni siquiera el kriss. Anda y vuelve cuanto antes.

—Correré como un caballo, capitán.

El pirata ocultó la carta en el cinturón, arrojó al suelo la cimitarra, el hacha y el kriss y echó a correr.

—Aíer-Duk —dijo Sandokán, volviéndose hacia el bandido, que se hallaba cerca—. Vigila a este inglés. Si se escapa, te fusilo.

—Puedes estar tranquilo, capitán —contestó el pirata.

El Tigre montó la carabina, llamó a Kammamuri, que estaba junto a su aletargado amo, y abandonó la aldea, dirigiéndose hacia una altura desde la cual veíase la ciudad de Sarawak.

— ¿Salvaremos al capitán Yáñez? —preguntó el maharato, que lo seguía.

—Sí —respondió Sandokán—. Dentro de dos horas estará aquí.

— ¿De veras?

—No lo dudes. El rajá vale tanto como Yáñez.

—Sin embargo, estemos en guardia, capitán. Los indios —y en Sarawak abundan— son capaces de atravesar un bosque sin producir el más pequeño rumor.

—No temas, Kammamuri. Mis piratas son aún más astutos que los indios. Ningún enemigo se acercará a la aldea sin ser descubierto.

— ¿Nos perseguirá James Brooke?

—Seguramente. Apenas vuelva a Sarawak reunirá a su guardia y a los dayakos y se lanzará tras de nosotros.

—Entonces, habrá una segunda batalla.

—No, porque nos iremos en seguida.

— ¿En qué dirección?

—Hacia la bahía donde se encuentra Ada Corissanth.

— ¿Y luego?

—Como ya te he dicho, adquiriremos un praho y abandonaremos para siempre estas costas.

— ¿Y a dónde llevarás a mi amo?

—A donde él quiera ir.

En aquel momento llegaban a la altura, que se elevaba unos cuantos metros por encima de los árboles más copudos de la selva.

Sandokán cubrióse los ojos con las manos para defenderse de los rayos del sol y miró el paisaje vecino.

A diez millas extendíase Sarawak. El río se deslizaba entre las verdes plantaciones y semejava una cinta de plata.

—Mira hacia allí —dijo Sandokán, señalando a un hombre que corría como un gamo en dirección de la ciudad.

— ¡Sambigliong! —exclamó Kammamuri—. Si continúa a ese paso, estará de vuelta dentro de dos horas.

—Eso creo.

Sentóse al pie de un árbol, y sacando un cigarrillo empezó a fumar, mirando hacia la población. El maharato le imitó.

Transcurrió una hora sin que sucediera nada. Luego pasó otra. Finalmente, a las diez, un grupo de personas apareció junto a un bosquecillo.

Sandokán se levantó. En su rostro reflejábese viva ansiedad. Aquel hombre sanguinario quería extraordinariamente al intrépido Yáñez.

— ¿Dónde? ¿Dónde?... —le oyó murmurar Kammamuri, con voz temblorosa.

—Veo un traje blanco en medio de la tropa. ¡Mira!

— ¡Sí, sí! —exclamó Sandokán, con indescriptible alegría—. Es Yáñez.

Permaneció inmóvil, inclinado, fijos los ojos en el traje blanco; luego, cuando el grupo se internó bajo la espesa selva, corrió hacia la llanura.

Dos piratas de los que custodiaban el bosque llegaron en aquel mismo momento.

—Capitán —gritaron—. Ya traen a Yáñez.

— ¿Cuántos hombres vienen? —preguntó el Tigre, que a duras penas podía dominarse.

—Doce, contando a Sambigliong.

— ¿Armados?

—No.

Sandokán llevóse el silbato a los labios y lanzó tres agudas notas. En breves instantes todos los piratas se congregaron a su alrededor.

— ¡Preparen armas! —ordenó.

— ¡Por favor! —exclamó James Brooke, que permanecía sentado al pie de un árbol, vigilado por Aíer-Duk—. ¿Quieres asesinar a mi gente?

El pirata se volvió hacia el inglés.

—James Brooke —le dijo—. El Tigre de Malasia mantiene su palabra. Dentro de cinco minutos estarás en libertad.

— ¿Quién vive? —gritó en aquel instante un centinela apostado a doscientos pasos de la trinchera.

—Amigos —contestó Sambigliong—. Baja el fusil.

XXI. La resurrección de Tremal-Naik

El grupo componíase de Sambigliong, de un oficial de la guardia del rajá, de diez indios inermes y de Yáñez.

Sandokán, al descubrir a su amigo, corrió a su encuentro y, apartando violentamente a los indios, lo abrazó con gran cariño.

— ¡Yáñez!... —exclamó con voz entrecortada por la alegría.

—Sandokán, ¡al fin vuelvo a verte! —gritó el portugués, no menos conmovido—. ¡Creí que no volvería a abrazarte!

—No volveremos a separarnos.

—Lo creo, hermano. Has tenido la bonísima idea de hacer prisionero al rajá. Siempre he dicho que eres un grande hombre. ¿Y Tremal-Naik? ¿Dónde está?

—A pocos pasos de nosotros.

— ¿Vivo?

—Vivo, pero todavía aletargado.

— ¿Y ahora? —preguntó en aquel instante una voz.

Sandokán y Yáñez se volvieron. James Brooke se hallaba ante ellos, tranquilo, pero un poco pálido.

—Eres libre —dijo Sandokán—. El Tigre de Malasia mantiene su palabra.

El rajá se inclinó ligeramente y se alejó algunos pasos; luego retrocedió.

—Tigre de Malasia —exclamó—, ¿cuándo nos volveremos a ver?

— ¿Quieres el desquite? —le preguntó Sandokán.

—James Brooke no perdona.

El pirata le contempló en silencio, como sorprendido de que aquel hombre se atreviese a desafiarlo; después, extendiendo el brazo hacia el mar, dijo:

—Allí hay una isla: Mompracem. El mar que la rodea está todavía rojo de sangre y lleno de naves deshechas. Cuando te acerques a aquella costa oirás

los rugidos del Tigre, y sus cachorrillos te saldrán al encuentro. Pero no te olvides, James Brooke, de que el Tigre y su gente sienten sed de sangre.

—Iré a buscarte.

— ¿Cuándo?

—El año que viene.

En los labios del pirata se dibujó una sonrisa.

—Será demasiado tarde —dijo.

— ¿Por qué? —preguntó Brooke, sorprendido.

—Porque entonces ya no serás rajá de Sarawak. La revolución habrá estallado en tu Estado y el sobrino del sultán MadaHassin ocupará tu puesto.

El inglés palideció y retrocedió un paso.

— ¿Por qué inventas esos acontecimientos? —preguntó con voz poco segura.

—No invento nada —replicó Sandokán.

—Entonces, ¿sabes algo?

—Es probable.

—Si te pidiera que explicases...

—No me explico más —interrumpió Sandokán.

—Entonces gracias por el aviso.

Inclinóse de nuevo, reunió a su guardia y se alejó con paso rápido, dirigiéndose hacia Sarawak.

Sandokán, cruzados los brazos y el semblante sombrío, le siguió con la mirada. Cuando lo perdió de vista, un suspiro se le escapó del pecho.

«Presiento que ese hombre me traerá la desgracia» —murmuró.

— ¿Qué ocurre? —le preguntó Yáñez, acercándose—. Pareces inquieto.

—Tengo un mal presentimiento —contestó el pirata.

— ¿Cuál?

—Entre nosotros y el rajá no ha concluido todo.

— ¿Temes que nos ataque?

—El corazón me lo dice.

—No creo en presentimientos, hermano. Dentro de dos o tres días nos

alejaremos de estas costas y entonces nada tenemos que temer. ¿A dónde vamos ahora?

—A la bahía. Aquí no estamos seguros.

— ¿Y Tremal-Naik?

—Antes de mediodía volverá en sí.

Sandokán dio la orden de marcha, y la tropa, con los heridos y con Tremal-Naik, púsose de nuevo en camino, siguiendo un estrecho sendero abierto muchos años antes por los habitantes de la selva.

Llevaban recorrida cerca de media milla, cuando Aíer-Duk, que se había adelantado algunos pasos para explorar el camino, se detuvo de repente y montó la carabina. Sandokán y Yáñez apresuraron el paso.

—No os mováis —dijo el dayako.

— ¿Qué has visto? —le preguntó el capitán.

—Una sombra que atraviesa aquellos matorrales.

— ¿Un hombre o un animal?

—Me pareció un hombre.

—Tal vez fuera algún pobre dayako —dijo Yáñez.

—O acaso un espía del rajá.

—Aíer-Duk, elige cuatro hombres y recorre el bosque. Nosotros seguiremos nuestro camino.

El dayako llamó a cuatro compañeros y se internó en la espesura, tronchando raíces, ramas de árboles y brezos.

—Adelante —ordenó Sandokán a su gente.

Emprendieron de nuevo la marcha a través de dos apretadas líneas de sentar, especie de palmeras que, practicando una incisión en el tronco, desprenden cierto jugo azucarado bastante agradable; de las hojas de este árbol servíanse los pueblos de Malasia para escribir sobre ellas.

Poco después, Aíer-Duk y sus compañeros uniéronse al grueso de la tropa. Habían recorrido la selva en todas direcciones, pero sólo encontraron huellas recientes de pies humanos.

— ¿Eran muchas? —preguntó el Tigre, inquieto.

—Cuatro —respondió el dayako.

— ¿De pies desnudos o calzados?

—Desnudos.

—Probablemente esos dos hombres serían dayakos. Apresurémonos, muchachos; aquí no estamos seguros.

La columna se puso en marcha por tercera vez, observando atentamente árboles y matorrales, y después de tres cuartos de hora llegó a la orilla de una gran corriente de agua que formaba una bahía bastante amplia.

Sandokán indicó al portugués una isleta sombreada por árboles del sagú, mangos y palmas, y defendida, hacia la punta meridional, por un vetusto pero sólido fortín dayako, construido con piedras y con palos de teca, madera tan dura como el hierro y que resiste a las balas de cañón.

— ¿Allí descansa la Virgen de la Pagoda? —preguntó Yáñez.

—Sí, en el fortín —contestó Sandokán.

—No pudiste encontrar sitio más a propósito. La bahía es muy hermosa y la isla está bien defendida. Si James Brooke intenta dar un asalto tienen trabajo para rato.

—El mar está a quinientos pasos del islote, Yáñez —dijo el Tigre.

— ¿Qué quieres decir?

—Que un barco puede bombardear el fortín.

—Nosotros lo defenderemos.

—No tenemos cañones.

—Pero nuestros hombres son muy valientes.

—Sí, pero ten en cuenta que son pocos y...

— ¿Qué pasa?

— ¡Calla!... ¿Has oído?...

— ¿Yo?... Nada, Sandokán.

—Me parece que han tronchado una rama.

— ¿Dónde?

—En medio de aquel matorral.

— ¿Será tal vez un espía?... Empiezo a estar inquieto.

—También yo; apretemos el paso; sueño con el momento de llegar a la islita. ¡Aíer-Duk!

El dayako se acercó.

—Quédate aquí con ocho hombres —le dijo Sandokán—. Si ves que alguien ronda por estos contornos, me avisas en seguida.

—Puedes estar tranquilo, capitán —respondió Aíer-Duk—. Sin mi permiso nadie se acercará a la bahía.

Sandokán, Yáñez y los demás piratas descendieron hacia la ría, cuyas orillas se hallaban cubiertas de espesa vegetación, y llegaron a una pequeña cala junto a la cual estaba oculta una chalupa.

El Tigre dirigió una rápida mirada a su alrededor, pero no vio a nadie. En su rostro reflejóse viva ansiedad.

—Dos piratas debían guardar la embarcación —dijo.

—Se habrán ido al fortín —exclamó Yáñez.

— ¿Y han dejado abandonada a la chalupa?... Yáñez... siento el corazón oprimido... temo...

— ¿Qué?

—Que hayan robado a Ada.

— ¡Eso sería horrible!

— ¡Calla!

— ¿Se oye algún ruido?

—Sí, sí —confirmaron los piratas, empuñando las armas. En la espesura, a cien pasos de la orilla, se agitaban algunas ramas.

— ¿Quién vive? —preguntó Sandokán.

—Mompracem —contestó una voz.

Poco después un pirata salió del matorral. Llegaba sudoroso y jadeante, como si hubiera corrido mucho, y empuñaba un fusil.

— ¡Viva el Tigre! —exclamó, descubriéndose.

— ¿De dónde vienes? —le preguntó Sandokán.

—De la selva.

— ¿En dónde está la Virgen de la Pagoda?

—En el fortín.

— ¿Estás seguro?

—Hace cerca de dos horas la he dejado al cuidado de Koty.

Sandokán respiró.

— ¿Cómo se encuentra? —dijo.

—Perfectamente.

— ¿Qué hacía?

—Cuando yo la dejé estaba dormida.

— ¿De dónde vienes?

—De los bosques.

— ¿Has visto a alguien?

—Yo, no, pero a Koty le pareció esta mañana que un hombre recorría la costa y que miraba hacia el fortín. Al notar que lo vigilaban, apresuró el paso y desapareció.

— ¿Y tú que has hecho?

—Lo he buscado, pero sin encontrarlo.

—Tal vez sea algún espía del rajá —dijo Yáñez.

—Es probable —replicó Sandokán.

— ¿Vendrán a atacarnos?

— ¿Quién podría asegurarlo?

— ¿Qué piensas hacer?

—Dejar este sitio lo más pronto posible. Embarquemos...

Los dos jefes y sus soldados entraron en la chalupa, atravesaron el brazo de mar y desembarcaron en el torreón donde les esperara Koty.

— ¿Duerme todavía la muchacha? —le preguntó Sandokán.

—Sí, capitán.

— ¿Ha ocurrido algo extraordinario?

—Nada.

—Vamos a verla —dijo Yáñez.

El Tigre señaló con el dedo a Tremal-Naik, tendido en un montón de hierba y de hojas verdes.

—Faltan pocos minutos para el mediodía —dijo—. Espera a que se despierte.

Ordenó a su gente que entrase en el fortín y sentóse junto al indio, que seguía sin dar señales de vida. Yáñez encendió un cigarrillo y se tumbó junto a él.

— ¿Tardará mucho en abrir los ojos? —preguntó, después de arrojar algunas bocanadas de humo.

—No, Yáñez. Veo que la piel va recobrando poco a poco su color natural. Eso prueba que la sangre ya circula.

— ¿Verá en seguida a su novia?

—En seguida no, pero antes de que llegue la noche, sí.

— ¿Lo reconocerá la loca?

—Tal vez.

— ¿Y si no lo reconoce? ¿Y si no se cura?

—Se curará.

—Lo dudo.

—En ese caso intentaremos Una prueba.

— ¿Cuál?

—A su tiempo te lo diré.

— ¿Por qué?

— ¡Calla!

Un débil suspiro acababa de levantar el amplio pecho de Tremal-Naik; sus labios temblaron ligeramente.

—Se despierta —murmuró Yáñez.

Sandokán inclinóse sobre el indio y le apoyó una mano en la frente.

—Ya vuelve en sí.

— ¿Ahora?

—Ahora mismo.

— ¿Hay que pincharle?

—No es preciso.

Un segundo suspiro, más fuerte que el primero, levantó nuevamente el pecho de Tremal-Naik y sus labios volvieron a moverse. Luego cerró las manos poco a poco y sus piernas se doblaron. Y al fin miró a todas partes y se fijó en Sandokán.

Así permaneció breves instantes, como sorprendido de encontrarse todavía con vida; después, haciendo un violento esfuerzo, sentóse, exclamando:

— ¡Vivo aún!...

—Y libre —dijo Yáñez.

El indio miró al portugués. En seguida lo reconoció.

— ¡Tú!... ¡Tú!... —murmuró—. ¿Pero qué ha sucedido? ¿He dormido?

— ¡Por Baco! —exclamó Yáñez, riendo—. ¿No recuerdas las píldoras que te di en el fortín?

— ¡Ah!... ¡Sí, sí... ya recuerdo!... ¡Tú fuiste a buscarme! ¡Cuánto te agradezco que me hayas devuelto la libertad!...

Y se precipitó a los pies de Yáñez. Este lo levantó, abrazándolo afectuosamente.

— ¡Qué bueno eres! —exclamó el indio, que parecía haber recobrado las fuerzas y que no podía ocultar su alegría—. ¡Libre!... ¡Estoy libre al fin!... ¡Gracias, gracias!...

—A este hombre se lo debes, Tremal-Naik —dijo Yáñez, señalando a Sandokán que, cruzados los brazos sobre el pecho, miraba, conmovido al indio.

Tremal-Naik se arrojó sobre Sandokán, que lo estrechó entre sus brazos, diciendo:

— ¡Desde ahora eres mi amigo!

En aquel momento oyóse un grito de júbilo. Kammamuri, que había salido del fuerte, corría con la rapidez de un ciervo, exclamando:

— ¡Mi amo!... ¡Mi querido amo!...

Tremal-Naik salió al encuentro del fiel muchacho, que se había vuelto loco de alegría. Los dos indios se abrazaron varias veces, incapaces de pronunciar una palabra.

— ¡Kammamuri, mi buen Kammamuri! —dijo al fin Tremal-Naik—. Creía que no iba a volver a verte. Pero ¿cómo estás aquí? ¿No te han matado los thugs?

—No, no. Hui para buscarte.

— ¡Para buscarme! ¿Pero sabías que estaba en este lugar?

—Sí, lo sabía. ¡Ah, cuánto te he llorado desde aquella noche fatal! Te tengo entre mis brazos, y, sin embargo, me resisto a creer que estás vivo y libre. No te apartarás ya nunca de mi lado, ¿verdad?

—No, Kammamuri, nunca.

—Viviremos al lado de Yáñez y del Tigre de Malasia. ¡Qué hombres, amo,

qué hombres! ¡Si supieses cuánto han hecho por ti! ¡Si supieses cuánto han luchado!...

—Alto, Kammamuri —interrumpió el portugués—. Otros hombres han hecho más que nosotros.

—No, amo, nadie podría hacer más que el Tigre de Malasia y que el capitán Yáñez.

— ¿Por qué os interesáis tanto por mí? —preguntó Tremal-Naik—. Yo no os he visto hasta ahora.

—Porque un día fuiste el prometido de Ada Corissanth —contestó el Tigre—, y Ada Corissanth era prima de mi difunta esposa.

El indio retrocedió un paso, vacilando como si hubiera recibido una puñalada en mitad del pecho. Luego cubrióse el rostro con las manos, murmurando con voz temblorosa:

— ¡Ada!... ¡Oh, mi querida Ada!...

Un sollozo levantó su pecho y dos lágrimas, tal vez las primeras que asomaban a aquellos ojos, rodaron por sus bronceadas mejillas.

Sandokán se acercó y, estrechándole las manos, le preguntó dulcemente:

— ¿Por qué lloras, mi pobre Tremal-Naik? Hoy es día de júbilo.

— ¡Ah! —murmuró el indio—. ¡Si supieras cuánto amé a aquella mujer!... ¡Ada!... ¡Ada mía!

Un segundo sollozo desgarró el pecho del indio.

—Cálmate, Tremal-Naik —dijo Sandokán—. Ada no ha muerto.

El indio levantó la cabeza, que tenía sobre el pecho. En sus negros ojos brillaba la esperanza.

— ¿Vive?

— ¡Vive!... —dijo Sandokán—. Y está aquí.

— ¡Ella aquí!... ¡aquí!... —exclamó Tremal-Naik, lanzando a su alrededor miradas de asombro—. ¿Dónde está? ¡Quiero verla, quiero verla! ¡Ada!... ¡Ada! ¡Oh, mi querida Ada!

Hizo ademán de dirigirse hacia el fortín, pero Sandokán le sujetó con tal fuerza, que le crujieron los huesos.

—Cálmate —dijo—. Está loca.

— ¡Loca!... ¡Mi Ada, loca!... —gritó el hindú—. ¡Quiero verla, quiero verla, aunque no sea más que un instante!

—La verás, te lo prometo.

— ¿Cuándo?

—Dentro de pocos minutos.

— ¡Gracias, gracias!

— ¡Sambigliong!... —exclamó Yáñez.

El dayako que rondaba por las inmediaciones del fortín, examinando la empalizada con objeto de asegurarse de si era bastante sólida para resistir un asalto, acudió en seguida.

— ¿Duerme la Virgen de la Pagoda? —preguntó Sandokán.

—No, capitán —contestó el pirata—. Hace algunos momentos que ha salido con sus guardianes.

— ¿Adónde se dirigió?

—Hacia la playa.

—Ven, Tremal-Naik —dijo Sandokán, cogiéndole una mano—. Te recomiendo mucha calma, porque está loca...

XXII. Las dos pruebas

Eran las dos de la tarde.

El sol se reflejaba en las azuladas aguas de la bahía, y un vientecillo fresco y ligero soplabá del mar, murmurando misteriosamente entre las hojas de los árboles. Ni en la teleta ni en la bahía se escuchaba otro rumor que el de las olas que se estrellaban contra la costa.

Tremal-Naik, Sandokán, Yáñez y Kammamuri caminaban con paso rápido hacia el extremo septentrional de la isla, oculto por espesa cortina de árboles de goma y de plantas trepadoras.

A cuarenta pasos de la costa, uno de los guardianes de la loca, que estaba tendido tras un matorral, se incorporó.

— ¿Y Ada? —le preguntó Tremal-Naik, precipitándose a su encuentro.

—En la orilla —contestó el pirata.

— ¿Qué hace? —dijo Sandokán.

—Mira el mar.

— ¿Dónde está tu compañero?

—A pocos pasos de aquí.

—Ve a buscarlo y retiraos los dos al fortín.

Tremal-Naik, Sandokán, Yáñez y el maharato atravesaron la tupida cortina de árboles y se detuvieron al otro lado. De los labios del indio se escapó un grito.

— ¡Ada!... —exclamó.

Sandokán lo sujetó por un brazo.

—Tranquilízate —le dijo—. No te olvides de que esa mujer está loca.

—Me tranquilizaré.

— ¿Lo prometes?

—Te lo juro.

—Entonces, vete. Aquí te esperamos.

Yáñez, el Tigre y Kammamuri sentáronse en el tronco de un árbol y Tremal-Naik, sereno en apariencia, pero en realidad muy emocionado, se dirigió a la playa.

A pocos pasos del mar, a la sombra de un soberbio clavillero, cuyas flores desprendían embriagador perfume, estaba la Virgen de la Pagoda, cruzadas las manos sobre la espléndida coraza de oro cubierta de numerosos diamantes, sueltos los negros cabellos y fijos los ojos en las olas que con dulce murmullo llegaban hasta besar sus pies.

No hablaba ni se movía. Cualquiera la hubiese tomado por una bellísima estatua colocada allí para adornar la playa.

Tremal-Naik, casi sin aliento, acercábase con paso rápido y silencioso. Se detuvo a dos pasos de la joven, que parecía no haberse dado cuenta de su presencia.

— ¡Ada!... ¡Ada!... —exclamó de repente el indio.

La loca no se movió.

— ¡Ada!... ¡Oh, mi querida Ada!... —repitió Tremal-Naik, poniéndose de rodillas ante la joven.

La Virgen de la Pagoda, al fijarse en el hombre que le tendía las manos con gesto suplicante, dio un salto. Miró al indio con fijeza y luego retrocedió dos pasos, murmurando:

— ¡Los thugs!

La muchacha no reconoció a su prometido.

— ¡Ada!... ¡Mi Ada querida!... —gritó Tremal-Naik—. ¿No me reconoces?

— ¡Los thugs! —repetía la infeliz, empero sin mostrar terror.

Tremal-Naik lanzó una exclamación de rabia y de dolor.

— ¿No te acuerdas de mí, Ada? —preguntó, clavándose las uñas en la carne—. ¿No te acuerdas del pobre Tremal-Naik, del cazador de tigres de la selva negra?

—Vuelve a ti, Ada, vuelve a ti. ¿Te has olvidado de aquella tarde que me encontraste en el bosque? ¿Te has olvidado de aquella noche que te vi en la sagrada pagoda? ¿Te has olvidado de aquella otra noche en que los thugs nos hicieron prisioneros? ¡Ada, Ada mía!

La loca le escuchaba, sin hacer el menor gesto. Indudablemente no recordaba nada.

— ¡Ada! —siguió diciendo Tremal-Naik, sin poder contener las lágrimas—, mírame a la cara, mírame. No es posible que te hayas olvidado de mí. ¿Por qué no me miras? ¿Por qué no te echas en mis brazos? ¿Es porque han asesinado a tu padre?... Sí, asesinado... asesinado...

El indio, al evocar tan triste recuerdo, estalló en sollozos, ocultando el rostro entre las manos.

De repente, la loca, que había contemplado impasible la desesperación de aquel hombre, avanzó un paso, inclinándose hacia el suelo. En su rostro se operó un brusco cambio; y sus negros ojos relampaguearon.

— ¿Sollozas?... —murmuró—. ¿Por qué lloras?...

Tremal-Naik, levantó la cabeza.

— ¡Ada!... —gritó, tendiendo los brazos hacia ella—. ¿Me reconoces?

La loca lo contempló, frunciendo el entrecejo. Parecía como si intentase recordar dónde había visto el rostro del joven.

— ¿Sollozas?... —repitió—. ¿Por qué lloras?

—Porque tú ya no me conoces, Ada —dijo Tremal-Naik—. Fíjate en mí, fíjate...

La joven se inclinó, luego retrocedió algunos pasos y se echó a reír.

— ¡Los thugs! ¡Los thugs! —exclamó.

Después volvió la espalda y se alejó presurosa, dirigiéndose hacia el fortín.

— ¡Gran Siva! —gritó el indio estallando en sollozos—. ¡Todo se ha perdido! ¡No me reconoce!

Cayó de rodillas, pero en seguida se levantó de un brinco y se lanzó en persecución de la loca, que iba a internarse en el bosquecillo.

No había recorrido cincuenta pasos, cuando dos férreos brazos le detuvieron.

— ¡Cálmate, Tremal-Naik! —dijo una voz.

Era Sandokán, seguido de Yáñez y Kammamuri.

— ¡Ah! —balbuceó el indio.

— ¡Cálmate! —repitió Sandokán—. Aún no se ha perdido todo.

—No me conoce. ¡Y yo que al cabo de tanto tiempo, de tantas angustias y de tantas torturas creía poder estrecharla entre mis brazos! ¡Todo se acabó, todo!

—Todavía queda una esperanza, Tremal-Naik.

— ¿Por qué forjarse ilusiones? Está loca y no curará.

—Curará esta misma noche; te lo asegura el Tigre de Malasia.

Tremal-Naik miró a Sandokán con los ojos llenos de lágrimas.

— ¿Entonces hay esperanza? —preguntó—. ¿Es cierto lo que dices? Tú, que tan generoso te has mostrado conmigo, que tanto bien me has hecho, realiza ahora ese milagro y mi vida será tuya.

—El milagro será realizado, te lo prometo, Tremal-Naik —dijo Sandokán.

— ¿Cuándo?

—Ya te he dicho que esta noche.

— ¿De qué modo?

—Pronto lo sabrás. ¡Kammamuri!...

El maharato se adelantó. El buen muchacho, como su amo, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Habla, capitán —dijo.

—La noche en que tu amo se presentó en la caverna de Suyodhana, ¿estaba este en el templo?

—Sí, capitán.

— ¿Podrías repetirme lo que dijeron el jefe de los thugs y tu amo?

—Sí, palabra por palabra.

—Entonces, ven conmigo.

—Y nosotros, ¿qué debemos hacer? —preguntó Yáñez.

—Por ahora no os necesito ni a ti ni a Tremal-Naik —contestó Sandokán—. Idos a pasear y no volváis al fuerte antes de la noche. Os preparo una sorpresa.

— ¿Qué será? —preguntó Tremal-Naik al portugués.

—No sé; sin duda proyecta algo extraordinario.

— ¿En favor de mi Ada?

—Claro.

— ¿Conseguirá que se ponga buena?

—Creo que sí. El Tigre de Malasia sabe mil cosas que nosotros desconocemos.

— ¡Ah, si lo lograra!

—Lo lograré, Tremal-Naik. Dime: ¿vive aún Suyodhana?

—Supongo que sí.

— ¿Es poderoso?

—Poderosísimo. Manda en millares y millares de estranguladores.

—Será difícil aniquilarlo...

—Más bien imposible.

—Para todos, pero no para el Tigre de Malasia. Quizás algún día este y el Tigre de la India se encuentren frente a frente.

— ¿Lo crees?

—Tengo ese presentimiento. Oye, Tremal-Naik, ¿ocupan todavía los thugs la isla de Raymangal?

—Creo que no. Cuando los ingleses me procesaron, me alejaron del lugar donde habitaban los thugs y algunas naves fueron enviadas a Raymangal, pero volvieron sin haber encontrado un solo estrangulador.

— ¿Habían huido?

—Por lo visto, sí.

— ¿Pero adónde?

—No lo sé.

— ¿Los thugs son ricos?

—Riquísimos, porque no se contentan con estrangular. Saquean caravanas y países enteros.

— ¡Qué enemigo tan excelente a quien combatir! El Tigre de Malasia se divertirá. ¡Quién sabe si algún día, cansados de Mompracem, iremos a la India para medir nuestras armas con Suyodhana y con su gente!

— ¿Tienes intención de volver a Mompracem?

—Sí, Tremal-Naik —dijo Yáñez—. Mañana mandaremos algunos hombres a Sarawak para adquirir prahos y luego regresaremos a nuestra isla.

— ¿Iré con vosotros?

—Si vinieses expondrías a la Virgen de la Pagoda a un continuo peligro. Ya sabes que somos piratas y que siempre tenemos que combatir.

—Entonces, ¿adónde voy?

—Te destinaremos una escolta de valerosos piratas que te acompañarán hasta Batavia. Allí tenemos un palacio y lo habitarás con Ada.

—Eso es demasiado —dijo Tremal-Naik, conmovido—. No os basta haber expuesto la vida por salvarme, sino que, además, queréis darme una casa.

—Y un puñado de diamantes que valdrá un millón, mi querido Tremal-Naik.

—Pero yo no lo aceptaré.

—No hay que rehusar nada del Tigre de Malasia. Una negativa le ofendería.

—Pero...

—Calla, Tremal-Naik. Para nosotros, un millón nada significa.

— ¿Tan inmensamente ricos sois?

—Tal vez más que los thugs indios.

Mientras hablaban, el sol se había ocultado. Yáñez miró el reloj a la incierta claridad de las estrellas.

—Son las nueve —dijo—, podemos volver al fuerte. Vámonos ahora mismo.

Dirigió una última mirada a la desierta ría, y se alejó a la costa, penetrando en el bosquecillo.

Tremal-Naik, con la cabeza reclinada sobre el pecho, le seguía.

Pocos momentos después los dos compañeros se encontraban ante el fortín, en cuya puerta apareció Sandokán, fumando con su pipa, tranquilamente.

—Os esperaba —dijo, saliéndoles al encuentro—. Todo está preparado.

— ¿Qué es lo que está preparado? —preguntó Tremal-Naik.

—Lo que es preciso ejecutar para que la Virgen de la Pagoda recobre la razón.

Cogió de la mano a los dos amigos y los condujo a una enorme cámara que ocupaba casi todo el recinto del fortín y que en otro tiempo estuvo destinada a contener una guarnición y gran cantidad de víveres y de municiones.

Tremal-Naik y Yáñez dejaron escapar un grito de sorpresa.

La anchurosa sala, habíase convertido, por obra de Sandokán, de Kammamuri y de los piratas, en horrible caverna que a Tremal-Naik le recordaba el templo de los thugs indios, donde el feroz Suyodhana había realizado su espantosa venganza.

Resinosas antorchas esparcían por todas partes su lívida claridad. Aquí y allá veíanse acumuladas enormes masas de roca, troncos retorcidos de árboles que podrían pasar por columnas, monstruos de arcilla toscamente labrados, representando algunos a Visnú, el dios conservador de los indios que tiene su residencia en Vaicondu o mar de leche de la serpiente Adissescieu, y otras deidades, gigantescos genios maléficos que, divididos en cinco tribus, van errando por el mundo, del cual no pueden salir ni alcanzar la felicidad prometida a los hombres, sino después de haber recogido cierto número de plegarias.

En el centro levantábase una estatua, horriblemente fea, también de arcilla. Tenía cuatro brazos y una lengua enorme; sus pies se apoyaban sobre su cadáver. Ante aquel monstruo veíase una vasija donde nadaba un pececillo.

— ¿En qué lugar nos hallamos? —preguntó Yáñez, mirando con estupor a las deidades y a las antorchas.

—En una pagoda de los thugs indios —repuso Sandokán.

— ¿Quién ha fabricado estos monstruos tan feos?

—Nosotros, hermano.

— ¿En tan pocas horas?

—Cuando se quiere todo se hace.

— ¿A quién representa aquella horrible figura que tiene cuatro brazos?

—A Kali, la diosa de los thugs —dijo Tremal-Naik, que la había

reconocido.

— ¿Crees que esta pagoda improvisada se parece a la de los thugs? — preguntó Sandokán.

—Sí, Tigre de Malasia. ¿Qué te propones?

—Estoy convencido de que solamente una impresión extraordinaria puede hacer que Ada recobre la razón.

—Soy de tu mismo parecer, Sandokán —dijo Yáñez—, y ya adivino tu propósito.

— ¿De veras?

—Quieres repetir la escena que ocurrió en la pagoda cuando Tremal-Naik apareció ante Suyodhana.

—Sí, Yáñez. Yo seré el jefe de los thugs y pronunciaré las mismas palabras que el hombre terrible pronunció en aquella noche fatal.

— ¿Cuándo empezamos?

—En seguida.

— ¿Y los thugs? —preguntó Tremal-Naik.

—Los thugs serán mis hombres —replicó Sandokán—. Kammamuri los ha aleccionado.

—Entonces, adelante.

El Tigre acercóse a los labios el silbato de plata y lanzó una aguda nota. En seguida, treinta dayakos medio desnudos, con un lazo de fibras de rota ceñido a la entura y una serpiente con cabeza de mujer pintada en mitad del pecho, penetraron en la estancia y se tendieron junto a la monstruosa divinidad de los thugs.

— ¿Por qué llevan esa serpiente en el pecho? —preguntó el portugués.

—Todos los thugs lucen un tatuaje semejante —respondió Tremal-Naik.

—Por lo visto, Kammamuri no ha olvidado ningún detalle.

— ¿Estáis preparados? —dijo Sandokán.

—Todos —contestaron los dayakos.

—Yáñez, te confío una parte Importante —dijo el Tigre.

—Habla.

—Tú, que eres blanco, representarás al padre de Ada. Capitanearás a los piratas que desempeñarán el papel de cipayos indios y harás cuanto

Kammamuri te indique.

—Está bien.

—Cuando yo finja un ataque al fortín, caerás como muerto ante Ada.

—Confía en mí. Cada cual a su puesto.

Tremal-Naik, Yáñez y Kammamuri salieron, mientras Sandokán se colocaba junto a la diosa Kali, y los dayakos, que representaban a los thugs, se apiñaban a su alrededor.

A una señal del Tigre, un pirata golpeó doce veces una especie de gong colocado en uno de los ángulos de la estancia.

Al sonar el último toque abrióse la puerta y entró la Virgen de la Pagoda sostenida por los dayakos.

—Avanza, Virgen de la Pagoda —mandó Sandokán—. Suyodhana te lo ordena.

Al oír el nombre de Suyodhana, la loca se detuvo, soltándose de los brazos de los dos piratas. De repente, sus ojos se dilataron; fijó la vista en Sandokán, que estaba de pie en medio de la pagoda, luego en los dayakos que conservaban una inmovilidad absoluta, y por último, en la diosa Kali.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo y algunas arrugas se dibujaron en su frente.

—Kali —murmuró, con acento de terror—. Los thugs...

Avanzó algunos pasos, fijos siempre los ojos en Sandokán, o en los piratas, en la monstruosa divinidad india; después se llevó dos o tres veces la mano a la frente e hizo un supremo esfuerzo, como para evocar alguna horrible escena.

De pronto, Tremal-Naik penetró en la pagoda, gritando:

— ¡Ada!

La joven se quedó inmóvil; su rostro, palidísimo, revelaba inexplicable ansiedad. Su mirada, se clavó en Tremal-Naik.

— ¡Ada!... —repitió este con acento suplicante—. ¡Vuelve en ti!...

Oyóse un grito de:

— ¡Fuego!

En el umbral de la pagoda sonaron unos cuantos disparos y varios hombres, capitaneados por Yáñez, entraron bruscamente, mientras los aleccionados dayakos huían en todas direcciones.

Ada seguía sin moverse. Al cabo de unos segundos se estremeció e inclinóse hacia delante, como si tratase de percibir el eco de una nueva descarga o de alguna otra voz.

Sandokán, sin perderla de vista, habíase detenido. ¿Comprendió lo que esperaba la desgraciada? Tal vez, porque, con voz de trueno, comenzó a gritar, como había gritado el feroz Suyodhana:

— ¡Corred!... ¡Volveremos a vernos en la selva!...

Apenas pronunció estas palabras, un estridente chillido se escapó de los labios de la muchacha.

Adelantó un paso, desencajado el semblante y levantados los brazos, y cayó en los brazos de Yáñez.

— ¡Muerta!... ¡Muerta!... —gritó Tremal-Naik, con desesperación.

—No —dijo Sandokán—. ¡Se ha salvado!...

Apoyó una mano en el pecho de la Virgen de la Pagoda. El corazón latía débilmente.

—Está desmayada —añadió.

—Entonces se ha salvado —repitió Yáñez.

— ¡Ojalá sea verdad! —exclamó Tremal-Naik, que reía y lloraba al mismo tiempo.

Kammamuri se acercó con un jarro de agua. Sandokán roció con ella el rostro de la joven y esperó a que volviese en sí.

Pasaron algunos minutos; luego, un profundo suspiro se escapó de los labios de Ada.

—Ya vuelve en sí —dijo Sandokán.

— ¿Debo quedarme? —preguntó Tremal-Naik.

—No —contestó el Tigre—. Cuando se lo hayamos contado todo, te mandaremos llamar.

El indio dirigió una penetrante mirada a su novia y salió.

— ¿Tienes esperanzas, Sandokán? —preguntó Yáñez.

—Muchas —respondió el pirata—. Mañana estos dos desgraciados podrán unirse para siempre.

—Y nosotros...

—Cállate, Yáñez; ya abre los ojos.

La joven volvía en sí. Lanzó un segundo suspiro más largo que el primero y abrió los ojos, fijándose en Sandokán y en el portugués.

Su mirada no era la misma de antes; era la mirada de una mujer normal.

— ¿Dónde estoy? —preguntó con voz débil, tratando de incorporarse.

—Entre amigos —repuso Sandokán.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —murmuró—. ¿He soñado? ¿Quiénes sois?

—Repito que estás entre amigos. Ya no estás loca.

— ¿Loca?... ¿Loca?... —exclamó la joven, con profunda sorpresa—. ¿Loca yo?... ¿No he soñado?... ¡Ah... recuerdo!... ¡Es horrible... horrible!

Una explosión de lágrimas ahogó su voz.

—Cálmate —le dijo Sandokán—. Aquí no corres peligro alguno. Suyodhana no existe ya y los thugs están lejos de este lugar. Estamos en Borneo, no en la India.

Haciendo un violento esfuerzo, Ada se puso en pie, y estrechando fuertemente las manos a Sandokán, exclamó llorando:

—En nombre de Dios, dime lo que ha sucedido y quién eres. No comprendo nada...

Eran las preguntas que Sandokán esperaba. Entonces, le contó sucintamente todo lo ocurrido primero en la India, después en Mompracem y por último en Borneo.

—Ahora —concluyó el pirata—, si amas a Tremal-Naik, al hombre que por ti ha realizado milagros, haz una señal y caerá de rodillas a tus pies.

— ¿Si lo amo? —exclamó Ada—. ¿Dónde está?... Déjame que lo vea.

— ¡Tremal-Naik!... —gritó Yáñez.

El Indio entró en la pagoda y cayó a los pies de la joven, exclamando:

— ¡Mía!... ¡Mía!... ¡Ada, dime que serás mi esposa!...

La joven puso las manos en la cabeza de su prometido.

—Sí, seré tu esposa —exclamó—. Mi padre me destinaba a ti y yo te amo...

En el mismo Instante una descarga cerrada retumbó en la orilla de la bahía. En seguida oyóse una voz que gritaba:

— ¡Alerta, piratas de Mompracem!... ¡El enemigo se acerca!...

XXIII. El desquite de Brooke

El Tigre de Malasia dio un salto hacia la puerta, lanzando un verdadero rugido.

— ¡El enemigo aquí! —exclamó con los dientes apretados.

Desenvainó la cimitarra, arma terrible en manos de aquel hombre, y salió del fortín gritando:

— ¡A mí, tigres de Mompracem!...

Yáñez, los piratas, Kammamuri y hasta los futuros esposos corrieron tras él con las armas en la mano. Ada empuñaba también una cimitarra, dispuesta a luchar al lado de sus bienhechores.

Aíer-Duk y sus ocho hombres bajaron precipitadamente la cuesta que conducía a la playa.

Tras ellos, medio oculto entre los árboles, Sandokán vio un numeroso destacamento de hombres armados, blancos unos y otros negros y dayakos.

— ¡Alerta, piratas de Mompracem! ¡El enemigo! —gritó Aíer-Duk, corriendo hacia la barca amarrada a la ribera.

Retumbaron seis o siete disparos de fusil y algunas balas cayeron en el agua.

— ¡La tropa del rajá Brooke! —exclamó Sandokán—. ¡Precisamente en el momento en que yo creía terminada mi misión! ¡Bueno, James Brooke, ven a desafiarme! ¡El Tigre de Malasia no te teme!

— ¿Qué hacemos, hermano? —preguntó Yáñez, sin quitarse de la boca el cigarrillo encendido pocos segundos antes.

—Luchar —respondió el pirata.

—Nos bloquearán.

— ¿Qué importa?

—Estamos en una isla.

—Pero dentro de una fortaleza.

Aíer-Duk y sus camaradas atravesaron velozmente el brazo de mar y desembarcaron en la isleta. Yáñez y Sandokán salieron al encuentro del bravo dayako, que llevaba una mano ensangrentada.

— ¿Te han sorprendido? —le preguntó el Tigre.

—Sí, capitán; pero vuelvo con todos mis compañeros.

— ¿Cuántos son los enemigos?

—Por lo menos trescientos.

— ¿Quién los manda?

—Un blanco, capitán.

— ¿El rajá?

—No, un teniente de marina.

— ¿Un hombre alto, con largos bigotes rubios? —preguntó Yáñez.

—Sí —contestó el dayako—. Y van con él cuarenta marineros europeos.

—Es el teniente Churchill.

— ¿Quién es ese Churchill? —preguntó Sandokán.

—El comandante del fortín que domina a la ciudad de Brooke.

— ¿No has visto al rajá? —dijo el Tigre, dirigiéndose a Aíer-Duk.

—No, capitán.

El pirata rechinó los dientes.

— ¿Qué ocurre? —interrogó Yáñez.

—Temo que ese canalla nos ataque por mar —dijo Sandokán—. Acaso El Realista navega hacia la bahía.

— ¡Por Júpiter! —exclamó el portugués, arrugando el entrecejo—. ¡Entonces nos cogerán entre dos fuegos!

—Seguramente.

— ¡Diablo!

—Pero lucharemos, y cuando se nos acaben las balas nos defenderemos con la cimitarra y con el kriss.

El enemigo, que se había detenido a seiscientos metros de la orilla, comenzaba a avanzar, ocultándose tras de los árboles y de los espesos matorrales. Los disparos dejáronse oír de nuevo.

— ¡Mil truenos! —exclamó Yáñez—. ¡Empieza a granizar!

—Retirémonos al fuerte —ordenó Sandokán—. Es sólido y resistirá las balas de fusil.

Los piratas, Tremal-Naik, Ada y Kammamuri, después de echar la barca a pique, con el fin de que no pudiera utilizarla el enemigo para atravesar el

brazo de mar, entraron en la fortaleza.

Amontonaron enormes piedras tras la puerta, abrieron numerosas troneras en la empalizada, que era lo suficientemente alta para evitar un escalo, y en seguida cada cual, a excepción da la muchacha, que fue conducida a la espaciosa cámara, ocupó el puesto que juzgó conveniente.

— ¡Fuego, tigres de Mompracem! —mandó Sandokán, que había trepado al techo del fortín con Yáñez y siete u ocho de los más audaces piratas.

A la orden respondió el grito de guerra de los piratas y una descarga de fusilería.

— ¡Viva el Tigre de Malasia! ¡Viva Mompracem!...

El enemigo llegó a la playa. Algunos hombres intentaron derribar varios árboles, acaso con el propósito de construir una balsa y pasar a la isla.

Sin embargo, muy pronto comprendieron que no era empresa fácil acercarse al fortín.

Homicidas descargas partían del edificio y con tal rapidez y con precisión tan matemática, que pocos minutos después quince o dieciséis hombres yacían sin vida.

— ¡Fuego, tigres de Mompracem! —oíase gritar, a cada instante, a Sandokán.

— ¡Viva el Tigre!... ¡Viva Mompracem! —contestaban los piratas, y disparaban apuntando a lo más compacto de la masa enemiga.

Los soldados del rajá se vieron obligados a retroceder hasta el bosque y a ocultarse tras los troncos de los árboles.

Apenas se retiraron, en la orilla opuesta de la bahía, a la incierta claridad de las estrellas apareció otra columna enemiga.

Una terrible granizada de balas cayó sobre el fortín, en cuyo techo, de pie y fusil en mano, permanecía Sandokán.

— ¡Por Júpiter! —exclamó el portugués, oyendo silbar el plomo junto a su cabeza—. ¡Más gente!

—Y también barcas —añadió Sambigliong, que estaba cerca.

— ¿Dónde?

—Allá, en el extremo de la bahía. Son siete, una verdadera flotilla.

— ¡Mil truenos! —rugió Yáñez—. ¡Eh, hermano!

— ¿Qué te ocurre? —preguntó Sandokán, cargando la carabina.

—Nos van a pescar.

— ¿No tienes fusil?

—Sí.

— ¿Y kriss y cimitarra?

—Por supuesto.

—Pues entonces, hermano, lucharemos.

Trepó hasta lo más alto de la techumbre, sin preocuparse de las balas que silbaban a su alrededor, y gritó:

— ¡Tigres de Mompracem, venganza! ¡Se acerca el exterminador de los piratas! ¡Todos a la empalizada y fuego sobre esos perros que nos desafían!

Los piratas abandonaron precipitadamente las troneras y treparon por la empalizada como gatos.

Tremal-Naik, Sambigliong, Tanauduriam y ATer-Duk los dirigían, animándolos con el ejemplo.

Se reanudó el fuego muy pronto, pero con furia increíble. Bajo cada uno de los árboles de la costa brillaba un relámpago, seguido de una detonación. Cientos y cientos de balas cruzaban el espacio.

De vez en cuando, en medio de aquel terrible estrépito, oíase la voz del Tigre de Malasia, los gritos de los piratas, las voces de mando de los oficiales del rajá y los salvajes aullidos de los indios y de los dayakos. Sin embargo, no siempre eran gritos de triunfo ni aullidos de entusiasmo; eran desgarradoras exclamaciones, lamentos de heridos, ayes de moribundo.

De repente, hacia el mar, oyóse un fuerte estruendo que ahogó el estampido de los fusiles. Era la potente voz del cañón.

— ¡Ah! —exclamó el Tigre—. ¡La flota del rajá!...

Miró hacia el océano. Una masa negra se acercaba al islote; dos fanales, verde el uno, rojo el otro, brillaban en sus costados.

— ¡Eh, Sandokán! —gritó una voz—. ¡Mil truenos!...

— ¡Ánimo, Yáñez! —respondió Sandokán.

— ¡Por Júpiter! Tenemos un barco a la espalda.

—Si se acerca lo asaltaremos y...

No acabó. Una llamarada brilló a proa de la nave que entraba en la anchurosa bahía y una bala fue a estrellarse contra el edificio.

— ¡El Realista! —exclamó Sandokán.

En efecto, el buque que acudía en auxilio de los asaltantes era el schooner del rajá James Brooke, el mismo que en la desembocadura del Sarawak asaltó y echó a pique al Helgoland.

— ¡Maldito! —rugió el Tigre, mirándolo con ojos que despedían chispas—. ¿Por qué no tendré yo también un praho? ¡Te haría ver cómo saben batirse los piratas de Mompracem!...

Otro cañonazo retumbó en el puente del barco enemigo y la bala fue a abrir una nueva brecha.

El Tigre de Malasia profirió un grito de dolor y de rabia.

— ¡Todo se ha acabado! —exclamó.

Seguido de sus compañeros, bajó precipitadamente de lo alto del fortín, en tanto que un diluvio de metralla caía sobre la techumbre del fuerte. El pirata subió a la barricada que los bandidos levantaron a la entrada de la pequeña fortaleza, gritando:

— ¡Fuego, tigres de Mompracem, fuego! ¡Demostremos al rajá cómo se baten los piratas de Malasia!...

La lucha adquiriría entonces proporciones espantosas. Las tropas de James Brooke, que hasta aquel momento se habían mantenido ocultas entre los bosques, lanzáronse hacia la playa y desde allí hicieron un fuego infernal; la flotilla, que permanecía a distancia, al verse apoyada por los cañones del barco, avanzó resuelta, con intención de llegar hasta la isleta.

La situación de los piratas se hizo desesperada. Combatían con rabia, disparando sobre la nave, sobre la flotilla, sobre las tropas agrupadas en la playa; animados siempre por los gritos del Tigre de Malasia; pero eran muy pocos para hacer frente a tantos enemigos.

Llovían las balas entrando por las troneras y derribando a los piratas que disparaban desde lo alto de la empalizada.

Y no eran sólo balas sencillas, sino granadas que los cañones de El Realista vomitaban y que al estallar con terrible violencia, abrían espantosas brechas, por las cuales el enemigo, así que desembarcase, podría penetrar en el edificio.

A las tres de la madrugada, los sitiadores recibieron un nuevo socorro. Era un esbelto yate armado con un solo cañón de gran calibre; en seguida rompió el fuego contra la empalizada, abierta por todas partes.

— ¡Se acabó! —dijo Sandokán desde lo alto de la barricada, disparando sin cesar contra la flotilla, que seguía avanzando—. Dentro de diez minutos tendremos que rendirnos.

A las cuatro de la mañana no quedaban en el fortín más que siete personas:

Yáñez, Sandokán, Tremal-Naik, Ada, Sambigliong, Kammamuri y Tanauduriam. Dejaron la barricada, donde la defensa era casi imposible, y se retiraron a la gran estancia, parte de la cual estaba destruida por los cañonazos de El Realista y del yate.

—Sandokán —dijo el portugués—. No podemos resistir más.

—Mientras nos queden pólvora y balas, no debemos rendimos —contestó el Tigre de Malasia, mirando a la flotilla que, rechazada seis veces consecutivas, volvía a la carga con intención de desembarcar a sus tripulantes.

—No estamos solos, hermano. Nos acompaña una mujer, la Virgen de la Pagoda.

—Aún podemos vencerles, Yáñez. Dejemos que los enemigos pongan pie en tierra y luchemos con ellos cuerpo a cuerpo. Me siento capaz de pelear contra todos esos miserables enviados del rajá.

— ¿Y si una bala hiriese a la joven? ¡Mira, Sandokán, mira!...

En aquel momento estalló una granada de El Realista, hundiendo un gran trozo del muro. Algunos fragmentos de hierro cayeron en medio del grupo de piratas.

— ¡Qué matan a mi novia! —gritó Tremal-Naik, colocándose ante la Virgen de la Pagoda.

—Hay que rendirse o disponerse a morir —dijo Kammamuri.

—Rindámonos, Sandokán —exclamó Yáñez—. Se trata de salvar a la prima de Mariana Guillonk.

El pirata no contestó. Asomado a una ventana, los ojos centelleantes, entreabiertos los labios y contraídos los músculos por la rabia, miraba al enemigo, que se acercaba rápidamente a la isla.

—Rindámonos, Sandokán —repitió Yáñez.

El Tigre de Malasia contestó con un ronco suspiro. Otra granada se estrelló contra el muro esparciendo a su alrededor multitud de enrojados fragmentos.

— ¡Sandokán!... —gritó por tercera vez Yáñez.

—Hermano —murmuró el Tigre.

—Es preciso rendirse.

— ¡Rendirse!... —exclamó el pirata con acento que nada tenía de humano—. ¡El Tigre de Malasia no se rinde a James Brooke!... ¡Oh!... ¿Por qué no tengo un cañón para hacer frente a esos miserables? ¿Por qué no dispondré ahora de los amigos que he dejado en Mompracem?... ¡Rendirse!... ¡Rendirse

el Tigre de Malasia!

—Debemos salvar a una mujer.

—Lo sé...

—Y esa mujer es prima de tu difunta esposa. Rindámonos, Sandokán...

Una tercera granada reventó en la misma estancia, mientras dos balas de grueso calibre hundían gran parte del techo. El Tigre volvióse y miró a sus compañeros. Todos permanecían con las armas en la mano, dispuestos a continuar la lucha; en medio de ellos se hallaba Ada. Parecía tranquila, pero en sus ojos se reflejaba la ansiedad.

—No queda esperanza —murmuró el pirata—. Dentro de diez minutos, ninguno de estos valientes estará en pie. No queda más recurso que capitular.

Cogióse la cabeza entre las manos, y se la oprimió con violencia.

— ¡Sandokán! —gritó Yáñez.

Un fragoroso ¡hurra!, ahogó su voz. Los soldados del rajá habían atravesado el mar y se dirigían hacia el fuerte.

El bandido se estremeció. Empuñó la terrible cimitarra e hizo ademán de lanzarse fuera para cerrar el paso a los vencedores, pero se contuvo.

— ¡Ha sonado la última hora para los tigres de Mompracem! —exclamó con dolor—. Sambigliong, iza la bandera blanca.

Tremal-Naik detuvo al pirata, que estaba atando un trozo de lienzo blanco en el cañón del fusil, y se acercó a Sandokán, llevando de la mano a su prometida.

—Si te rindes —le dijo—, Kammamuri, Ada y yo nos salvaremos; pero tú, que eres pirata, serás ahorcado con tus compañeros. Si queda aún esperanza alguna de vencer, dilo, y nos lanzaremos contra el enemigo al grito de «¡Viva el Tigre de Malasia! ¡Viva Mompracem!...».

— ¡Gracias, amigos! —respondió Sandokán, conmovido, estrechando vigorosamente las manos de la joven y del indio—. El enemigo ha desembarcado ya y nosotros no somos más que siete. Rindámonos.

— ¿Pero...? —preguntó Ada.

—James Brooke no me matará —dijo el pirata—. El Tigre dispone aún de mil recursos.

—La bandera blanca, Sambigliong —exclamó Yáñez, encendiendo un cigarrillo.

El bandido, desde el techo del fortín, agitó el trozo de lienzo.

En el acto oyóse el eco de una bocina en el puente de El Realista y después un «¡viva!», estrepitoso...

Sandokán, cimitarra en mano, atravesó el patio cubierto de maderos y de cadáveres, de armas y de balas de cañón, y se detuvo junto a la deshecha barricada.

Doscientos soldados del rajá habían desembarcado y hallábanse preparados para lanzarse al asalto. Una chalupa tripulada por el rajá Brooke, lord Guillonk y doce marineros, separóse de los costados de El Realista y dirigióse hacia la isla.

— ¡Él y mi tío! —murmuró Sandokán, con tristeza.

Después de envainar la cimitarra, cruzó los brazos sobre el pecho y esperó tranquilamente a sus dos encarnizados enemigos.

La barca, vigorosamente impulsada por los remeros, llegó en pocos minutos hasta el fortín; James Brooke y lord Guillonk pusieron el pie en tierra y, seguidos a corta distancia por su escolta, acercáronse a Sandokán.

— ¿Pides una tregua o te rindes? —le preguntó el rajá, saludándolo con la espada.

—Me rindo —contestó el pirata, devolviéndole el saludo—. Tus cañones y tus hombres han domado a los tigres de Mompracem.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del rajá.

— ¡Ya sabía yo que acabaría por vencer al indómito jefe de los piratas de Malasia! —dijo—. Ríndete.

Sandokán, al oír aquellas palabras, levantó orgullosamente la cabeza, dirigiendo al rajá una de esas miradas que hacen estremecer hasta a los hombres más valientes.

—Brooke —dijo con voz vibrante—. Tengo tras de mí cinco tigres de Mompracem, sólo cinco, pero capaces de sostener todavía un combate contra todas tus tropas. Son cinco hombres que a una señal mía se arrojarían sin vacilar sobre ti y te matarían, a pesar de los soldados que te rodean. Yo sólo me entregaría cuando mis compañeros depusiesen las armas.

— ¿No te rindes?

—Sí, pero con una condición.

—Te advierto que mis tropas han desembarcado ya; sois siete y nosotros doscientos cincuenta. Bastaría un solo gesto mío para que te fusilasen. Me parece extraño que el Tigre de Malasia, vencido, pretenda aún imponer condiciones.

—El Tigre de Malasia no ha sido vencido aún, Brooke —contestó Sandokán con fiereza—. Todavía me quedan mi cimitarra y mi kriss.

— ¿Ordeno el ataque?

—Cuando te haya dicho lo que quiero.

—Habla.

—James Brooke; yo, el capitán Yáñez de Gomara y los dayakos Tanauduriam y Sambigliong, todos ellos pertenecientes a la banda de Mompracem, nos rendimos con esta condición:

—Que nos juzgue el Tribunal Supremo de Calcuta y que concedas amplia libertad para que vayan adonde estimen más conveniente, a Tremal-Naik, a su servidor Kammamuri y a Ada Corissanth...

— ¡Ada Corissanth! —interrumpió lord Guillonk, acercándose a Sandokán.

—Sí, Ada Corissanth —repitió el pirata.

— ¡Es imposible que esté aquí!

— ¿Por qué?

—Porque fue raptada por los thugs indios y no se ha vuelto a oír hablar de ella.

—Sin embargo, se encuentra en este fortín.

—Lord James —exclamó el rajá—. ¿Conoció usted a Ada Corissanth?

—Sí, Alteza —respondió el viejo lord—. La conocí pocos meses antes de que fuese robada por los fanáticos creyentes en la diosa Kali.

— ¿Si la viese la reconocería usted?

—Sí, y estoy seguro de que ella también me reconocería, aunque ya han transcurrido cinco años.

—Pues entonces, seguidme —dijo Sandokán, interviniendo.

Atravesaron la empalizada y entraron en la cámara, en medio de la cual se veían reunidos en torno de Ada, con los fusiles en la mano y el kriss entre los dientes, a Yáñez, Tremal-Naik, Kammamuri, Tanauduriam y Sambigliong.

Sandokán cogió de la mano a Ada y, presentándosela al viejo lord, le preguntó:

— ¿La reconoces?

Dos gritos le respondieron.

— ¡Ada!

— ¡James!

Luego, el anciano y la joven se abrazaron y se besaron con efusión.

Se habían reconocido.

— ¿Cómo se encuentra Ada Corissanth en tus manos? —exclamó lord James, volviéndose hacia Sandokán.

—Ella misma te lo dirá —contestó el pirata.

— ¡Sí, sí, quiero saberlo! —añadió el anciano, que seguía abrazando y besando a la joven, llorando de alegría—. Quiero saberlo todo.

—Explícaselo, Ada —replicó Sandokán.

La joven, sin aguardar a que le repitiesen la invitación, narró al lord y al rajá la historia que nuestros lectores ya conocen.

—James —dijo Ada cuando terminó—, debo mi salvación a Tremal-Naik y a Kammamuri; mi felicidad al Tigre de Malasia. Abraza a estos hombres...

Lord James acercóse a Sandokán que, con los brazos cruzados sobre el pecho y el semblante ligeramente alterado, miraba a sus compañeros.

—Sandokán —dijo el anciano, conmovido—. Me robaste a mi sobrina, pero me devuelves a una mujer tan amada por mí como la otra. Te perdono, ¡abrázame, sobrino, abrázame!...

El Tigre de Malasia se echó en los brazos del lord y al cabo de tantos años aquellos encarnizados enemigos se besaron.

Cuando se separaron, gruesas lágrimas rodaban por las mejillas del anciano.

— ¿Es verdad que tu esposa ha muerto? —le dijo con entrecortada voz.

Ante aquella pregunta, el semblante del Tigre de Malasia se contrajo. Cerró los ojos, cubrióse el rostro con las manos y lanzó un ronco gemido.

—Sí, ha muerto —contestó con dolorido acento.

— ¡Pobre Mariana! ¡Pobre sobrina!

— ¡Cállate, cállate! —murmuró Sandokán.

¡El Tigre de Malasia lloraba!

Yáñez se acercó a su amigo y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

— ¡Ánimo, hermano! El Tigre de Malasia no debe mostrarse débil ante el exterminador de los piratas.

Sandokán enjugóse las lágrimas y levantó la cabeza con fiero ademán.

—Rajá Brooke, estoy a tu disposición. Mis compañeros y yo nos rendimos.

— ¿Quiénes son tus compañeros? —le preguntó el rajá.

—Yáñez, Tanauduriam y Sambigliong.

— ¿Y Tremal-Naik?

— ¿Cómo?... ¿Te atreves?...

—Yo no me atrevo a nada —contestó James Brooke—. Me limito a obedecer. Tremal-Naik quedará prisionero lo mismo que vosotros.

— ¡Alteza!... —exclamó lord Guillonk—. ¡Alteza!...

—Lo siento por usted, milord, pero no puedo conceder la libertad a Tremal-Naik. Lo he recibido en depósito y debo entregarlo a las autoridades inglesas, que no dejarán de reclamarlo.

—Pero ya ha oído Vuestra Alteza la historia de este nuevo sobrino mío.

—Es cierto, pero no puedo infringir las órdenes recibidas de las autoridades anglo-indias. Dentro de algunos días, un barco de deportados tocará en Sarawak y tengo que entregar al prisionero.

— ¡Señor!... —exclamó Tremal-Naik—. Vuestra Alteza no permitirá que me separen de mi Ada ni que me conduzcan a Norfolk.

—Rajá Brooke. Cometes una infamia —dijo Sandokán.

—No; obedezco —replicó el rajá—. Lord Guillonk podrá encaminarse a Calcuta, explicar los crímenes de los thugs y solicitar el indulto. Por mi parte, prometo apoyar su gestión...

Ada, que hasta entonces había permanecido muda, adelantóse, angustiada.

—Rajá —murmuró confusamente—. ¿Quiere Vuestra Alteza que yo me vuelva loca otra vez?

—Le prometo que verá usted de nuevo a su prometido, señorita. Las autoridades anglo-indias efectuarán la revisión del proceso y dejarán en libertad a Tremal-Naik.

—Entonces, permítame Vuestra Alteza que embarque con él.

— ¿Usted?... ¿Qué está diciendo?... ¿Bromea, señorita?...

—Deseo seguirlo.

— ¿En un barco de forzados?... ¿A semejante infierno?

—Digo que quiero seguirlo —exclamó la joven, con exaltación.

James Brooke la miró con cierta sorpresa. Parecía impresionado por la energía de aquella niña.

—Respóndame Vuestra Alteza —añadió Ada.

—Es imposible, señorita —dijo luego—. El comandante del barco no la admitiría a bordo. Mejor será que siga usted a su tío a la India, para alcanzar el indulto de su futuro esposo. Su testimonio bastará para que le devuelvan la libertad.

—Es cierto, Ada —agregó lord Guillonk—. Si te vas con Tremal-Naik me quedaré solo y, para salvar a tu prometido, me faltará la declaración de más fuerza.

— ¡Todos se empeñan en que lo abandone! —exclamó la joven, estallando en sollozos.

— ¡Ada!... —murmuró Tremal-Naik.

— ¿Me concedes cinco minutos de libertad? —preguntó Sandokán, acercándose al rajá.

— ¿Para qué? —dijo James Brooke.

—Intentaré convencer a Ada para que siga a lord Guillonk.

—Puedes hacerlo.

—Pero tu presencia no es necesaria. Deseo hablarle sin testigos.

—Te concedo lo que pides, pero te advierto que es inútil que pienses en la fuga, porque toda la bahía está ocupada.

—Lo sé. Seguidme, amigos...

Salieron del fortín y se dirigieron a la empalizada.

—Escuchadme —dijo el Tigre a los que le rodeaban—. Aún dispongo de recursos que, si los conociese, harían palidecer al rajá. Ada, lord James...

—No, lord James, no, llámame tío, Sandokán —le interrumpió el inglés—. Eres sobrino mío.

—Ciertamente, tío —añadió el pirata, conmovido—. Ada, renuncia a la idea de seguir a tu prometido a la isla de Norfolk. En cambio, procuraremos conseguir del rajá que retenga en Sarawak a Tremal-Naik hasta que las autoridades de Calcuta revisen el proceso.

—Pero la separación será larga —dijo la joven.

—No; será breve, yo te lo aseguro. Intento obtener esto del rajá para ganar tiempo.

— ¿Qué quieres decir? —preguntaron a un tiempo Tremal-Naik y lord Guillonk.

Leve sonrisa asomó a los labios de Sandokán.

— ¡Ah! —exclamó—. ¿Creéis que ignoro la suerte que me espera en Calcuta?... Los ingleses me odian. Les he hecho una guerra muy encarnizada para confiar en que me dejen con vida. Y, sin embargo, aún tengo la esperanza de ser libre, de azotar el mar, de ver otra vez mis selvas de Mompracem.

— ¿Qué proyectas? ¿En qué confías? —preguntó lord James Guillonk.

—En el sobrino de Muda-Hassin.

— ¿Del sultán destronado por Brooke?

—Sí, tío. Sé que conspira para reconquistar el trono y que, lenta, pero incesantemente, mina el poderío de James Brooke.

— ¿Qué podemos hacer nosotros? —preguntó Ada—. Te debo mi salvación y te deberé la libertad de Tremal-Naik.

—Ir en busca del sobrino del sultán y decirle que los tigres de Mompracem están dispuestos a prestarle auxilio. Mis piratas desembarcarán aquí, se pondrán a la cabeza de los vencidos y asaltarán, ante todo, nuestra prisión.

—Pero yo soy inglés, sobrino —exclamó lord Guillonk.

—Nada exijo de ti, tío. Tú no puedes conspirar contra un compatriota.

—Entonces, ¿quién desempeñará esa comisión?

—Ada y Kammamuri.

— ¡Ah, sí! —exclamó Ada—. Dime, ¿qué debo hacer?

Sandokán se desabrochó la chaqueta y sacó de la faja que llevaba sobre la camisa de seda, una bolsa repleta.

—Buscarás al sobrino de Muda-Hassin y le dirás que Sandokán, el Tigre de Malasia, le regala estos diamantes, que valen dos millones, para apresurar el triunfo de la revolución.

—Y yo, ¿qué hago? —preguntó Kammamuri.

El pirata se quitó una sortija de forma especial, adornada con una gruesa esmeralda, y se la alargó, diciéndole:

—Irás a Mompracem, enseñarás a mis camaradas este anillo, les dirás que me han hecho prisionero y, en mi nombre, les ordenarás que embarquen para ayudar al sobrino de Muda-Hassin. Volvamos: el rajá es desconfiado.

Entraron de nuevo en la ruinosa estancia donde esperaba Brooke rodeado

de sus oficiales.

— ¿Y bien?... —preguntó brevemente.

—Ada renuncia a la idea de seguir a su prometido, con la condición de que Vuestra Alteza retenga prisionero en Sarawak a Tremal-Naik, hasta que los tribunales de Calcuta vean de nuevo la causa —contestó el anciano lord.

—Sea —murmuró James Brooke, después de algunos instantes de reflexión.

Entonces Sandokán, arrojando al suelo la cimitarra y el kriss, dijo:

—Soy tu prisionero.

Yáñez, Tanauduriam y Sambigliong tiraron también sus armas.

Lord James, húmedos los ojos, se interpuso entre el rajá y Sandokán.

— ¿Qué se propone Vuestra Alteza hacer de mi sobrino?

—Le concedo lo que me ha pedido.

— ¿Y es?...

—Lo enviaré a la India. El Tribunal Supremo de Calcuta se encargará de juzgarlo.

— ¿Cuándo saldrá?

—Dentro de cuarenta días; en el vapor-correo procedente de Labuán.

—Alteza... es sobrino mío y yo he cooperado a su captura.

—Lo sé, milord.

—Ha salvado a Ada Corissanth, Alteza.

—También lo sé, pero nada puedo hacer. Ya sabéis que me llaman el Exterminador de los piratas.

— ¿Y si mi sobrino prometiese a Vuestra Alteza abandonar para siempre estos mares?... ¿Y si mi sobrino jurase no volver nunca a Mompracem?

—Calla —le interrumpió Sandokán—. Ni mis compañeros ni yo tememos a la justicia humana. Cuando para los tigres de Mompracem suene la última hora, sabrán morir como valientes.

Acercóse al anciano lord, que lloraba en silencio, y lo abrazó, mientras Tremal-Naik abrazaba a Ada.

—Adiós —murmuró luego, estrechando la mano de la joven, que sollozaba—. ¡Ten esperanza!

Volvióse hacia el rajá, que esperaba junto a la puerta, y, alzando la cabeza,

le dijo:

—Estoy a tus órdenes.

Los cuatro piratas y Tremal-Naik salieron del fuerte y se acomodaron en las embarcaciones. Cuando estas soltaron las amarras, el Tigre fijó la mirada en el islote.

En la puerta del fortín permanecía el lord teniendo a Ada a la derecha y a Kammamuri a la izquierda. Todos lloraban.

— ¡Pobre tío y pobre muchacha! —murmuró Sandokán, suspirando—. Pero la separación será breve, y tú, James Brooke, perderás el trono.

XXIV. A bordo de «El Realista».

Diez minutos después, el pequeño schooner de James Brooke abandonaba la bahía, saliendo a alta mar.

Desplegadas las velas por la numerosa tripulación del rajá, la nave, impulsada por la fresca brisa que soplabla de tierra, corría velozmente sobre las azuladas y límpidas aguas de Borneo, dejando atrás una nivea estela.

Sandokán y Yáñez, de pie a popa, pero custodiados por cuatro marineros con la bayoneta calada, tenían los ojos fijos en el islote, ante el cual veíase aún el yate de lord Guillonk.

Parecía como si todavía trataran de distinguir los rostros de Ada y de Kammamuri.

Cuando la distancia hizo imposible ver nada, el Tigre se volvió hacia su fiel compañero, que encendió un cigarrillo y comenzó a fumar con su calma acostumbrada.

— ¡Esto se acabó! —le dijo con un suspiro—. Hemos pagado muy cara una buena acción, amigo mío.

El portugués se contentó con encogerse de hombros.

— ¿No tienes miedo? —le preguntó.

—No —repuso Yáñez.

—Sin embargo, estamos en las manos del exterminador de los piratas.

— ¿Pero no eres tú el Tigre de Malasia? ¿Quién es más fuerte?

—Si fuese libre aún y tuviera mi cimitarra, te contestaría que el Tigre vencería al exterminador, pero ahora...

—Confío en ti, Sandokán.

Una triste sonrisa se dibujó en los labios del jefe de los piratas.

—Los valientes que me seguían han sido aniquilados por el hierro y por el fuego —murmuró con voz ronca.

—En Mompracem quedan otros no menos terribles capaces de hacer que muerda el polvo el mismo exterminador.

—Mompracem queda muy lejos y nosotros estamos prisioneros.

—Pero tú te sobras para romper las cadenas y para derribar los muros de una prisión —dijo Yáñez.

—Ante todo, ¿sabes qué hará con nosotros James Brooke?

—Pronto lo averiguaremos; ahora se viene hacia aquí.

El rajá, después de conferenciar con sus oficiales, subió a cubierta y se acercó a los prisioneros. Hizo seña a los cuatro guardianes para que se alejasen, y luego, volviéndose hacia Sandokán y su amigo, les dijo:

—Seguidme.

— ¿Qué quieres? —le preguntó el Tigre.

—Antes de que el sol se oculte, lo sabréis —respondió el rajá—. Mis oficiales, reunidos en Consejo de Guerra, han pronunciado vuestra condena.

—No les reconozco semejante derecho.

—Lo reconozco yo, que soy el rajá de Sarawak.

— ¡James Brooke!... ¡El Tigre de Malasia no ha muerto aún! —gritó Sandokán, en tanto que en sus pupilas brillaba un terrible relámpago.

— ¿Qué quieres decir?

—Que algún día podré volver a tu reino al frente de los tigres de Mompracem.

— ¡Bah! Ese día está muy lejano —replicó el rajá, con sonrisa irónica—. Dentro de un mes os hallaréis en el gran océano, entre vuestra isla y la otra...

— ¿Qué otra?

—La de Norfolk.

Sandokán hizo un gesto de estupor y de cólera, pero en seguida, con voz tranquila, al par que burlona, dijo:

— ¡Ah! ¿Quieres enviarnos con los forzados que Inglaterra y Australia relegan en Norfolk? ¡Tu idea no es mala, James Brooke! ¿Y será El Realista

quien emprenderá tan largo viaje?

—Mi nave me será más útil aquí que en los mares de Australia.

—Entonces será en la que debe conducir allí a Tremal-Naik.

—Sí.

— ¿Y ha llegado ya a Sarawak? —preguntó el pirata, socarronamente.

—Ayer tarde ancló frente a Matany.

—Pues vamos a Norfolk, salvo que lo impida un caso imprevisto.

— ¿Qué caso? —preguntó el rajá, mirándolo con desconfianza.

—En el mar nunca hay seguridad de llegar al puerto de destino; eso ya lo sabes, James Brooke.

—No querías decir eso. Pero si esperas huir antes de que el barco llegue a Norfolk, te equivocas. Ignoras aún lo que es una fragata destinada al transporte de forzados.

—Lo aprenderé muy pronto, puesto que tu Realista se hallará esta tarde en aguas de Matany.

James Brooke lo contempló fijamente, como si leyese en su alma; luego, encogiéndose de hombros y haciendo un gesto de indiferencia, exclamó:

—Seguidme.

— ¿Quieres colocarnos ya los grilletes? —preguntó Sandokán, siempre burlesco.

—Mientras permanezcáis a bordo de mi barco, os trataré como a huéspedes —replicó James Brooke, con nobleza—. Venid.

Bajó al comedor, seguido del Tigre y de Yáñez, y se sentó a la mesa, espléndidamente servida.

—Después de un combate tan largo y terrible, vosotros, lo mismo que yo, sentiréis hambre —dijo—. Si no os desagrada, hacedme compañía.

—Con mucho gusto —respondió Sandokán, en tanto que el portugués se inclinaba silenciosamente.

El rajá y los dos cabecillas de la piratería malaya empezaron a comer con excelente apetito, charlando como si fuesen los mejores amigos del mundo.

Rivalizaban en cortesía; hablaban de mares, de navegación, de construcciones navales, de armas y de abordajes, sin hacer la más pequeña alusión a su rivalidad, ni nombrar a Norfolk ni a Mompracem.

La nave, impulsada por viento favorable, dirigíase rápidamente hacia

Matany, cuya gigantesca cima, de dos mil novecientos metros, aparecía, dorada por los últimos rayos del sol.

El mar perdía poco a poco sus reflejos de fuego, tomando un color oscuro, con fugaces resplandores de oro.

Algunas aves marinas revoloteaban, ya dejándose caer al agua, ya levantándose rápidamente con chillidos agudos. Eran golondrinas de mar y petreles.

En ocasiones también cruzaba una fragata, veloz como una exhalación, o se dejaba ver un grueso albatros de robusto pico y blancas plumas orladas de negro en sus extremos.

El rajá y los dos piratas pasearon cerca de media hora, y seguían charlando, cuando el primero se detuvo bruscamente, mirando hacia proa. En medio de las tinieblas, descubrió dos puntos luminosos que brillaban en la dirección de Matany.

Su frente se contrajo, y su semblante, hasta entonces sereno y afectuoso, tomó de pronto un aspecto casi terrible. Volvióse hacia un marinero, diciéndole:

—Dispara un cohete.

Sandokán y Yáñez no dijeron nada. Sin embargo, sus miradas permanecían fijas en aquellos dos puntos luminosos, uno rojo y otro verde, que indicaban la presencia de un barco.

Pocos momentos después, un cohete partía de la popa de El Realista y estallaba en el espacio, esparciendo una lluvia de chispas de oro.

El rajá no apartaba la vista de los puntos luminosos. Al cabo de un instante, otro cohete hendía las tinieblas hacia la parte de Matany, mostrando una línea de puntos azulados.

—Allí está el barco —dijo James Brooke.

Luego, volviéndose hacia Sandokán y Yáñez, añadió con cierta dureza:

—Desde ahora dejáis de ser mis huéspedes y yo vuelvo a ser el Exterminador de los piratas.

— ¿Aquel buque es el que ha de conducirnos a los mares de Australia? — preguntó el Tigre, en voz baja.

—Sí —respondió secamente el rajá.

—Estamos preparados...

Los tripulantes de El Realista botaron al mar una chalupa y en ella se

acomodaron un oficial y ocho marineros, armados de fusiles y de sables.

Sandokán, antes de poner el pie en la escala, acercóse al rajá y, mirándolo fijamente, le dijo en voz lenta y pausada:

—James Brooke, algún día volveremos a vernos; mi corazón no me engaña.

En los labios del Exterminador se dibujó una irónica sonrisa.

—¿Lo dudas? —añadió el Tigre.

—Sí.

—Haces mal. Guárdate de los piratas de Mompracem y guárdate también de los dayakos.

—¿Qué pretendes dar a entender? —le preguntó el rajá, por cuyo semblante cruzó una sombra de inquietud—. Los dayakos de Muda-Hassin, el sobrino del sultán, están sometidos y el pretendiente se halla entre mis manos.

—Veremos si Muda-Hassin sigue mucho tiempo en tu poder. ¡Adiós, James Brooke! La lucha entre nosotros no ha terminado y tal vez al no matarme cometes un error, que lamentarás.

Y Sandokán bajó rápidamente la escala y se colocó entre los soldados, seguido de Yáñez, de Sambigliong y de Tanauduriam, que habían sido llevados a cubierta.

A una breve orden del oficial, la chalupa se puso en marcha, dirigiéndose hacia los dos focos luminosos que brillaban en las tinieblas.

Antes de alejarse, Sandokán levantó la cabeza y vio al rajá que, inclinado sobre la borda, lo miraba.

Con la mano le hizo una seña que quería decir adiós, pero que también significaba una amenaza; luego sentóse junto a Yáñez, que había encendido un cigarrillo, y murmuró:

—Vamos a ver el barco de los forzados.

—Será alegre como un entierro —contestó el portugués, sonriendo.

—Más tarde será alegre como una fiesta —agregó el jefe de los formidables piratas, en el idioma de Borneo.

—¿Qué estás tramando, Sandokán?

—Un golpe soberbio, Yáñez. Los forzados no son tontos y menos cobardes. Con tal de recobrar la libertad se hallarán dispuestos a todo. Esperemos los acontecimientos.

La chalupa, impulsada por tres pares de remos, se deslizaba muy de prisa sobre las oscuras olas.

Los soldados, con el fusil entre las rodillas, se habían sentado unos delante y otros detrás de los cuatro prisioneros. Querían evitar una evasión, cosa por otra parte nada fácil, hallándose la barca a más de diez millas de la costa.

Una hora después, la luna asomó por encima de la cumbre del Malang y la masa del barco se hizo visible. Era una gran fragata de tres palos y de gigantescas formas; una de aquellas viejas naves de vela que formaban parte de la escuadra inglesa en 1830, buenas veleras en su época, pero ya fuera de uso.

El portugués y Sandokán la observaban, contemplando sus elevados mástiles y su extenso casco; luego, miráronse sonrientes.

—Encontraremos numerosa compañía —dijo el primero.

En aquel momento, roncós gritos, que nada tenían de humanos, retumbaron en las entrañas del enorme buque, con fragor semejante al rugido lejano de una manada de bestias feroces; luego, bruscamente, los ecos se extinguieron, en tanto que una voz, desde lo alto del puente, preguntaba:

— ¿Quién vive?

—Chalupa del rajá —contestó el oficial de James Brooke.

La embarcación abordó a la fragata bajo la escala, que ya había sido echada.

—Seguidme —ordenó el oficial de la chalupa a Sandokán y a Yáñez.

Los dos jefes de la piratería obedecieron y subieron la escala escoltados por cuatro soldados.

Al llegar a cubierta, un oficial salió al encuentro del enviado del rajá, examinándolo a la luz de un fanal.

—He aquí a mis hombres —dijo al marino—. James Brooke se los confía a usted.

— ¿Estos son los dos famosos piratas? —preguntó el teniente de la fragata, fijando una escudriñadora mirada a Sandokán y Yáñez.

—Sí, señor.

— ¿Peligrosos?

—Los vigilará usted atentamente.

—Eso corre de mi cuenta, señor. Mis respetos a Su Alteza.

— ¿Se va usted?

—En seguida. El viento es favorable para alcanzar las costas septentrionales de Borneo.

En tanto que el emisario del rajá y sus hombres volvían a la chalupa y la fragata viraba hacia el Norte, el teniente llamó a cuatro marineros, e indicándoles a Yáñez y Sandokán, les dijo:

—Encadenad a esos nuevos prisioneros y conducidlos bajo cubierta; son peligrosos.

Al oír tales palabras, Sandokán hizo un movimiento de enérgica protesta, pero el portugués le detuvo, murmurando:

—Calma, hermano, o echarás a rodar tu proyecto.

—Tienes razón —contestó su compañero, con los dientes apretados.

Un marinero se acercó a ellos y, para impedir que anduviesen con facilidad, les colocó cadenas en las piernas; después los empujó violentamente hacia proa, diciéndoles:

—Venid, bribones...

Aún no había terminado la frase, cuando la diestra de Sandokán caía sobre su espalda con tal ímpetu que estuvo a punto de hacerle rodar por el entarimado.

— ¿Bribón yo? —gritó con rabia—. ¿No sabes que esta mañana era el jefe de los piratas de Mompracem y que llevo en las venas sangre real?... ¡Mucho cuidado!... ¡Soy hombre que mata!...

El teniente, al ver la escena y al oír aquellas palabras, acudió presuroso. En vez de revolverse contra Sandokán, dio un puntapié al marinero, diciéndole severamente:

—Estos dos hombres están bajo la protección del rajá de Sarawak y no son vulgares malhechores. Al que los insulte, mandaré que le pongan hierros en los pies.

—Renuncio a la protección de James Brooke —replicó Sandokán, con orgullo—. Pido que se me trate lo mismo que a los demás, pero ¡desgraciado del que me insulte!... ¡Vamos!...

Después de dirigir un ligero saludo al oficial, siguió al marinero, que le precedía rascándose la espalda como si temiese la vigorosa mano que le había hecho crujir los huesos.

Bajaron por una escala y pasaron al entrepuente, donde Yáñez y Sandokán se detuvieron, haciendo un gesto de repugnancia.

— ¡Mil truenos! —exclamó el portugués—. No creí acabar en un antro así. Esto es el infierno.

—Sí, pero un infierno que estallará como un volcán —exclamó su camarada.

Luego, volviendo hacia el marinero, le preguntó:

— ¿Cuál es nuestro sitio?

—Allá, hacia proa.

—Pues vamos...

XXV. El buque de «Los Forzados».

El entrepuente de aquel viejo buque ofrecía un espectáculo repugnante y horrible.

Trescientos hombres, la hez de Inglaterra y de las colonias británicas de Asia, yacían amontonados en aquel lugar, encadenados unos a otros como bestias feroces.

Veíanse allí jóvenes embrutecidos por el vicio y por los delitos, hombres en la plenitud de la vida y ancianos de blancos cabellos, pero que acaso registraban en su existencia mayor número de infamias que los demás. Ladrones, incendiarios, borrachos incorregibles y asesinos, encontrábanse juntos, con rumbo a la isla de Norfolk, el establecimiento penitenciario más horrible del Océano Pacífico.

Veíanse colosos de bestiales rostros, adolescentes devorados por la tisis o consumidos por todo género de vicios, naturalezas vigorosas que resistían muchos años y que tal vez cometerían nuevos delitos, y organismos ya agotados en los cuales probablemente se extinguiría la vida antes de ver las copas de los gigantescos pinos de la isla maldita.

Un morbosos vaho, como de fieras, emanado de aquellos trescientos cuerpos, aspirábase en el entrepuente, a la vez que un ronquido sonoro, que hacía vacilar hasta la llama de las dos linternas que alumbraban aquella inmensa prisión oscilante, dejábase oír, interrumpido de tarde en tarde por el lúgubre tintineo de alguna cadena.

Sandokán y Yáñez se detuvieron, mirando con asco aquel montón de carne.

— ¡Es horrible! —exclamó el portugués—. ¡Nunca había soñado

semejante escena! Un campo de batalla bañado en sangre y cubierto de cadáveres y de moribundos es preferible a esta cueva de bandidos.

— ¡Venid! —ordenó bruscamente el marinero.

Los dos jefes de la piratería y sus compañeros le siguieron sin hablar más. Pasaron junto a aquel amasijo de durmientes, cuidando de no despertar a ninguno, y llegaron a popa.

El marinero les hizo que se sentaran junto a otras tantas argollas de hierro fijadas en el entarimado, y les mandó que se durmiesen.

— ¿No tienes orden de atarnos? —preguntó Sandokán.

—Es inútil —respondió el marinero, sonriendo—. Sois personas... respetables. Sin embargo, este es vuestro puesto.

Y se alejó.

Sandokán y Yáñez se miraron.

—Esta libertad favorecerá mis planes —dijo el primero.

— ¿Y la cadena que llevamos en los pies? —preguntó Yáñez.

—En el momento oportuno caerá rota.

— ¿Qué te propones?

—Pienso en la libertad, Yáñez. ¡Ah! ¿Supone James Brooke que voy a dejar que me lleven a Norfolk? Se equivoca, amigo mío. Acaso presenciaremos una matanza espantosa, pero antes de que el barco esté a la vista del cabo Sirik, seremos dueños de esta vieja fragata.

— ¿Piensas amotinar a estos galeotes?

—Sí, Yáñez.

— ¿Y crees que te obedecerán?

— ¿No desean también verse libres?

— ¿Y la tripulación?

—Ante el formidable ataque de estas fieras, desencadenadas por nosotros, cederá.

— ¿Y luego?...

—Luego volveremos a Sarawak.

— ¿Otra vez?...

— ¿Crees que el Tigre de Malasia puede resignarse con su derrota? No, Yáñez. Arrojaré del trono a James Brooke. Muy tarde he pensado en Muda-

Hassin, pero ya tendremos ocasión de poner en juego al pretendiente y de sublevar a sus dayakos.

— ¿Conoces a Muda-Hassin?

—Hace ya muchos años.

—Es sobrino del sultán de Sarawak, ¿verdad?

—Sí, de aquel sultán que en vez de ceder el trono a Muda ha preferido dejárselo a Brooke.

— ¿Dónde está el pretendiente?

—En Sedang, vigilado por gentes adictas al rajá.

En aquel instante una voz, desde el extremo del entrepuente, gritó:

—Silencio, u os haré callar con el «gato de nueve colas».

—Es el centinela que vigila a proa —explicaron Sambigliong y Tanauduriam, que se habían tendido tras de sus jefes.

—Cerremos los ojos —murmuró Sandokán—. Aún no ha llegado el momento...

Los cuatro piratas se tumbaron en el entarimado. Cerraron los párpados y se durmieron plácidamente, mecidos por las olas que azotaban los costados del viejo buque.

Dos o tres veces durante la noche despertó Sandokán y se incorporó para observar a los forzados que reposaban junto a él. Sus miradas se fijaron singularmente en un hombre de gigantesca estatura, ancho pecho y brazos muy desarrollados, indicios de una fuerza más que extraordinaria.

Aquel forzado podría tener unos cuarenta años. Era un hércules de cabello jaro y crespo, frente bastante espaciosa y facciones regulares, que contrastaban con las feroces y crueles de sus vecinos.

Aunque llevaba el uniforme de los forzados, por su bronceado cutis y por el modo de dormir, cualquier observador habría podido adivinar en él a un hombre de mar o a un corredor de bosques.

Más de una vez asaltó a Sandokán la idea de despertarlo, pero le detuvo el miedo a llamar la atención del centinela que vigilaba en el extremo del entrepuente, apoyado en el fusil.

—Este es un hombre que puede serme útil —murmuró—. Gigantes así son objetos preciosos. Mañana veremos...

Y volvió a dormirse junto a Yáñez, con las manos en la faja, según costumbre, creyendo que aún tenía armas.

Un ensordecedor estrépito de cadenas, unidos a gritos de dolor, le arrancó bruscamente de su sueño, haciéndole abrir los ojos.

Dos marineros recorrían el entrepuente, haciendo silbar en el aire dos látigos y gritando:

— ¡Canallas!... ¡En pie!...

De vez en cuando los dos látigos caían sobre un grupo de forzados y en seguida dejábase oír un coro de gritos y de maldiciones.

Ambos marineros manejaban aquellos terribles instrumentos sin misericordia, sin mirar dónde daban. Hemos dicho terribles instrumentos: en la frase no hay exageración, porque se trataba del famoso «gato de nueve colas», en uso hasta hace pocos años en la marina inglesa y en las penitenciarías.

Estas especies de disciplinas, designadas con aquel nombre porque se componen de nueve correas sujetas a un mango corto y terminadas en otras tantas bolitas de plomo, son, sin duda, peores que el knut de los rusos y que el cour-base de piel de hipopótamo de los sudaneses y de los abisinios.

Cada vez que caen, las bolas dejan un surco sangriento en la espalda de la víctima, y bastan cinco golpes, y en ocasiones menos, para matar a un hombre.

Es increíble el pavor que semejante instrumento inspiraba a los marineros de los barcos de guerra y a los rematados de las penitenciarías inglesas.

Puede asegurarse que producía miedo más grande que la horca. Para acabar con la terrible banda de los estranguladores londinenses que durante varios años se ensañó con pacíficos transeúntes, bastó con la amenaza de los jueces de aplicar cincuenta azotes a los culpables, en vez de la horca, para verlos desaparecer.

Yáñez, Tanauduriam y Sambigliong levantáronse para no recibir alguna de aquellas brutales caricias. Sandokán, en cambio, después de enterarse de lo que se trataba, volvió a tumbarse, cerrando los ojos.

Los dos marineros, prosiguieron su carrera, llegaron muy pronto hasta los cuatro piratas. Al ver que el Tigre no había obedecido la orden de despertarse, uno de ellos se inclinó sobre él, gritando:

— ¡En pie!

Sandokán no se movió. Tanauduriam y Sambigliong, creyendo que el jefe no había oído el mandato del marinero, se acercaron para sacudirlo. Una terrible mirada de Yáñez los detuvo.

El portugués se había dado cuenta de que su camarada no dormía; luego, tendría sus motivos para permanecer con los ojos cerrados.

— ¡En pie, bribón! —repitió el marinero, haciendo silbar en el aire el látigo.

Al notar que su voz no producía efecto alguno, dejó caer el «gato de nueve colas», hiriendo a Sandokán en mitad del pecho y desgarrándole la camisa de seda verde.

Apenas sintió el golpe de las disciplinas, el Tigre de Malasia se puso en pie de un brinco. Coger por la cintura al marinero y levantarlo a pulso como si fuera un muñeco, fue obra de un segundo.

Su voz tronó como un cañonazo, retumbando en el entrepuente:

— ¡Miserable!... ¡Te atreves a pegarme a mí, al Tigre de Malasia, al jefe de los formidables piratas de Mompracem!... ¡Voy a matarte!

El marinero, medio ahogado por aquella enérgica presión que hacía crujir sus huesos, lanzó un grito de dolor y de imponente rabia.

Su compañero precipitóse sobre Sandokán con el látigo en alto. Pero Sambigliong y Tanauduriam velaban por su jefe. Echándole la zancadilla, hicieron rodar por el suelo al marinero y lo sujetaron contra el entarimado.

El formidable pirata, dando prueba de su vigor extraordinario y de su audacia, causó profunda impresión en aquellos hombres encallecidos en el delito y habituados a sentir admiración por los seres animosos y resueltos. Además, las pintorescas y ricas vestiduras del jefe de la piratería, aquel gran turbante de seda blanca y verde, adornado con un magnífico diamante que a la rojiza luz de la linterna despedía vivísimos resplandores, eran causas sobradas para darles una elevada idea de su compañero, al que consideraban no como un vulgar forzado, sino como un príncipe de Borneo.

Gritos de estupor y de admiración se escaparon de todos los labios.

— ¡Qué hombre!...

— ¡Bravo!... ¡Ahoga a ese pícaro!

Una aguda voz gritó de repente:

—Camaradas... Os propongo que proclamemos rey de los forzados a este valiente príncipe.

Un estrepitoso aplauso acogió tan extraña proposición: el eco se extinguió en seguida, ahogado por el rumor de cadenas.

El centinela había hecho la señal de alarma, y una docena de marineros armados de fusiles y con la bayoneta calada, invadieron el entrepuente, corriendo en auxilio de sus dos compañeros. Un teniente —el mismo que la noche anterior se hizo cargo de Sandokán—, mandaba la tropa.

— ¡Dejad libre a ese hombre! —gritó, amartillando resueltamente la pistola y apuntando al pecho del Tigre de Malasia.

Tanauduriam y Sambigliong, a una señal de Yáñez, dejaron que el segundo marinero se levantara, pero después de quitarle las disciplinas.

Sandokán, al oír la intimidación del teniente, se volvió.

— ¡Ah! ¿Eres tú? —dijo—. Ahí tienes a tu subordinado, pero te advierto que si se atreve a levantar otra vez el látigo contra mí, lo mato.

Y empujando violentamente al marinero, añadió:

— ¡Vete!

—Te prometo que mientras permanezcas a bordo de esta nave nadie te tocará, porque tal es la orden de Su Alteza —contestó en tono cortés el oficial—. No obstante, tengo que encadenarte.

—Hazlo —contestó Sandokán.

—Puedo evitarte tal humillación si me das palabra de no volver a rebelarte contra mis subordinados.

—No prometo semejante cosa.

—Entonces, obedeced —exclamó el teniente, dirigiéndose a sus soldados.

Dos hombres acercáronse a Sandokán y sujetaron a la argolla del entrepuente la cadena que llevaba al pie. El pirata los dejó hacer, pero luego, aferrando la cadena con ambas manos, la retorció y con una brusca sacudida la rompió, rodando los anillos por el suelo.

—Mira tu cadena —dijo—. Para el Tigre de Malasia hace falta otra más recia.

Los forzados no respiraban siquiera. Miraban con una especie de terror supersticioso a aquel hombre que, en tan breve tiempo, había dado dos pruebas de su fuerza extraordinaria y que parecía no temer a aquellos brutales guardianes que sólo con su presencia hacían temblar a todos.

El oficial, al ver rota la cadena, contempló con la más profunda sorpresa al formidable hombre.

— ¿Qué has hecho? —le preguntó.

—Ya lo ves —repuso Sandokán—. Me molestaba la cadena y la he roto.

Luego, levantándose fieramente y cruzando los brazos sobre el pecho, añadió con acento desdeñoso:

—Llevo en las venas sangre real y, aunque tenga que luchar con todos

vosotros, no soportaré semejante humillación.

—Te mataré.

—El Tigre de Malasia no teme a la muerte; la he desafiado en cien abordajes. Déjame en paz y no me rebelaré contra tus subordinados. James Brooke no te autoriza para que me insultes ni me maltrates.

— ¿Te tranquilizarás?

—Sí —contestó Sandokán, con cierta burla.

—Te prometo que nadie te molestará.

—Está bien.

Y el Tigre volvió a sentarse en medio de sus compañeros, en tanto que el teniente se retiraba.

Los presidiarios no se habían movido. Seguían contemplando con admiración al terrible pirata.

En primera línea aparecía el gigante que había llamado la atención de Sandokán. Revelaba mayor sorpresa que los otros y no apartaba los ojos del jefe de los piratas de Mompracem.

La llegada de algunos marineros cargados con enormes ollas y con rimeros de platos, rompió aquella especie de fascinación.

— ¡El rancho!... —exclamaron algunos.

En el entrepuente se dejó oír gran ruido de cadenas.

Comenzaba la distribución del rancho matutino. Los platos, llenos de una bazofia negruzca y humeante, circulaban con rapidez entre aquellos desgraciados, que los vaciaban con igual rapidez.

Cuando llegaron junto a los prisioneros de James Brooke, los marineros colocaron ante ellos cuatro escudillas, añadiendo, seguramente por orden del comandante, un vaso de vino en vez de agua, galletas y un trozo de jamón.

— ¡Qué lujo! —exclamó Yáñez, que conservaba su inalterable buen humor—. Nuestros compañeros de galera sentirán envidia.

—A su tiempo tendrán algo mejor —contestó Sandokán, que había comenzado a devorar el rancho con excelente apetito.

— ¿Piensas aún en tu proyecto?

—Por supuesto. ¿Crees que iba a armar tal escándalo por el solo capricho de levantar en el aire aquel marinero y para buscarme un latigazo?

— ¡Ah! Ya lo sospechaba.

—Es preciso que los forzados se enteren de lo que soy capaz y que sepan que me llamo el Tigre de Malasia. Entre un pirata y un bandido la diferencia no es muy grande, hermano. Ahora verás cómo estos galeotes me obedecen.

—Empiezo a creerlo, Sandokán. Esos hombres no temen más que a la fuerza.

—Ahí tienes a un individuo, tal vez más fuerte que yo.

— ¿Ese gigante que tenemos al lado y que nos mira de reojo? Me parece que el pobre siente vivísimos deseos de participar de nuestro almuerzo.

Sandokán volvióse. El hombre los miraba con ojos que revelaban impulsos de arrojar sobre los víveres que devoraban sus vecinos. Seguramente, al infeliz no le bastaba la escasa ración de los forzados.

El Tigre comprendió en seguida que aquella era la mejor ocasión para trabar amistad con el hércules.

— ¿Quieres? —le preguntó, alargándole una galleta.

El forzado vaciló un momento, avergonzado tal vez de que aquel hombre le hubiera sorprendido en semejante actitud y de que hubiese adivinado su deseo; luego, alargó rápidamente la mano, cogió la galleta y se la llevó a la boca, murmurando:

— ¡Gracias!

Y dos lágrimas rodaron por sus tostadas mejillas.

—La ración no te basta, ¿verdad? —le preguntó Sandokán, ofreciéndole otros bizcochos y un pedazo de jamón.

—No; hace más de siete semanas que tengo hambre —contestó el gigante, con rabia.

—Debes quejarte a los oficiales o al capitán.

—Estos señores tienen otras cosas más importantes que hacer. He suplicado muchas veces a los marineros que añadiesen algo a la ración y se han reído de mí y me han llamado canalla... Sin embargo, soy más desgraciado que culpable.

— ¿Eres inglés?

—Del país de Gales.

— ¿Marinero, quizá...?

—De la tripulación de una fragata; la Scotia.

— ¿Y por qué estás aquí, con rumbo a la isla de los forzados?

El gigante bajó los ojos; luego, con voz entrecortada por los sollozos, murmuró:

—Porque maté a... un hombre.

— ¿A algún camarada?

—A un contramaestre. Era un verdugo que atormentaba a mis compañeros. No sé lo que pasó... Una tarde yo había bebido... Tuvo la audacia de golpearme... de abofetearme... a mí, a John Fulton... al hombre más fuerte de Inglaterra... Perdí la noción de las cosas... no comprendí la enormidad que iba a cometer... Levanté el puño y se lo dejé caer sobre el cráneo... ¡El infeliz murió pocos momentos después!... ¡Maldita sea la tarde que convirtió a un honrado marinero en galeote!

El atleta se cubrió el rostro con las manos. Entre los dedos le corrían abundantes lágrimas.

Yáñez y Sandokán lo contemplaban en silencio.

— ¡Pobre madre mía a la cual he causado pena tan grande y acaso no volverá a verme jamás! —añadió el gigante, con temblorosa voz—. ¡Yo seré la causa de su muerte!...

— ¿Y no se te ha ocurrido pensar en la libertad? —le preguntó repentinamente Sandokán.

El inglés levantó la cabeza y clavó una mirada ardiente en el Tigre de Malasia.

— ¡La libertad!... —exclamó—. ¡Daría toda mi sangre por recobrarla, por ver de nuevo a mi madre, a mi blanca casita, a mi aldea! Pero no, ese sueño es irrealizable y acabaré mi vida en la maldita isla del Océano Pacífico.

— ¿Y si hubiese un hombre capaz de darte esa libertad?

— ¿Dónde está? Mi vida sería suya.

—Soy yo —dijo Sandokán.

— ¿Tú?... —exclamó el coloso, estupefacto—. ¿No eres también condenado a la isla de Norfolk?

— ¿Y qué importa?

—Eres el Tigre de Malasia, el terrible jefe de los piratas de Mompracem. Durante mis viajes a Borneo he oído hablar de tus empresas; he visto, hace poco, lo que eres capaz de hacer, pero... que puedes devolverme la libertad... perdona... lo dudo...

—Mira en torno tuyo, John Fulton —dijo Sandokán—. ¿Crees que los

hombres que nos rodean no suspiran, lo mismo que tú, por la libertad?

—Seguramente.

— ¿Y que lo arriesgarían todo por conquistarla?

—También es verdad.

—Desencadenemos a esta horda de hombres y los verás hacer prodigios, lanzarse contra la muerte como mis piratas de Mompracem y rivalizar con ellos en valor y en ferocidad. Colócate a la cabeza de los más resueltos, decidido a todo, y me dirás si la conquista de este barco es imposible.

El coloso escuchaba en silencio. Sus ojos, poco antes húmedos por las lágrimas, despedían ahora relámpagos, mientras una oleada de sangre le coloreaba las mejillas y la frente.

— ¡La libertad! —rugió—. ¡Sí, desencadenar a esos hombres, colocarse a la cabeza de ellos, atacar a la tripulación, apoderarse del buque! Si eres capaz de hacer eso, mi vida será tuya.

—Ante todo, dime: ¿tienes influencia entre los forzados? —le preguntó Yáñez.

—Sí. Mi prodigiosa fuerza, que cierta vez les protegió contra un marinero que los martirizaba a golpes con el «gato de nueve colas», me ha valido cierta autoridad. Por eso me obedecen como si fuera su jefe.

—Entonces explícales nuestros propósitos. Espero que ninguno de ellos nos traicionará.

—Por esa parte no hay que temer; entre condenados y guardianes existe mucho odio.

— ¿Cuántos hombres calculas que hay a bordo?

—Ochenta marineros y cuatro oficiales.

— ¿Y cañones sobre cubierta? —preguntó Sandokán.

—Dos en el alcázar.

—Eso me inquieta —murmuró el Tigre, cuya frente se contrajo—. Al primer asalto, la tripulación se atrincherará en el alcázar y nos ametrallará despiadadamente. Será preciso clavarlos.

—Es Imposible, Sandokán —dijo Yáñez. En el timón hay guardia.

—Lo sé, pero temo que esas dos piezas de artillería causen gran estrago entre nosotros.

De pronto, se golpeó la frente.

— ¡Ah! —exclamó.

— ¿Qué te pasa?

— ¡Por Alá! —exclamó el Tigre, mientras a sus labios asomaba una siniestra sonrisa—. Tal vez arda la nave, pero el cabo Sirik no se halla lejos. John Fulton, manos a la obra. Dentro de tres días, todos debemos estar preparados para la lucha.

XXVI. El motín

Mientras los forzados preparaban la rebelión que había de destruirlo todo, el buque navegaba tranquilamente con rumbo al Nordeste.

Impulsado por fresca brisa, había ya atravesado aquel pequeño mar, dando vista al río Palo y se lanzó hacia el Norte, para doblar el cabo Sirik y seguir costeano el sultanato de Borneo.

Aquella ruta podría parecer extraña a cualquiera porque, en vez de disminuirlo, alargaba considerablemente el camino, pero el motivo era justificado. Destinada la fragata a recoger todos los forzados de las colonias indomalayas sujetas a Inglaterra, tenía que tocar también en Labuán para que embarcasen allí a los infelices destinados a la isla de Norfolk.

Si Sandokán y Yáñez hubiesen podido adivinar la verdadera ruta del buque, no hubieran provocado tan pronto la rebelión, teniendo la probabilidad de acercarse a su isla. Ignorándolo y temiendo que la nave, una vez doblado el cabo Sirik, se internase en alta mar, decidieron precipitar los acontecimientos. Cuando se dieron cuenta de que habían dejado atrás el Palo y de que la pequeña ciudad de Reding quedaba a popa, resolvieron dar el audaz golpe de mano que habría de hacerles dueños del barco.

La sedición se hallaba ya secretamente organizada. Los trescientos galeotes habían acatado las órdenes del jefe de la piratería, dispuestos a luchar por la libertad.

La fama de Norfolk era bastante mala para no impulsarlos a la pelea. Ninguno de los condenados ignoraba las torturas físicas y morales que les aguardaban en aquella isla, perdida entre las olas del Gran Océano, en medio de la chusma de forzados de Australia.

John Fulton, que ejercía grandísima influencia, debido a su elevada estatura y a sus prodigiosas fuerzas, había amenazado con aplastar de un puñetazo al que dejase de tomar parte en el complot o se atreviera a descubrir la conjuración.

A los cuatro días del embarque de los piratas de Mompracem, todo estaba organizado. Los trescientos hombres, divididos en seis bandos, habían nombrado, a sus jefes, elegidos de entre los más vigorosos y distinguidos por su carácter resuelto, y tenían asignado ya el lugar que debían ocupar a la primera señal de rebelión, para dividir a los tripulantes y derrotarlos más fácilmente.

—Esta noche daremos el golpe —había dicho Sandokán al inglés—. Advérteles a todos que estén preparados. Luego, cuando toquen a silencio, daré las últimas instrucciones.

El gigante comunicó la orden a su vecino para que este la transmitiese a los demás. Después, cuando la bocina de a bordo impuso silencio, tendióse en el suelo, de modo que su cabeza tocase con la de Sandokán y la de Yáñez.

Los trescientos forzados tumbáronse junto a sus argollas y fingieron dormir; sin embargo, de vez en cuando levantaban la cabeza y fijaban los ojos en el grupo formado por Sandokán, Yáñez y el inglés.

—Escúchame —dijo el Tigre al gigante—. Eres capaz de romper las cadenas de tus compañeros, ¿verdad?

—Para mí eso es cosa de juego.

—Pues empieza por la tuya; luego harás pedazos la de ese muchacho flaco que duerme a tu lado, porque necesito utilizarlo. ¿Les has dicho a los otros que estén atentos a nuestros gritos?

—Sí; apenas oigan la voz de «¡fuego!»... se levantarán, resueltos a obrar.

—Rompe tu cadena.

El inglés dobló las piernas; en seguida pasó ambas manos bajo el vientre para que el centinela que velaba en el extremo del entrepuente no lo descubriera, y con un golpe seco abrió los anillos de la cadena.

—Ya está—murmuró, volviendo a su primera postura.

—Ahora, tu compañero...

John Fulton miró al centinela. Aguardó a que volviese la espalda, e inclinándose sobre el joven que tenía cerca, le rompió la cadena, diciéndole:

—Acércate al jefe.

El forzado no se movió. Miraba al centinela, que volvía; apenas lo vio retirarse, deslizóse hasta Sandokán.

—¿Me oyes? —le preguntó el Tigre.

—Sí —respondió el muchacho.

—Te necesito.

—Estoy dispuesto a todo.

— ¿Podrá pasar tu cuerpo por el tragaluz de la despensa?

El forzado levantó la cabeza y sus ojos, parecidos a los de un gato, fueron a clavarse en una estrecha abertura destinada a dar ventilación a la despensa.

—Con un ligero esfuerzo, pasaré —dijo luego.

— ¿Tienes eslabón y pedernal?

—No.

Metió la mano en el bolsillo del portugués, sacó eslabón y pedernal y un pedazo de yesca y se lo alargó al joven.

— ¿Qué debo hacer? —preguntó este, sorprendido.

—Una cosa sencillísima —respondió Sandokán—. Incendiar la despensa.

— ¿Cómo? —exclamó el forzado, que creyó haber oído mal.

—Prenderás fuego al barco.

—Pero entonces nos quemaremos todos.

—Por ahora, no te ocupes de eso; obedece y calla.

—No discuto. ¿Y el centinela?

—Espera a que vuelva la espalda y obedece mis órdenes.

—Perfectamente.

El forzado permaneció inmóvil, fijos siempre los ojos en el marinero, que, con el fusil a la espalda, paseaba por el extremo del entrepuente.

Aguardó a que volviese sobre sus pasos, y entonces, deslizándose como una serpiente, atravesó el espacio que le separaba del agujero. Durante varios segundos, se le vio contraerse como si hiciese desesperados esfuerzos, luego desapareció por el tragaluz.

— ¿Entró? —preguntó Yáñez, en voz baja.

—Sí —contestaron Sandokán y el inglés.

Transcurrieron algunos minutos de angustiosa espera. El centinela volvió hasta la mitad del entrepuente. En el momento en que reanudaba su paseo, el forzado apareció en la abertura. Salió con increíble celeridad y se unió al grupo formado por los cuatro piratas y el Inglés, murmurando con alegría:

— ¡Ya está!

— ¿Arde bien? —preguntó el Tigre.

—He incendiado dos cajas de tocino y he abierto un barril de petróleo.

En cuanto acabó de pronunciar aquellas palabras, una ráfaga de humo negro y denso salló del tragaluz, extendiéndose por el entrepuente.

En los prisioneros, tumbados en el suelo y siempre en guardia, notóse ligero movimiento, acompañado de un sordo ruido de cadenas.

El centinela, sospechando algo Insólito, volvióse bruscamente. Una lengua de fuego surgió por el ventanillo e iluminó el entrepuente.

Un grito se escapó de los labios del marinero:

— ¡Fuego!

La voz del Tigre de Malasia retumbó entonces como un cañonazo:

— ¡En pie!... ¡Fuego!... ¡Fuego!...

A este segundo grito respondió un rugido inmenso, ronco, salvaje, y un ensordecedor estrépito de cadenas.

Los forzados se habían puesto en pie como un solo hombre, dispuestos para la lucha. Sus rostros reflejaban espantosa ferocidad; los tigres, hasta entonces acobardados por los golpes del «gato de nueve colas», despertábase.

Al ver que las llamas surgían a popa, comenzaron a retorcer las cadenas para destrozarlas, aullando y maldiciendo al mismo tiempo.

Los marineros de guardia que se hallaban sobre cubierta, precipitáronse al oír la voz de alarma del centinela hacia el entrepuente. Eran unos veinte en total, armados algunos de hachas y fusiles y la mayor parte inermes.

Cuando vieron en pie a los forzados, retrocedieron, creyendo que se trataba de una sublevación. Sin embargo, al descubrir las llamas, corrieron hacia popa, saltando por encima de los galeotes que aún permanecían tendidos, a la espera.

Aquel era el momento esperado por Sandokán.

— ¡A ellos! —gritó.

Y, seguido del inglés, de Yáñez, de Sambigliong, de Tanauduriam y del joven, avanzó.

El centinela, que se encontraba en la mitad del entrepuente, al ver que aquellos cinco hombres se acercaban, echóse el fusil a la cara.

El tiro salió, y el joven delgado, que en aquel momento se colocó ante el inglés, empuñando un pesado garrote, cayó con el cráneo deshecho.

Sandokán se arrojó sobre el marinero y le sujetó el arma. Mientras le

dejaba inerme, el inglés descargó sobre él su puño, que era una verdadera maza.

El centinela, al recibir el golpe, vaciló; luego rodó por el suelo.

Los trescientos galeotes sujetaron, casi en un momento, a los hombres de guardia que se habían lanzado sobre aquel montón de cuerpos.

En un segundo, los veinte hombres, vencidos por el número, fueron desarmados y casi desnudados. Algunos quedaron en el suelo, otros lograron escapar de aquellos centenares de brazos y se precipitaron hacia la escala de proa, gritando:

— ¡Socorro!...

Un feroz rugido, que repercutió de una manera espantosa en el entrepuente y en las profundidades de la bodega, saludó a aquel inesperado acontecimiento.

Mientras las llamas se extendían, encontrando alimento fácil en las materias grasas de la despensa, en el tocino, en el aceite y en los barriles de petróleo ya destrozados, los galeotes, con las hachas arrancadas a los marineros de guardia, cortaban sus cadenas rápidamente.

No habían transcurrido veinte segundos cuando doscientos hombres se encontraban ya libres de las cadenas que durante tantos meses habían oprimido sus piernas.

Poco tiempo más y todos los forzados se encontrarían dispuestos para la lucha.

Las armas escaseaban; no poseían más que el fusil del centinela, una docena de dagas, varias hachas y cinco o seis pistolas, pero el número tenía que vencer.

Sandokán, Yáñez, el inglés y los dos malayos, el primero armado con un hacha, el segundo con el fusil del centinela y los otros con daga, se colocaron a la cabeza de la columna de forzados para lanzarse sobre cubierta.

El humo, que invadía el entrepuente amenazando asfixiarlos, les obligaba a obrar a toda prisa.

— ¡Adelante! —exclamó Sandokán.

Encamináronse hacia la escala de proa, mientras sus compañeros trataban de arrancar, a golpes de hacha, la reja de hierro de la escotilla central, cuando terribles descargas dejáronse oír en el extremo del entrepuente.

Cuarenta marineros, armados de fusil y guiados por el capitán del barco y por uno de los oficiales, habían roto el fuego.

Algunos forzados cayeron, en tanto que, como ola irresistible, se dejaban arrastrar por el Tigre de Malasia, que repetía sin cesar:

— ¡Adelante! ¡Al puente!

De pronto, un grito de terror retumbó tras la columna de los asaltantes y en seguida se escucharon algunos disparos. Yáñez, Sandokán y el inglés, creyendo que les atacaban por la espalda, se detuvieron y volvieron la cabeza.

Aquellas descargas no partían de la cámara de los oficiales, sino de la reja de hierro de la escotilla central. Algunos marineros que se hallaban sobre cubierta, fusilaban a los hombres, que a fuerza de hachazos pretendían romper las barras para invadir la toldilla por aquella parte.

— ¡Si no nos desembarazamos de esos hombres que tenemos enfrente, estamos perdidos! —rugió el Tigre.

Realmente, la situación de los forzados comenzaba a ser desesperada. Atacados por arriba y por delante, con fuego a la espalda, que alcanzaba ya a la cámara de los oficiales y a las paredes del entrepuente, y en medio del humo cada vez más denso que no encontraba salida suficiente, corrían el riesgo de morir, o bajo las balas, o quemados vivos, o asfixiados.

Por fortuna, todas las cadenas habían caído destrozadas y otra masa de hombres precipitóse en auxilio de la primera columna.

— ¡Al asalto! —gritó Sandokán.

El humano torrente, enfurecido por las crueles pérdidas sufridas y por el humo que le rodeaba por todas partes, lanzóse con irresistible ímpetu.

Nada podía frenar ya a aquellos trescientos hombres locos de rabia y ansiosos de libertad; eran acaso más temibles que los tigres de Mompracem.

Los marineros, agrupados en el extremo del entrepuente, hallábanse divididos en dos columnas.

Las descargas sucedíanse sin tregua, causando gran número de bajas entre los asaltantes. Los hombres, heridos por el plomo enemigo, caían, lanzando gritos de dolor que terminaban en rugidos de rabia.

¿Qué importaba que muchos rodasen por el suelo, nadando en su propia sangre? Los demás caían sobre los marineros, trabando con ellos una lucha desesperada. Combatían con los puños y con las uñas, a patadas y a mordiscos, animándose con salvaje griterío.

El hacha de Sandokán y el poderoso brazo del Inglés abrieron una brecha en la masa de los tripulantes.

— ¡Ánimo!... ¡Otro esfuerzo!... —exclamaba el Tigre.

El ataque fue tan irresistible, que cuarenta marineros cayeron por el suelo. Trataron de agruparse al pie de la escala y de rechazar a bayonetazos a la marea humana, pero las armas les fueron arrancadas de las manos por centenares de brazos y se vieron obligados a subir precipitadamente, dejando en el entarimado a algunos compañeros, muertos a puñetazos o estrangulados.

Sandokán, al encontrar libre el paso, dirigióse a la escala. También el inglés logró apoderarse de un hacha, y le siguió, en tanto que Yáñez, Sambigliong y Tanauduriam, fusil en mano, disparaban con objeto de alejar a los marineros que se hallaban junto a la reja de hierro de la escotilla central.

Los prisioneros, ebrios de sangre, y seguros ya de la victoria, se agolpaban tras de sus jefes e invadían, con espantoso clamoreo, la cubierta de la fragata.

En el buque, la oscuridad era completa porque los fanales de popa y de proa se hallaban apagados.

El tiempo también se mostraba amenazador. Soplaban un cálido viento, mientras que el mar mugía y las olas azotaban la quilla.

Los galeotes se habían detenido. Sus ojos, deslumbrados aún por las llamas, no distinguían nada.

Sandokán, Yáñez y el Inglés, avanzaron sin encontrar resistencia. La tripulación había desaparecido.

— ¿Dónde estarán? —preguntó el Tigre, inquieto.

— ¡Mira hacia popa! —gritó en aquel momento el portugués—. Unas sombras humanas comienzan a dibujarse confusamente a través del humo que sale de la escotilla. Los marineros de la fragata se han reunido en el alcázar, tras las dos piezas de artillería, para ser dueños del timón y dominar la cubierta. Parece que no han pensado en el peligro que tienen bajo los pies. La cámara de los oficiales está ardiendo y, de un momento a otro, los puntales pueden ceder y envolverlos a todos en las llamas.

— ¡Adelante! —gritó Sandokán—. Están allí, frente a nosotros.

Cuando se disponía a correr hacia aquel lugar, Yáñez le sujetó bruscamente y le hizo caer sobre la toldilla.

Un segundo después, dos lenguas de fuego surgieron a derecha e izquierda del alcázar, iluminando la noche, y una granizada terrible de metralla barrió la cubierta de popa a proa.

Una terrible gritería hizo eco a las detonaciones de las dos piezas de artillería.

Muchos hombres cayeron, atrozmente mutilados.

Sandokán se levantó con el hacha en la mano.

— ¡Gracias, Yáñez! —dijo.

Luego gritó con todas sus fuerzas:

— ¡Al asalto!

Los presidiarios no vacilaron; comprendían que si se retrasaban algunos instantes la metralla les barrería a todos, y por eso se adelantaron, resueltos a desalojar de su refugio a los tripulantes. De pronto, su arranque se vio detenido por un inesperado obstáculo. Una gigantesca lengua de fuego salió de la reja de hierro de la escotilla central y se extendió por la cubierta. La vela del palo mayor y la de la gavia, que permanecían desplegadas, incendiáronse, formando una enorme hoguera.

La lona cayó a pedazos, chamuscando el rostro y el cabello a los forzados que ocupaban la primera línea.

— ¡Atrás! —gritó Sandokán.

En el mismo instante, los dos cañones dispararon, haciendo que la vieja fragata se estremeciese, y otra granizada de metralla atravesó la cortina de fuego y derribó a infinidad de asaltantes.

Los fusiles de los marineros concentrados a popa hicieron eco a los dos cañonazos y las balas silbaban en todas direcciones.

Los galeotes esgrimían furiosamente las armas, pero se reconocían impotentes en presencia de aquel enemigo, que se hallaba defendido también por el fuego que surgía de la escotilla, formando una infranqueable barrera.

— ¡En retirada! —ordenó el Tigre de Malasia.

Los prisioneros replegáronse confusamente hacia proa, dejando la cubierta sembrada de muertos y heridos. Agolpáronse en el castillo, mientras que los que tenían la fortuna de poseer un fusil se ocultaban tras el palo del trinquete y tras el argano, intentando contestar, lo mejor posible, a la lluvia de balas que la tripulación disparaba sin piedad.

La distancia no bastaba a salvar a aquella masa de personas agrupadas en el extremo de la nave. El plomo enemigo se cebaba en ellas y por todas partes veíanse montones de heridos.

Para no morir, era necesario desalojar la cubierta. Algunos forzados se dirigieron a la cámara de los tripulantes para organizar la defensa, mientras los demás se precipitaban hacia el entrepuente, aun a riesgo de perecer asfixiados por el humo.

Sandokán, Yáñez y el Inglés, protegidos por el argano, deliberaron

brevemente acerca de lo que se debía hacer.

La situación comenzaba a ser insostenible. Los marineros ocupaban un lugar inexpugnable y la fragata estaba a punto de arder completamente.

— ¿Qué hacemos? —preguntó el inglés.

—Hay que resistir a todo trance —respondió Sandokán.

—El barco arde rápidamente —dijo Yáñez.

—Ponte al frente de cien hombres e intenta dominar el incendio. Ahí tienes dos bombas y en la cámara de la tripulación no faltarán cubos —ordenó el Tigre, dirigiéndose a su camarada.

—Las bombas están expuestas al fuego enemigo, Sandokán.

—Harás que amontonen sobre cubierta toneles, maderos y todo lo necesario para formar una barricada.

— ¿Y nosotros? —preguntó el inglés.

—Apenas esté cortado el fuego, volveremos a la carga.

—Sólo tenemos veinte fusiles.

—El número suplirá las deficiencias del armamento. También nosotros procuraremos levantar una barricada entre el palo mayor y el trinquete y ordenaremos que la ocupen los hombres que disponen de fusiles. Si tuviéramos chalupas, pensaríamos en un ataque por la espalda, pero esos canallas se las han llevado a popa.

—Queda el recurso de construir una balsa.

—Perderíamos mucho tiempo. Además, nuestra gente tendría que estar expuesta mucho tiempo a los disparos de los cañones. Por otra parte, creo que la tripulación no resistirá ya mucho.

— ¿Por qué?

—El fuego ha invadido la cámara de los oficiales y si los enemigos se quedan en el alcázar, acabarán por caer en el horno que arde bajo sus pies. Vaya, levantemos la barricada.

Mientras Yáñez, a la cabeza de cien hombres provistos de cubos, afrontaba valerosamente el humo y las llamas que amenazaban destruir el barco, Sandokán y el inglés, ayudados por los demás, formaban la barricada entre el palo mayor y el trinquete.

La empresa no era fácil, porque las dos piezas de artillería disparaban de vez en cuando sobre cubierta, y del palo mayor, en el que había hecho presa el fuego, caían cuerdas, trozos de lona inflamada y pedazos de cofa.

Además, la fusilería causaba muchas bajas. Los cadáveres eran innumerables y en algunos lugares aparecían amontonados.

A pesar del fuego y de los disparos de los defensores, los presidiarios, animados por Sandokán y por el Inglés, lograron levantar la barricada, acumulando cubos, vigas, cajas, cadenas y áncoras.

Unos veinte hombres que habían tenido la fortuna de apoderarse de fusiles, la ocuparon y rompieron en seguida el fuego contra el alcázar. Sin embargo, aquellos disparos no produjeron mucho efecto, pues la cortina de fuego y humo que salía de la escotilla les impedían distinguir a los marineros que se aglomeraban a popa.

Cuando más fuerte era el balanceo del buque, peor podían hacer puntería. Durante la lucha, el mar, cada vez más enfurecido, levantaba en grandes oleadas que iban a estrellarse contra los amplios flancos de la fragata, sacudiendo bruscamente el aparejo.

También el viento aumentaba. Impetuosas ráfagas estrellábanse en los mástiles, silbando entre las cuerdas e hinchando la vela del trinquete, que no había sido arriada ni orientada.

Aquellos golpes de viento, en vez de apagar el fuego que devoraba el palo mayor, lo alimentaba. La gigantesca antena flameaba como enorme antorcha, despidiendo una nube de chispas.

El mar, iluminado por aquella llamarada, despedía vivísimos reflejos.

Entretanto, la tripulación, a pesar de la tenacidad de los forzados, manteníase firme. Aunque convencida de la imposibilidad de dominar el motín, seguía defendiéndose, tratando de causar en los adversarios las más desastrosas pérdidas.

No se preocupaba ya de la nave, que no podía reconquistar. Por eso intentaba demolerla, hacerla inservible, echarla a pique, con la esperanza de ahogar, como a bestias feroces, a la horda de piratas.

Los dos cañones del alcázar no callaban un momento. Consumida la metralla, tiraban con bala rasa, destrozando las bordas, deshaciendo el castillo de proa, derribando mástiles y destruyendo la cámara, abarrotada de presidiarios.

Un verdadero delirio destructor parecía haberse apoderado de aquellos hombres. Querían, antes de abandonarla, dejar la nave convertida en una criba. El Incesante fuego, apoyado por las descargas de fusilería, originaba daños enormes a los que atacaban. Las balas de los cañones, destrozando parte de la barricada, obligaron a los forzados a evacuar apresuradamente la cámara de la tripulación.

Por tres veces, el Tigre de Malasia, furioso al verse tenido a raya por aquellos cuarenta marineros, pretendió lanzar sus columnas al asalto del alcázar, pero la muralla de fuego que seguía saliendo de la escotilla le detuvo.

Algunos, más audaces, consiguieron atravesarla, pasando a través de la hoguera, pero antes de llegar al alcázar, todos cayeron, heridos por las balas enemigas.

La lucha duraba ya dos horas cuando, de repente, el fuego de los marineros, que iba disminuyendo gradualmente en intensidad, cesó.

Temiendo un ataque imprevisto, Sandokán reunió sobre cubierta a todos los hombres disponibles, dispuesto a rechazar cualquier asalto.

Sin embargo, pasaron algunos minutos sin que ocurriese nada. A popa reinaba un silencio absoluto.

— ¿Qué proyectarán? —se preguntó el Tigre, con inquietud.

Avanzó hasta el palo mayor, desafiando la lluvia de chispas que caía, pero, a causa de la espesa humareda que el viento impulsaba hacia popa, no logró descubrir nada.

Iba a precipitarse en medio de la nube de humo, cuando el inglés le sujetó por un brazo, gritándole:

— ¡Atrás!... ¡El palo se cae!...

Sandokán, en dos brincos, se halló al otro lado de la barricada. El palo mayor, consumido en su base por las llamas, se desplomó con gran estrépito sobre la banda de babor.

La fragata, ante aquel choque repentino, plegóse sobre el costado, mientras las bordas caían también, deshechas; pero en seguida se levantó, conservando solamente una ligera inclinación.

El palo de mesana, rodó un minuto más tarde. Por desgracia, en vez de dar sobre una u otra borda, fue a caer a lo largo de la toldilla, derribando a una docena de hombres y destrozando las cuerdas del trinquete.

Sin preocuparse de los gritos de los heridos, Sandokán y el inglés se lanzaron hacia el alcázar. Atravesaron por medio del humo que seguía saliendo de la escotilla, y se detuvieron al pie de la escala.

— ¡Han huido!... —gritó el Tigre.

Era verdad. Los tripulantes, aprovechándose de la forzosa inacción de los rebeldes y de la cortina de fuego que los envolvía, botaron al mar las chalupas y se dejaron caer a ellas, amparados por la nave. Antes de abandonarla, clavaron los dos cañones y arriaron la bandera.

Sandokán y el inglés subieron rápidamente al alcázar y se inclinaron sobre la borda de popa.

Algunos puntos luminosos, ya muy lejanos, brillaban en medio de las tinieblas, hacia el Sur.

—Tratan de alcanzar la costa —dijo Sandokán.

— ¿Y nosotros? —preguntó el inglés.

—Si es posible, les imitaremos —contestó el Tigre de Malasia.

— ¿Lo conseguiremos?

—El barco está destruido y la marea sube.

— ¿No confías en dominar el incendio?

—Creo que Yáñez lo conseguirá, pero ¿qué importa?... No podemos contar más que con el trinquete y con nuestros brazos, pues los galeotes no se ocuparán seguramente ni del buque ni de la maniobra.

—Supongo que entre ellos no había marineros; sin embargo, espero que nos ayudarán —dijo el inglés.

—Más tarde lo veremos —replicó el Tigre.

Luego, levantando la voz, gritó:

— ¡La nave es nuestra!... ¡La tripulación ha huido!

Un inmenso rugido fue la respuesta; después se oyó una exclamación:

— ¡A los toneles!... ¡Hay que celebrar la victoria!

— ¡Sí, a los toneles!... —respondieron cien voces—. Gin, brandy, arak... ¡bebamos!

XXVII. El naufragio

La vieja fragata había sido conquistada, pero ¡a qué precio!... De cuatrocientos forzados, más de ciento cincuenta yacían sobre la toldilla horriblemente mutilados por la metralla y, otros, sesenta o setenta estaban gravemente heridos.

La nave se hallaba en un estado deplorabilísimo. El incendio estaba extinguido, pero en pocas horas había originado perjuicios irreparables.

La despensa se encontraba completamente destruida, la cámara de los oficiales incendiada, el alcázar amenazaba ruina, los maderos de popa

agrietados y en algunos lugares abiertos, y como si fuera poco, el palo mayor y el de mesana habían caído.

También la proa sufrió graves daños a causa de los proyectiles. El castillo, falto de sostén, estaba a punto de hundirse, el bauprés se hallaba casi inservible y las bordas aparecían destrozadas en muchos sitios por la caída de los palos.

El espectáculo que ofrecía la toldilla era horrendo.

Desde proa hasta el alcázar, veíanse amontonados los cadáveres de los galeotes y la sangre corría en abundancia por la cubierta enrojeciendo el agua alrededor del buque.

De aquella masa elevábanse de vez en cuando gritos, rugidos, maldiciones y alguna cabeza ensangrentada o brazo mutilado por la metralla.

Sandokán, al oír las exclamaciones de los penados que anunciaban el comienzo de una repugnante orgía, lanzóse en medio de la turba que se disponía a invadir el entrepuente para apoderarse de los barriles de licor destinados a la tripulación, empuñando el hacha con gesto amenazador.

— ¡A los heridos, canallas! —gritó.

El inglés corrió en su auxilio, esgrimiendo una barra de hierro, arma que en sus manos era más formidable que una pieza de artillería.

Los galeotes respondieron con una carcajada.

— ¡Al diablo los heridos!... —dijeron unos.

— ¡Tenemos sed!... —añadieron otros.

Luego, todos a coro, vocearon:

— ¡Gin!... ¡Brandy!... ¡Arak!... ¡Bebamos, camaradas!... ¡Viva la galera!
... ¡Vamos!...

El Tigre de Malasia lanzó un rugido de furor.

— ¡Al que no me obedezca, lo mato! —tronó, cerrándoles el paso y levantando el hacha.

— ¡Al infierno ese negro! —gritó un forzado—. Veremos si me impide vaciar un barril de arak.

Un hombrachón de mirada torva, cara angulosa, y que ostentaba en la frente una profunda cicatriz, recuerdo, sin duda de un navajazo, verdadero tipo de malhechor encanallecido, acercóse a Sandokán blasfemando y armado de uno de esos largos cuchillos que los norteamericanos llaman bowie-knife.

— ¡O me dejas beber el arak, o beberé tu sangre! —exclamó.

— ¡Atrás, o te mato! —respondió el Tigre, conteniendo con un ademán al inglés, que se disponía a descargar la barra de hierro sobre el galeote.

— ¡Hola!... —exclamó este último, haciendo una mueca—. Te advierto, lindo salvaje, que no estamos dispuestos a dejarnos dominar.

— ¡Bien dicho, Paddes! —aprobó una voz.

El forzado arrojóse sobre Sandokán, gritando:

— ¡Quiero beber!...

Sin terminar la frase, cayó al suelo como herido por un rayo. El hacha del terrible jefe de los piratas de Mompracem había dividido en dos la cabeza del miserable.

— ¡A los heridos!... —repitió Sandokán, amenazador—. Os he dado la libertad y me obedeceréis.

Entre los galeotes hubo un momento de vacilación, pero al ver la actitud del Tigre y del inglés, y ver además a Yáñez que, con Sambigliong y Tanauduriam, acudían armados de fusiles, cedieron. Por otra parte, sabían que sin el concurso de aquellos hombres, los únicos que podían conducirlos a la costa, difícilmente lograrían salir de aquella terrible situación, a pesar de la victoria.

—Te obedeceremos —dijeron algunos—. ¡Camaradas!... Atendamos a esos pobres diablos que están a punto de morir.

Los forzados se dispersaron por la toldilla, removiendo los montones de cadáveres y sacando de entre ellos a los heridos que gemían desesperadamente. Los infelices fueron conducidos al entrepuente, donde se hallaban las hamacas de los tripulantes, y allí los curaron lo mejor posible. Eran unos sesenta y casi todos se encontraban en estado tan deplorable que no podían pensar en alivio, sobre todo sin asistencia de un médico.

Hecho esto, los galeotes corrieron en todas direcciones para saquear el buque, buscando ante todo las bebidas y los víveres.

Sandokán juzgó su intervención inoportuna, comprendiendo que tendría que recurrir a nuevas violencias, con peligro de verse aniquilado por aquella horda de criminales. Además tenía que ocuparse del barco, que comenzaba a moverse a merced de las olas, amenazando tumbarse sobre una de sus bandas.

El mar, durante el combate, encrespóse más y más, a causa del cálido viento que soplaba del Sur, con creciente violencia.

Grandes olas, coronadas de espuma, se entrechocaban con sordos mugidos, levantando impetuosamente el casco de la vieja nave, imprimiéndole tales sacudidas que su estabilidad se veía gravemente comprometida y hacían temer

que el palo del trinquete, falto del apoyo de los otros dos, cayese.

Por Oriente brillaban algunos relámpagos, recortando enormes nubarrones que el viento arrastraba a toda velocidad hacia el Oeste, y de tarde en tarde el trueno retumbaba sordamente en las profundidades del cielo.

Sandokán, ayudado por el inglés, Yáñez, los dos piratas y por algunos voluntarios, arrojaron al mar el palo mayor para descargar un poco la fragata por la banda de babor; después arriaron los juanetes para no forzar demasiado el mástil, contentándose con mantener desplegada la vela del trinquete.

Luego izaron una vela de gavia para dar a la nave mayor estabilidad.

— ¿Esperas poder llevar el barco hasta la costa? —le preguntó el inglés.

—Sí —contestó Sandokán—. Probablemente tendremos que luchar; de todas formas, llegaremos a la playa de Borneo.

— ¿Sabes dónde nos encontramos?

—Supongo que frente al cabo Sirik.

—Una costa peligrosa, según creo.

—Está llena de escollos, pero no importa que el buque se haga trizas. Por ahora contentémonos con tocar en tierra; más tarde veremos lo que conviene hacer.

— ¿No se echarán entonces los tripulantes encima de nosotros?

—No me inquieta eso; somos bastante numerosos para no temerles.

— ¿Se habrán dirigido hacia la costa?

—No lo creo; el mar está cada vez más picado y las chalupas son difíciles de gobernar. ¡Hola... ya vuelven esos bribones! Borrachos; así nos darán menos que hacer.

Gritos de alegría resonaron en el entrepuente. Los galeotes habían descubierto nuevas provisiones de licores y de víveres y se disponían a festejar la reconquistada libertad con una orgía que con toda seguridad acabaría con embriaguez general.

—Dejadlos que se diviertan —exclamó el Tigre, al observar que Sambigliong y Tanauduriam se apresuraban a coger los fusiles—. Seguidme a popa y ocupémonos del buque.

— ¿Y qué piensas hacer con todos esos bribones? —preguntó Yáñez—. Empieza a asustarme su compañía.

—En cuanto podamos nos desembarazaremos de ellos —contestó Sandokán—. No tengo la menor intención de llevarlos a Mompracem; prefiero

a mis tigres.

—Lancémoslos contra James Brooke.

— ¿Crees que nos obedecerán? Apenas toquemos en tierra los dejaremos.

—No seré yo quien me oponga, hermano. ¡Al diablo con todos!

En aquel momento los galeotes aparecieron sobre la toldilla como una banda de condenados. Llevaban en triunfo cuatro barriles de gin, descubiertos en el fondo de la bodega, una bota de vino de España y enorme cantidad de galleta, tasajo, queso y tocino, salvados milagrosamente del incendio.

Era lo que habían logrado encontrar, y disponíanse a consumirlo todo, sin preocuparse del día siguiente.

En un segundo, aquellos infames improvisaron una mesa, encendieron gran número de antorchas y lámparas que suspendieron de las cuerdas, y comenzaron la orgía entre gritos, risas, blasfemias y brindis, sin pensar siquiera que las olas comenzaban a azotar brutalmente la fragata y que el huracán avanzaba amenazador.

Devoraban como lobos después de una semana de ayuno y atacaban sin cesar los barriles ya horadados, alternando vasos de gin y vasos de vino, gritando a pleno pulmón, insultándose y abrazándose, pisoteando los cadáveres que aún cubrían la toldilla, resbalándose a veces en la sangre.

Yáñez, Sandokán, el inglés y los dos piratas de Mompracem, reunidos a popa alrededor de la barra del timón, asistían impasibles a la monstruosa orgía.

Toda su atención se concentraba en la costa que vieron dibujarse vagamente, a la luz de los relámpagos, hacia el Este, y que ignoraban si pertenecía a una isla o a Borneo.

Pudieron verla sólo un instante, pero a Sandokán y a Yáñez les bastó para medir la distancia y orientarse.

—Puede ser el cabo Sirik —dijo el portugués— o alguno de los islotes que le rodean por la parte septentrional.

—Opino igual —respondió el Tigre.

—Al amanecer podemos encontrarnos allí; el viento nos empuja hacia el Norte, pero nos arreglaremos de forma que arribemos a la playa.

—Sin embargo, no será fácil, Yáñez, tenemos pocas velas desplegadas; el timón funciona mal, y para colmo las olas son cada vez mayores.

—Peor para esos borrachos.

—El viento arrecia —indicó el inglés— y el trinquete sufre tales sacudidas

que temo se venga abajo. Ya han caído los obenques de babor.

—Si cae, lo repondremos —replicó Sandokán—. Ve a proa con Sambigliong y Tanauduriam; Yáñez y yo cuidaremos del timón.

— ¿Y esos desgraciados que siguen bebiendo mientras estamos a punto de naufragar?

—Déjalos, John; sería peligroso oponerse a sus deseos.

— ¡Magnífica ocasión para que volvieran las chalupas!

—No te inquietes por eso; probablemente habrán llegado a la playa. ¡Eh, Yáñez, gobierna siempre a sotavento!

En tanto que los cuatro piratas de Mompracem y el inglés se ocupaban de conducir el buque a la costa, los forzados seguían su orgía. Después de dar fin a las provisiones, comenzaron a beber desenfrenadamente, en medio de un griterío ensordecedor, que aumentaba de minuto en minuto.

Parecía que ninguno se diese cuenta del peligro que amenazaba al buque ni de la tempestad que iba a estallar. Tendidos sobre la toldilla, entre los cadáveres, las mesas derribadas, y los restos de las viandas, bebían ya sin tasa, llenos los vasos del infernal licor, cantando, haciendo muecas y gesticulando.

Algunos, menos ebrios, organizaron un baile y con las ollas y las cacerolas de a bordo improvisaron una orquesta diabólica, danzando locamente, empujándose, cayendo y rodando entre los cadáveres.

Otros, en cambio, enfurecidos por la embriaguez, se dirigían insultos, golpes y amenazas con cuchillos y hachas; otros armaron una partida de juego para quitarse mutuamente el dinero que robaron de los petates de los marineros y de la cámara de los oficiales.

Sin embargo, gran número de ellos, vencidos por la borrachera, roncaban en el entarimado de la toldilla, en el castillo de proa o bajo el alcázar, rodando en medio de los cadáveres con los incesantes bandazos de la vieja fragata.

Un barco que hubiese pasado a breve distancia, seguramente se habría abstenido de acercarse, por miedo a tenérselas que haber con una banda de espíritus infernales salidos de las profundidades del mar junto con algún buque náufrago.

Durante la orgía la tempestad siguió en aumento. Las olas se sucedían unas a otras, cada vez con mayor furia y crecientes mugidos, estrellándose rabiosamente contra los amplios costados de la fragata.

El viento tampoco amainaba y se le oía silbar con furia entre las jarcias y la vela del trinquete, amenazando tronchar el palo.

Hacia el Sur seguía el relampagueo y el sordo fragor de los truenos.

Sandokán empuñó el timón, en tanto que el inglés, Tanauduriam y Sambigliong maniobraban en las velas.

¡Qué fantástico aspecto ofrecía aquella nave casi desarbolada, a merced de las olas, iluminada por antorchas y lámparas y tripulada por una horda de borrachos que parecían desafiar la cólera del mar y del cielo, y cuyos gritos se confundían con los amenazadores mugidos del océano!

Bruscamente cesaron las carcajadas, las imprecaciones y los cantos. Una ola, mayor que las otras, después de pasar por encima de la banda de babor, extendióse por la toldilla, derribando a los hombres y apagando lámparas y antorchas.

Hasta aquel momento no se dieron cuenta los galeotes del peligro que corría la fragata. Al estrépito y a la algazara, sucedió un alarido de terror.

Los que aún podían tenerse en pie, levantáronse y miraron con espanto a las tremendas olas.

El silencio siguió a la ensordecedora bacanal.

Todos los ojos se fijaron ansiosamente en el Tigre de Malasia, cuya figura se recortaba en el alcázar, a la luz de dos antorchas. Aquel hombre formidable desafiaba serenamente al huracán y guiaba impávido a la vieja nave, sin que se contrajese un músculo de su rostro.

Yáñez, sentado junto a él, en un cubo vuelto boca abajo, fumaba flemáticamente su eterno cigarrillo, observando con la mayor indiferencia el revuelto mar.

Un grito se elevó entre los forzados, enloquecidos, repentinamente, de terror:

— ¡Sálvanos!...

Sandokán no respondió. Levantó los ojos y los fijó hacia el Este, donde a la luz de un relámpago había visto al mar romperse con gran violencia.

Un galeote se adelantó hasta el alcázar, repitiendo:

— ¡Sálvanos!...

Sandokán le dirigió una mirada de desprecio, diciéndole:

— ¡Vete a beber! ¡Este no es tu sitio!

— ¡El barco se hunde!

—Y los tiburones nos rodean —explicó Yáñez, riendo irónicamente—. Tienen hambre.

— ¡No quiero morir! —gritó el forzado, palideciendo.

—Pues bien, coge el timón y encárgate de conducir el buque —dijo Sandokán.

—Pero...

— ¡Vete al diablo! —rugió el Tigre, furioso.

—Sí, vete a digerir tu ginebra —añadió el portugués.

El penado juzgó prudente no insistir y volvió al lado de sus camaradas, diciendo:

—Camaradas, preparémonos para la gran zambullida.

—En ese caso bebamos hasta reventar —gritó una voz.

— ¡Bien dicho, Burthon!...

— ¡Así los tiburones se emborracharán cuando nos coman! —exclamó otro.

Una carcajada acompañó la terrible broma.

— ¡Sí, bebamos, bebamos! —rugieron todos.

Iban a reanudar la orgía, cuando una segunda ola, y luego una tercera, se extendieron sobre el buque, barriendo la cubierta de babor a estribor.

— ¡Teneos firmes! —gritó Sandokán.

La fragata se balanceaba de un modo espantoso. Tan pronto levantaba la proa, cual si intentase desgarrar las nubes con el bauprés, como elevábase bruscamente la popa en medio de las olas y luego caía con sordo estrépito que repercutía en las profundidades de la cala.

Los galeotes corrían en todas direcciones, chocando los unos con los otros, mientras los cadáveres, arrastrados por las olas ya hacia popa ya hacia proa, rodaban y saltaban como si hubiesen recobrado la vida.

El mar, en tanto, parecía aumentar de momento en momento. Se hinchaba, retorcíase, mugía y lanzaba oleadas en todas direcciones.

Yáñez tiró el cigarrillo y se puso en pie.

— ¿Qué ocurre, Sandokán? —preguntó.

—Estamos entre los escollos —respondió el Tigre de Malasia, con tranquilo acento.

—Nos estrellaremos.

—Eso temo, hermano; el timón no obedece.

El inglés, Tanauduriam y Sambigliong se acercaron.

—Nos hallamos en pleno arrecife —dijo el marinero.

—Lo sé —contestó Sandokán.

—Y el trinquete está en peligro.

—Déjalo caer, John.

—Pero la costa se halla muy lejos.

—Nada más que veinte millas, John, lo he visto ahora a la luz de un relámpago.

— ¿Y cómo la alcanzaremos si el barco se deshace en estos escollos? El botecillo que llevamos a bordo apenas puede contener a tres o cuatro personas.

—Bastará para nosotros —observó Yáñez.

— ¿Y esos pobres diablos? No debemos abandonarlos —dijo Sandokán—. Nos han ayudado a conquistar la libertad.

— ¡Valientes borrachos! Merecen una buena zambullida en el fondo del mar.

—A no ser por ellos estaríamos camino de Norfolk.

—Es verdad.

—Procuraremos, pues, ser agradecidos. ¡Ah!...

La vieja nave, levantada por las olas que se estrellaban contra los escollos, había experimentado una violenta sacudida, como si la quilla hubiese tocado en algún fondo.

Yáñez y el inglés corrieron hacia proa, donde Sambigliong y Tanauduriam, auxiliados por algunos galeotes menos borrachos que los demás, desplegaron la trinetilla para hacer que el buque virase.

A doscientos pasos del barco descubriéndose confusamente los escollos más elevados, dispuestos en doble hilera y tras ellos aparecían otros de dimensiones gigantescas, formando como un minúsculo archipiélago de islotes.

El mar encrespábase furioso ante los arrecifes. Montañas de agua se precipitaban, con ímpetu irresistible, sobre ellos, deshaciéndose con mugidos ensordecedores y dando lugar a ese mar de fondo tan temido por los navegantes.

El barco, arrastrado por el vendaval, a pesar de los esfuerzos de Sandokán y de sus compañeros, marchaba hacia los bajos. Había enfilado ya la especie

de canal abierto entre el caos de islotes sin tocar en ellos, pero no podía avanzar así mucho tiempo.

Los forzados, dándose cuenta al fin del grave peligro que corrían, empezaron a sentir miedo.

Los que aún podían tenerse en pie, se apresuraron a ponerse a disposición de Yáñez y del inglés. Los demás se contentaban con gritar, como si tuvieran el agua al cuello, implorando auxilio. Pero ninguno se acordaba ya de los toneles que rodaban por cubierta, chocando con los cadáveres y los borrachos.

De repente, en medio de los mugidos de las olas, de los silbidos estridentes del viento y los ayes de dolor de todos aquellos hombres, se dejó oír la vibrante voz del Tigre de Malasia.

— ¡Alerta! —gritó—. ¡Vamos a estrellarnos!...

La fragata, impulsada por el oleaje, saltaba y cabeceaba por entre los escollos, haciendo agua por todas partes.

De súbito resonó un golpe espantoso y la nave crujió desde la quilla hasta el extremo del trinquete. El mástil, ya mal seguro, cayó sobre cubierta, aplastando a muertos y vivos.

Luego se oyó un segundo golpe, más formidable que el primero, que repercutió sordamente en la cala, y el pobre barco, destrozado por las rocas que penetraron en el casco, inclinóse sobre la banda de estribor, apoyándose en una roca en tanto que una ola gigantesca barría la cubierta después de romper contra la borda.

Entre la espantosa algarabía de aquellos pobres diablos que caían revueltos en las olas, oyóse todavía la voz del Tigre que gritaba:

— ¡El barco se ha estrellado!

XXVIII. ¡Salvados!

La vieja fragata había dejado de existir.

Destrozada por los agudos escollos, no era ya más que un montón informe de maderos, destinado a ser destrozado poco a poco o sumergido trozo a trozo.

La quilla, partida en dos por efecto del segundo choque, quedó desprendida y el agua invadió la cala, derribando los puntales. La masa enorme del casco, doblemente pesada ahora por el líquido que ocupaba y sujeta por el escollo en que se apoyaba, no corría, momentáneamente, peligro alguno.

Las oscilaciones habían cesado, pero las olas seguían azotando la cubierta, amenazando llevarse a los náufragos.

Sandokán, Yáñez y el inglés, que no habían perdido la serenidad, ni siquiera en el terrible momento, se apresuraron a refugiarse en el alcázar que, hallándose muy alto, no podía ser invadido por las gigantescas olas.

Los forzados, comprendiendo que la salvación estaba allí, fueron poco a poco reuniéndose en aquel lugar, sin ocuparse de sus compañeros embriagados que rodaban por cubierta junto con los cadáveres.

De trescientos no quedaban más que ciento treinta, porque los heridos habían muerto por efecto de las incesantes sacudidas de la nave, o ahogados por el agua al inundar el entrepuente.

Durante toda la noche aquellos desgraciados lucharon, entre la mayor angustia, contra la muerte, manteniéndose agrupados estrechamente alrededor de los cuatro piratas de Mompracem y del inglés, resistiendo con tenacidad los continuos golpes de mar.

Afortunadamente, cerca de las dos de la mañana, el vendaval comenzó a disminuir en intensidad y las olas se fueron calmando.

Yáñez y Sandokán, tras largos esfuerzos, lograron trepar al escollo contra el cual se apoyaba la fragata, una roca gigantesca que se elevaba cerca de cien metros sobre el nivel del mar.

Desde allí esperaban descubrir la costa de Borneo, pero se encontraron con que otros escollos, mucho más altos, hacia Oriente, les impedían dominar el mar en aquella dirección.

—No importa —dijo Sandokán—. La costa no puede estar muy lejana y la alcanzaremos.

— ¿De qué modo? —preguntó Yáñez—. A bordo no tenemos más que un botecillo.

—Construiremos una balsa.

— ¿Y embarcaremos con nosotros a toda esta gentuza?

—No podemos abandonarla en esta escollera desierta que no ofrece refugio alguno, ni un trozo de selva.

— ¿Y tú crees que encontraremos en la costa víveres suficientes para tantas personas?

—Cerca del cabo de Sirik hay tribus dayakas, que espero nos ayudarán.

—Eso suponiendo que no nos coman —replicó Yáñez—. No te olvides de que esos salvajes son, ante todo, antropófagos.

—Si se muestran belicosos, los atacaremos y entraremos a saco en su kampong.

—Espero que no marcharemos con esos bandidos.

—No se me ha ocurrido tal cosa —dijo Sandokán—. En el momento oportuno nos separaremos de ellos y procuraremos volver a Mompracem.

— ¿Y James Brooke?

— ¿Crees que lo he olvidado? No, Yáñez; aún le daremos mucho que hacer. Organizaremos una nueva expedición y volveremos a Sarawak, unidos al sobrino del sultán. Siento curiosidad por saber lo que ha sido de Tremal-Naik y de mi tío.

—Ya los encontraremos en Sarawak, Sandokán.

—Eso espero.

Mientras hablaba así, empezaba a clarear. El sol elevábase rápidamente en el horizonte, proyectando sus rayos sobre los nubarrones que, poco a poco, cambiaban sus tétricas tintas por maravillosos reflejos sonrosados.

Sandokán y Yáñez se volvieron para darse cuenta exacta de la situación.

La vieja fragata estaba en medio de un grupo de escollos y de islotes que formaban en el centro un pequeño lago que comunicaba con el mar por dos canales tortuosos cubiertos de bancos coralíferos.

La casualidad había arrastrado a la nave hasta aquella especie de estanque, estrellándola frente a una isla cubierta de espesa vegetación y que se elevaba, en forma de cono, cerca de doscientos metros sobre el nivel del mar.

—Desde allí podremos descubrir la costa —exclamó Sandokán, señalando la isla—. En cuanto se calme el oleaje, iremos a explorarla y escalaremos la cumbre.

Cuando pusieron de nuevo el pie en la embarcación, el primer rayo de sol se extendía sobre el mar, tiñendo de oro la superficie.

Los forzados, seguros ya de su suerte, pusieron mano a la obra de construir una balsa. El inglés, perito en la tarea, encargóse de dirigir el trabajo de demolición, ya que hacía falta mucha madera.

Entretanto Sandokán y Yáñez, seguidos por Tanauduriam y algunos galeotes, llevaron a cabo una rápida inspección en la bodega para asegurarse de si quedaban algunos víveres, puesto que la mayor parte habían sido consumidos en la noche anterior, durante la orgía.

Sus pesquisas dieron poco resultado. Aunque la despensa había sido totalmente destruida, pudieron encontrar en la cámara de los tripulantes

algunas cajas de galleta y varias barricas de cerdo salado salvadas milagrosamente del incendio.

Las demás provisiones fueron definitivamente arrebatadas por las olas.

—Apenas hay lo necesario para calmar el hambre —dijo Yáñez—. Si esos bribones no hubiesen consumido en la orgía todas las cajas y barriles de víveres, habríamos podido aguantarnos muchos días.

—Lamentaciones inútiles, Yáñez —afirmó Sandokán—. Además, mañana llegaremos a la costa.

Al mediar el día, calmadas ya las olas en el pequeño lago, los dos jefes de los piratas y Tanauduriam y Sambigliong embarcaron en el botecillo para dirigirse al islote que se elevaba frente a la nave.

Estaban seguros de poder distinguir, desde la cima de aquel cono, la costa de Borneo, pues era mucho más alta que la escollera que se extendía hacia el Este.

La travesía del lago fue realizada en pocos momentos, a pesar de que la superficie estaba bastante agitada aún a causa de las olas que penetraban por los dos canales. El desembarco se efectuó sin dificultad en una playa de suave inclinación. Vencejos, petreles y gaviotas, al notar la presencia de los intrusos, volaban chillando, no tan pronto, sin embargo, que impidiesen a Yáñez hacer un blanco magnífico en un grueso pato silvestre.

—Nos servirá de almuerzo —dijo el portugués.

Recogida la presa y amarrada la embarcación, el Tigre y sus compañeros se internaron en la espesura, comenzando la ascensión al cono.

Así como los demás islotes eran áridos, aquel islote estaba cubierto de rica y exuberante vegetación. Sus faldas estaban llenas de helechos arborescentes, de áloes, de palmas y de matorrales espinosos; plantas todas que no podían ofrecer ningún fruto comestible.

En medio del verdoso follaje veíanse innumerables lagartos, los cuales huían lanzando estridentes chillidos; estos reptiles son muy semejantes a los gehko, tan numerosos en Java y en Sumatra, que no hay casa que no esté llena de ellos.

Marchando lentamente a causa de la espesura, Sandokán y sus compañeros llegaron al cabo de media hora al vértice del cono, el cual se erguía despojado del más pequeño hierbajo. Desde allí miraron hacia Oriente y distinguieron una costa baja que se dibujaba en el horizonte, defendida por gran número de islotes.

—Está sólo a unas veinte millas —declaró el Tigre—. Mañana

desembarcaremos.

—Aquella punta que se prolonga hacia el Norte debe ser el cabo Sirik —añadió Yáñez.

—Lo mismo creo —repuso Sandokán.

Permanecieron allí algunos minutos, observando el mar con la esperanza de descubrir algún praho; luego descendieron y embarcaron, llevando con ellos el grueso pato.

Al volver a bordo encontraron a los galeotes demoliendo la obra muerta de la fragata, para dar principio a la construcción de la almadía.

Cuando se consideró suficiente el maderamen acumulado a popa, Sandokán, Yáñez y el inglés se encargaron de la dirección de la tarea, deseosos de que la balsa resultase sólida, capaz de resistir las olas, que eran violentísimas en aquellas costas erizadas de bancos y de rocas coralinas.

Arrojaron primeramente al agua los restos del trinquete y las vergas para formar el esqueleto; luego, tres maderos que fueron en seguida ocupados por varios hombres, elegidos entre los más prácticos e inteligentes.

Estando el mar tranquilo, la construcción del esqueleto de la balsa fue rapidísimo. Los restos del mástil y las vergas quedaron pronto sólidamente ligados, formando una especie de paralelogramo, sostenido en los ángulos por barricas vacías que encontraron en la cámara de la tripulación.

En seguida echaron al agua el maderamen arrancado a la obra muerta, las tablas de la toldilla y los trozos de las bandas. Luego, los improvisados carpinteros, bajo la dirección del inglés y de los dos jefes de Mompracem, dieron principio a la construcción de la plataforma.

Habiendo encontrado a popa la caja del carpintero, provista de numerosas herramientas y de clavos de todas dimensiones, la segunda parte de la obra marchó con tal rapidez que, antes de la puesta del sol, la balsa se hallaba en disposición de recibir a los náufragos de la vieja fragata.

A popa colocaron un largo timón, formado por una especie de remo, y en el centro de la plataforma izaron un pequeño mástil, formado con el asta del bauprés.

A las ocho de la noche, mientras la luna se elevaba en el horizonte, roja como un disco incandescente, los forzados embarcaron, llevando con ellos dos cajas de galleta, varias raciones de cerdo salado, algunos barriles de agua dulce, veinte fusiles con trescientos o cuatrocientos cartuchos —únicos que pudieron extraer de la anegada santabárbara— y cerca de cuarenta hachas. El botecillo, que podía ser de gran utilidad, fue también colocado en la balsa.

A las nueve, esta, impulsada por dos docenas de remos, abandonaba los restos de la fragata y avanzaba lentamente por entre los escollos.

Sandokán encargóse del timón, y Yáñez, el gigante, Sambigliong y Tanauduriam colocáronse a proa para señalar los arrecifes.

La travesía del canal, que se dirigía hacia el Este, resultó más fácil de cuanto imaginaron los dos jefes de los piratas, y media hora después la balsa, con la vela desplegada, navegaba en dirección a la costa de Borneo, cabeceando pesadamente a causa de las grandes olas que corrían de Norte a Sur.

—Si continúa esta brisa, mañana, a primera hora, tocaremos tierra —dijo Sandokán a Yáñez, que se acercaba a popa.

—No sabemos lo que nos espera en la costa —respondió el portugués—. Temo sorpresas desagradables.

— ¿Por qué, Yáñez?

—Me atormenta un pensamiento, hermano.

— ¿Cuál?

—No sé, pero constantemente pienso en la tripulación de la chalupa.

—Seguramente se halla muy lejos.

— ¿Y si nos esperan en la playa? Aquellos hombres estarán furiosos por el descalabro sufrido.

— ¡Bah!... Se habrán dirigido a Sarawak o a Sedang.

—Peor aún. Si James Brooke se entera de nuestra fuga, se embarcará en su maldito schooner para darnos caza.

—Llegará tarde, Yáñez.

— ¿Tienes intención de abandonar pronto a los forzados?

—Mañana por la noche, mientras duerman, los abandonaremos.

— ¿En qué embarcación?

—En el bote.

— ¡Hum!... El viaje resulta un poco largo y no está exento de peligros. Estamos lejos de Mompracem, hermano.

—En Uri encontraremos algún praho que nos llevará al menos hasta las Romades.

— ¿Vendrá también con nosotros el inglés?... Sería una adquisición magnífica, Sandokán.

—Ha prometido seguirnos. Prefiere nuestra compañía a la de los galeotes.

— ¿Y volveremos luego a Sarawak?

—Sí —replicó Sandokán, en tanto que en sus ojos brillaba un relámpago sombrío—. He jurado destronar a James Brooke y lo conseguiré, aunque pierda en la empresa mi último praho y mi último soldado.

Mientras tanto, la balsa, impulsada por ligera e irregular brisa, seguía avanzando hacia el Este, en dirección a la playa, que Yáñez y Sandokán descubrieron desde la cumbre del islote.

El mar seguía agitado, pero la balsa sosteníase bien. De vez en cuando, alguna ola iba a estrellarse contra sus bordes, bañando a los galeotes que se hallaban agrupados alrededor del mástil; pero la armadura, sólidamente construida, y la plataforma, resistían con tenacidad aquellos choques.

Hacia medianoche el viento comenzó a ceder y la almadía permaneció casi inmóvil, aunque las olas seguían sacudiéndola brutalmente.

Cuando el sol surgió en el horizonte, la costa se hallaba aún a más de quince millas de distancia y la calma continuaba.

El mar aparecía desierto. Por ninguna parte se veía vela ni punto negro que indicase la presencia de una chalupa.

Sólo algunas aves marinas cruzaban el espacio, la mayor parte de ellas fragatas de vuelo rápido, elegantes voladores del mar que se encuentran sólo junto a los trópicos y cuyas alas son más parecidas a las de un halcón que a las de las palmípedas. No faltaban tampoco las inevitables gaviotas y golondrinas, volátiles muy numerosos en las aguas de Malasia.

En el océano veíanse multitud de diodones, peces bastante extraños que viven en la zona tórrida, que muy a menudo nadan con el vientre hacia arriba y que, de vez en cuando, absorben gran cantidad de aire y aparecen redondos.

Son feísimos, y la forma de su cuerpo cubierto de espinas blanquecinas matizadas de negro y de violeta hace que se parezcan a enormes granos de arroz.

Los galeotes, nada sobrados de víveres, probaron con buen resultado de cazar a los peces aquellos utilizando los arpones que llevaban como armas defensivas.

A las tres de la tarde la brisa volvió a hinchar la vela, y la balsa, después de tantas horas de inmovilidad, reanudó la marcha, hendiendo rumorosamente las olas que embestían la proa.

La costa distinguíase ya perfectamente. Describía una especie de arco, que iba de Norte a Sur, y aparecía cubierta de enmarañada vegetación. A lo lejos,

sobre el luminoso horizonte, dibujábase una cadena de montañas; tal vez era una derivación de los Montes de Cristal, que corren paralelamente a la costa occidental de la gran isla, serpenteando a lo largo del sultanato de Varauni.

Gran número de pequeños escollos perfilábanse ante aquella especie de rada abierta, haciendo difícil, y tal vez peligroso, el abordaje, sobre todo para una embarcación tan deficiente que no siempre obedecía al impulso del timón.

— ¡Preparaos para arriar la vela o la balsa se estrellará! —gritó Sandokán.

Las olas, al chocar contra el obstáculo de los escollos, revolvíanse con gran violencia, imprimiendo a la almadía incesantes sacudidas.

Sandokán y Yáñez, agarrados a la larga pala que les servía de timón, hacían esfuerzos desesperados para mantener la estabilidad de la balsa, pero los obstáculos aumentaban por instantes. Además de los escollos había bancos de arena que no siempre era posible descubrir a causa de la espuma que los cubría.

Los forzados permanecían en pie, dispuestos a lanzarse al agua. Algunos empuñaban las armas, otros cargaron con los víveres, no queriendo de ningún modo que se perdiesen.

Las sacudidas de la balsa eran cada vez más fuertes. Las olas la golpeaban con tal violencia, que los hombres no podían tenerse en pie.

Sólo estaban ya a unos trescientos metros de la playa, gracias a la habilidad de Yáñez y de Sandokán.

De repente, una ola mayor que las demás cogió a la balsa por debajo, con extraordinaria furia, y la mantuvo un instante en posición casi vertical.

Un segundo después, la proa sufrió un choque terrible. La plataforma, desarticulada por el golpe, abrióse bajo los pies de los forzados y las tablas se deshicieron en el arrecife.

— ¡Sálvese quién pueda!... —se oyó gritar al inglés.

Los ciento treinta hombres, en menos que se dice, se encontraron en el agua; gran parte de las armas y de los víveres fueron arrastrados por las olas.

Afortunadamente el fondo era muy bajo en aquel lugar. Los forzados, ayudándose unos a otros y dejándose llevar por el oleaje, encontráronse poco más tarde reunidos en la playa, donde les habían precedido Yáñez, Sandokán, el gigante y los dos piratas de Mompracem.

XXIX. La destrucción de «Los Forzados».

La costa, que milagrosamente habían alcanzado, parecía desierta.

No se advertía huella alguna de vivienda humana ni vestigio de salvajes.

La inmensa selva terminaba allí, bañando en las aguas del mar las raíces de sus últimos árboles. Como casi todas las selvas de Borneo, estaba constituida por infinita variedad de plantas, cuyas frutas podían ser utilísimas a los náufragos.

Abundaban sobre todo las plantas gomíferas, la giunta wan, gruesa trepadora perteneciente a la familia de las apocíneas y de la cual se extrae, aparte de excelente goma, una especie de liga usada por los malayos para cazar pájaros, la isonandra gutta, de la que se obtiene el caucho por simples incisiones practicadas alrededor de la corteza; pero abundan los mangos de exquisita fruta, los naranjos de dorados racimos, los nepelios que dan un fruto semitransparente, algo ácido, y los árboles del pan, cargados de enormes frutos que, tostados, resultan sabrosísimos.

Tampoco faltaban animales salvajes, que no demostraban espanto alguno por la proximidad de tantos hombres.

Entre las espesas ramas de los naranjos, agitábanse infinitos budeng, hermosos monos tan grandes como el piteco, de pelo negro y brillantísimo, algo más claro en el hocico y en las manos, y con la cabeza cubierta por espeso pelo que se prolongaba hasta la boca formando una especie de barba.

Jugaban tranquilamente con sus pequeñuelos, realizando extraordinarios ejercicios, manteniéndose con la larga cola sujetos a las ramas.

Sandokán y Yáñez, después de ordenar a los náufragos que permaneciesen unidos y que improvisasen un campamento, porque el sol calentaba demasiado, internáronse en la selva, escoltados por el inglés, Sambigliong y Tanauduriam, armados todos de fusiles.

Deseaban, ante todo, asegurarse de si la costa estaba realmente desierta, para no exponer a los forzados a un súbito ataque de los dayakos, salvajes audacísimos y antropófagos, muy numerosos en las playas y bosques occidentales de Borneo.

Su expedición se prolongó hasta el atardecer, sin que encontrasen aldea ni señal de habitantes.

Seguros ya de la ausencia de los peligrosos salvajes, regresaron al campamento, levantado al borde de la selva, en una explanada que se prolongaba hasta la playa.

Durante la exploración de los tres jefes, los galeotes habían construido

cabañas, utilizando las gigantescas hojas de algunos bananos silvestres y recogieron muchas frutas de toda especie, vaciando los árboles que crecían al borde de la selva.

Entretanto, otros forzados dirigieron a los arrecifes, hicieron abundante recolección de esas gruesas ostras llamadas de Singapur, veinte veces mayores que las comunes, de grandes cefalópodos y haliotis, preciosas conchas de gigantescas proporciones que ostentan todos los colores del arco iris y que contienen un molusco muy apreciado que se exporta en grandes cantidades a los mercados chinos.

También cogieron un par de tortugas marítimas, muy gruesas, que escarbaban la arena para poner sus huevos.

Tenían, pues, cena segura y succulenta, sin necesidad de tocar a las provisiones de carne, muy escasa, puesto que la mayor parte había sido arrebatada por las olas que destruyeron la balsa. Mas, cuando los forzados quisieron encender fuego, se encontraron con que no tenían eslabón ni pedernal.

Siendo, además, necesario el fuego para mantener alejadas a las fieras, Sandokán y Yáñez encargaron a Sambigliong y a Tanauduriam que lo procurasen.

La cosa, en realidad, no era tan difícil como pensaban los forzados. Es fácil comprender que no todos los pueblos conocen el uso del eslabón y del pedernal y, sin embargo, disponen del fuego necesario para condimentar los alimentos y para calentarse cuando las noches son húmedas y frías.

Los malayos emplean un procedimiento muy ingenioso. Cogen una rama de bambú, planta que en sus selvas crece por todas partes, la cortan por la mitad, en sentido longitudinal, y en la superficie convexa practican una pequeña hendidura.

El borde agudo de la otra mitad lo frotan sobre aquella hendidura, primero lentamente, luego con rapidez.

El polvillo que se desprende de la frotación arde muy pronto y el fuego se comunica a un filamento de junco colocado debajo.

Después de encender numerosas hogueras, los forzados cenaron alegremente; tendieron luego bajo las improvisadas tiendas, sin cuidarse de colocar centinelas alrededor del campamento, a pesar de los consejos de Sandokán, de Yáñez y del inglés.

—Si sentís miedo, vigilad vosotros —contestaron, y sin preocuparse de más, echaronse a dormir.

—Que hagan lo que quieran —dijo el Tigre al portugués—. Se verán

atacados y morirán todos.

—Ya sabía yo que, en cuanto pasase el peligro, no se podría obtener nada bueno de ellos. Mañana nos negarán obediencia y pasado mañana serían capaces de asesinarnos.

—Ciertamente —agregó el gigante—. Ahora que están a salvo se burlarán de nosotros y se sublevarán contra nuestra autoridad.

—Tanto peor para ellos —replicó Sandokán—. Nuestra misión ha terminado.

— ¿Partiremos, hermano? —preguntó Yáñez.

—En cuanto se duerman todos. ¿Sigue el bote en la playa?

—Lo he recogido cuando estaba a punto de ser arrastrado por las olas.

— ¿Tenemos municiones?

—Cerca de cuarenta cartuchos.

—Nos bastan para llegar hasta Uri —dijo el Tigre de Malasia—. Tendámonos también y finjamos dormir. Si se dieran cuenta de nuestra fuga, estos salvajes serían capaces de asesinarnos.

Tumbáronse los cinco bajo el ramaje de un cocotero gigantesco, a trescientos pasos de la playa, y aparentaron dormir profundamente.

Algunos galeotes velaban aún en torno de las hogueras, narrando historias espeluznantes; sin embargo, el sueño no debía tardar mucho en rendirlos.

A eso de las once, todos dormían en el campamento. Las fogatas, faltas de combustible, iban poco a poco extinguiéndose, lanzando fugaces resplandores.

Sandokán, para evitar el peligro de ser descubierto, esperó a la medianoche; entonces sacudió a sus compañeros, diciéndoles:

—Ha llegado la hora; vamos...

— ¿Estás seguro de que duermen todos? —le preguntó Yáñez.

—No veo a nadie junto a las hogueras; en cambio, oigo roncar por todas partes.

—Si intentasen detenernos, responderemos a tiro limpio —replicó el portugués.

El gigante púsose en pie y, oculto tras el grueso tronco del árbol, miró atentamente a su alrededor.

Ningún hombre velaba ya junto a las casi extinguidas hogueras, y en la extremidad del campamento no se veía centinela alguno. Los galeotes,

confiados, dormían a pierna suelta bajo las chozas, como si se hallasen aún en la fragata.

—Partamos —murmuró el coloso, empuñando el fusil.

Los dos jefes piratas, Sambigliong y Tanauduriam, levantáronse, lanzaron una última mirada al campamento y luego, guiados por el inglés, dirigieron silenciosamente hacia la playa, escondiéndose tras algunos montículos de arena.

Oculto entre dos escollos encontraron el botecillo. El inglés lo había provisto de un mástil, de una vela y de un par de remos y, como hombre prudente, había llevado un barril de agua. Faltaban víveres, pero tenían la posibilidad de procurárselos en la costa.

—Embarquemos —dijo Sandokán.

Ya se disponía a acomodarse en el banco de popa, cuando oyó un agudo silbido.

— ¿Qué pasa? —se preguntó, deteniéndose.

— ¿Será alguna señal? —dijo Yáñez.

—Razón de más para apresurarnos —exclamó el inglés.

—Tal vez algún galeote nos habrá oído y ha dado la voz de alarma.

— ¡A los remos! —ordenó Sandokán.

Sambigliong y Tanauduriam comenzaron a remar vigorosamente, en tanto que el Tigre, Yáñez y el inglés montaban los fusiles para estar dispuestos a rechazar cualquier ataque.

A pesar de sus temores, no se vio a ningún galeote levantarse ni correr hacia la orilla.

El bote llegó muy pronto a la escollera contra la cual se había deshecho la balsa y se dirigió hacia un promontorio que cerraba el horizonte por la parte septentrional.

Se hallaban ya los fugitivos a media milla del campamento, cuando de súbito estallaron espantosas vociferaciones en la playa que acababan de abandonar.

Sandokán, el gigante y Yáñez pusiéronse en pie.

Dos puntos luminosos, tal vez dos antorchas, se veían correr por la linde de la selva, al mismo tiempo que numerosos relámpagos, seguidos de fuertes detonaciones, brillaban alrededor del campamento.

Gritos feroces y aullidos de desesperación se oían por todas partes. Parecía

como si el campamento hubiese sido repentinamente asaltado y los atacantes estuvieran acuchillando a todos los infelices galeotes.

— ¡Atacan a los presidiarios! —gritó el Tigre de Malasia.

—O bien se zurren mutuamente —dijo Yáñez.

— ¿No oyes esas exclamaciones?... Son el grito de guerra de los dayakos. ¡Amigos, volvamos!...

— ¿A dónde?

—Al campamento, Yáñez.

—Deja que los maten, Sandokán.

—No, hermano. No podemos asistir impasibles a esa carnicería.

—Volvamos, puesto que lo quieres. Temo, sin embargo, que lleguemos demasiado tarde.

Sambigliong y Tanauduriam, auxiliados por el inglés, volvieron la proa hacia el Sur, remando con todas sus fuerzas.

Parecía, en efecto, que el campamento había sido asaltado por alguna horda de los terribles indígenas que pueblan las costas occidentales de Borneo, hombres vigorosos y enemigos encarnizados, no sólo de los blancos, sino también de los malayos.

Los gritos ensordecedores, salvajes, retumbaban a lo largo de la costa ahogando las detonaciones de las armas de fuego. Entre el clamoreo, a intervalos, oíanse los ayes de dolor de los infelices galeotes, apuñalados despiadadamente.

Tal vez los más animosos habían intentado organizar la resistencia, pues en un extremo del campamento brillaban relámpagos y sonaban descargas, pero esta resistencia no duró mucho. Las voces de los que atacaban, voces de triunfo y de victoria, denunciaban que los galeotes llevaban la peor parte.

El botecillo, dejando atrás la escollera, llegó pronto frente al campamento.

Sólo entonces Sandokán y sus compañeros pudieron darse cuenta de la terrible situación en que se encontraban los forzados.

La playa estaba llena de salvajes armados de lanzas y de parangs. Eran varios centenares y habían rodeado por completo el campamento, tratando de aniquilar, con furiosos asaltos, a la turba de presidiarios.

Estos, ya medio destrozados, habíanse congregado alrededor de un grupo de árboles e intentaban oponer una resistencia desesperada con las escasas armas de que disponían. De vez en cuando sonaban algunos tiros, pero hubiese

hecho falta un cañón para rechazar a aquel enjambre de fieras que se lanzaban ciegamente al ataque.

El Tigre de Malasia aprovechó un momento de calma para gritar:

— ¡Ánimo!... ¡Vamos en vuestro auxilio!...

En seguida sonaron cuatro tiros y cuatro salvajes rodaron por el suelo.

El botecillo se dispuso a atracar.

Los dayakos, al oír los disparos, se volvieron rápidamente y treinta o cuarenta de ellos, al ver avanzar la embarcación, corrieron hacia la playa para cerrar el paso a aquellos cinco hombres que iban a atacarlos por la espalda.

—Quememos todos nuestros cartuchos —exclamó el gigante—. No es fácil que logremos salvar a esos desdichados, pero, al menos, pagarán cara su victoria.

Protegidos por el bote, para librarse de la lluvia de flechas que caía por todas partes, Sandokán y sus compañeros abrieron un fuego acelerado, apuntando a la masa más compacta de los asaltantes.

— ¡Fuego! —gritaba sin cesar el Tigre—. Cuando los hayamos rechazado desembarcaremos.

Pero los dayakos, a pesar de las descargas de fusilería que abrían grandes brechas en sus filas, no hacían intención de retirarse. Mientras sus compañeros, dando un último asalto más impetuoso que los anteriores, remataban a los galeotes, arrojáronse al agua resueltamente para atacar a nado a la pequeña embarcación.

Para evitar aquel peligroso abordaje, Sambigliong y Tanauduriam se vieron obligados a empuñar los remos y alejarse, mientras Yáñez, Sandokán y el inglés rechazaban a tiros a los nadadores. Viendo que sus esfuerzos resultaban inútiles, los salvajes, después de un postrer intento para dar caza al bote, replegáronse hacia la orilla chillando furiosamente.

La lucha había ya terminado en el campamento y los salvajes se retiraban precipitadamente a la tenebrosa selva, llevándose las armas y cabezas de los vencidos, pues los dayakos son los mejores coleccionistas de cráneos humanos.

Cuando desapareció la última banda, Sandokán y sus compañeros desembarcaron.

Un silencio de muerte reinaba en el campamento.

En medio de las chozas levantadas por los náufragos yacían montones de cadáveres horriblemente mutilados por los parangs y por las mazas de los

salvajes. Aquellos infelices, completamente desnudos, habían sido decapitados.

— ¡Mil truenos!... ¡Qué espantosa carnicería!... —exclamó el inglés.

—Seguramente ninguno de los galeotes habrá escapado con vida —dijo Yáñez—. Ha sido una fortuna para nosotros el haber huido a tiempo. Una hora de retraso y también nuestras cabezas habrían ido a adornar las chozas de esos antropófagos. Sandokán, vámonos; aquí ya nada tenemos que hacer.

—No tan pronto, Yáñez —respondió el Tigre.

— ¿Qué esperas?

—Que alguno de estos desgraciados se haya librado de la matanza y se encuentre oculto en la selva.

— ¿Vas a internarte en la espesura? Acaso estén escondidos los dayakos.

—Permaneceremos aquí, junto al bote, dispuestos a hacernos a la mar si nos amenaza algún peligro. Si algún forzado ha conseguido salvar la piel, volverá seguramente al campamento con la esperanza de encontrar armas o compañeros.

—Es verdad —dijo el inglés—. ¿Habrán hecho algún prisionero los dayakos?

—No lo creo —replicó Sandokán.

— ¿Qué les habrá impulsado a degollar a esos pobres forzados que ningún daño les habían hecho?

—El deseo de apoderarse de sus armas y de cosechar una buena cantidad de cráneos humanos. Los dayakos son peores que las bestias feroces, y cuando pueden atacar por sorpresa a un enemigo lo hacen sin vacilación. El cráneo de un adversario es para ellos muestra de valor y todos los guerreros procuran poseer el mayor número posible. Son como los pieles rojas de América.

—Con la diferencia, sin embargo, de que los pieles rojas se contentan con la cabellera del vencido, mientras que estos salvajes quieren toda la cabeza —dijo Yáñez.

— ¿Crees que volverán?

—No me sorprendería, John —replicó el Tigre de Malasia—. Quedan aquí muchos cadáveres que les ofrecen copiosísimos banquetes. Cuando los dayakos devoren los cuerpos que se han llevado, vendrán a buscar más.

— ¡Miserables! —exclamó el coloso—. ¡Qué lástima no haber tenido los dos cañones de la fragata para darles una dura lección!

—No nos habrían servido para nada —dijo el portugués—. La tripulación los clavó antes de abandonar la fragata.

— ¿Qué ocurre, Yáñez? —preguntó Sandokán.

—Veo una sombra que se desliza sobre el mar. ¡Mira allí!...

El Tigre y el coloso miraron hacia el mar. Dos formas, indecisas aún, pero que no debían ser otra cosa que dos chalupas o canoas labradas en el tronco de un árbol, habían aparecido de improviso en la extremidad del promontorio que cerraba la ensenada por la parte del Sur.

—Deben ser dos embarcaciones —dijo Sandokán.

— ¿Se dispondrán los dayakos a atacarnos por mar? —preguntó Yáñez—. Eso es que había también enemigos en el bosque.

—Y acaso espiándonos —añadió el gigante, con inquietud.

—Sí, son dos chalupas —confirmaron Sambigliong y Tanauduriam, dirigiéndose a la orilla.

—Sandokán, huyamos —dijo Yáñez—. Tal vez los salvajes se habrán emboscado en la selva y se dispondrán a atacarnos por la espalda.

—Esas dos chalupas nos darían caza, Yáñez —respondió el Tigre—. En un abordaje no saldríamos bien librados.

—Entonces, ¿qué decides?

—Fortificarnos en cualquier escollo y quemar todos nuestros cartuchos.

—Solamente nos quedan diez o doce de ellos —replicó el coloso.

—Pues bien, nos defenderemos con las culatas de los fusiles y con las hachas —replicó Sandokán—. ¡Al bote, en seguida!

Disponíase a correr hacia la playa, cuando Tanauduriam, que ya había embarcado, anunció:

—No son chalupas de salvajes. Veo a muchos hombres armados con carabinas.

—Tal vez sean náufragos —dijo Yáñez, deteniéndose.

—Pongámonos en guardia y esperemos —añadió el Tigre de Malasia.

Las dos chalupas, que avanzaban rápidamente, se hallaban a unos doscientos o trescientos pasos de la playa. Iban tripuladas por veinticuatro marineros armados con hachas y fusiles.

Sandokán inclinóse rápidamente hacia Sambigliong, diciéndole:

—No abandones el bote y estate dispuesto a todo.

El pirata saltó dentro de la pequeña embarcación y se ocultó.

En aquel momento una voz que partía de la primera chalupa preguntaba en inglés:

— ¿Quién vive?

—Náufragos —respondió en seguida Sandokán.

— ¿Habéis sido atacados por los salvajes? Hemos oído las voces y los disparos.

—Nos sorprendieron mientras dormíamos y han asesinado a todos nuestros compañeros.

— ¿Han huido los salvajes?

—Se han retirado a la selva —repuso Sandokán.

— ¿Queréis embarcar con nosotros? —preguntó el hombre que hizo las preguntas anteriores.

—No deseamos otra cosa. ¿Sólo tenéis la chalupa?

—En alta mar tenemos un giog.

—Si nos admitís a bordo pagaremos el pasaje.

Las dos chalupas llegaron entonces a la playa. Los veinticuatro hombres que las tripulaban desembarcaron sin abandonar las armas y se dirigieron al grupo formado por Sandokán, Yáñez, el inglés y Tanauduriam.

De repente los veinticuatro hombres precipitáronse sobre los tres piratas y el coloso, apuntándoles con los fusiles, al mismo tiempo que una voz ordenaba con acento amenazador:

— ¡Entregaos o perdéis la vida!...

Sandokán, sorprendido por aquel inesperado ataque, quedó inmóvil, sin pensar en hacer uso del fusil.

Una exclamación del inglés le advirtió del peligro que corría.

— ¡Mil demonios!... ¡Los tripulantes de la fragata!...

Sandokán lanzó un rugido de furor y se lanzó contra los enemigos empuñando el fusil por el cañón, para utilizarlo como una maza; pero al momento fue sujetado por diez manos que lo derribaron, arrancándole el arma.

Por su parte, el inglés levantaba el hacha, dispuesto a herir; Yáñez, con la rapidez del relámpago, le contuvo, diciéndole:

— ¿Quieres hacerte matar?

Los marineros apuntaban ya algunos fusiles al pecho del inglés, y se disponían a disparar a quemarropa.

—Nos rendimos, hijitos —exclamó el portugués, que no había perdido un átomo de su flema habitual—. ¡Vive Dios!... ¡Qué agradable sorpresa!

Adelantóse un hombre, y dirigiéndose a Yáñez le preguntó:

— ¿Me conoces?

— ¡Por Júpiter! ¡El teniente de la fragata!

—En persona, amigo Yáñez —rio el oficial—. Estaba seguro de que en alguna playa nos encontraríamos, porque la fragata no podía ya tenerse a flote.

—Tuviste buen olfato.

—Y también buena fortuna. ¿Han muerto todos los forzados?

—No puedo asegurarlo. Sin embargo, si quieres dar un paseo por la selva y trabar amistad con los dayakos, te esperaremos aquí —replicó Yáñez, con ironía.

—Lo que me interesaba era volver a apoderarme de vosotros; los demás me importan poco. Ya se cuidarán los salvajes de acabar con ellos.

— ¡Ah! ¿Te corría prisa hacernos prisioneros? ¿Y para qué?

—Para llevaros de nuevo a Sarawak.

— ¿En las chalupas?

—No, hemos encontrado un giog que nos ha recogido. Pero no esperéis encontrar allí forzados que se subleven contra nosotros.

—Tal vez encontremos algo mejor...

Yáñez miró a su alrededor; luego, alzando la voz, de modo que le oyese Sambigliong, que no había salido del bote, dijo riendo:

—Tal vez nos tropezaremos con el sobrino de Muda-Has-sin o con cierto señor Sambigliong...

Después, observando que el teniente le miraba con estupor, añadió:

—Tenía ganas de bromear; vamos en busca de James Brooke. Se alegrará de volver a vernos.

Y se dejó conducir a la chalupa mayor, donde ya se encontraban Tanauduriam, Sandokán y el inglés.

XXX. El yate de lord James

Aún no se habían alejado trescientos metros las chalupas, cuando una cabeza humana surgió bruscamente del agua, ocultándose tras la popa del botecillo que permanecía en la playa, enclavado entre dos escollos.

Aquella cabeza era de Sambigliong. El astuto pirata, aprovechando el momento en que los tripulantes se arrojaban sobre Sandokán y sus compañeros, dejóse caer al agua y fue a esconderse tras un escollo que aparecía a breve distancia. Comprendiendo que su libertad podía ser más útil a sus jefes que su prisión, permaneció oculto.

Como el escollo que le ocultaba estaba a unos cuarenta pasos de la orilla, oyó perfectamente las últimas palabras de Yáñez.

—El sobrino de Muda-Hassin... —murmuró—. Comprendo lo que el portugués quería darme a entender. Sí, el proyecto del Tigre consiste en pedir auxilio al pretendiente al trono de Sarawak... Sambigliong es astuto y pronto dará fe de vida...

Corrió al campamento y buscó algo entre los cadáveres de los forzados y en las chozas.

Sus pesquisas duraron poco y al volver al botecillo llevaba un barril de agua, fruta y carne en conserva.

Lo guardó todo en la minúscula embarcación y empuñó los remos, diciendo:

—Ante todo veamos a dónde llevan a los jefes; luego pondré proa hacia Mompracem. Reuniré a todos los piratas y caeremos sobre Sarawak después de atraer a nuestra causa al sobrino de Muda-Hassin.

Las dos chalupas habían doblado ya el promontorio meridional y avanzaban con rapidez. Sambigliong las siguió, manteniéndose a gran distancia para no ser descubierto, cosa poco probable porque la noche era muy oscura.

Muy pronto el pirata vio brillar dos puntos luminosos que se movían de Norte a Sur, y luego delinearse confusamente un velero. Sin duda se trataba del giog que había recogido a los tripulantes de la fragata. Sambigliong soltó los remos y esperó, fijos los ojos en la nueva embarcación.

Luego observó que las dos chalupas atracaban a sus costados y en seguida desplegaba las amplias velas.

—Se dirige hacia el Sur —murmuró el pirata—. Llevan otra vez al Tigre y al portugués a presencia del rajá.

Cuando el velero emprendió de nuevo la marcha, con la proa hacia la costa de Sarawak, Sambigliong comenzó a remar vigorosamente rumbo al Norte.

«Acaso mañana pueda llegar a Uri —se dijo—. Allí es posible que encuentre algún praho que se encamine a las Romades o a Labuán. Si todo marcha bien, dentro de dos semanas James Srooke volverá a ver en su reino a los tigres de Mompracem».

Toda la noche el valiente y fiel Sambigliong remó, sin tomar más que breves momentos de descanso, y al amanecer llegaba al cabo Sirik, elevado promontorio que señala uno de los dos puntos extremos de la gran bahía de Sarawak.

Agotado completamente por tan largo y fatigoso ejercicio, pensaba dirigirse a una de las islas que se extienden al Norte del promontorio, para comer a la sombra de algún banano, cuando, de pronto, le llamó la atención un velero magnífico que avanzaba del Sur, tratando de doblar el cabo.

— ¿Dónde irá ese barco? —se preguntó Sambigliong—. Parece que viene de Sarawak y tiene intención de dirigirse al Norte.

Miró con mayor atención y un grito se le escapó de los labios:

— ¡Es un yate!... El de... ¿Es posible?... ¡Sería demasiada fortuna!...

Empuñó los remos y comenzó a remar con todas sus fuerzas para cortar el paso al velero. Un relámpago de alegría brilló en los negros ojos del pirata.

— ¡Sí, es el yate de lord Guillonk! —exclamó—. Tal vez estén a bordo Tremal-Naik, Ada y Kammamuri. ¡Qué suerte tan inesperada!... ¡El Tigre de Malasia y el capitán Yáñez se han salvado!...

Remó, apelando a todas sus fuerzas, e hizo volar al botecillo sobre las aguas.

El yate había doblado ya el promontorio y seguía hacia el Norte. Temiendo no llegar a tiempo de abordarlo, Sambigliong abandonó los remos, montó rápidamente el fusil y disparó al aire.

Pronto vio a algunos hombres aparecer en el alcázar y mirar con anteojos. Cargó de nuevo el fusil y disparó por segunda vez; luego, sacando un pañuelo, lo ató al cañón de su arma y lo agitó desesperadamente.

Esta señal de socorro fue comprendida por los tripulantes del yate. Probablemente lord James o Kammamuri habían reconocido al fiel pirata de Mompracem.

El yate viró entonces y dirigióse hacia el bote.

Al llegar a cien metros de distancia se oyó una voz que exclamaba:

— ¡Eh!... ¿Eres tú, Sambigliong?

— ¡Yo soy, Kammamuri! —contestó el pirata.

— ¡Por Siva! ¡Es Sambigliong!

En el puente se encontraban lord James y Ada.

Desde la banda de babor arrojaron una cuerda.

— ¿Cómo te encuentras en ese bote? —preguntaron al mismo tiempo lord Guillonk y Kammamuri.

— ¿Qué le ha pasado a Sandokán? —añadió Ada.

— ¿Y al capitán Yáñez? —murmuró Kammamuri.

—Van camino de Sarawak —contestó el pirata.

— ¿De Sarawak?... —exclamaron todos.

—Otra vez prisioneros. Los sorprendieron anoche cuando intentaban marchar a Mompracem.

—Entonces, ¿huyeron del barco que debía llevarlos a Norfolk? —preguntó lord James—. ¿Lo veis? Estaba seguro de que escaparían y de que los volveríamos a encontrar en Mompracem. Habla, cuéntalo todo, Sambigliong.

El pirata explicó con pocas palabras lo sucedido a bordo de la fragata. Cuando Ada y Kammamuri supieron lo ocurrido desde que zarparon de Sarawak, lanzaron un grito:

—Nuestro deber es salvarlos.

—No hay que precipitar los acontecimientos, sobrinos míos —dijo lord James—. Brooke no es hombre a quien se pueda burlar dos veces.

—Milord, la intención del Tigre de Malasia era volver a Sarawak con todos los piratas de Mompracem y valerse del sobrino de Muda-Hassin para derribar del trono al rajá —explicó Sambigliong—. Los dayakos siguen siendo fieles al legítimo heredero del sultán.

—Lo sé.

—Pues bien, pongamos en práctica el proyecto de Sandokán —dijo Ada—. Ese hombre valiente y leal me ha devuelto a Tremal-Naik y me ha hecho recobrar la razón, y nosotros pagaremos nuestra deuda dando la libertad a él y a sus compañeros.

—Sí, lo intentaremos todo —afirmó Kammamuri.

—Sin la banda de Mompracem no podremos hacer nada —advirtió lord Guillonk.

—Milord, estoy dispuesto a partir hacia el cubil de los tigres —dijo Sambigliong—. Que me den una chalupa y algunos marineros y reuniré a todos los piratas para que ayuden al sobrino de Muda-Hassin.

—Tengo una chalupa de vapor; la pongo a tu disposición.

—Marcharé en seguida, milord.

— ¿Y qué haremos entretanto nosotros? —preguntó Kammamuri.

—Volveremos a Sarawak.

—Una palabra, milord —dijo Kammamuri.

—Habla.

— ¿No infundiremos sospechas al rajá? ¿No sería preferible hacerle creer que seguimos nuestro viaje a la India?

—Es verdad —replicó el lord, sorprendido por el razonamiento—. Podía sospechar que intentábamos la liberación de Sandokán y de Yáñez... Eres muy perspicaz, Kammamuri.

—Soy maharato —contestó el indio, con orgullo.

—Milord —dijo Sambigliong—. ¿Dónde está el sobrino de Muda-Hassin?

—En Sedang.

— ¿Libre?

—Con centinelas de vista.

—Sedang, si no me engaño, se halla junto al río del mismo nombre, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces que ancle el yate en la desembocadura y prometo que antes de dos semanas estaré allí con la flotilla de Mompracem. Entretanto, el sobrino del rajá se pondrá al corriente de los sucesos que se avecinan.

—Ese proyecto me parece mejor —dijo Kammamuri—. Así evitaremos que el rajá desconfíe.

—Tienes razón, Kammamuri —aprobó lord James—. ¡Harry!...

El segundo de a bordo, hombre de elevada estatura, piel ligeramente bronceada, que delataba la mezcla de sangre india y europea, ojos negros y expresivos y facciones enérgicas que revelaban una salvaje fiereza, adelantóse, exclamando:

—A sus órdenes, milord.

—Que boten al agua la chalupa de vapor y que pongan en ella víveres, armas y el carbón necesario para cinco días.

La orden fue ejecutada inmediatamente. Cuatro hombres y un maquinista acomodáronse en la chalupa; el horno fue encendido al momento.

— ¿Cuáles son las últimas Instrucciones, milord? —preguntó Sambigliong, antes de descender por la escala.

—Armar la flotilla entera de Mompracem y que se reúna con nosotros en la desembocadura del Sedang. ¿Cuántos piratas quedan en la isla?

—Doscientos, milord.

— ¿Hay muchos prahos?

—Unos treinta, armados con cuarenta cañones y sesenta espingardas.

—Al volver, mucho cuidado, a fin de evitar una sorpresa de la escuadra del rajá.

—Si la encontramos, la hundiremos, milord.

—Y daríais la señal de alarma.

—Es verdad. Obraremos con prudencia.

—Pues en marcha. Los minutos son preciosos. La chalupa navega a diez nudos por hora y en dos días puedes llegar a Mompracem.

—Hasta la vista, milord.

Sambigliong descendió a la chalupa y en seguida dio orden de marcha. Un cuarto de hora después, la rápida embarcación no era más que un punto negro, apenas visible en la azulada superficie del mar.

El yate puso la proa hacia Oriente, alejándose de la desembocadura del Sarawak, para no ser descubierto por los pequeños guardacostas del rajá y llegar a Sedang sin que le observaran.

Durante la noche, el rápido velero dejó atrás la estrecha bahía encerrada entre las dos largas penínsulas que forman el antepuerto de la ciudad, y a la mañana siguiente dirigióse hacia la costa.

A las siete de la tarde, con viento bastante fresco, llegó al río, en cuyas orillas se eleva la pequeña ciudad de Sedang.

Fondeó en una minúscula dársena, medio oculta por altísimas palmas que proyectaban oscura sombra.

— ¿Se ve algo, tío? —preguntó Ada, que había subido a cubierta.

—Nada —respondió el lord—. Sedang es un lugar poco frecuentado.

— ¿Cuándo veremos al sobrino de Muda-Hassin?

—Mañana; es preciso cambiar de piel.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Los hombres blancos llamarían en seguida la atención y el rajá no tardaría en ser informado.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Con tal de salvar a Sandokán y a sus compañeros, estoy dispuesta a todo, tío.

—Hasta mañana, Ada.

XXXI. El gobernador de Sedang

Doce horas después, una chalupa tripulada por seis indios de la dotación del yate, por lord James, Ada y Kammamuri, surcaba el río para desembarcar en Sedang.

Los marineros habían vestido sus trajes nacionales, consistentes en casaca de varios colores y un pequeño turbante; Ada y lord Guillonk, teñidos de un color bronceado, envolvíanse en ricas túnicas, sujetas a la cintura por amplia faja de seda rosa, para hacer creer que eran príncipes indios que viajaban por puro recreo. Sólo Kammamuri había conservado su indumentaria maharata, lo cual no podía infundir la menor sospecha. El río, no muy ancho y de corriente bastante turbia, aparecía casi desierto. Sólo de cuando en cuando veíanse algunas de esas grandes cabañas sostenidas por recios mástiles que miden de quince a veinte pies de altura.

En cambio, elevábanse espesos bosques de árboles gemíferos, giunta wan, de piper nigrum —cubiertos de bayas sonrosadas que encierran granitos muy aromáticos—, de gluga —cuya corteza macerada sustituye al papel—, de inmensos alcanforeros que exhalan perfume penetrante, y de bananos, arecas y rotas, plantas sarmentosas, que en algunos lugares miden trescientos pies de altura.

En medio de vegetación tan espléndida, veíanse a veces, meciéndose en las ramas de los árboles, monos de ancha nariz o calaos giganti, estrafalarios volátiles de enormes picos, tan gruesos como el resto del cuerpo. Aparecían también bandadas de soberbios argos, adornados con larguísimas plumas, negras cacatúas y algunos de esos enormes murciélagos que los indígenas llaman kulang, tan gruesos como un perrillo y cuyas alas abiertas miden hasta

un metro y treinta centímetros de envergadura.

Al mediar el día, la chalupa, que navegaba aprovechando la marea, fondeaba ante Sedang.

A pesar del pomposo nombre de ciudad, Sedang no es más que una aldea semejante a Kutsching, la segunda población del reino de Sarawak. En aquella época componíase de ciento cincuenta cabañas plantadas sobre palos, casi todas ellas habitadas por dayachi-lannd, o sea dayakos costeros, de algunas casitas de arqueados techos, pertenecientes a los chinos, y de los edificios de madera, uno habitado por el sobrino de Muda-Hassin, que estaba guardado como prisionero, pues se sabía que aspiraba a la reconquista del trono, y el gobernador, persona muy afecta al rajá y que disponía de veinte indios armados.

No existiendo en Sedang ni la más modesta posada, el lord arrendó una preciosa casita chinesca, situada junto al río, en la extremidad septentrional del poblado, condujo a ella a Kammamuri y a Ada, y dijo a esta última:

—Mi misión ha terminado aquí. Todo lo que podía hacer por ti, sin comprometer mi honor de marino inglés y de compatriota de James Brooke, lo he hecho. No puedo intervenir en la guerra que tú y los piratas vais a emprender, aunque el Estado de Sarawak sea independiente, y aunque tenga que dolerme del excesivo rigor empleado por Brooke con Tremal-Naik. Sigo siendo tu tío y protector, pero como inglés debo permanecer neutral.

— ¿Nos dejas ya? —preguntó Ada con dolor.

—Es necesario. Vuelvo a mi yate, pero no me alejaré de la desembocadura del río hasta la ruptura de las hostilidades para poder socorrerte en caso necesario. No te olvides de mostrarte enérgica para obrar sola si es necesario.

— ¡Oh, sí, tío!... Estoy resuelta a todo.

—Te dejaré cuatro marineros, para que te defiendan y auxilién. Son hombres de un valor a prueba y de una fidelidad absoluta y te obedecerán como a mí mismo. Adiós; si algún peligro te amenaza, avísame por uno de los marineros. Mi yate está bien armado y en cuanto haga falta surcará el río.

Después de abrazar a su sobrina, el lord volvió a embarcar y se dejó llevar por la corriente. La joven permaneció en la orilla viéndole alejarse, sin fijarse en un guardia del rajá que se acercaba observándola con viva curiosidad, no exenta de cierta desconfianza.

No lo notó hasta que aquel hombre estuvo a su lado.

— ¿Quién eres? —le preguntó el soldado.

La joven clavó en el indio una mirada penetrante y altanera.

— ¿Qué quieres? —preguntó a su vez.

—Saber quién eres —repuso el indio.

—Eso no te importa.

—Es la orden, puesto que eres una extranjera.

— ¿Y de quién es la orden?

—Del gobernador.

—No le conozco.

—Pero él tiene que saber quién desembarca en Sedang.

— ¿Por qué?

—Aquí vive el sobrino de Muda-Hassin.

—No sé quién es.

—Un sobrino del sultán que reinaba antes en Sarawak.

—No conozco a los sultanes.

—No importa; yo debo saber quién eres.

—Soy una princesa india.

— ¿De qué región?

—De la gran tribu de los maharatos —contestó Kammamuri, que se había acercado silenciosamente.

— ¡Una princesa maharata!... —exclamó el soldado, estremeciéndose—. También yo soy maharato.

—No, tú eres renegado —dijo Kammamuri—. Si fueses un verdadero maharato serías libre como yo, y no esclavo de un hombre que pertenece a la raza de nuestros opresores, de un inglés.

En los ojos del soldado brilló un relámpago de ira, pero aquel relámpago se extinguió en seguida, e inclinando la cabeza murmuró:

—Es verdad.

—Vete —dijo Kammamuri—. Los maharatos libres desprecian a los traidores.

El indio vaciló; luego, levantando los ojos, que aparecían húmedos, murmuró con voz triste:

—No, no he olvidado a mi patria, no se ha extinguido en mi corazón el odio hacia los opresores de la India; todavía soy maharato.

— ¡Tú!... —exclamó Kammamuri, con profundo desprecio—. Dame una prueba.

—Manda.

—Esta mujer es mi ama, princesa de una de nuestras más valerosas tribus. Si te atreves, júrale obediencia como se la jurarían los hijos de nuestras montañas.

El indio dirigió a su alrededor una rápida mirada para asegurarse de que no le observaban; luego cayó a los pies de Ada, diciendo:

—Manda: por Siva, Visnú y Brahma, las divinidades protectoras de la India, juro obedecerte.

—Ahora reconozco en ti un compatriota —dijo Kammamuri—. ¡Sígueme!
...

Entraron en la chinesca casita guardada por cuatro marineros del yate, armados de pistolas para defender a la sobrina de su amo de cualquier atentado, y se detuvieron en una pequeña estancia amueblada con sillas de bambú y algunas mesitas llenas de teteras y tazas de porcelana color de «cielo después de lluvia», el color favorito de los hijos del Celeste Imperio.

—Manda —repitió el indio, inclinándose nuevamente ante Ada.

Entonces la joven, fijando en él una mirada penetrante, como si quisiera leer en su alma, le dijo:

— ¿Sabes que odio al rajá?

— ¿Tú?... —exclamó el maharata, levantando la cabeza, estupefacto.

—Sí —añadió la joven con energía.

— ¿Te ha ofendido, acaso?

—No, pero le aborrezco, porque es inglés, porque soy maharata y él pertenece a la raza de los opresores de la India y porque en otro tiempo figuró en las filas que destruyeron la independencia de nuestros rajás. Nosotros, pueblos libres, juramos odio eterno a aquellos hombres de la lejana Europa y no pudiendo aniquilarlos en la India, procuramos acabar con ellos dondequiera que se encuentren.

— ¿Tan poderosa eres? —preguntó el indio, con creciente estupor.

—Dispongo de hombres valerosos, de naves y de cañones.

— ¿Y vienes a traer la guerra?

—Sí, puesto que encuentro aquí a un tirano de nuestra patria que humilla a otros hombres de color, hermanos nuestros.

— ¿Quién te ayudará en la empresa?

— ¿Quién?... El sobrino de Muda-Hassin.

— ¿Él?...

—Él.

—Pero si está prisionero...

—Lo pondremos en libertad.

— ¿Sabe que tratas de libertarlo?

—No, pero le hablaré.

—Ya te he dicho que está vigilado.

—Burlaremos a sus guardianes.

— ¿De qué modo?

—Tú lo encontrarás.

— ¿Yo?...

—Esta es la prueba que de ti espero, si eres maharato de verdad.

—He jurado obedecerte y Bangawadi no faltará a su palabra —afirmó el indio, con solemne acento.

—Veamos —dijo Kammamuri, que hasta entonces había permanecido silencioso—. ¿Cuántos centinelas vigilan a Hassin?

—Cuatro.

— ¿Noche y día?

—A toda hora.

— ¿Sin alejarse nunca de él?...

—Jamás.

— ¿Hay algún maharato entre esos indios?

—No, todos son de Guzerate.

— ¿Fieles al gobernador?

—Incorruptibles.

Kammamuri hizo un gesto de contrariedad y pareció sumirse en profundos pensamientos.

— ¡Ah! —exclamó después de algunos instantes—. ¿Quién es el gobernador?

—Un mestizo anglo-bengalés.

— ¿No sería capaz de traicionar al rajá?

—De ningún modo —afirmó el indio.

—Está bien.

Buscó en la faja y sacó un diamante tan grueso como una avellana.

—Ve en busca del gobernador —le dijo, tendiendo la piedra al indio— y dile que la princesa Raibh le ofrece este regalo y le ruega que le conceda una entrevista.

— ¿Qué te propones, Kammamuri? —le preguntó Ada.

—Luego te lo diré, ama. Vamos, Bangawadi; contamos con tu juramento.

El indio cogió el diamante, se prosternó por última vez ante la joven y salió con paso rápido.

Kammamuri le siguió con la mirada; luego, volviéndose hacia Ada, le dijo:

—Creo que conseguiremos nuestro objeto.

— ¿Qué intentas?

—Raptar a Muda-Hassin.

— ¿Cómo?

En vez de responder, el maharato sacó de la faja una cajita y mostró unas píldoras que exhalaban extraño olor.

—Me las dio el capitán Yáñez —dijo—, y conozco por experiencia sus efectos. Basta dejar caer una en un vaso de vino o de café para adormecer instantáneamente a la persona más robusta.

— ¿Y para qué pueden servirnos? —preguntó la joven, con profunda sorpresa.

—Para aletargar al gobernador y a los centinelas que custodian la morada de Hassin.

—No te comprendo.

—En cuanto vea el regalo que le hemos enviado, el gobernador nos invitará a comer, o le invitaremos nosotros. Yo me encargo de hacerle beber el narcótico, y cuando esté dormido iremos en busca de Hassin y repetiremos la suerte con los centinelas.

— ¿Pero nos permitirán los indios entrar en la prisión?

—Bangawadi se encargará de abrirnos paso, fingiendo que ha recibido del

gobernador la orden de visitar a Hassin.

— ¿Adónde llevaremos al prisionero?

—Al lugar que él desee, allí donde cuente con partidarios. Corre de mi cuenta buscar caballos para nuestra gente.

Ya se disponía a salir cuando vio que Bangawadi regresaba.

El indio parecía contento, porque a sus labios asomaba una sonrisa.

—El gobernador os espera —dijo, entrando.

— ¿Ha agradecido el obsequio? —preguntó Kammamuri.

—Nunca le he visto tan alegre como hoy.

—Vamos, ama —dijo el maharato.

Salieron precedidos por el soldado y seguidos por los cuatro marineros del yate, que habían recibido orden de no apartarse de ella un solo instante. Poco después llegaban al palacio del gobernador de Sedang.

El edificio, llamado pomposamente palacio por los habitantes, era una modesta casa de madera, de dos pisos, con el techo cubierto de tejas azules, como las viviendas del barrio chino de Sarawak, ceñida por una empalizada y defendida por dos cañones enmohecidos, que no servían más que de adorno, pues no habrían podido hacer dos disparos seguidos sin reventar. Una docena de indios, vestidos como los cipayos de Bengala, con casaca roja, calzones blancos y turbante, pero descalzos, hallábanse tendidos alrededor de la casa y presentaron armas, con marcial apostura, a la princesa de los maharatos. El gobernador aguardaba a la joven al pie de la escalera, señal evidente de que el magnífico regalo había producido su efecto.

Sir Hunton, gobernador de Sedang, era un anglo-indio que había tomado parte en las sangrientas campañas de El Realista contra los piratas de Borneo, como oficial de marina.

No contaba aún cuarenta años, pero aparentaba tener más por efecto del clima, poco saludable para los extranjeros. Era alto, como todos los individuos de raza india, y muy recio; tenía la piel ligeramente bronceada, ojos negros y barba poblada como los indostanes.

Había dado pruebas de gran valor y de fidelidad, y fue encargado del mando de Sedang con la orden de vigilar atentamente al sobrino de Muda-Hassin, ya que James Brooke no ignoraba que tenía un temible y poderoso rival en el pariente del difunto sultán.

Sir Hunton, al ver a la princesa, se adelantó a su encuentro, tendiéndole la mano y descubriéndose; luego le ofreció galantemente el brazo y la condujo a

un saloncito amueblado con cierta elegancia.

— ¿A qué feliz casualidad debo el honor de esta visita, Alteza? — preguntó, sentándose frente a la joven—. Es raro ver llegar a este pueblecillo, perdido en la frontera del reino, a una persona tan distinguida.

—He emprendido un viaje de recreo a las islas de la Sonda, señor, y no quiero dejar de ver también Sedang, ya que tengo ahora la posibilidad de admirar a esos formidables dayakos, llamados cortadores de cabezas.

— ¿Y ha venido Vuestra Alteza por pura curiosidad? ¿No será por otra cosa?

— ¿Por qué?

—Por ver al sobrino de Muda-Hassin.

—No sé quién es.

—Un rival del rajá Brooke, que pasa el tiempo soñando en el desquite.

— ¿Es un sujeto interesante?

—Tal vez.

—Con el permiso de usted no dejaré de visitarlo.

—A cualquier otra persona no le concedería semejante autorización, pero a Vuestra Alteza, que viene de la India y que, por lo tanto, no puede tener en ello otro interés que el de la curiosidad, no le negaré semejante favor.

—Gracias, señor.

— ¿Se detendrá Vuestra Alteza mucho tiempo aquí?

—Algunos días, mientras se efectúan en mi yate algunas reparaciones.

— ¿Ha venido en yate Vuestra Alteza?

—Sí, señor.

— ¿E irá luego a Sarawak?

—Desde luego; quiero conocer al exterminador de los piratas, pues soy una de sus más entusiastas admiradoras.

— ¡Es un valiente rajá!

—Desde luego.

— ¿Volverá al yate esta tarde Vuestra Alteza?

—No, he alquilado una casita.

—Entonces espero que Vuestra Alteza me dispensará el honor de aceptar la

hospitalidad de mi morada.

— ¡Ah!... ¡Señor!...

—Es el mejor de Sedang.

—Gracias, señor, pero prefiero tener libertad.

—Al menos confío en que Vuestra Alteza pasará el día a mi lado.

—No puedo dejar de corresponder a vuestra atención.

—Haré lo posible por proporcionarle distracciones.

—Por supuesto, me enseñará usted al real prisionero —dijo Ada, sonriendo.

—Después de comer, Alteza. Iremos a tomar el té con Muda-Hassin.

— ¿Es hombre galante o es un salvaje?

—Es astuto y bien educado, y nos dispensará afectuoso recibimiento.

—Cuento con usted, señor.

Levantóse a una señal de Kammamuri, que permanecía en un ángulo del salón. El gobernador la imitó y la acompañó hasta la puerta, donde la tropa india le tributó los honores correspondientes a su jerarquía de princesa indostánica.

Al volver a su casa, seguida siempre por Kammamuri y por los cuatro marineros del yate, encontró a Bangawadi, que la aguardaba en la puerta, en la actitud de un hombre que espera con impaciencia.

— ¿Otra vez aquí? —le preguntó.

—Sí, ama —respondió.

— ¿Hay alguna novedad?

—He hablado con Hassin.

— ¿Cuándo?

—Hace un momento.

— ¿Y qué le has dicho?

—Que hay personas que se interesan por su suerte y que tratan de facilitarle la evasión.

— ¿Y qué te ha respondido?

—Que está dispuesto a todo.

—Eres un valiente, Bengawadi.

—Y lo serás más si sigues ayudándonos —añadió Kammamuri.

—Estoy a vuestra disposición.

—Entonces ve y dile que esta tarde la princesa Raibh irá a visitarlo acompañada por el gobernador y que procure estar solo, al menos en su habitación. Dile también que deje a mi cuidado la tarea de preparar el té del gobernador.

Luego, sacando de la faja un pequeño diamante, se lo dio, diciéndole:

—Esto para ti y para que convides a beber a los centinelas que custodian la casa de Hassin. Esta tarde pago yo.

XXXII. La fuga de Muda-Hassin

Sir Hunton, que no dudaba en haber invitado a una princesa india auténtica y que no sentía la más mínima sospecha de la trama urdida tan hábilmente por el astuto maharato, hizo los honores de la casa con exquisita cortesía y sin reparar en gastos, después de recibir como obsequio un diamante que no valía menos de treinta mil libras.

La comida que ofreció a la princesa no podía ser mejor. El cocinero había agotado la despensa, los corrales de los dayakos y los viveros de peces. No faltaban tampoco botellas legítimas de vino de España, que el gobernador había recibido de un amigo suyo residente en Filipinas y que guardaba cuidadosamente para las grandes ocasiones.

Ada hizo los honores a la fiesta y rivalizó en amabilidad con sir Hunton. Procuró, sobre todo, hacerle beber mucho, con innumerables brindis: por la India, por la prosperidad de Sarawak, de Sedang, del rajá y de la vieja Inglaterra.

Comenzaba a anochecer cuando se disponían a empezar con el tradicional budín.

—El príncipe Hassin sentirá ansiedad por no vernos —dijo Ada, después de mirar hacia la parte exterior—. Se acerca la noche.

—Ya está advertido de que iremos a tomar el té a su casa, Alteza —respondió sir Hunton.

—Tratemos de no hacerle esperar demasiado.

—Entonces, salgamos.

—Un paseo por la orilla del río nos sentará bien.

Levantóse la joven y cubrióse la cabeza con un riquísimo chal de seda para defenderse de la humedad de la noche, muy peligrosa en aquellas regiones. Kammamuri, que había tomado parte en el banquete, en clase de secretario de la princesa, fue el primero en salir.

Dos marineros del yate esperaban en la orilla del río.

— ¿Está todo listo? —les preguntó.

—Sí —respondieron.

— ¿Cuántos caballos habéis encontrado?

—Ocho.

— ¿Dónde nos esperan?

—A la entrada del bosque.

—Está bien, reuníos a vuestros compañeros.

En aquel momento Ada salía del brazo del gobernador. Kammamuri se acercó a ella y con gesto rápido le dio a entender que todo estaba preparado.

La noche era espléndida. Hacia Oriente, una nube sonrosada, que poco a poco se volvía gris, indicaba el lugar donde el sol había desaparecido. El cielo se cubría rápidamente de estrellas que se reflejaban en las plácidas aguas del río.

En el espacio revoloteaban los murciélagos gigantes, y por entre los matorrales y los árboles miríadas de lagartos voladores, en tanto que los «to-chi», otra variedad de lagartos, salían de las hendiduras de las casas para comenzar sus atrevidas evoluciones bajo los artesonados de las habitaciones, lanzando leves gritos de «¡to-chi!... ¡to-chi!».

En el río, algunos bateleros entonaban monótonas canciones, mientras los juncos chinos, únicas naves que llegan hasta Sedang, encendían sus monumentales linternas de papel o de talco.

De la vecina selva llegaban mil perfumes. Los árboles de alcanfor, los clavilleros y los mangos exhalaban penetrantes aromas.

Ada no decía una palabra y apresuraba el paso; el gobernador, que había bebido con exceso, la seguía, haciendo esfuerzos por mantenerse erguido.

Afortunadamente, el camino era corto. Poco después se encontraban ante la vivienda del sultán prisionero, una morada muy modesta, porque no era más que una casita de dos pisos rodeada de una galería descubierta y guardada por cuatro indios que tenían el encargo de vigilar atentamente al prisionero.

Después de hacerse anunciar, el gobernador condujo a la princesa a una

salita adornada con divanes y tapices muy usados, con varios espejos y con una mesita en la cual se veían amontonados en completo desorden, tazas, jicaras, teteras, bolas de marfil agujereadas y otras baratijas por el estilo.

El sobrino de Muda-Hassin los aguardaba sentado en una vieja poltrona coronada por un pequeño gavial dorado, emblema de los sultanes de Sarawak.

El rival de James Brooke sólo contaba en aquella época unos treinta años. Era de alta estatura, aspecto majestuoso, hermosa cabeza cubierta de negra y larga cabellera, rostro ligeramente bronceado, adornado de barba lustrosa y ojos vivos e inteligentísimos.

Usaba el turbante verde de los sultanes de Borneo y amplia chaqueta de seda blanca sujeta por larga faja de seda rosa, entre cuyos pliegues asomaban las empuñaduras de los dos kriss, distintivo de los grandes jefes; de su costado pendía el golok, pesada hacha malaya, larga y afiladísima.

Al ver entrar al gobernador, se puso en pie, haciendo una ligera inclinación de cabeza; luego fijó los ojos con viva curiosidad en la joven, diciendo:

—Bien venidos sean a esta casa.

—La princesa Raibh ha mostrado deseos de venir aquí y la he acompañado, con la esperanza de proporcionarle a usted una satisfacción —respondió el gobernador.

—Agradezco la cortesía. ¡Son tan raras las distracciones en esta ciudad, y tan poco frecuentes las visitas!... El rajá Brooke ha sido injusto dejándome en tan completo aislamiento.

—Ya sabe usted que el rajá desconfía.

—Sin razón, porque yo no cuento ya con partidarios. La sabia administración del rajá Brooke me los ha arrebatado a todos.

—A los dayakos sí, pero a los malayos...

—También a esos, sir Hunton, pero... dejemos la política y permítame que le ofrezca una taza de té.

—Me han asegurado que es excelente en realidad —dijo el gobernador, riendo.

—Verdadero té chino, se lo garantizo; mi amigo Tai-Sin me hace este obsequio siempre que toca en Sedang.

—Ahí tiene usted una ocasión magnífica para reclutar partidarios entre los chinos de Cantón. Apuesto cualquier cosa a que semejante empresa no resultará muy difícil para el proveedor de té.

Sombrío relámpago brilló en los profundos ojos del futuro sultán, pero no

hizo gesto alguno que revelase su cólera exterior.

—Que sirvan el té —dijo.

Kammamuri, en el acto, pasó a una habitación inmediata donde se oía ruido de tazas, y poco después entró seguido por un pequeño malayo que llevaba un servicio completo en una bandeja de plata.

El astuto maharato escanció la deliciosa bebida y en la taza destinada al gobernador dejó caer una pildorita que se disolvió en seguida.

Ofreció la primera taza a su ama, la segunda a sir Hunton y la tercera al sobrino del sultán; después penetró en la estancia contigua.

Llenó rápidamente cuatro tazas más, echando en ellas otras tantas píldoras, y se las dio al malayo, al mismo tiempo que le decía:

—Sígueme.

— ¿Hay más invitados? —preguntó el criado.

—Sí —respondió el maharato, con misteriosa sonrisa—. ¿Hay alguna otra salida, sin necesidad de pasar por el saloncito?

—Sí.

—Indícala.

El malayo le hizo pasar a una tercera habitación que tenía puerta a la calle. Allí velaban los cuatro centinelas.

—Muchachos —dijo el maharato, adelantándose—, mi ama, la princesa Raibh, os ofrece té de Hassin. Bebedlo a su salud; aquí tenéis este puñado de rupias que os ruega aceptéis.

Los cuatro indios no se hicieron repetir la invitación.

Guardaron apresuradamente las rupias y se bebieron de un trago el té.

—Buena guardia, muchachos —exclamó Kammamuri, irónicamente.

Volvió al saloncito del sobrino del sultán. En aquel preciso momento, el gobernador, vencido por el poderoso narcótico, caía de su asiento y se desplomaba sobre la alfombra.

— ¡Que descanses! —dijo el maharato.

Ada y Hassin se pusieron en pie.

— ¿Muerto?... —preguntó el segundo, con salvaje acento.

—No, dormido —explicó Ada.

— ¿Y no despertará?

—Sí, pero dentro de veinticuatro horas, y entonces nos hallaremos ya muy lejos.

—Entonces, ¿es cierto que ha venido usted para devolverme la libertad?

—Sí.

— ¿Y para ayudarme a reconquistar el trono de mis antepasados?

—En efecto.

— ¿Por qué motivo?... ¿Qué puedo hacer yo en favor de usted, señora?

—Más tarde se lo diré; ahora se trata de huir.

—Estoy pronto a seguirla; ordene.

— ¿Cuenta usted con partidarios?

—Todos los malayos de mi parte.

— ¿Y los dayakos?

—Se batirán bajo la bandera de Brooke.

— ¿Conoce un sitio seguro dónde podamos aguardar a que se reúnan sus adictos?

—Sí; el kampong de mi amigo Orango-Tuah.

— ¿Se halla lejos?

—Junto a la desembocadura del río.

—Vamos; los caballos están preparados.

—Pero ¿y los guardias?

—Duermen, lo mismo que el gobernador —dijo Kammamuri.

—En marcha —añadió Ada.

El joven príncipe recogió las alhajas encerradas en un cofrecillo, armóse con un fusil y siguió a Ada y a Kammamuri, después de dirigir una postrer mirada al gobernador.

En la puerta yacían los cuatro indios, unos sobre otros, dormidos profundamente. Kammamuri les quitó las carabinas y las cartucheras y luego lanzó un silbido.

Del bosque salieron los cuatro marineros del yate y Bangawadi, trayendo los ocho caballos.

Kammamuri ayudó a su ama a subir en uno de los mejores, y en seguida saltó con agilidad a la grupa del otro, diciendo:

— ¡Al galope!...

Los jinetes, guiados por el príncipe, que conocía mejor que nadie el terreno, pusieron las cabalgaduras al galope, bordeando la selva, que se extendía a lo largo de la orilla derecha del río.

De repente, en la ribera opuesta, se oyó gritar una voz:

— ¿Quién vive?

—Que nadie responda —dijo el príncipe.

— ¿Quién vive? —repitió la voz, con acento amenazador.

Al no recibir contestación, el centinela, que seguramente había descubierto al grupo de jinetes a pesar de la oscuridad de la noche, disparó, gritando:

— ¡A las armas!...

La bala pasó silbando por encima de los fugitivos y fue a perderse en la selva.

— ¡Aprisa! —exclamó Kammamuri.

Los corceles partieron al galope, en tanto que, hacia la parte de la ciudad, se oía a la guardia del palacio del gobernador, que gritaba:

— ¡A las armas!

Los jinetes siguieron la orilla derecha del río, luego lo vadearon a una milla de la población y pasaron a la margen izquierda para seguir hasta la costa.

— ¿Nos perseguirán? —preguntó Ada al príncipe.

—Sospecho que sí —respondió este—. Ya habrán encontrado al gobernador y, enterados de mi fuga, se lanzarán todos tras nuestras huellas.

—Pero no son más que veinte hombres.

—Dieciséis, porque cuatro de ellos duermen.

—Tanto mejor; podremos rechazarlos fácilmente.

—El caso es que irán a buscar auxilio en las aldeas de los dayakos, y antes de doce horas nos perseguirán doscientos o trescientos hombres armados.

— ¿Llegaremos antes al kampong?

—Dentro de dos horas nos encontraremos allí, y si se atreven a atacarnos tendrán que roer un hueso muy duro. Antes de dos días, espero reunir cinco o seis mil malayos y un centenar de prahos.

— ¿Armados de cañones?

—Algunos, nada más. Serán insuficientes para rechazar a la flota de James Brooke.

—Por fortuna, dentro de cuatro o cinco días, recibiremos muchas piezas de artillería.

— ¿Piezas de artillería? —exclamó el príncipe, en el colmo del estupor.

—Sí, servidas por los más formidables piratas de Borneo.

— ¿Quiénes?

—Los de Mompracem.

— ¿De Mompracem?... ¿Viene en mi auxilio Sandokán, el invencible Tigre de Malasia?

—Él no, pero probablemente su banda navega a estas horas con rumbo a la bahía de Sarawak.

— ¿Dónde está Sandokán?

—En manos del rajá.

— ¿Prisionero?... ¡Imposible!

—Ha sido derrotado por fuerzas veinte veces superiores a las suyas, después de un terrible combate, y hecho prisionero a la vez que su lugarteniente y mi prometido. Y para salvarlos he preparado la fuga de usted.

—Pero ¿dónde está ahora?

—En Sarawak.

—Los libertaremos, ¡lo juro! Cuando los malayos sepan que los piratas de Mompracem toman parte en la lucha, se sublevarán todos. A James Brooke le quedan pocos días de autoridad.

— ¡Alto! —gritó una voz en aquel instante.

El príncipe refrenó con violencia a su caballo, y se colocó ante la joven con el golok desenvainado.

— ¿Quién vive? —preguntó.

—Guerreros de Orango-Tuah.

—Avisad a vuestro jefe que el sobrino de Muda-Hassin viene a verle.

Luego, volviéndose hacia Ada e indicándole una masa oscura que se elevaba en el borde de la selva, exclamó:

— ¡Ya hemos llegado al kampong...! Ahora podemos desafiar a los soldados del gobernador.

XXXIII. La derrota de James Brooke

El kampong de Orango-Tuah era una aldea malaya, fortificada para defenderse de las correrías de las tribus del interior y especialmente de los dayakos, con los cuales se hallaban siempre en guerra.

Componíase de trescientas cabañas de madera, techadas con hojas de ñipa, defendidas por una alta y sólida empalizada y por recia muralla de espinoso bambú, obstáculos casi insuperables para los desnudos pies de los indígenas.

Aparte de esto, los habitantes contaban con media docena de prahos, armados con espingardas y anclados en un pequeño lago que comunicaba con el mar por medio de un canal.

Orango-Tuah —un robustísimo malayo de tez oscura, ojos oblicuos y pómulos salientes, antiguo corredor del mar antes de las sangrientas represiones de James Brooke—, advertido oportunamente, apresuróse a salir al encuentro de su príncipe, seguido de gran número de soldados que llevaban ramas de resina encendidas.

La acogida fue entusiasta. Toda la población, avisada por medio del tam-tam, corrió a felicitar al futuro soberano de Sarawak.

Orango-Tuah condujo a sus huéspedes a la mejor choza de la aldea; luego, enterado de que la guardia del gobernador los perseguía, apostó en los bosques vecinos a cincuenta hombres armados con fusiles.

Tomada esta medida, reunió a los cabecillas para que promoviesen rápidamente la insurrección en los poblados malayos y para que, antes de que la noticia de la fuga del príncipe llegara a Sarawak, formasen un ejército considerable.

Aquella misma noche, cuarenta emisarios partían para el interior y los prahos se hacían a la mar para advertir a los malayos costeros de la lucha que se preparaba, mientras otros dos se encaminaban al cabo Sirik para proteger a la banda de Mompracem.

Ada envió a uno de los marineros del yate a la desembocadura del río para enterar a lord James de sus proyectos.

A la mañana siguiente comenzaron a afluir los primeros refuerzos al kampong. Eran partidas de malayos armados de fusiles y acudían de todas partes para combatir bajo la bandera de su príncipe.

Por mar, llegaban a cada instante prahos tripulados por multitud de

combatientes y algunas piezas de artillería.

Tres días después, siete mil malayos acampaban en torno del kampong. Sólo esperaban a la banda de Mompracem para ponerse en marcha hacia Sarawak y caer de improviso sobre la capital.

Todos los caminos del interior estaban ocupados por fuertes destacamentos para impedir que los dayakos participasen al rajá la noticia de la insurrección.

El quinto día, la flotilla de Mompracem fondeaba en la playa del kampong. Componíase de veinticuatro grandes prahos, armados con cuarenta cañones y sesenta espingardas y tripulados por doscientos hombres que, en valor y en táctica guerrera, valían más que mil malayos.

Apenas desembarcaron, Sambigliong acercóse a Ada, que permanecía en el cuarto de Orango-Tuah.

—Los tigrecillos de Mompracem —le dijo— están dispuestos a caer sobre Sarawak. Han jurado libertad a Sandokán y a sus compañeros, o hacerse matar todos.

—Los malayos sólo esperan a vosotros —contestó la joven—. Jurad aquí que no causaréis ningún daño a James Brooke y que si es vencido lo dejaréis en libertad.

—En caso necesario, protegeremos su fuga.

Dos horas más tarde, el ejército malayo, guiado por el futuro sultán, emprendió el camino de la costa, mientras que la flotilla de Mompracem, en la cual había embarcado Ada y Kammamuri, hacía a la vela, escoltada por un centenar de prahos, procedentes de las aldeas edificadas en la vasta bahía de Sarawak.

Habíanse tomado todas las medidas necesarias para sorprender a la capital del rajá y estaba fijado el día en que sería atacada simultáneamente por tierra y por el río.

La escuadrilla, que navegaba con lentitud para dar tiempo a que las tropas avanzasen, reuníase todas las noches para esperar a los soldados de Hassin. Sambigliong tenía que hacer grandes esfuerzos para calmar la impaciencia de los tigres de Mompracem, que ardían en deseos de vengar la derrota de su jefe.

Para no estar sin hacer nada, daban caza a los veleros que se dirigían a Sarawak, con el fin de evitar que el rajá tuviera conocimiento de la marcha de la escuadra.

Cuatro días después, al atardecer, la flotilla llegó a la desembocadura del río. Aquella misma noche el ejército de Hassin debía caer sobre la capital.

Aíer-Duk, que capitaneaba a los tigres de Mompracem, ordenó que, para

no exponer a la joven a los horrores de la batalla, el praho que conducía a Ada permaneciese oculto en una pequeña cala del río; pero Kammamuri, no resignándose a permanecer inactivo, se pasó al barco del jefe.

—Tráeme a Tremal-Naik —le dijo Ada, antes de separarse.

—Podrán hacerme pedazos, pero mi amo se salvará —respondió el bravo maharato—. Apenas desembarquemos, podremos sitiar al palacio del rajá. Tengo la certeza de que allí se encuentran los prisioneros.

— ¡Anda, valiente Kammamuri, y que Dios te proteja!

Aíer-Duk comunicó las últimas órdenes. A la cabeza de la escuadra colocó a los prahos mayores, armados de cañones y defendidos por los más intrépidos piratas de Mompracem.

Estos debían sostener el primer choque, y los demás, en masa, lanzarse al abordaje.

A las diez de la noche la flota se puso en marcha. Todas las velas habían sido arriadas para que los puentes estuviesen libres, y las pequeñas embarcaciones navegaban a remo.

El río parecía desierto; ni a derecha ni a izquierda se veía nave alguna: tampoco en la selva, tan a propósito para defenderse, se ocultaban soldados.

Sin embargo, aquel silencio no le parecía muy tranquilizador a Aíer-Duk. Juzgaba imposible que no se hubiera descubierto la insurrección que desde cinco días antes hervía en el reino, y que el rajá, hombre astuto, audaz y bien servido por los dayakos y por la guardia india, se dejase sorprender. Temía una emboscada junto a la población.

Al mediar la noche, la flotilla se encontraba a menos de una milla de Sarawak. Las primeras casas comenzaban a distinguirse sobre la oscura línea del horizonte.

— ¿Oyes algo? —preguntó Aíer-Duk a Kammamuri, que estaba a su lado.

—Nada —contestó el maharato.

—Este silencio me inquieta.

Hassin había llegado ya seguramente y comenzado el ataque.

—Tal vez esperará oír nuestros cañones.

— ¡Ah!...

— ¿Qué ocurre?...

— ¡La escuadra!...

En una revuelta del río apareció una imponente masa que les cerraba el paso. Era la flota del rajá, en línea de batalla, dispuesta a rechazar al enemigo.

De repente, quince o veinte relámpagos brillaron en medio de las tinieblas y se oyó un ruido espantoso. Los barcos de James Brooke rompieron un infernal fuego contra los del enemigo.

Se dejó oír un grito terrible:

— ¡Viva Mompracem!...

— ¡Viva Hassin!...

Casi en el mismo instante, en la parte norte de la ciudad, retumbaron furiosas descargas de fusilería. Las tropas de Hassin caían sobre la población.

— ¡Al abordaje, tigrecillos de Mompracem! —rugió Aíer-Duk—. ¡Viva el Tigre de Malasia!...

Los prahos, a pesar de la metralla que barría los puentes y de las balas que causaban mortandad horrible, se arrojaron sobre las naves del rajá. Nada era capaz de resistir el ímpetu del ataque.

En un instante, los barcos de Brooke se vieron rodeados por numerosas embarcaciones.

Tigres y malayos cayeron sobre las naves enemigas, las abordaron, invadieron los puentes, sitiaron a las tripulaciones, las desarmaron y las encerraron en las bodegas y en las baterías. La bandera del rajá fue arriada y en su lugar se elevó el pabellón rojo de Mompracem, adornado con la cabeza de tigre.

— ¡A Sarawak! —gritó Kammamuri.

Los prahos reanudaron su marcha hacia la ciudad. En las calles de la capital, el combate empeñado por las tropas malayas seguía cada vez más encarnizado.

En todos los barrios tronaba la fusilería. Oíanse los gritos de los invasores que avanzaban hacia la plaza donde se elevaba el palacio del rajá.

Algunas casas incendiadas en diversos lugares, esparcían por todas partes sanguinolentos reflejos, mientras que en el espacio flotaban millones de chispas que el viento arrastraba muy lejos.

A Ter-Duk y Kammamuri desembarcaron en el muelle, y al frente de cuatrocientos hombres invadieron el barrio, cuyos habitantes también se habían sublevado.

Dos columnas de indios de la guardia intentaron rechazarlos con dos descargas cerradas, pero los tigres de Mompracem los atacaron, cimitarra en

mano, y los pusieron en desordenada fuga.

— ¡A palacio! —ordenó Kammamuri.

Y a la cabeza de aquel formidable ejército, llegó a la plaza. La morada del rajá hallábase defendida por guardias, las cuales, tras breve resistencia, se dispersaron.

— ¡Viva el Tigre de Malasia! —vociferaron los piratas.

Una vibrante voz salió del interior del palacio:

— ¡Viva Mompracem!...

Era Sandokán. Los bandidos la reconocieron.

Derribaron la puerta, que estaba cerrada con cadena y cerrojos, recorrieron las habitaciones, y al fin en una de ellas, aparecieron Sandokán, Yáñez, Tremal-Naik y Tanauduriam.

No les dejaron tiempo de hablar. Los cogieron en brazos y los llevaron en triunfo a la plaza, en medio de un ensordecedor griterío.

En aquel mismo instante, una turba de indios, rechazados por las tropas de Hassin, llenó la plaza.

Sandokán arrebató la cimitarra a uno de sus compañeros y se arrojó en medio de los fugitivos, seguido de Yáñez, de Tremal-Naik y de veinte piratas.

Los indios se dispersaron, pero un hombre permaneció inmóvil; era James Brooke, con los vestidos destrozados y el ensangrentado sable todavía en la mano.

— ¡Eres mío!... —gritó Sandokán, sujetándole el acero.

— ¿Tuyo?... —exclamó el rajá—. ¿Otra vez?...

—Me debías este desquite, Alteza.

— ¡Y me llamas Alteza! Mi reino ya no existe y yo no soy más que un prisionero que espera la venganza del sobrino de aquel a quien defendí con mi espada, y que, como recompensa, me cedió un trono tan inseguro.

—No estás prisionero, James Brooke: eres libre —le dijo Sandokán, abriéndole paso entre los piratas—. Aíer-Duk, lleva a Su Alteza a la desembocadura del río y vela por su vida.

El exrajá miró con asombro a Sandokán; luego, al ver invadida la plaza por los malayos de Hassin, que lanzaban gritos de muerte contra él, siguió rápidamente a Aíer-Duk, que había reunido a unos treinta piratas.

—Ese hombre no volverá nunca a estas playas —dijo Sandokán—. ¡El

poderío de James Brooke se ha eclipsado para siempre!

Sandokán fue profeta: James Brooke no volvió a Sarawak. Consumido por las fiebres, parálítico, privado de medios, retiróse a Inglaterra, donde habría muerto de miseria si sus compatriotas no hubiesen abierto una suscripción pública que produjo algunos millares de libras esterlinas. Falleció en Devon, el año 1868, casi desconocido, después de haber hecho hablar de su persona al mundo entero.

Conclusión

Al día siguiente, el sobrino de Muda-Hassin se instaló en el palacio de James Brooke, antigua residencia de los sultanes de Sarawak.

La población, que no había perdonado al vencido rajá su origen europeo, a pesar de la civilización y de las grandes mejoras introducidas por aquel hombre enérgico, animoso y sabio, fraternizó con las tropas insurrectas.

El nuevo rajá no fue ingrato con sus aliados; ofreció a Sandokán, a Yáñez y a Tremal-Naik honores y riquezas, y les rogó que permaneciesen en su reino; pero todos rehusaron.

Dos días después, Tremal-Naik y Ada, casados al fin, embarcaron con Kammamuri en el yate de lord James, poniendo rumbo a la India, y cargados de magníficos regalos; Sandokán y Yáñez, acompañados de su banda, hiciéronse también a la mar para regresar a Mompracem.

— ¿Volveremos a vernos algún día? —preguntaron Ada, Tremal-Naik y lord James al Tigre de Malasia, antes de separarse de él.

—Tal vez —respondió Sandokán, abrazándolos—. La India me tienta, y puede que algún día el Tigre de Malasia y el Tigre de los Sunderbunds se encuentren en medio de las desiertas islas del Ganges. ¡Suyodhana!... He aquí un nombre que hace palpar mi corazón; he aquí un hombre a quien quisiera ver. ¡Adiós, amigos; esperadme!

FIN

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es